



OJOS

INGRID

DE

DESJOURS

MUÑECA

«La nueva
reina del *thriller*
francés.»

La fringale littéraire

Lectulandia

OJOS DE MUÑECA

INGRID DESJOURS

Traducción de Dánae Barral Hortet

Porque la ira es hija del sufrimiento.

PRIMERA PARTE

No hay azar, solo encuentros.

PAUL ÉLUARD

1

Barbara es tan gris como la nieve pisada por los coches.

Acurrucada como si quisiera desaparecer, la joven no entiende por qué las demás quieren que se quede. No son sus amigas. Les da igual saber quién es ella y por qué no puede quedarse. Pero ellas insisten. Por educación, seguramente. Tal vez por compasión. Para seguir riéndose a su costa.

—Lo siento mucho, pero tengo que marcharme.

—Pero ¿no quieres tomar algo con nosotras? ¡Hay que celebrar que tenemos el título!

—Otro día. Mamá me espera.

—«¡Mamá me espera!» —se burlan sus compañeras, imitándola—. Pero anda ya, ¿cuántos años tienes?

Veinticuatro años. Hoy. Pero Barbara se cuida mucho de contestar. Eso solo daría pie a más burlas. Seguramente no es muy habitual salir pitando para no decepcionar a su madre o que a su edad aún le gusten las muñecas. Ninguna de las chicas que están con ella puede saber hasta qué punto el título que acaba de conseguir es toda una hazaña. Una pequeña victoria sobre ella misma porque, al fin, Barbara ha conseguido hacer algo en la vida. Se lo debe a sí misma y a su madre, que le dio permiso para inscribirse en ese curso. Hay que decir que lo que la convenció fue la perspectiva de un salario adicional.

—Bueno, tengo que hacer unos recados. Adiós.

—¡Sí, claro, vete con mamá!

Sus jóvenes compañeras se ríen como hienas, pero Barbara no le da importancia a pesar de la mirada inquisidora que le han dedicado todo el año. Está claro que no tiene el aspecto de una profesional de la belleza, pero las buenas notas que ha sacado en el examen deberían bajarles los humos. Ella no ha robado su diploma de esteticista. Es suyo. Es el pasaporte hacia otra vida, es un poco más de libertad.

Barbara acelera el paso. El frío le muerde los dedos de los pies, las suelas de sus zapatos son demasiado finas; las tiendas van a cerrar y tiene que ir a buscar los regalos que ha decidido hacerse por su cumpleaños: una foto y una muñeca.

Desde la llegada de la era digital los fotógrafos escasean. El más cercano que ha encontrado está a veinte minutos de la academia. Quince, si se da prisa. Se mueve rápido en la oscuridad, las manos en el fondo de los bolsillos del abrigo raído de treinta euros que estrenó hace cinco años. Es una sombra que se desliza y que casi no se ve, transparente y casi tan fría como los copos que se le pegan a los ojos y a la nariz. Su empeño la empuja. ¡Tiene derecho a hacerse regalos! Tiene derecho a gastarse como quiera el poco dinero que le da su madre. Esta es su tarde, por mucho que su madre se enfade: peor para ella. Barbara tendrá su foto y su muñeca.

Casi sin aliento, entra en la primera tienda. Un olor intenso hace que le pique la nariz. Se la tapa y aprovecha para sonarse.

—No se preocupe, es el olor de los reactivos del revelado. Por eso le pica la nariz. Buenas noches, señorita.

Barbara se siente incómoda. ¿Habrás visto que se le caían los mocos?

Se sonroja a su pesar y consigue farfullar algo.

—Bu... buenas noches, señor. Sí, huele un poco fuerte, pero no es nada desagradable.

—Muy amable, señorita —sonríe el hombre con gesto complaciente—. A mí este olor me encanta. Aunque pertenezca al pasado. Seguramente es por eso. Es de otro tiempo, como yo. De un tiempo donde la paciencia o la espera eran deliciosas, no era necesario disparar cien veces a una sonrisa para encontrar una perla. Un tiempo donde la fotogenia no era cuestión de probabilidades.

Barbara baja la cabeza. No sabe qué decir. Se siente culpable por pertenecer a esta generación del usar y tirar, responsable de que la obsoleta tienda del viejo acabe cerrando. Por otro lado, se siente incómoda cuando la gente habla de sí misma o parece pedirle su opinión. No sabe entablar conversación, no tiene esa facilidad. Lo que dice siempre cae mal y prefiere callarse.

—Bueno, no quiero aburrirla con mis historias, sé que soy un pesado —suspira el vendedor—. Viene a recoger su foto, la tengo presente. Recuérdomelo su apellido, por favor.

—Bilessi.

—Bouchain. Beyer. ¡Bilessi! Aquí está.

Barbara coge el sobre y lo abre con meticulosidad, mira atentamente para cerciorarse de que no hay error y sonríe.

—¡Es esta! Se la dejé pagada.

—Sí, señorita, todo en orden.

El hombre intenta continuar la conversación pero ella se da media vuelta y se despide haciendo sonar las campanillas de la puerta. Una corriente helada hace temblar al viejo, que se apresura a calentarse cerca de sus anticuadas máquinas.

La joven está contenta. Esta foto es muy importante para ella. Es la única que tiene de su padre. Papel brillante. Pasado perfecto. Ella tiene seis años y su padre la sujeta por los hombros. Él mira al objetivo riéndose. Era antes de que él dejase de mirarla. Después él se marchó. Después, nada fue como antes. Nada. Presente complicado. Futuro incierto. La joven sacude la cabeza para secarse las lágrimas y aligera el paso. Faltan diez minutos para que cierre *Doll's Paradise*. Puede llegar, pero no debe perderse en sus recuerdos porque la retrasan.

Las luces de la tienda aún están encendidas a pesar de que ya es más de la hora de cierre. ¡Es su día de suerte!

—¡Cómo me alegro de que aún tenga abierto!

Barbara se ilumina. Este es su feudo, su paraíso. El lugar donde solo importan sus sueños de niña.

—Me dijo que vendría, y la he esperado.

—¡Muchas gracias, señora!

—De nada, querida. Veamos, ¿cuál de ellas se lleva hoy?

La mujer acompaña las palabras con el gesto de abrir los brazos hacia un centenar de muñecas de porcelana dispuestas apretadamente unas contra otras. Las hay blancas, negras, coquetas, emperifolladas. Algunas tienen la mirada fija de mujer fatal, con ese misterio que atrae a los hombres en busca de aventura. Otras tienen los párpados medio bajados, un poco pícaros, como los de las niñas traviesas. Barbara está nerviosa ante la elección. Sin embargo, no duda ni un instante. Hace meses que está ahorrando, que pasa frente al escaparate para comprobar que la elegida sigue allí, que deja que ella la mire. Esa muñeca tiene una particularidad muy importante: es la primera que consigue regalarse con su dinero.

—¡Esta!

La dependienta mira en la dirección que señala el dedo. Su cara se ilumina con una sonrisa de aprobación.

—Excelente elección. Se llama Sweet Doriane. Es una obra magnífica. ¡Mire sus labios perfectamente perfilados! ¡Y la expresividad de sus ojos! —dice bajándola de la estantería—. Su vestido es de seda natural y encaje de Calais. Usted sabrá mimarla, ¿verdad?

La dependienta ha dado un paso atrás, abrazada a la muñeca como para asegurarse de que la adoptante reúne todos los requisitos para ocuparse de su pequeño tesoro. Barbara sonríe. Le gusta tener que demostrar sus cualidades de mamá de porcelana.

—¡Sí, sí señora! ¡Como si fuera mi propia hija! —exclama.

—Bueno, bueno. Entonces en ese caso es suya, querida. Por otro lado, mirándola bien, creo que se le parece.

La mujer tiende la mano. Barbara le da los billetes. Es el importe exacto, acumulado euro a euro, sisado de los cambios de la compra, ahorrado de su dinero. La dependienta cuenta, sonríe y envuelve a Sweet Doriane en papel de seda y se la entrega a su nueva propietaria antes de darle al interruptor y dejar la estantería en penumbra. El mensaje es claro. Una vez hecha la transacción, la tienda ya puede cerrar.

Barbara se pregunta si se puede ser más feliz que en este preciso momento. Abraza ese tesoro contra su pecho y tiene la sensación de que el objeto la reconforta. La muñeca es ligera como una nube. Una rápida mirada al reloj: llega tarde. Su madre le va a montar una escena. Le va a estropear su fiesta. Tiene que darse prisa. La joven acelera el paso, cruza el parque que a menudo le sirve de atajo y duda. La única farola que funcionaba está apagada. Se sabe el camino de memoria, pero teme pisar alguna mierda de perro o, peor aún, torcerse un tobillo. No obstante, toma ese camino, con la esperanza de llegar a tiempo: ganará unos preciosos diez minutos. ¡Correrá el riesgo! De repente se para en seco, da media vuelta y choca de frente con el hombre que caminaba detrás de ella.

—¡Coño, podrías prestar más atención, zorra!

—Perdón.

No hay tiempo para discutir con este tío tan grosero. Barbara retoma el camino y se adentra en el parque que está inmerso en una penumbra traidora, sin darse cuenta de que otro hombre va justo detrás de ella.

2

—¡Gilipollas! ¡Hija de la gran puta!

Marc Percolès sigue enfadado. En una acera ancha como un paseo ha tenido que tropezarse con la única idiota indecisa incapaz de controlar su cuerpo en el espacio. No, si también habrá que sacarse un permiso para poder ir andando. De ese modo habría menos imbéciles en la calle. El hombre suspira. La verdad, está más enfadado consigo mismo que con la pobre chica que, con toda seguridad, acaba de aterrorizar. Está enojado porque él podría haberla sorteado. En fin, antes seguro que lo habría podido evitar. No soporta la idea de no haber sabido esquivarla. No soporta la idea de que es él quien lo ha hecho mal, dado el peso de su cuerpo. ¿Cuánto pesa ella? ¿Cincuenta kilos? Es patético.

—¡No soy más que un pobre infeliz, un miserable!

Se resigna y maldice su vida mientras avanza con paso colérico sobre la acera helada; maldice al destino y a este jodido cuerpo que le traiciona. Ni pensar en subirse a un taxi como un vulgar inválido. Y nada de coger el metro, bajar y subir los escalones de hormigón. No le queda otra, caminar. Tan rápido como puede. Como cuando lo hacía sin pensar. Como antes.

Veinte minutos más tarde, ya ha llegado. Bañado en sudor, sofocado como un buey. Pero ha llegado, y en un tiempo récord, faltaría más. Se dice a sí mismo que ya está preparado para los paraolímpicos y reprime un grito de rabia. El lugar no es el más adecuado. Bueno, el lugar quizá sí, pero no el momento.

Esto huele a pasma. Normal, es una comisaría. Los hay para todos los gustos: los de azul, que llevan el uniforme y el quepis, los polis de civil, jóvenes, viejos, los que se entretienen tecleando las declaraciones con un solo dedo, otros enfrascados en la tertulia frente a la cafetera que carraspea, allí, en el fondo del pasillo a la izquierda. Se entra y se sale como en un patio abierto, y lo menos que se puede decir es que son muy confiados, estos pollos. Un zorro podría entrar y desplumarlos sin ningún problema. Marc está que trina. ¡Pedazo de inútiles! Como nadie parece haberse percatado de su presencia, se va a dar una vuelta. Recorre el pasillo donde los policías esperan pacientemente su café, camina sin hacer ruido, agudiza el oído para pillar la conversación.

—Un tipo brillante, sí señor. Realmente, no se puede decir lo contrario.

—Sí, su fama llega hasta Marsella.

—Ya verás, es bueno. Pero ya antes era un poco raro. Entonces...

—¿Raro?

—Sí. Uno de esos tíos que leen libros de filosofía, que lo saben todo de todo. No hay nada que no sepa. Incluso los de la científica jamás han conseguido pillarlo en un renuncio. Sabe tanto como ellos, incluso más.. Aquí los chicos le llamaban la enciclopedia con patas. ¡En fin, ahora será la enciclopedia monopata! ¡Ja ja ja!

El otro poli también se parte de risa. Durante unos cuarenta segundos. Cuarenta

segundos antes de que se den cuenta de que un tercer hombre está junto a ellos. Que se ríe a carcajadas. Una risa rara, sobreactuada. Una risa que espera su turno para explotar en la cara, rociarte de odio y escupir un gargajo de ácido. Los dos colegas se giran con una sincronización perfecta. Su hilaridad se desvanece de golpe. El más joven por puro mimetismo con su mayor. El oficial que estaba hablando permanece estupefacto, con la cara deformada por las emociones contradictorias: la que le hacía reírse a mandíbula batiente hace un momento y la que acaba de abrirse camino a lo largo de su columna vertebral. Sus ojos se abren como platos, las pupilas se retraen, empieza a rezumar miedo. Un miedo que le impregna la frente de gotitas, le chorrea por la comisura de los labios y le hace temblar la barbilla.

—¡Ca... capitán Percolès! Pero... ¿no tenía que llegar mañana?

—Claro, colega, ahora resulta que es culpa mía que te haya pillado cachondeándote de mí. ¿Cómo te llamas?

—Teniente Matel. Denis Matel. Escuche, capitán, lo siento mucho, no quería burlarme.

—¡Ah, no! ¿Cómo llamarías tú a eso?

—Yo... es estúpido, no voy a negarlo. Es imperdonable. Le pido por favor que acepte mis disculpas. Pero ¡por favor, no abra un informe por una tontería de colegial!

Una tontería de colegial... Marc inspira profundamente. Sobre todo no debe ponerse nervioso. No el primer día. No por eso.

—Está bien.

—¿Bien? ¡Oh, gracias, capitán! Lo sien...

¡Cloooc! No le deja tiempo para terminar la frase. Percolès puede estar algo disminuido, pero su cabeza funciona a la perfección, literal y figurativamente. El idiota no lo ha visto venir y se ha llevado un cabezazo magistral. Uno bien estructurado, que sale ¿del pecho?, ¿del corazón? El cráneo impacta justo en la zona superior de la nariz. El tío está en el suelo y se retuerce de dolor. Instintivamente, su joven colega se pone en guardia, dispuesto a defenderse en caso de ataque, e incluso a responder.

—Veamos. ¿Pegarías a un inválido?

—¡Si me atacara, sí!

—Me gustas. Búscame una aspirina, presiento que voy a tener migraña.

—Pero... ¿y Matel?

—No me gusta esperar, ¡rápido!

El poli joven desaparece a paso ligero. Pero no hay que ser un sabueso para adivinar que no ha ido al botiquín, más bien ha ido a chivarse. Percolès suspira, mira de reojo a Matel que aún está atontado, se encoge de hombros y termina de recorrer el pasillo hasta su despacho.

Está tan satisfecho de volver a ver su vieja silla que le destroza la espalda, esa mesa metálica con los cajones abollados, ese estúpido muñeco de perro que balancea

la cabeza, regalo de los colegas en un aniversario, que en un principio no se da cuenta de que algo ha cambiado, de que no es el único ocupante del despacho. Solo después de cinco largos minutos frunce el entrecejo y se dispone a gritar el nombre de su comandante justo cuando este entra en la sala.

—Podrías llamar.

—¡Y tú podrías controlarte! ¡Coño, Marc, no hace ni diez minutos que has llegado y ya te has metido en un berenjenal!

—Yo también tenía ganas de verte, Ange.

—Se suponía que llegabas mañana —refunfuña el comandante.

—Claro. ¿Para que te sientas obligado a sorprenderme con una estúpida copa de bienvenida? No, gracias.

—Vete a la mierda. ¿No puedes comprender que nos hacía ilusión celebrar tu regreso?

—Ya está bien. No vuelvo del destierro, no hay que exagerar. ¿Tienes fuego?

El comandante Gardeni renuncia a reprenderlo por las malas costumbres que comparten y se limita a suspirar mientras le ofrece su mechero. Marc enciende el pitillo con una gran calada que impulsa el humo hasta sus entrañas.

—¡Coño, qué contento estoy de haber vuelto!

—¿No es un poco pronto?

—Los médicos me han soltado. Soy apto para el servicio

—No hablo de eso, Marc. Has vivido un drama.

—Y crees que estoy majara, ¿verdad?

—No, no quiero decir eso. Pero aún eres frágil.

—Déjame en paz. Ya he tenido bastante durante toda la rehabilitación con esos psicólogos charlatanes jodiéndome con sus chorradas.

—¡Joder, no has cambiado!

—¡Ya ves! Bueno, lo que me toca los cojones, y sé que no tengo derecho a preguntarte, es lo que veo en este despacho y que me cabrea mucho. Pero todavía no he saludado a los colegas como tiene que ser, así que, si me perdonas.

Bajo la atónita mirada de su superior, Marc se quita el jersey, después la camiseta. Gardeni se siente incómodo. Al ver a su amigo en ese estado le dan ganas de llorar.

—¿Qué haces, Marc?

—Ahorrarme meses de miradas inquisidoras —contesta desabrochándose los vaqueros.

—No hombre no, coño, para ya. ¿Qué vas a conseguir?

—Nada, no quiero nada, Ange —contesta con amargura.

Marc se inclina un poco hacia delante y hace que el pantalón se deslice hasta los tobillos. El comandante se da la vuelta, no puede evitarlo.

—¡Venga, venga! ¡Déjate de monsergas! ¡Mira!

—No puedo.

—Como quieras.

El capitán coge el montón ropa y se dirige a la puerta sin que su amigo intente retenerlo. Con paso lento, llega hasta la sala central. Al pasar la gente se calla, las miradas huyen hacia los fluorescentes o se concentran en las uñas, en los zapatos, cualquier cosa que les permita escapar del espectáculo que Percolès quiere obligarles a contemplar. El hombre sigue con paso lento y se coloca en la zona de los despachos. Y más que gritar, aúlla:

—¡Así soy yo! ¡Venga! Mirad, pedazo de blandos. ¡Examinad cada parcela de mi cuerpo de una vez por todas! No voy a vestirme hasta que todos y cada uno de vosotros me haya mirado bien. Porque una vez hecho esto, no quiero ver en vuestras miradas ni un ápice de piedad o rechazo, ¿está claro?

3

—Perdón, señorita, ¿tiene usted hora, por favor?

—No, lo siento.

—¡No es muy educado decir esto cuando se lleva reloj!

¿Cómo puede este hombre ver en la oscuridad? Ella apenas distingue dónde pone los pies. Barbara está intranquila. No le gusta la idea de estar sola en el parque con ese desconocido que la sigue desde hace un rato y que cada vez se acerca más. Qué cosa más extraña eso del instinto. Acaba de cumplir veinticuatro años y no tiene ninguna experiencia con los hombres, pero presiente de inmediato el peligro. El corazón empieza a palpar, se le hace un nudo en la garganta, tiene unas enormes ganas de defecar. Y Barbara contesta tontamente que el reloj está estropeado. Pero es consciente de que hubiera sido mejor no decir nada y salir pitando. El tío la alcanza y le corta el paso, se planta delante de ella. La joven no se atreve a levantar la cabeza. Un segundo ha sido suficiente para adivinar sus intenciones. Es mayor que ella, incluso podría ser su padre. Es corpulento, lleva la camisa desabrochada hasta la mitad del pecho a pesar del frío invernal, le asoma el grasiento vello. Apesta a sudor y a cerveza. La comisura de sus labios está blanca por la saliva seca. Suda a borbotones y frota sus enormes manos una contra la otra, produciendo un sonido seco por la callosidad de la piel. Es increíble lo que podemos llegar a percibir sin mirar a alguien.

—Eres una redomada mentirosa, tú, con tus aires de mosquita muerta. ¿Crees que no veo tus pezones erectos bajo tu camisa de mojígata? ¡Ah! ¡Eso me excita! Te gusta eso, excitarme, ¿verdad, pequeña guarra? Si no, no te pasearías sola por un parque oscuro.

La palabra guarra le perturba tanto que se queda petrificada. ¡Guarra! ¿Por qué guarra? ¿Y por qué se pregunta esto en lugar de salir corriendo?

Tendría que llegar alguien antes de que sea demasiado tarde. Alguien tiene que salvarla, lo sabe. Porque ya ha comprendido que sola no será capaz. Que se va a dejar hacer. Quizás ella sea una blanda. ¿Lo es? No sabe nada. Ignora cómo hay que reaccionar. En realidad sí lo sabe, teóricamente. Pero no le sale. Él va a entender su pasividad como una incitación, es imprescindible que llegue alguien. Pero no viene nadie. Nadie que pueda oírla gritar, pedir socorro. Nadie. Solo ella. No dice nada. Está paralizada. Su garganta se cierra, no puede respirar. Se pregunta si uno puede por sí mismo ahogarse de miedo y morir así. Le escuecen los ojos, siente brotar las lágrimas.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Te has tragado la lengua? ¿Quieres que lo compruebe?

Sin darle opción a contestar o a defenderse, lanza su pesado cuerpo sobre el de la joven y la empuja contra un árbol. Apesta. Es lo primero que le pasa por la cabeza. El hedor le provoca náuseas. Barbara gira la cabeza para no respirar los efluvios del hombre y se raspa la mejilla contra la rugosa corteza. El hombre la coge por la

barbilla con una mano y la obliga a mirarle de frente.

—¡No me digas que no lo estabas buscado!

«¡No! ¡Por favor! ¡Déjeme, se lo ruego!» Esto es lo que le habría gustado contestar. Pero él ya ha pegado el asqueroso bigote sobre sus labios, le ha metido su estropajosa lengua en la boca, la obliga a aceptar que es suya. Tiene mal aliento. No solo por la cerveza. Dientes mal lavados o con poca frecuencia. Barbara imagina que debe tener esas placas blandas y amarillentas que a veces tapizan el esmalte. Seguramente en él serán de color marrón. ¿Cómo se llama eso? ¡Ah, sí! Placa dental. Se acuerda vagamente de un curso de prevención sobre «higiene bucodental». ¿No hubiera sido más conveniente uno sobre la sensibilización de los peligros en los parques sin luz y de los hombres que apestan a cerveza? El contacto de las mucosas del tipo con las suyas le repugna, la quema. Ella preferiría perderse en los recuerdos anacrónicos de las clases. Puede hacerlo si se concentra mucho. Depilación, maquillaje, masaje. Eso es. Abandonar el cuerpo. Ser una mera espectadora, verse desde lejos, ninfa aún joven y frágil atrapada en la trampa de un morreo asqueroso. Un enorme morreo asqueroso, sí, eso es. A Barbara le gustaría poder vomitarle dentro de la boca, morderle la lengua hasta que sangre, pero ya no es ella quien decide. Ella no está aquí, los pies en la nieve, lejos de cualquier luz para ocultar el crimen del violador. Gravita fuera, encima de sus cabezas. No tiene miedo, espera que pase. Acabará terminando, ¿no? No.

Ella no ha soltado del todo las amarras: su cuerpo le envía, a pesar de todo, señales que hubiera preferido ignorar. Él no se va a contentar con meterle la lengua en la boca. Empieza a deslizar la mano por debajo de la camisa y pellizca, amasa dolorosamente su tierna piel. Con la otra le desabrocha la falda y se mete en las bragas. El morreo se alarga hasta el infinito. El pulgar y el índice separan los grandes labios. Abren el orificio hasta ahora inexplorado. El hombre frota sus falanges contra su clítoris y le arranca un grito de dolor.

—¡Te gusta esto, sí, pequeña putita! ¡Te vas a enterar, vas a saber lo que es un hombre!

El bigotudo mete con autoridad sus gordos dedos en la vagina de la joven y la fuerza violentamente.

—¡Pero si te estás corriendo, putón!

Este cabrón seguramente acaba de romperle el himen y no entiende que lo que rezuma es sangre. A Barbara le gustaría llorar. Insultarlo. Reaccionar. Aunque fuera para suplicarle. Pero nada sale de su gran boca abierta por la pena, que aspira, como una ahogada, el aire contaminado de París, el perfume de la cerveza y el de la violación. Una mano se posa sobre su hombro y la fuerza a agacharse. Su espalda se rasguña con el tronco. Sus rodillas se doblan y se desuellan contra el suelo. El hombre se desabrocha el pantalón.

—¡Vamos, chúpamela, puta!

—¡No! ¡Por favor!

—Cállate. ¡Chupa!

Ha agarrado a Barbara por los pelos. Le tapa la nariz. No le queda más remedio que abrir la boca para respirar. Él aprovecha para meterle su sexo. Ella cede, con la esperanza de que deje de estrecharla contra él, pero mantiene la presión todavía unos largos segundos para asegurarse que desde ahora será dócil. Le sujeta con fuerza la cabeza y llena su boca, cada vez más adentro, en ese vaivén brutal que le golpea el cráneo contra el árbol en cada ataque. Al final deja de obstruirle los conductos nasales, que a duras penas se despegan con una respiración brusca. El olor. Otra vez, es lo primero que su cerebro percibe. Oler al enemigo antes de permitirse respirar. ¡Oh, ese olor! Hedores amargos de pis y de mugre. Un olor repugnante. El perfume del hombre que domina. No sabe lo que es la ducha. Ahí también debe haber placas blanquecinas, piensa ella. Le oye respirar fuerte, adivina el vientre grasiento tembloroso y el gesto lamentable de la cara del hombre que se alivia en la garganta de una desgraciada virgen, sin conmoverse por sus mejillas bañadas en lágrimas, de los quejidos de animal herido o de la náuseas que la zarandean y que le hacen vomitar bilis en su polla inmunda. ¿El tiempo se ha parado? Barbara tiene la sensación de que está aquí desde hace un mes, un año, un siglo. Que siempre ha sido ese perro apaleado, esa guarra humillada tirada en el suelo. Que él es su maestro y ella tiene la culpa. Que nunca terminará de superar su error. El de haber nacido mujer. ¿Este es su destino? ¿Por qué piensa esto? No lo sabe. Esto la intriga, ella se interroga. Se mete dentro de sí misma y se olvida del hombre que aprieta su lengua, se olvida de que parece que él nunca vaya a separarse para liberarla. Una sensación extraña. Es como si ya hubiese vivido esta situación. No obstante, nada hay en sus recuerdos, que repasa metódicamente, que confirme esta absurda hipótesis. Pero uno olvida tantas cosas de su propia infancia.

—Ponte a cuatro patas, que te voy a encular.

La vuelve a coger por los pelos. Ella no lucha. Barbara es una muñeca de trapo, él es el titiritero. Ella cae en la posición que él ha escogido.

—¡Sí, eso es! Es eso lo que quieres, ¿verdad?

Barbara no contesta. Barbara no está aquí. Hace el muerto, como en la piscina. Sabe lo que él quiere hacer, y que le va a doler mucho. Pero que mucho. A él le parece que ella ha gritado, pero ella no está segura de haber oído su propia voz. El tío no termina nunca de desgarrarla, de penetrarla, ella tiene la sensación de no ser más que un agujero. Nada más que un dolor. Él eructa alguna cosa que ella no entiende pero que parece excitarle más. Él se retira. Ella cree que el asunto ya se ha acabado cuando otro dolor la parte en dos. Él acaba de romperle el himen. Otra vez le vuelven a la cabeza los cursos de higiene. No está bien hacer esto en la vagina después de haber estado detrás. Es sucio. Corre el riesgo de caer enferma. Incluso puede morir. Es eso lo que le debe haber excitado, la idea de mancillarla un poco más. Sí. Eso le produce una sensación extraña. Él se agita, frenéticamente, acelera el ritmo. La luna, perversa cómplice de su suplicio, sale de detrás de una nube con los reflejos de su luz dulzona. Barbara contempla sus manos que se hunden en la gravilla, su Sweet Doriane que se ha caído a unos metros y la foto, que se ha salido del sobre protector.

Un pálido rayo ilumina la cara de la chiquilla que sonrío al objetivo. Parece una niña modelo con su vestido de volantes y sus cabellos bien peinados. Cuando su padre se marchó, unos meses después de que se hicieran la foto, su madre dejó de comprarle ropa bonita y de peinarla. No es culpa suya. Su vista empezó a fallar en ese momento y ya no podía ocuparse de ella como antes. Barbara había sido tan feliz en esa foto... Le parece que fue ayer. Sweet Doriane también parece mirarla. Pobre muñequita. ¡Debe de estar tan asustada como ella! ¡Ojalá que no se haya lastimado al caer! A Barbara le gustaría cogerla en brazos y que la muñeca la consolara, que le dijera que todo se arreglará. Pero no puede. Entonces la mira fijamente con todas sus fuerzas, como si su vida dependiera de eso, como si sus destinos estuvieran unidos y que mientras Sweet Doriane estuviera allí, para observarla, ella viviría. Ella quiere vivir. La cara de porcelana se convierte en el símbolo de la supervivencia, de su lucha. Se convierte en todo su universo, el refugio donde ella proyecta su alma mientras profanan su cuerpo. La mira fijamente, como cuando vemos nuestro reflejo en el espejo, convencida de que solo una fusión total con su gemela de porcelana puede salvarla de la muerte. Se conecta a los ojos de ágata hasta que todo el resto se vuelve borroso, las pupilas se convierten en un túnel, en un camino hacia un mundo mejor. Y de repente, como un extraño milagro, una especie de aparición inesperada toma forma en el otro lado. La de una mujer espléndida de hermosos cabellos rubios que caen en cascada sobre sus hombros diáfanos. Está maquillada con esmero, lleva un vestido blanco vaporoso y le sonrío con benevolencia. Conoce a esta mujer, la reconoce, y no obstante, nunca se han encontrado. Esta mujer es... No, es imposible. Alguna cosa dentro de ella lucha contra la evidencia. Barbara cierra y abre los ojos, pero la mujer sigue aquí. El tiempo se ha detenido en su cabeza. Se reafirma, lucha, como el diamante de un tocadiscos que ha llegado al final del recorrido. Sin embargo, por muy increíble que pudiera parecer, esta criatura es... ¡ella! ¡Sí, ella, Barbara! Una versión desconocida, sublimada, que le hace una señal desde el otro lado del túnel. ¿Es posible? ¿Es una alucinación? ¡No! Barbara no sabría explicar cómo esta noche, en este parque, por alguna conexión mágica con un espacio-tiempo indulgente, la muñeca le muestra el futuro.

Esta bella joven que irradia felicidad puede ser ella. Será ella. ¡Es sobrenatural! ¡Es maravilloso! Sobrevivirá a todo este horror y navegará hacia una vida mejor. Barbara levanta los ojos hacia la luna, como para darle las gracias por haber traído la luz a sus tinieblas, y después busca su doble en la mirada de la muñeca. Pero la hermosa mujer ha desaparecido, dejando tras ella solo a la pequeña médium de porcelana.

—¡No me dejes sola! —suplica la joven.

Entonces se produce el segundo milagro. La porcelana parece cobrar vida, como si hubiera atendido su ruego. Los rasgos se animan, la piel se flexibiliza y se vuelve sonrosada. Los labios se estiran para modular una radiante sonrisa. Barbara podría creer realmente que en este preciso instante está perdiendo la razón. Pero no está en posición de cuestionarse demasiadas cosas. Lo único que importa es la metamorfosis de Sweet Doriane, su tranquilizadora presencia. Esta muñeca es mágica, es la clave.

Barbara promete que siempre la mimará.

—¿Me harás caso? —pregunta Sweet Doriane.

—Sí, te lo juro —contesta ella en silencio.

—Entonces te ayudaré a convertirte en esa bella mujer que has visto.

La promesa es tan atractiva que Barbara pierde todo contacto con la realidad de lo que se ha producido. Solo cuenta *su* realidad y que pueda aferrarse a ella, olvidar su miedo y el dolor. Sí, saldrá de esta, así que nada de lo que el violador le haga padecer tiene importancia. Mientras el violador se agita con más violencia y su pene se agranda dentro de ella, al fin siente venir la descarga. Barbara recibe el grito del macho sin protestar. Retorcida sobre su vientre, tiembla con todo su ser. Gira la cabeza despacio y le mira, enorme y chorreando, meter su polla en los calzoncillos sucios de tres días. Sus ojos tienen un reflejo duro, sus labios se retuercen en un gesto de satisfacción, su bigote está enredado. Por un momento cree ver la cara de su padre, pero borra la imagen de su espíritu enloquecido.

—Si le cuentas a alguien lo que ha pasado, iré en tu busca y te haré pasar un rato horrible, ¿entendido?

La joven hace un gesto afirmativo. Él se ríe burlonamente y, antes de irse, la llama por última vez guarra.

Ya está, se ha acabado. Eso es todo. Vuelve la vida, o mejor, la vida continúa, ya que el mundo no ha dejado de girar porque un hombre haya violado a una mujer. Pasa todos los días, es algo insustancial. Nada hay más anodino. Muy fácil de ignorar. De olvidar. Por otro lado, ¿no es verdad que no ha sido más que un sueño? ¿Qué todo esto puede desaparecer de su memoria si ella se compromete a no volver a pensar en ello jamás? Sí, estaba oscuro. No había nadie. Sin testigos y sin que ella quiera recordarlo. Esto no ha ocurrido.

Borrar. Volver a poner los contadores a cero. Borrar la cinta y volverla a dejar virgen.

Barbara se viste temblando. Solo piensa en la hora. ¿Qué hora debe ser? Mira el reloj. Se sobresalta. ¡Su madre la matará! Se seca rápidamente las lágrimas con el antebrazo porque sus manos deben estar sucias por haber estado hundidas en el suelo, intenta arreglarse el pelo sin tocar demasiado el cuero cabelludo, dolorido por el zarandeo, y se va del parque lo más dignamente posible, como si no hubiera pasado nada desagradable. Memoria resquebrajada, agrietada, borrada. A cada paso que da, sus recuerdos se dispersan un poco más y se disuelven en la penumbra del pequeño parque que le sirve de atajo.

4

—¡Dios mío!

El grito ha roto el silencio. Un grito vehemente, un grito de horror. La mujer se ha llevado las manos a la boca, como para impedir el vómito. Abre los ojos como platos, cree que un perturbado ha entrado en la comisaría y de golpe ya no tiene ninguna prisa para poner una denuncia contra su ruidoso vecino. Se va rápidamente, choca contra las paredes, abre la puerta con brusquedad y se diluye en la noche fresca con un gran sofoco. Nadie ha intentado tranquilizarla, pararla. Nadie ha dicho nada desde que Percolès ha empezado a exhibirse. Las bocas están cerradas, pero al final los ojos se han atrevido a posarse en la piel quemada y pegarse como el aceite caliente, como para lamerlo y chamuscarlo una segunda vez. Con cada mirada, Marc se estremece. Ofrecido como pasto al voyeurismo y a la compasión, es observado minuciosamente, diseccionado, cortado. A pesar de la humillación que él mismo se inflige, no abandona, no baja la mirada, expone su carne mortificada, su miembro amputado y la prótesis que detesta necesitar.

—Bueno ¿qué? ¿Ya no es tan divertido el «monopata»? —pregunta mirando fijamente a Matel.

Matel no dice nada y mantiene obstinadamente la cabeza gacha. Su frente empieza a mostrar tintes violáceos que no se atreve a frotarse, por miedo a hacerlos más evidentes.

—¿Qué? ¿No dices nada? ¿Te doy miedo? Sin embargo, no soy un psicópata. Ni un sociópata. ¡No, soy un «monopata»! ¡Ja ja ja!

—Ya basta —grita el comandante Gardeni

—¡No seas cafre, Ange! ¿No ves que estoy intentando relajar el ambiente?

—Solo consigues que todo el mundo se sienta mal. Anda, ve a vestirte.

Marc parece dudar un instante. Sus hombros se relajan, su sonrisa forzada se borra. Va a entregar las armas. Quizá. Pero no antes de enviar un último mensaje.

—¿No me presentas a la señorita? —pregunta señalando con la barbilla a una joven.

—Es la teniente Margaux.

—¡No te jode! Venga, toca, bonita.

El capitán se acerca a ella, le coge la mano y la pone sobre su torso. La chica hace una mueca, intenta retirarla, pero él la sujeta firmemente.

—¡Suélteme!

—Si no ¿qué? ¿Me vas a pegar? Adelante, ¿a qué esperas?

La chica se revuelve, se defiende. Tiene que liberarse de ese apretón, aunque él sea más fuerte, porque ella es mujer y su credibilidad puede quedar en entredicho en la comisaría. Pero Percolès tiene el puño de acero. Cuando más tira ella de su muñeca, más aprieta él.

—¡Me hace daño!

—¡Oh, pobrecita! Le hago daño. ¿Habéis oído, tíos? ¿Tal vez quieres metérmela doblada, Ange? ¿Una mequetrefe que chilla si le agarras la mano un poco fuerte? ¿Qué es, una poli o una niñera?

—Es tu nueva compañera, Marc. Sabías que tendrías un compañero cuando volvieras.

—Y tú sabes perfectamente que no quiero. Está claro que es una perra que no puede mirarme sin sentir asco.

Marc suelta la mano de la chica, que se desequilibra y a punto está de caerse.

—¡Cabrón!

—¡Sí, bonita! Estamos de acuerdo. ¿No tienes ganas de currar conmigo?

—¡Váyase a la mierda!

La chica coge su abrigo y se marcha furiosa de la central.

Satisfecho, Percolès saluda a sus colegas con un guiño y regresa a su despacho como si nada hubiera pasado. Gardeni va tras él.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Quieres que te empuren con una denuncia por acoso?

—¡Oye, vale, ha sido ella la que me ha buscado! ¿No has visto como la putita me acariciaba el torso?

—No estoy de broma, Marc. Necesitas un compañero.

—Necesito trabajo. Necesito sumergirme en el trabajo, Ange. No importa cuál, incluso un puto perro atropellado. Pero necesito ocupar mi cabeza, eso es todo. No creo que vaya a sentirme mejor si me pegas al culo una compañera para que me vigile. Quiero currar.

—Y yo quiero que te olvides de todo y le pidas disculpas a Margaux.

—Jamás.

—Joder, pero ¿qué te ha hecho ella?

—Es una mujer.

—¿Y?

—Pues eso.

Ange Gardeni no sabe qué contestar. Está confundido. Sin duda, todo esto tiene que ver con el accidente, aunque Marc ya antes era un tipo de armas tomar.

—Oye, sé que es duro.

—No, tú no lo sabes.

—Me lo imagino. Me imagino que es horrible perder a la mujer que se ama. Pero no es una razón para vengarse de las demás.

—¿La mujer que se ama? Es más complicado que eso, Ange. Mucho más complicado.

5

Barbara se mete en el minúsculo ascensor y maldice su lentitud. Tiene que esperar que las puertas se cierren del todo y después apretar el botón del séptimo. Si no, el aparato no se entera. Al fin, la cabina se tambalea y con un chirrido que testifica su antigüedad la lleva hasta su casa. La luz de la bombilla que ilumina el espacio cerrado es mortecina y la joven puede ver los rayos de luz a otro lado de la puerta al rebasar piso tras piso. Es un ascensor extraño, más bien inquietante. Siempre tiene la sensación de estar bajando cuando ella se sube en él, como si ese asunto del séptimo piso no fuera más que una engañifa y en realidad se hundiera hasta las entrañas de la tierra, hasta los infiernos de penumbra devoradora. Cuando las puertas se abren siempre teme encontrarse frente a frente con el diablo o con la muerte, pero solo ve la puerta de su apartamento. La abre deprisa y la cierra con doble vuelta de llave. El olor de la estancia se le pega en la nariz, como siempre. Es olor a viejo. Una fragancia entre cerrado y a naftalina que obligatoriamente tiene que respirar. El olor del tiempo, que hace que huelas su peso, sus traiciones y su ineludible crueldad.

Barbara palpa la pared del pasillo buscando el interruptor. No le gusta que la única luz sea el brillo azulado del omnipresente televisor. El aparato está encendido desde la mañana hasta la noche. Aquí jamás hay silencio, siempre hay penumbra. Las cortinas siempre están cerradas. La única cosa que llega desde el exterior es lo que se ve a través de la pantalla. Eso es mucho decir: la mayor parte del tiempo, su madre se conforma con poner los mismos viejos vídeos que ya ha visto decenas de veces.

—Llegas tarde. ¿Dónde te has metido?

Barbara no sabe qué decir, porque no tiene la respuesta. Se acuerda de haberse caído en el parquecito y de que se ha ensuciado, eso es todo. ¡Menos mal que su madre no puede verla! ¡Menudo sarao le montaría! Para fingir aplomo, la joven arregla un mantel individual que se ha doblado debajo del vaso. El trozo de tela amarilla almidonada vuelve solo a su sitio.

—He... He estado esperando los resultados.

—¡Sí, ya, te has ido por ahí! ¿Te has comprado la muñeca?

—Sí.

—¡Dinero echado a perder! ¡Esto es lo que hace una hija ingrata que prefiere hacerse regalos en vez de agasajar a su anciana madre!

Barbara baja la cabeza, un poco avergonzada. Abraza a su tesoro y va a colocarlo en su habitación. Ni velas ni pastel, ni un beso afectuoso, ni una canción. Sin embargo, es su cumpleaños.

—¡Es el día del baño!

Su madre no ha gritado. Apenas ha alzado la voz, pero Barbara sabe que a la vieja no le gustaría repetirlo otra vez. Deja la muñeca y la foto encima de su cama y vuelve al salón

—Sí, mamá. ¿No sería mejor dejarlo para mañana, porque ya es muy tarde?

—El aseo es el viernes, no el sábado. Ayúdame en vez de hablar.

La ciega desincrusta el caparazón de mullidos cojines de su espalda, del que casi nunca sale, y se apoya en su bastón. La hija le pasa un brazo bajo la axila y le hace de muleta.

En el diminuto cuarto de baño, Barbara la ayuda a desnudarse. El agua caliente corre suavemente y el guante se empapa de espuma perfumada. La joven contempla un instante el trozo de esponja, todavía limpio, que tendrá que pasar sobre la piel flácida. Hace ya muchos años que su madre perdió la vista. Que no ve su cuerpo encorvado, cuajado de venas reventadas que le manchan la piel clara, ese cuerpo deformado, con las mamas vacías que cuelgan, con las nalgas vencidas, los pies hacia dentro. Se pregunta cómo se imagina su madre a sí misma. ¿Se ve más decrepita de lo que está o se imagina tal como era cuando tenía un cuerpo espléndido? ¿Qué pasa por la cabeza de una mujer vieja cuando otra más joven frota todos los rincones de su anatomía, cuando hay que abdicar definitivamente del pudor, de toda la dignidad e inmolarsse en el altar de la dependencia? ¿Es tan fuerte como para que te entren ganas de gritar «¡No! ¡Ahora no! No hay decadencia, yo no soy esa anciana»?

—¿Creías que no iba a notarlo?

—¿El qué, mamá?

—¿Crees que soy tonta?

—¿De qué hablas?

—Hueles a hombre.

Tres gélidas palabras soltadas con tanto desprecio que Barbara tiene la sensación de que su madre va a renegar de ella en el acto.

—No, no, mamá, no es verdad.

—Reconozco el olor a coito. Apeestas. Te has ido de juerga por ahí, ¡confiesa!

—¡Te juro que no!

—¡No jures!

La mano de su madre le golpea violentamente la nariz. Más bien el dorso de la mano, con su rosario de duras y nudosas falanges. Tiene ganas de pegar a la ciega, es muy raro que su madre yerre el tiro. Inmediatamente le brotan las lágrimas.

—No, mamá, no salgo de copas, te prometo que no salgo.

—¿Y por qué hueles a hombre?

—No lo sé. Quizás el metro. Había mucha gente, íbamos muy apretados.

La mujer parece creérselo, y eso la calma.

—Te necesito, Barbara, cariño. Sin ti, solamente sería una pobre vieja ciega en espera de la muerte como única salida.

—¡Lo sé, mamá, y estoy aquí!

—¡No me dejes! Te necesito.

—¡Yo también, mamita! Solo te tengo a ti.

Madre e hija empiezan a llorar. Con su juventud culpable, Barbara intenta calentar un poco el viejo cuerpo desnudo. Barbara quiere sinceramente a su madre.

La vida no le ha resultado fácil por culpa de un marido que la abandonó con una niña pequeña y la diabetes que le robó la vista. La joven haría cualquier cosa para suavizar su vejez. Está muy agradecida por haberse ocupado de ella cuando era pequeña.

—Podrás divertirte a tus anchas cuando me muera. Ya no falta mucho.

—¡No digas eso, mamá! Estaría perdida sin ti, mamita.

Tras lavar los platos, Barbara se encierra en su cuarto y al fin puede dedicarse a su nuevo juguete. Desenvuelve con esmero el papel de seda, como quien cambia los pañales de un recién nacido, y contempla un instante a la pequeña princesa. Sus tirabuzones rubios sobre su cuello claudine. Su vestido blanco realza el esmeralda de los ojos. Son del mismo color que los suyos. La señora de la tienda tenía razón: Sweet Doriane se le parece mucho. Sin saber por qué, eso la tranquiliza y la inquieta al mismo tiempo. De vez en cuando evoca imágenes sintetizadas del parque, pero ya no se acuerda de que esta noche lo ha cruzado. ¡Ay, si hubiera atajado por ese camino no habría llegado tarde y su madre no se habría disgustado! Además, no puede explicarse el motivo que ha hecho que se retrasara tanto. Agujero negro. ¿Por qué sus rodillas están desolladas y su ropa maltrecha? Barbara se encoge de hombros y acaricia las pálidas mejillas de su muñeca, la coge en brazos y examina cada uno de sus pequeños dedos. Su mano nota una aspereza. Frunce el ceño, mira la porcelana de cerca. Un trozo ha saltado, justo en el pulgar derecho, creando un pequeño cráter en la immaculada porcelana. Pero ¡bueno! ¿Qué ha pasado? Está segura de que la muñeca estaba perfecta al salir de la tienda.

—¡Sweet Doriane! ¿Qué te ha pasado?

Barbara cavila, no llega a comprender qué es lo que ha podido desconcharla. ¿Hay alguna relación entre ese desconchón y el misterio del tiempo? No entiende nada. ¿Quizá se ha tropezado en la acera o alguien la ha empujado? Debe haberse dado un golpe en la cabeza porque, francamente, no se acuerda de nada. Qué lástima. Como esta muñeca está herida, se ocupará más de ella que de las otras. Como si fuera su hija, como si fuera ella misma.

Deja el juguete y contempla la foto que ha hecho ampliar. La coge, la acaricia, la besa con un nudo en la garganta. Y ahora ¿por qué llora? Tiene la piel de gallina, seguramente porque su primer trabajo está a la vuelta de la esquina. El lunes está muy cerca y eso le crea angustia. Tiene miedo de no estar a la altura de las circunstancias, miedo a ser una impostora que no se merece su diploma. Lentamente, la joven deja la foto encima de la colcha. Se mira la mano, está herida, igual que la de Sweet Doriane, y de repente se siente muy sucia. Como si estuviera impregnada de una brea purulenta que hay que decapar. ¡Esta mano, este cuerpo son, lisa y llanamente, repugnantes! ¿Cómo puede soportar un segundo más así? Tiene que deshacerse de esta mugre inmundada que la envuelve.

Barbara se desnuda rápidamente y se mete en la bañera. Deja correr el agua mucho rato sobre su cuerpo dolorido, sin hacer caso de la amonestación de su madre que detesta que se duche; no le gustan las duchas porque, desde su punto de vista, son un despilfarro. En cualquier caso, a partir del lunes será ella quien traiga más dinero a

casa. Tendrá algo que decir sobre los gastos domésticos. Le gusta la idea. ¡Para ella los caprichos y los trapitos!

El agua corre y sigue corriendo, la limpia, la reconforta. Se relaja y echa una ojeada al espejo de encima del lavabo. A través del vaho distingue una silueta borrosa que podría imaginar hermosa. Que en el futuro, con un poco de esfuerzo, podría llegar a serlo.

De repente un flash, una voz.

—Eres guapa.

Barbara se sobresalta. Conoce esa voz. Es una combinación a la vez infantil y extremadamente femenina, casi áspera. Ella la ha oído antes. Pero ¿de dónde viene?

—¡Estoy aquí!

Guiada por la voz, Barbara mira hacia la lavadora, donde está sentada su nueva muñeca.

—No recuerdo haberte traído conmigo —exclama la joven.

Está claro que últimamente se olvida de muchas cosas.

—No hace falta que me lleves. Tú y yo estamos unidas, ¿te acuerdas?

Barbara se estremece. ¿Es la muñeca la que acaba de hablarle? ¡No, es totalmente imposible! Debe de estar muy cansada para imaginarse algo así.

—Sueño despierta —bromea, para sentirse aliviada.

—No, no sueñas, Barbara, soy muy real, acuérdate del parque.

La imagen de una mujer de blanco le viene a la mente, una mujer que conoce porque ya la ha visto, pero ¿dónde? Esta visión la reconforta sin saber verdaderamente por qué, y con ella también aflora la idea de que un futuro mejor es posible, que está llamada a hacer grandes cosas o simplemente a convertirse en alguien que cuenta.

—Te ayudaré a convertirte en esa mujer... Una mujer que no tenga miedo de nadie —continúa la muñeca.

—¿Una mujer feliz?

—Una mujer fuerte. Pero para eso tendrás que hacer lo que te diga... ¿De acuerdo?

A Barbara le gusta tanto lo que le dice Sweet Doriane que no tiene ganas de replicar. Está cansada y se siente sola. Además, ¿acaso las muñecas no han sido siempre sus mejores aliadas? Sin preguntar nada más, esboza una sonrisa y contesta:

—Sí.

6

Algunas mujeres creen de verdad que los hombres son tontos. ¿Qué se cree esta, con ese exagerado escote y ese maquillaje multicolor? ¿Se cree guapa? ¿Que uno tiene tantas ganas de tírasela que está dispuesto a soportar sus delirios? Seguramente. Ella está aquí, rebosante de confianza, la mirada fría como la de una víbora, los labios escarlata que luchan para no tensarse en una sonrisa demasiado carnal que podría traicionarla, ella está aquí y no duda en absoluto. Es lo más fascinante. Está convencida de que su estratagema va a funcionar, ni que decir tiene que su queja será aceptada sin discusión porque tiene ovarios y sin duda alguna será considerada la víctima.

—Si usted supiese, señor...

—Capitán Percolès.

—¡Ah!, si usted supiera, capitán —vuelve a empezar con una mueca que ella supone encantadora—, vivo aterrorizada. Me siento vulnerable. No duermo y creo que no podré dormir hasta el día que ese individuo sea castigado.

—¿Sería suficiente compensación una multa adecuada?

La mujer permanece inmóvil un instante. Es evidente que le gustaría cobrar una indemnización e intereses, pero parecería venal admitirlo. Sin embargo, el policía está muy serio y espera una respuesta.

—No... No sé si puedo decirlo en este estado.

—¿Quiere usted que la indemnizamos o no?

—Pues... Sí, claro. No le haría ascos a una compensación financiera. Por el perjuicio que he sufrido.

—Es evidente.

El capitán empieza a teclear en el ordenador.

—Pero es posible que esto juegue en mi contra si figura en la denuncia.

—No tanto como su modo de mover las tetas bajo mi nariz, intentando influenciarme, esté usted segura.

—¿Qué? ¡Yo no muevo nada!

—No sé qué pretende.

—¡No he venido aquí para oír esto! Le agradecería que prosiguiéramos con mi denuncia, y pasaré por alto sus comentarios.

Su voz sube de tono y omite ese acento de feminidad que hasta ahora había exagerado tanto para conmoverlo. El capitán esboza una sonrisa burlona.

—¿Le divierte ver a una mujer acosada de este modo? Es usted de esos machos que piensan que por el simple hecho de vestirse con un poco de gracia ya está una buscando problemas. En cualquier caso, ¡no puede pedírsele a un madero que sea sutil!

—¿Sutil? ¿Qué sabe usted de sutileza, con ese tinte pelirrojo y ese moreno de

rayos UVA? Se cree seductora cuando apesta a vulgaridad y desvergüenza. Lo que me divierte, señora, es ver hasta qué punto esa pátina de respetabilidad que intenta transmitir para disimular su realidad prostibularia desaparece rápidamente, si se sabe dónde rascar.

—No le permito...

—Cierra el pico, putón, no he terminado. Te voy a explicar qué es lo que va a pasar. Tú pones la denuncia, perfecto. Después yo te hago una investigación de moralidad para ver si eres o no la víctima, tal como dices y tal como has declarado, o de verdad más bien estás interesada en la pasta. Créeme, si la cosa no cuela, estaré encantado de empapelarte por declaración falsa y por difamación del pobre desgraciado que se ha cruzado en tu camino. Y te perseguiré por todo el tiempo que me has hecho perder. Tú eliges, golfa. ¿Me das permiso para llamarte golfa? O te largas y no se vuelve de saber de ti en esta comisaría, o no te soltaré, como las ladillas que te comen el chocho.

—¡Cabrón!

La mujer se levanta de un salto, como si de repente el asiento le quemara las nalgas, y sin más se da media vuelta.

—¡Es un escándalo! —grita cuando ya ha salido del despacho del poli que la ha calado tan rápido.

Gardeni asoma la cabeza por el marco de la puerta.

—¿Aún no estás harto? Te vas a cargar nuestras cuotas.

—Le hago un favor a la justicia ahorrándoles trabajo a unos honestos juristas y le quito un marrón a un pobre hombre que no tiene nada que reprocharse. Me merezco una medalla en lugar de un sermón.

—Nuestro rol no es juzgar.

—Mi trabajo no es tramitar denuncias.

—Lo sé. Pero ahora todo está muy tranquilo, eso es todo.

—Vale.

—No hay duda de que tienes un problema con las mujeres. ¡Nunca te he visto echar a un hombre de ese modo!

—Básicamente tengo un problema con los casos estúpidos. ¡Además, mi instinto, a través de mi napia, me ha dicho que esta buena mujer atufaba tanto a timo que asustaba!

—De acuerdo, Marc. Pero si no estás bien, sabes que estoy aquí.

—Todo va bien.

—Entendería que echases en falta a Annabelle.

—La verdad, no sabes hasta qué punto. Le debo tanto...

Estas palabras parecen tranquilizar a Gardeni. A Marc siempre le sorprende que su superior y su amigo muestre esa ingenuidad en su manera de ser y, no obstante, esté tan dotado para el trabajo que hace. Ange tiene una fe ciega en el ser humano. También es cierto que Marc tiene el don de ocultar lo que piensa. Solo hay que

recordar hasta qué punto la versión que ha dado del accidente se ha considerado como la única posible. Un animal que cruza, un reflejo inadecuado, la lluvia, el patinazo... Evidentemente, iba demasiado rápido, y como Annabelle no tenía familia, nadie reclamó. Además él siempre había sido un buen policía, y ahora... Ahora hay casos que deben resolverse antes que otros.

—Deberías haberme escuchado. No está preparado. La convalecencia lleva su tiempo, sobre todo después de un traumatismo.

Convalecencia. «Periodo siguiente a una enfermedad o un accidente que procura la recuperación física o psicológica.» Marc no sabe de dónde sale esta definición que acaba de emerger en su cerebro, pero se dejaría cortar la mano que la ha leído en algún diccionario. ¡Bueno, cortar su mano es una manera de hablar, porque ya le falta una pierna! Es cierto que le basta leer una cosa una sola vez para recordarla de por vida. Le pasa lo mismo con las caras y las situaciones. Le pasa con todo. Tiene una memoria de campeonato. Por eso daría cualquier cosa por cicatrizar psicológicamente, algo que no ha logrado, seguramente a causa de los vivos recuerdos que le atormentan, y por eso nunca conseguirá curar del todo sus heridas invisibles.

Todo está aquí. Hasta el mínimo detalle. Siempre dispuesto a dispararse en su memoria, como si la pena aguardara la más mínima ocasión para estallar, al acecho de todo lo que le pudiera hacer volver a ese coche, con la mujer que antes amó.

Vuelve a verse al volante. Música de ambiente, no muy alta porque Annabelle tenía los tímpanos muy sensibles, ni con mucho ritmo porque eso la estresaba. Puede que fuera Radio FIP. O Nova.

Llueve, entre dos luces, sobre una carretera un poco grasienta y va muy deprisa. Demasiado deprisa. Ciento cuarenta, puede que ciento cuarenta y cinco. Uno se cree que ir a recoger cadáveres carbonizados en el asfalto con los médicos forenses es un antídoto para no superar los límites de velocidad, pero eso es una milonga. Eso no impide que seas imprudente. Quizás imprudente no sea la palabra; técnicamente, él no fue el causante del accidente, y de todas formas, aun yendo a ciento diez, el resultado hubiera sido el mismo. La música, apenas perceptible detrás de los gritos de su «amable esposa». Un cantante francés indignado, quizá Damien Saez. Annabelle grita. Bueno, ella no lo habría dicho así, hubiera dicho que hablaba un poquito más alto, que era él que se lo tomaba todo mal. Poco importa. El rosario de reproches habituales —«¡no te hago reproches, te lo explico, eso es todo!»— se derrama desde sus oídos hasta el corazón, como un río salvaje imposible de encauzar. «¿Por qué no me dices nada? ¿Por qué nunca me llevas por ahí el fin de semana? ¿Por qué no te presentas a las oposiciones para un ascenso? ¡Philippe sí se mueve! ¡Por eso ha llegado a director de empresa! Deberías tomar ejemplo.»

Philippe, el amante de su mujer. Bueno: uno de sus amantes. Aunque oficialmente solo fuera el marido de su amiga Judith. Annabelle estaba tan convencida de que compartía la vida con un cretino que nunca lo mencionaba delante de él. De hecho, Marc estaba al corriente de sus correrías. Desde la primera, algunos meses después de

que empezaran a salir. Cuando se quiere de verdad a una mujer, esas cosas se presienten. Se saben. Se adivinan en la profundidad de un suspiro, en el deseo que se esconde detrás de la mirada ausente, en la emoción que traiciona la mano temblorosa. Pero como todo esto se acompaña de la alegría de verla feliz y vibrante, entonces se acepta, porque la amamos y queremos su felicidad. A algunos esto les parecerá algo sórdido. Esos nunca han amado de verdad.

Cuando amamos, aceptamos. Que el otro quiera menos que nosotros. Que al final la comodidad que uno le brinda cuente más que la propia presencia en la pareja. Sí, lo hubiera aceptado todo de ella. Incluso lo inaceptable, el dolor más insoportable. Pero no el adulterio. Esa mirada dura que ella le lanzaba, que antes había tenido el pudor de camuflarse detrás del velo de esa nostalgia que las mujeres fingen tan bien, y que después, finalmente, había terminado por asumir como si él careciera de toda sensibilidad. Una mirada que rezuma desprecio, repugnancia, decepción de estar solo con «eso». Una mirada que le da a uno la sensación de estar recubierto de escamas.

Esta relación habría podido resultar asfixiante, inviable, insalubre, si no hubiese sido por los buenos momentos. Los buenos momentos, demasiado raros, en los que ella se entregaba a él como cualquier mujer enamorada de su hombre. Aquellos donde él se percataba de su fragilidad.

Annabelle se movía siempre en la cuerda floja. Era extremadamente sensible y vulnerable por la infancia que la había marcado como un hierro candente, entre un padre nunca presente y una madre siempre ausente. Había crecido a su libre albedrío, como una rosa plagada de espinas, como un pájaro caído del nido demasiado pronto y que volaba como podía. Sí, eso era. Marc siempre había tenido debilidad por los pájaros heridos. Y si Annabelle era capaz de acorralarle hasta el límite de hacerle perder los estribos, también era muy hábil para hacer vibrar la cuerda sensible de su marido exagerando su vulnerabilidad. No sabía cuántas veces la había encontrado medio inconsciente en la cama conyugal, había amenazado con colgarse, con saltar al vacío o, simplemente, con dejarse morir de pena. Sin saber muy bien por qué, él había asumido la misión de salvarla de ella misma y recibía cada una de sus puyas como una invitación para demostrar su motivación, su amor. Marc pretendía ser el caballero que salva a la delicada princesa.

Pero a veces las convicciones se tambalean. Cuando las escasas recompensas tienden a desaparecer, cuando al final, casi sin percatarnos, solo taponamos las brechas que nos hacían tan sensibles a la llamada del vacío. Cuando ya no necesitamos salvar vidas para sentirnos vivos. Annabelle se daba cuenta de ello. Sencillamente, si ella lo perdía, perdía su muleta, su apoyo, es decir, su sostén. Sin nadie que la mantuviera mientras ella echaba un polvo con quien fuera, tendría que ponerse a trabajar. Y eso era, desde cualquier punto de vista, inconcebible para ella. Al principio había intentado engatusarlo, volverlo a seducir, reinterpretar una gran escena de amor. Pero la obra era de otro tiempo y su actuación poco convincente. Poco a poco Marc se desentendía, Annabelle se agriaba y se secaba. Nada hay más deseable que lo que estamos perdiendo. Y dado que era imposible considerar un

futuro sin divorcio, estaba claro que ella no quería que fuera feliz. Peor aún. Ella quería que fuera infeliz. Que estuviera hecho polvo. Incapaz del más mínimo reencuentro.

Los seis últimos meses fueron un infierno. Humillaciones, vejaciones, acoso, se sabía la partitura al dedillo y la tocaba magistralmente. Hasta el movimiento final, que la condujo al infierno.

7

Hace meses que Barbara vive con el miedo en el cuerpo. Un miedo irracional que no le da tregua y que ha renunciado a comprender. Vive con una angustia difusa, eso es todo.

Esto le cae encima de golpe y porrazo, como un puñetazo en el estómago que le corta la respiración. El diafragma lucha y se agita para activar los pulmones. Eso tira fuertemente de su vientre y forma una especie de bola de terror instalada en lo más profundo de ella misma. La siente crecer día tras día, cada vez más dura, más negra. Como un montón de mierda que, estreñida, no consigue excretar. Como un cúmulo tan enorme de mierda, tan arraigado en sus entrañas, que expulsarlo la partiría en dos y al final la haría explotar. Por lo tanto, se contiene y trata de ocultar su angustia.

No obstante, a veces el miedo es más fuerte y se despierta con pesadillas pobladas de monstruos con bigote que tienen la voz de su padre, la penetran y la mancillan con su verga embadurnada de heces. Entonces se despierta de sus sueños, bañada en sudor, convencida de que no puede luchar contra el cambio que se está produciendo en ella y que solo podrá llevarla a lo peor. Porque, en cualquier caso, solo se puede acabar mal cuando se lleva la vida de Barbara, atrapada entre una madre que la incordia y un secreto que garantiza el infierno. Esas noches, para calmarse, Barbara se levanta de la cama y come, vacía la nevera como si estuviera muerta de hambre, sustituyendo la mierda por un poco de consuelo azucarado, solo el tiempo que dura el alba entre dos luces.

Sin embargo, está lejos de engañarse. Lo que vive está muy lejos de parecerse a la felicidad. En el trabajo, los masajes y las tareas de limpieza que las zorras de sus compañeras le endilgan sin escrúpulos le están destrozando la espalda. Siempre se encuentra mal. Un dolor que nace en los riñones y se expande hasta las costillas le impide a menudo respirar normalmente y eso hace más duro el trabajo. Sin hablar de las burlas y las humillaciones cotidianas. Adiós a la ambición de emanciparse o de tener, aunque sea solo un poco, autoridad sobre su madre o el control de su vida. El invierno ha helado sus esperanzas, la primavera ha apedreado sus deseos, el verano ha terminado de resecarla. Ya han pasado tres estaciones y el otoño incipiente no parece más halagüeño que las demás. Un año en cuatro tiempos que transcurrirá con la misma indiferencia implacable que los otros, deambulando un año tras otro sin pasión hacia la tumba.

—Me llamo Barbara —repuso tímidamente a sus nuevas compañeras ese famoso lunes que no cambió nada en su vida.

—¿Barbara? ¡Oh, es un nombre muy largo! ¡Nunca podré llamarte así!

—¡Yo tampoco! Suena como «bárbaro». ¡Queda fatal delante de los clientes!

—Jenny y Marine tienen razón, señorita. Aquí se llamará Barbie. ¡Es un bonito diminutivo y recuerda a la famosa muñeca!

Bertille Molinas, la jefa, así lo había decidido, lo que hizo carcajearse a las dos

malas pécoras, Jenny y Marine, sus dos compañeras que eran tan tontas como malas. Sin embargo, Barbara lo aceptó encantada.

—Gracias, señora Molinas —dijo.

¡Gracias! ¿Gracias por qué? ¿Por darles a estas zorras un motivo para el pitorreo? Barbie por aquí, Barbie por allá. Y sigo asintiendo tenazmente con mis tonos remilgados. ¡Si ellas supieran! Barbara sonríe cuando piensa en su pequeño secreto. En parte se lo debe a ellas, pero se cuidará mucho de revelarlo. Porque solo es de ella y aún tiene que perfeccionarlo un poco.

Su secreto. Barbara no se pone manos a la obra hasta que está segura de que la señora Molinas no volverá al instituto y que las otras dos cabronas se han largado. Normalmente, ellas no se enredan más de la cuenta. Tienen demasiada prisa por encontrarse con el novio de turno. Es entonces cuando Barbara enciende algunas velas y procede a su metamorfosis. Es cuando la verdadera «Barbie» entra en escena.

La idea le surgió por los incesantes comentarios de sus compañeras, a las que no les parece suficientemente transparente y la creen poco dispuesta para el oficio de esteticista. Algo de razón no les falta, pero es difícil pasar de esa banalidad que la protege de las miradas y de las agresiones a un *look* más femenino y sugerente. Barbara siempre había sabido que con un toque rosa por aquí, un escote por allá... Pero ¿cómo intentarlo, si la más mínima coquetería podría provocarle la sensación de estar traicionado a su anciana madre?

Por muy curioso que parezca, fue gracias a Sweet Doriane que logró dar este paso.

La mano de la pequeña estaba estropeada. Barbara había intentado darle un poco de color, arreglarla con cola. Pero no funcionaba. Es más, el descascarillado no solo parecía reacio a arreglarse, sino que se extendía. Primero una fisura aquí, casi invisible, después un desconchón allá, después otro, y otro. Inevitablemente, la mano de la muñeca se resquebrajaba. Al principio esto le pareció insoportable, como si la muñeca tuviera el síntoma de sus propias fisuras, lo que le recordaba que hasta la más bella de las criaturas acaba decrepita. Angustiada, la joven había buscado las primeras señales del paso del tiempo en su propia piel, convencida de que estaba tan unida a Sweet Doriane que rápidamente presentaría los mismos síntomas. Pero no ocurrió nada. Al contrario, estaba más radiante y más viva, como nunca antes lo había estado. ¿Acaso su pequeño clon le servía de muro para parar los embates del tiempo y de la locura? ¿Incluso sería posible que cuantas más pruebas superara, mejor se revelaría a sí misma? Así fue como a Barbara se le ocurrió la idea de convertirla en su conejillo de indias, su modelo para maquillaje, un *alter ego* para maltratar con el fin de liberarse.

Los primeros retoques fueron sutiles.

Era muy fácil coger prestado maquillaje en el instituto y al día siguiente dejarlo en su sitio sin llamar la atención de la señora Molinas. Barbara no se cortó. Empezó por la sombra de ojos. Negro para un ojo carbonoso contrastando con la palidez de la cara. También se había atrevido a pintarle de rosa la mejillas y la boca con carmín. El

resultado fue francamente vulgar, desentonaba con el virtuoso aspecto y con los tirabuzones de la muñeca, dándole ese aire provocador que tienen las niñas de hoy.

Barbara siempre ha sabido que las niñas atrevidas han de ser castigadas. Las que han provocado a sus papás y a los hombres por la calle acaban recibiendo lo que se merecen y más. Las pequeñas putas son las que mejor saben mezclar el género y la edad.

—¡Mala! ¡Eres mala, Sweet Doriane! ¿Crees que no me doy cuenta de tus artimañas? ¿Crees que te lo voy a permitir? ¡Toma! ¡Ahí va otra! ¡Te lo mereces!

Así fue como la otra mano de la muñeca empezó a su vez a resquebrajarse, aplastada por los zapatos de Barbara. Sweet Doriane había encajado los golpes sin quejarse, sin que su maquillaje se corriera. ¡Faltaría más! Sabía mantener el tipo.

Días más tarde, mientras la muñeca exhibía unos pequeños y patéticos muñones en lugar de dedos, Barbara lucía un barniz impecable en sus uñas de esmerada manicura.

Decidió quitarle los atributos infantiles a la muñeca, que desde que estaba maquillada parecían grotescos.

—De ese modo no tendré que enfadarme.

Adiós a los tirabuzones. Adiós al vestido infantil. ¿Quién ha dicho que las muñecas siempre han de representar niñas? La joven había pasado varias noches cosiendo, pero el resultado había valido la pena: con el pelo encrespado, los párpados antracita y el vestido entallado, Sweet Doriane se parecía a una estrella del rock depravada, una Lilith puesta de ácido. En consecuencia, Barbara había empezado a pintarse también. Boca escarlata, ojos con sombras y escote de vértigo. Incluso, sin saber muy bien por qué, se había comprado una extraordinaria peluca rubia. Tal vez tuviera una vaga imagen que le flotaba en su cabeza, que venía desde lo más profundo de ella misma. Una imagen que le gritaba que debía reinventarse en su totalidad para mostrarse del todo. Se había pulido casi todo el sueldo, pero había logrado su meta y estaba irreconocible cuando procedía a su propia transformación, tras cerrar el instituto, para convertirse en alguien tan hermosa y excitante como la famosa muñeca. Hasta ahora, solo justificaba su alias. Pero estaba dispuesta a apropiárselo.

Por supuesto, la «criatura» nimbada por la luz de la velas y de un aura extremadamente femenina, que se mostraba a través de la vitrina, no había pasado inadvertida en el barrio.

Todo había empezado una noche de invierno, unas seis semanas después de empezar a trabajar, algunos días después de sus primeros pasos en la piel de una verdadera Barbie. Un elegante cincuentón entró en el salón preguntando tímidamente si los servicios eran solo para mujeres. Barbara le aseguró que la clientela era mixta y, por descontado, le propuso el masaje vigorizante «especial para hombres de negocios estresados».

—¡Ah! ¡Tiene usted manos de seda, señorita!

—Muchas gracias, señor.

—La verdad es que tiene oro en las manos.

—Muy amable.

—No, en serio, sus manos podrían ser muy rentables si...

—¿Si qué?

El hombre se calló un momento como para sopesar los pros y los contras. Después soltó con voz grave:

—Si por suerte usted pudiera llegar hasta el «final feliz». Quiero decir... Un masaje completo, señorita.

—Ofrecemos modelados de cuerpo entero: cabeza, tronco, miembros.

—¿Ah sí? Eso. ¿Miembros?

—Sí señor. Los brazos y las piernas no se deben desatender cuando hablamos de un modelado corporal. También hacemos reflexología podal. Es ideal para suavizar las tensiones.

—¿Todos los miembros?

Barbara permaneció en silencio un instante, intentando comprender lo que evidentemente se le estaba escapando. Pero fue en vano.

—Yo... señor, no entiendo su pregunta.

El cliente se dio entonces la vuelta. Acostado de espaldas, la toalla arrugada bajo sus nalgas, su sexo en erección. Barbara comprendió y dio un paso atrás.

—¡No! ¡No tenga miedo! ¡No voy a exigirle nada, si no quiere!

La joven se quedó paralizada. Miraba fijamente, incrédula, el pene turgente que parecía no querer desempalmarse. Tuvo la ridícula impresión de que esa especie de cíclope también la miraba.

—Es normal que... —dijo él, un poco molesto—. Soy un hombre y necesito un poco de actividad. Y tal como puede ver, usted no me deja indiferente. Estoy limpio y tengo buena salud. Si aceptara ocuparse un poco de mí, estaría encantado de darle una propina más que generosa. Nadie va a enterarse, será nuestro pequeño secreto.

«Nuestro pequeño secreto.» El hombre había hablado muy rápido, como para sacarse de encima la parte más agobiante de su proposición. Esperaba impaciente la respuesta de la joven. La incertidumbre de su reacción parecía excitarle aún más. A Barbara el corazón le latía a mil por hora al observar las pequeñas oscilaciones del cíclope. «Nuestro pequeño secreto.» Estas tres palabras le provocaban una extraña sensación. Eran dulces como una promesa de amor incondicional y duras como una zambullida brutal en agua helada, como la inmersión prematura de una niña en el mundo de los adultos. «Nuestro pequeño secreto.» Una fórmula tan peligrosa y tan familiar.

—De acuerdo.

¿Era ella quien había pronunciado esas palabras? Barbara apenas reconoció su voz. Quizá porque era Barbie la que había hablado. Empezó a temblar levemente y a sentir una extraña excitación que nacía en el vientre y que le hacía latir el corazón todavía más rápido.

—Entonces ven y chúpamela.

La voz del hombre había cambiado ligeramente a una más febril. El tono era más seco. La chica podía notar su tensión, su urgencia. Sin saber muy bien cómo, lo hizo. Los hombres muy rara vez se dan cuenta de la inexperiencia, centrados solo en su placer.

—¡Sí, muy bien! ¡Sí! ¡Así! ¡Tienes talento! ¡Eres perfecta!

¿Talento? ¡Tenía talento! ¡Estaba completamente a su merced e incluso iba a pagarle por eso! Ella tenía el sexo de un hombre en la boca ¡y a él le gustaba! En ese momento sintió una sensación de poder como nunca jamás había tenido. Volvía a tener el control de su vida, luchaba contra la gran angustia de ser aspirada por el vacío. Redobló los esfuerzos y se prestó voluntariamente a los movimientos que él empezaba empujándole la cabeza.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Aquí! ¡No te muevas!

El hombre le sujeta la cabeza y la mantiene con la garganta muy apretada alrededor de su sexo que él ha enterrado hasta la campanilla, tan profundamente que Barbara habría vomitado. ¡Barbara quizá, pero evidentemente Barbie no! Barbie concentró toda su energía en permanecer inmóvil, esperando la descarga y a tragársela como es debido. Para que él siguiera pensando que era buena. Para que estuviera orgulloso de ella y le diese una buena propina. Como se da una muñeca a una niña buena.

Una vez acabado el asunto, el hombre se vistió rápidamente, a un tris de pillarse sus partes con la cremallera del pantalón. Debía de sentirse avergonzado. Por extraño que parezca, la idea le gustó tanto a la joven que en ese preciso momento tuvo la sensación de estar disfrutando. Le tendió la mano para que él le diera un billete. Cincuenta euros.

—La próxima vez serán cien —dijo—. Y si quieres follar, ciento cincuenta.

Él no respondió, pero ella sabía que volvería, y también que le daría lo que le había pedido.

Ella no se equivocaba. Tenía el poder de llevarlo hasta el orgasmo. Se convirtió en un cliente habitual de sus «finales felices». Estaba claro que había corrido la voz, porque otros hombres vinieron a solicitar sus servicios a la hora del cierre. Naturalmente, al principio tenía miedo de que la señora Molinas irrumpiera en el salón sin hacer mucho ruido o que alguna de sus colegas se hubiese olvidado alguna cosa y la sorprendiera. Pero a medida que transcurría el tiempo, el miedo desaparecía. En su lugar, la emoción, el poder, el dinero. Entre mil y mil quinientos euros iban directamente a su bolsillo cada mes sin que su madre se enterara. Se había permitido regalarse un perfume de verdad, un perfume de mujer que huele a puta de lujo, y vestidos sexis. Para Barbie.

Transformar a Sweet Doriane le había ayudado en su propia metamorfosis. Incluso cuando iba por la calle como Barbara, sus pasos eran seguros, y su caminar, suave y felino. También su cuerpo había cambiado. Seguramente a causa de su sexualidad desaforada. Sus pechos estaban llenos; literalmente, ella brillaba. Barbara

ya no dejaba a los hombres indiferentes. Incluso tenía un amiguito. Se habían conocido en un bar, una mañana que ella necesitaba un café bien cargado. Se llamaba Raoul y trabajaba en un garaje a dos manzanas del instituto. Por supuesto, él no sabía nada de su pequeño negocio, y así debía ser. La tomaba por una chica más bien reservada que había que tratar con tacto. Apenas se habían besado.

El teléfono suena y la saca de sus ensoñaciones. Precisamente es Raoul.

—¿Sí?

—Hola, miss, ¿qué haces esta noche?

—Pues... Nada. Tengo que hacer unos recados y después volveré a casa.

—¡Joder, tu vieja es un coñazo! ¿No puede dejarte vivir un poco?

—No hables así de ella, sabes que eso me duele.

—Lo siento, Bébé, pero te echo de menos. ¡Me gustaría verte! Pasar la noche contigo.

Barbara sabe lo que eso significa. Raoul quiere consumir. Es comprensible, pero a ella ¿qué le aportará eso? El sexo no es exactamente lo que más le interesa. En una relación no tarifada le cuesta mucho demostrar entusiasmo. No obstante, si quiere que lo de Raoul dure, está obligada. Al fin y al cabo, podrían casarse, lo que la ayudaría a emanciparse de su madre. Sí, ese podría ser el beneficio de acostarse con él. Barbara suspira. Tendrá que considerar esta opción, pero no ahora, no tiene tiempo.

—Yo también —miente ella—. Pero realmente no puedo. Sé que te estoy pidiendo mucha paciencia, pero créeme, ¡no te arrepentirás!

—Así lo espero. Porque no me gusta que me tomen el pelo.

—¡Te juro que no es el caso!

—Vale, de acuerdo. Entonces ¿cuándo? —insiste él.

—El próximo viernes. Le diré a mamá que tengo que hacer inventario en el instituto.

—¿Prometido?

—Sí.

—Muy bien, miss. ¡Buenas noches con mami!

No tiene tiempo de calibrar la ironía de las palabras de su amiguito, ni de pensar que acaba de prometerle que se acostará con él la semana que viene. ¡Es demasiado tarde para eso!

Lleva la peluca rubia, maquillaje agresivo, ropa demasiado ligera para la época del año. Barbie se da prisa y entra en el lujoso vestíbulo. Es la primera vez que un cliente la cita en un hotel. Y además, un cinco estrellas. Algo le dice que podría acostumbrarse rápidamente a este confort, a esta tupida moqueta bajo los zapatos, a la deferencia del personal que le transmite la sensación de ser alguien importante. Por supuesto, el hotel es algo más serio que el instituto. Es un paso hacia arriba, sin que el cliente sienta el temor de que le sorprendan, y la certeza de poder ir mucho más lejos. Quizá de hacerle daño. Pero el dolor no es importante. Ya forma parte de su vida, entre los calambres en las lumbares y la rabia que la consume. Está dispuesta a

encajar lo que sea. El cliente le ha prometido trescientos euros por la velada. Y Sweet Doriane la cuida desde un rincón de su cabeza.

8

El hombre no se atreve a sentarse. Está ahí de pie, como un gilipollas con los brazos caídos y balanceándose de un pie al otro.

—¿Tienes ganas de mear?

—Sí.

—La puerta al final del pasillo.

El tipo pasa delante. Percolès lo agarra del brazo al pasar.

—Atufas. ¿Cuánto tiempo hace que no te lavas?

—No sé, jefe. Algunas semanas.

—Di mejor algunos años. Me vas a hacer el favor de ducharte. En el cagadero hay de todo. Aprovecha para frotarte bien.

Ese pobre tipo seguramente ya no se acuerda de cómo se hace. Pero después de esta noche, cuando vuelva a su miserable vida, habrá tenido la sensación de ser un tío normal que ha ido a cenar a casa de un colega. No es mucho, pero menos es nada. Además, eso le obliga a comportarse como los demás, a tener una sensación de normalidad. Marc suspira y renquea hasta la cocina. Esta noche hará espagueti a la carbonara. Un tinto corriente. Queso. Una cena que siente bien al estómago. Una cena de hombres.

—¡Menudo cacharro!

Marc se sobresalta. Con el ruido del agua hirviendo no se había percatado de que el vagabundo regresaba de la ducha.

—Deja eso ahora mismo.

El tono es lo suficientemente amenazante como para entender el mensaje. El vagabundo deja con precaución el revólver encima de la repisa de donde lo ha cogido.

—¿Qué eres, una especie de gánster? ¿Por qué me has sacado de la calle? ¿Buscas a alguien que te haga un trabajo sucio?

—No soy un gánster, soy poli.

El tío se ríe a carcajadas.

—¡Sí, hombre, seguro! ¡Un poli que ayuda a un sin techo y le da papeo! ¿Sabes de alguno más como este?

—Busca en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—¿Qué?

—Vamos, ve y mira.

El hombre lo hace y saca la tarjeta tricolor de capitán. Retrocede tres pasos.

—Joder, ¿qué es este marrón? ¡Sabía que esto apestaba! ¿Qué quieres de mí? ¡No he hecho nada!

—¡Cálmate! Me he cruzado en la calle con un tipo que al parecer hacía mucho tiempo que no había comido un plato caliente. Tengo derecho a ser policía y al

mismo tiempo ser humano, ¿no?

—Yo no sé nada, no quiero líos.

—Desde tu punto de vista, ¿qué riesgo corres aceptando cenar conmigo?

—Vale. Pero es un poco raro.

—¿Y qué? Vamos a comer antes de que la pasta se pase, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Patrick, con una c y una k.

—Gracias, ya sé cómo se escribe.

—Digo esto porque el otro día un colega tuyo me cogió. Se llamaba Patrik. Decía que para un poli es mejor sospechar a no tener caso.

—¡Un gracioso!

—Francamente, no.

Patrick parece relajarse un poco. Marc le señala una silla y le invita a sentarse a la mesa.

—Pero insisto, eres un tío raro.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿por qué yo?

—Porque no me ha gustado lo que he visto en tu mirada. Y menos me hubiese gustado no hacer nada para ayudarte.

—¿Eres una especie de buen samaritano?

—Sí, seguramente es eso. Nunca he podido dejar de recoger pájaros caídos del nido.

—Salvo que los pájaros, cuando ya pueden volar, se te cagan en la cara.

Visiblemente orgulloso de su grosería, Patrick empieza a carcajearse y enseña una piorrea dental que haría estremecerse al más sádico de los dentistas. Sin saber muy bien por qué, Marc a su vez empieza a reírse. Hacía siglos que no le ocurría. ¿Quizás el vino? El poli y el vagabundo se ríen a mandíbula batiente. Patrick es el primero en serenarse.

—Tu chisme no es un arma reglamentaria.

El capitán para en seco de reír.

—No —contesta antes de engullir un enorme bocado de espaguetis.

—¿Por qué tienes eso en casa?

—Soy coleccionista.

—Ah, claro. ¿Dónde guardas las otras armas?

—No te he invitado para que me sometas a un interrogatorio. Ese es mi papel.

—Disculpa, jefe. Pero ¿qué puede importar lo que me digas? No soy yo quien se va ir de la lengua.

Marc se zampa otro bocado de espaguetis y apura un vaso de vino hasta la última gota, antes de levantarse y coger el arma.

—¡Eh, tú! No hace falta que me mires así —dice, asustado, el vagabundo.

—Querías saber...

El capitán abre el tambor. En el interior, una bala. Una sola. No hay que ser muy listo para entenderlo. Patrick se levanta de un brinco.

—Mira, jefe, si has hecho todo esto para encontrar un compañero de ruleta rusa, ya puedes guardar la pipa, ¡yo no juego! ¡Me gusta la vida!

—¿Te gusta la vida? ¡Pero qué dices! Estás en la calle, apestas, no tienes nada que echarte a la boca, seguramente te vas a morir de frío o por una enfermedad.

—¿Ah, sí? ¡A los escarabajos peloteros les gusta mucho su mierda! Y a mí me pasa lo mismo. Quizá te parezca el colmo de la decadencia, pero a mí, la calle me mola. He sido un tío normal. Sé lo que es perderlo todo de la noche a la mañana. El trabajo, la mujer, un techo que te cobije. Pero mira, aunque repugne a las jovencitas que huelen bien o que nadie se atreva a mirarme a los ojos, eso es lo que tengo y me gusta. Soy libre. Solo necesito una rejilla de aire caliente del metro en invierno o un parque en verano para sobar tan pancho. Además, cuando alguien me ofrece un plato de pasta, sé apreciarlo como nadie. Seguramente más que cuando era un tío que aún tenía ambiciones. ¡De verdad, eres muy amable, pero no cuentes conmigo para tus delirios!

—Está bien lo que dices. Es estupendo poder ver el lado positivo de tu situación.

—¿No te pasa lo mismo?

—No. Pero créeme si te digo que jamás ha sido mi intención invitarte a jugar. Es solo para mí. Mi pequeño placer solitario. Mucho más eficaz que una paja.

La ruleta rusa. Un verdadero juego de suicida tarado. Marc no sabría decir por qué empezó a jugar. Lo que sí sabe es cuándo empezó y lo que le proporciona. El deseo apareció cuando volvió del hospital, y era tan fuerte que le fue imposible reprimirlo. Se acuerda perfectamente de haber sacado el revólver —el que era de su padre— de su estuche y acariciarlo como si fuera un ser vivo. Lo siguiente pasó, fue como en un sueño, en un segundo estado, casi hipnótico. Poner la bala en el tambor, hacerlo girar, apuntar con el dorso de la mano izquierda para lacerarse más en caso de mala suerte, para sufrir, para poner a prueba su cuerpo otra vez y decirle: «Ya ves, aún puedo soportarlo. O puedo infligirte un castigo mayor». Desposeerse del cuerpo y volver a apropiárselo de nuevo, gracias al dolor.

Primera presión sobre el gatillo de una larga serie de disparos abortados. Clac. Nada. Aguantarse las ganas de volver a empezar enseguida. Deleitarse con la frustración de poder hacerlo solo una vez por noche. Aguantar. Resistir con toda su fuerza de voluntad. Volver a empezar y apuntar a la rodilla huérfana, a los muslos, a las sienes, a la garganta. Y sorprenderse una vez más de continuar estando vivo.

—¿Es por lo que te pasó? —pregunta prudentemente el vagabundo señalando la rodilla con la barbilla.

—¿A ti qué te parece? —dice irónicamente el capitán.

—Bueno, cojeas. ¿Has tenido un accidente?

—¡Mi mujer me partió la cara!

—En serio, ¿hace mucho que haces esto? —insiste el vagabundo.

—¿Eso de la ruleta? ¡No el tiempo suficiente, claro, porque sigo aquí! ¡A no ser

que tenga la suerte de un cornudo! ¡Ja ja ja!

La risa suena falsa y retumba en el cuarto repleto de fantasmas. Marc decide poner fin a la conversación, su risa no puede dar paso a las lágrimas. Cuestión de honor.

—¡Bueno, ahora lárgate! Quiero estar solo.

—¿Seguro, jefe? Escucha, has sido muy amable conmigo, no te voy a dejar con ese...

—¡LÁRGATE! —grita el capitán apuntando con la pistola al sin techo—. Lárgate o te disparo. ¿Te parece que tengo mucho que perder?

—¡Vale, vale! No te pongas nervioso, jefe. Gracias por la pasta, de verdad. Espero que...

—Lárgate.

Patrick se calla, coge su abrigo y deja a su anfitrión entregado a sus malsanos juegos. Después de todo, no es su problema si a un madero cabrón le apetece saltarse la tapa de los sesos.

Apenas diez segundos tras el portazo, el tintineo anunciador del indulto: otra vez la bala no se ha disparado. Marc se levanta y, furioso, barre la mesa de un manotazo. La vajilla se hace añicos contra las baldosas. El mismo sonido de cristales que explotan. Entonces se desmorona, cae y llora casi hasta la asfixia, grita y da puñetazos en el suelo, una vez, otra y todo el tiempo que necesita para disipar la rabia. Para sacarse a Annabelle de la mente.

Annabelle era depresiva. Al menos eso era lo que ella transmitía, después de quince años plagados de intentos frustrados de suicidio. Pero sus amenazas habían acabado por no impresionar a Marc. Así pues, durante los meses que precedieron a su muerte, ella cambió de estrategia. Estaba siempre al acecho, lo culpabilizaba, lo torturaba. Como estaba decidido a dejarla, eso no podía afectarle demasiado; así lo creía él. En cualquier caso, él no protestaba, y esa actitud sacaba de quicio a su mujer. Al final de una enésima discusión, en el coche que lo salpicaba todo a su paso, ella intentó volver a sus clásicos.

—¡Ya no soporto tu maldad! ¡Sé muy bien que te sentirías aliviado si yo desapareciera!

—¡Deja ya de repetir las tonterías de siempre!

—¡No son tonterías, Marc! Me voy a quitar de en medio. Así podrás librarte de mí.

—Muy bien, de acuerdo, hazlo. ¡Hace tanto tiempo que me das la brasa con ese rollo, que me pregunto por qué todavía sigues aquí!

—¡Vale! ¡Pero no te daré el gusto de dejarte solo!

Por supuesto, él no pensaba en lo que decía. Era pura provocación. Evidentemente, estaba lejos de imaginar que pondría en práctica sus amenazas. Aquí, ahora, en este coche. Con él dentro.

Annabelle agarró el volante antes de que él pudiera darse cuenta de lo que pasaba.

Ella giró el volante e hizo que el coche diera un bandazo. Delante, un camión. Claxon sonando, señales con los faros, neumáticos que chirrían. El reflejo de evitarlo, *in extremis*. Las ruedas se bloquean y el coche da un patinazo hacia la derecha. Dirección al abismo. Gritos explosivos de Annabelle que le retuercen los tímpanos. Damian Saez que se excita en las ondas anacrónicas. Primera vuelta de campana. Segunda, y muchas más. El tiempo de decir «¡mierda, no llevo el cinturón!». Eyección del vehículo, la piel que se rasga por todas partes cuando el cuerpo atraviesa el parabrisas. Coche que sigue descendiendo. Árbol que se desploma sobre tus piernas. El fuego que te despierta y te alerta. Una mirada hacia el vehículo y Annabelle que no consigue abrir la puerta. Llamas que ganan terreno. ¡Tu mujer que comprende que va a palmarla! Aterrorizada, escupe, llora, vomita. ¡Llamas que la lamen, la devoran! Su voz monstruosa, animal, clama mientras muere quemada viva. La imagen indefectible del cuerpo que se contorsiona y se lanza, desesperado, contra el cristal, después se acurruca, vencido, se arruga. El extraño olor de gasolina y de carne asada. Demasiada información. Demasiado horror. Vomitar. Gritar y desear morir allí mismo. Después el *black-out* para olvidarlo todo. Salir de este infierno. Hacer como si nada de todo eso hubiese pasado.

Al despertar, ningún dolor. Quizá porque el cuerpo había tenido tiempo de recuperarse —diez días en coma inducido ayudan—, o gracias a la morfina. Ningún dolor. Una angustia difusa, difícil de explicar entre la niebla de su extraño éxtasis. El primer intento de levantarse. La incompreensión. La incoherencia entre esa pierna que uno cree notar y el muñón que explora, incrédulo, como si se tratase de un chiste malo, como si no fuera consigo, como si alguien fuera a aparecer con tu pierna para pegártela.

Después la incompreensión, la rabia, las ganas de pelearse hacen que se recupere.

De nuevo la caída.

Luego el recuerdo de las últimas imágenes vistas antes de zozobrar. El horror en estado puro.

Odiar a su mujer, maldecirla, querer resucitarla para cargársela con sus propias manos, después intentar olvidar a esa cabrona por la que uno está aquí, en una cama de hospital, y llorar consigo mismo. Acordarse de su cuerpo antes del accidente y saber que nunca nada será como antes. Que esto es para siempre. Llorar. Después racionalizar un poco, para que las cosas sean soportables, y decirse que es impropio, para un poli, perder una pierna en un accidente. Si hubiese sido durante un servicio, habría tenido más sentido. Ignorar todavía que se le hundió la caja torácica. Que ha sido necesario zurcirle la barriga y dejarle unas cicatrices dignas de Frankenstein. También hay quemaduras en el cuerpo porque el árbol que se le cayó encima ardió antes de que llegase la ayuda. Asimilar y aceptar poco a poco que le han amputado. ¡AM-PU-TA-DO! Amputado, como follado por una puta. Amputada su pierna derecha, una parte de su corazón, de su mujer. De sus ilusiones.

Nunca más. El capitán Percolès sí tiene un problema con las mujeres. Y le parece muy bien. Porque jamás volverá a ser el juguete de una sádica que no le quiere.

Nunca más será un objeto de nadie. Porque aunque la convalecencia del corazón fuera posible, el no querría curarse. Acepta su dolor, sus cicatrices. Le recuerdan de dónde viene y qué es lo que ha pasado. Algo que nunca jamás querrá saber.

El timbre del teléfono saca al capitán de las arenas movedizas de sus recuerdos. A esta hora solo puede ser Gardeni. Marc descuelga.

—¡Hola, Marc! Tengo una buena noticia.

—¿Me han encontrado una pierna nueva?

—No —contesta el comandante, ofendido—, pero te hemos encontrado curro. ¡Irás a la brigada antivicio!

—...

—Bueno, ¿qué? ¿No eras tú quien quería volver al tajo?

—Sí. Ya sabes, lo mío son las putas.

Barbie se frota con algodón húmedo el ojo todavía maquillado. El que ya está limpio mira hacia el espejo con mirada ausente. Ella tiene la mirada vacía, como la de los viajeros que cogen el tren y deciden ignorar el paisaje. Cuando al párpado no le quede ningún rastro de sombra y las pestañas se liberen de la espesa máscara, entonces Barbie se habrá marchado, borrada, disuelta en la leche perfumada. Habrá desaparecido del limbo al que ella ignora pertenecer para dejar sitio a Barbara, sin quien ella no existiría.

El algodón cae en la papelera. Barbara vuelve a tener el control. Ella sabe todo lo que la otra hace. Es ella y al mismo tiempo no lo es. Ella es la autora de la obra, la que la dirige, un Pigmalión que solo se permite hablar con voz de muñeca: «Desnúdate.» «Mírale a los ojos.» «Obedece sus órdenes.» «Arrodíllate, sí, aquí, de ese modo.» «Traga.» «Abre».

No está impresionada ni por el lujo de la habitación de pesadas cortinas, ni por el perfume del dinero y de la indecencia que flota en el ambiente. Le gusta esto, follar con hombres y quedarse con su dinero, saberlos a su merced, obligados a pagarse una puta para correrse. Una puta, sí. Una puta. Una PUTA. Esta palabra la obsesiona y resuena cada vez más fuerte desde que lo hace en el hotel, como si esto hubiera oficializado las cosas. PUTA. Esta palabra hace tambalear los principios que un día creyó tener y le deja un sabor amargo. Pero como cada vez que la duda aflora, Sweet Doriane, que desde ahora lleva siempre consigo como un peluche, está aquí para ponerle las ideas en su sitio, consolarla, guiarla. PUTA.

—Este dinero me ensucia tanto como las manos de estos hombres. Me da vergüenza, Sweet Doriane.

—¡No eres tú quien debe tener vergüenza, sino ellos! Los hombres lo cogen todo, si hace falta a la fuerza, lo sabes muy bien. Se merecen pagar.

—Se merecen pagar —repite la joven con voz de autómata.

—Y ser castigados.

—Castigarlos, sí, es tentador, pero...

—¿Pero qué?

—Tengo miedo de no saber parar si empiezo.

Barbara se quita la peluca y la guarda cuidadosamente, junto con su ropa de ramera, en su pequeña bolsa negra. Se levanta, se calza los zapatos y se dispone a abandonar la habitación cuando algo al lado de la cama le llama la atención. Se acerca, se agacha y coge el preservativo, que se balancea como un péndulo. El receptáculo está lleno. No tiene mucho volumen. ¡Y todo por esa miseria! Todos esos jadeos, esas palabras groseras, todo ese sudor por unos pocos milímetros de secreciones. ¡Los hombres son unos cerdos despreciables! Listos para comprometerse con cualquier mujer, siempre que ella sepa chupársela. Una alegría amarga se apodera de ella. Barbara se siente poderosa. La próxima vez, ella tendrá más. Más dinero, más

poder sobre el macho. Ella hará pagar al próximo cliente por el mero hecho de ser hombre. Se lo cobrará a todos, a todos aquellos que pasen por sus manos. Se vengará. ¿De qué? No lo sabe, o no quiere confesárselo, del mismo modo que evita preguntárselo, ya que, realmente, solo cuenta el deseo de castigar.

La simple idea de una posible venganza le reactiva la bola de angustia, de mierda, agazapada en su vientre; esa bola que palpita, que empuja, que amenaza con explotar en sus entrañas.

No es el momento. Tiene que retenerla. Volver a casa, controlar la escena que su madre no dejará de montarle. Barbara tira el condón en la moqueta clara y da un portazo a su velada tarifada, con el ánimo abatido.

—¡Barbara! ¡Barbara!

El tono es quejoso y articula un discurso de sutiles acordes enfermizos, pero la joven no se deja engañar. Detrás de la partitura vibrante que la vieja toca a la perfección, la nota es la justa, demasiado bien colocada, implacable. Detrás de este lamento hay mucha exigencia apenas disimulada, toda una sinfonía de reproches que esperan su momento para escapar con sordina.

—¡Ya voy, mamá! ¡Ya voy!

Barbara hace como si entrara rápidamente en la habitación de su madre, simula darse prisa e intenta convencerse de que el engaño funciona.

—¡Veo que resoplas como un buey cebado con hormonas! Engordas. ¿Cómo quieres que algún día un chico se fije en ti, hija mía? —dice la vieja con una risa burlona.

—Te sorprenderías.

Barbara se calla de repente, lamentando su reacción, pero su madre ha dado en la diana. Sabe muy bien dónde pinchar y hacer daño.

—¿Ah sí? ¿Sorprenderme de qué? ¿De saber que mi hija prefiere comportarse como una perdida en lugar de ocuparse de su madre?

La réplica le sienta como una ducha de agua fría. Conoce este tono seco y vengativo que anuncia los golpes que vendrán, esa voz casi metálica que empieza a dominarla un poco. Es inevitable lo que se avecina. El miedo ya está presente. El miedo, la rabia, su impotencia. Todo esto se mezcla y reaviva la bola de angustia que se hincha dentro de ella, cada día un poco más. Ella la nota abultarse, doblar su volumen en su vientre y golpear, golpear. Hacerle daño. Un dolor agudo que se extiende hasta la espalda y le ciñe la caja torácica como una prensa.

¿Está su madre al corriente de sus actividades? ¡No! ¡Imposible! Sólo podría saberlo si la siguiera, y eso es físicamente imposible.

—¡Me encantaría verlo! —insiste la vieja—. ¡Pero no te engañes, hija, solo me tienes a mí! Tú puedes andar por ahí hasta horas intempestivas, pero ningún hombre querrá saber nada de una podrida como tú.

—¡No estoy podrida! —grita la joven.

—Sí lo estás. Desde que eras pequeña. ¡Tú eres el mal, el pecado! ¡Solo atraerás la desgracia, como siempre has hecho! ¡Apesta a mierda y a vicio!

Barbara no tiene tiempo de preguntarse de qué habla su madre, ni qué es lo que ha hecho para que se halle en este estado. La ciega, increíblemente rápida a pesar de su edad, se ha sacado ya el zapato y le atiza un violento golpe en la nariz. Barbara, conmocionada, se tambalea y se cae de culo.

—¡Estás loca, mamá! ¡Estás loca! ¡Ya estoy harta! ¡Voy a largarme, eso es lo que vas a conseguir!

—Ah, ¿quieres dejarme? ¡Ingrata! ¡Cabrona! No te bastó robarme a mi marido, ¡ahora solo falta que me abandones porque ya no me necesitas! ¡Toma esa, niña de mierda!

—¿Robarte el marido? Pero ¿de qué hablas?

La vieja no tiene ninguna intención de contestar. Sigue golpeándola en la cabeza con el zapato, le da patadas en el vientre. El instinto de la vieja hembra le sugiere que hay algún asunto turbio, que no controla, que se le escapa una parte de la historia, y que este capítulo significará definitivamente su final, su sentencia de muerte. En ese momento empieza a golpear con todas sus fuerzas, como si quisiera impedir que toda la mierda acumulada salga de esta infame chiquilla que le robó el amor de su marido, del que tanta necesidad tiene hoy. No debe convertirse en hembra. No. Barbara no puede cambiar, pues entonces estarían las dos perdidas. Por lo tanto, la pegará el tiempo que sea necesario para quitarle de la cabeza cualquier veleidad de emanciparse. Para que sea siempre su pequeña niña dócil y asexuada. Pero de repente, algo la distrae. La vieja detiene su gesto.

—¿Qué es ese ruido?

Barbara no responde. Comparte un sentimiento de vergüenza y un placer malsano. El ruido no cesa y las deja por un momento boquiabiertas.

—¿Te estás meando encima? —dice la vieja un poco más tranquila—. ¿Te estás meando en la moqueta, asquerosa?

Sí. Sin duda, el miedo. Miedo a quedarse en la estacada, como se dice. Seguramente sea eso. Barbara está desconcertada. Ignoraba que su vejiga fuera capaz de albergar tanto líquido. Pero no tiene tiempo para indagar sobre su incontinencia. Marthe Bilessi, furiosa, intenta de nuevo levantar la mano para pegarla. La joven consigue escapar de las garras de su madre y se mueve sigilosamente fuera del cuarto, lejos de su alcance. Se encuentra mal, gimotea, se arrastra hasta el cuarto de baño. Solloza. ¡Le duele mucho el vientre! Está segura de que esta vez no va a poder dominar lo que cree que tiene en el vientre desde hace tanto tiempo. Toda esta mierda.

Se coloca a duras penas sobre la taza del váter, que apenas ve detrás de sus párpados hinchados, se baja las bragas y empuja con toda sus fuerzas. ¡Va a expulsar toda su rabia! El dolor es agudo y le recorre toda la espalda, pero tiene que sacar esa cosa fuera de ella, cree partirse en dos, que va a cagar sus entrañas. Se agarra con todas sus fuerzas al portarrollos, abre la boca y aspira una gran bocanada de aire, lo bloquea en sus pulmones y después lo saca con un enorme grito de rabia. Un largo chillido ronco que acaba retumbando en la habitación alicatada. Si eso desagrade a la

vieja loca, peor para ella. Barbara mantiene los ojos cerrados, aprieta los párpados ante las palabras de su madre. Los recuerdos afloran. Su papá. Su secreto. El dolor. «Papá, me haces daño, ¡para!» El mismo dolor que siente ahora. El desgarró físico. También la pérdida de la inocencia, la sensación que después de esto nada será como antes.

Barbara llora, grita, jadea como un animal salvaje, y al fin nota que la masa se despega de su cuerpo. El tapón de estreñimiento acaba de romperse. Se vacía con una diarrea de sangre y carne, su cuerpo se dilata, se abre, sus huesos se desencajan. Un reflejo inconsciente le hace poner las manos bajo su cuerpo despedazado. Justo a tiempo para coger lo que acaba de salir y que la deja aturdida.

¡No es posible!

Un largo hilo cuelga de su cuerpo.

En el extremo del cordón, un bebé.

SEGUNDA PARTE

Las chicas alegres son hijas de la tristeza.

JEAN CAZENEUVE

1

—¡Mamá! ¡Mamá!

¿Es realmente a su madre a quien llama Barbara o repite esta palabra para convencerse de que todo esto es real? ¿Que acaba de dar a luz, que desde ahora ella también se ha convertido en una mamá?

—Es imposible. Imposible. Imposible.

Sigue repitiéndolo como una letanía a modo de conjuro. El niño está ahí, pegajoso y lloroso, apestando a sangre y mierda, temblando por los espasmos sobre las frías losetas. Barbara no sabe qué hacer. Incapaz de razonar, de moverse, se queda ahí, atónita, la boca abierta por la incredulidad. Ella siempre ha tenido cuidado con los clientes. ¿Con quién se acostó hace nueve meses? Con nadie. Nada. Entonces ¿cómo es posible?

—Es imposible. Imposible. Imposible.

Los pesados pasos que se arrastran hasta el cuarto de baño la aterrorizan aún más. ¿Cómo se lo va a explicar a su madre?

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué es este follón? —vocifera Marthe Bilessi, todavía enfadada.

Barbara aguanta la respiración. Le gustaría que se la tragase la tierra, no tener que enfrentarse a la temible ciega, no tener que explicar algo de lo que no se acuerda. Pero el bebé le asesta su segunda traición y empieza a chillar, como si fuera sensible a la tensión que hay alrededor de su frágil cuerpo.

—¿Hay... un bebé? ¿Aquí?

La ciega se queda un instante callada. Su hija. Su hijita le ha endosado un bebé. Se ha abierto de piernas y se ha dejado preñar. Acaba de condenarse a una vida miserable, de responsabilidades y de angustia. Ahora se parecen mucho.

—Yo... No entiendo nada, mamá —dice la joven—. ¡No sé qué hacer!

Barbara solloza. Su madre se agacha con gran esfuerzo a su lado y le acaricia la mejilla. Es tan poco habitual esta ternura, que las lágrimas de la hija se multiplican.

—¿Has cortado el cordón?

—No.

—Coge las tijeras y hazlo como en las películas. Ya has visto cómo se hace, ¿no?

Barbara obedece. Sus piernas tiemblan como las de un cervatillo recién nacido, encuentra las tijeritas que sirven para cortar las uñas y corta. La vieja la felicita y posa su mano nudosa sobre el recién nacido. Inclina un poco la cabeza, como perdida en sus sueños y en la reminiscencia de cuando ella supo lo que es el amor maternal, y sonríe. Sus dedos se deslizan hasta la entrepierna. Su sonrisa se paraliza.

—Es un niño.

—Sí.

—Los hijos no son tan agradecidos como las hijas. Acabará por abandonarte. Ya

puedes hacerte a la idea de que estarás siempre sola —dice mofándose.

—¡Qué tonterías dices!

—Te devorará las tetas, y cuando estén vacías te dejará por otra con el pecho lleno. Los hijos son muy ingratos. Tendrás que acostumbrarte.

—¡No te creo! ¡Estás celosa porque al fin tengo algo que es mío!

Una risa sarcástica fue lo único que obtiene de la ciega, que se marcha creyéndose clarividente. La risa retumba, retumba, se amplifica y hace eco en su cabeza y en su vientre, que de nuevo se contrae hasta doblarla. ¡No! ¡Otra vez no! ¿Se ha convertido en una máquina de parir, sin saberlo? ¿En una especie de turbina para triturar mierda? Su cuerpo se acurruca, su sexo se abre otra vez y vomita una masa blanda y sanguinolenta. No hay bebé. Solo una cosa moribunda que palpita todavía un poco y de la que cuelga el cordón. Barbara no sabe para qué sirve la placenta y no siente ningún alivio. El olor del pulpo yacente la incomoda. Es dulzón y asqueroso al mismo tiempo. ¡Y el bebé no para de llorar!

—¡Ssshhh! ¡Cállate! Mamá tiene que limpiarlo todo; si no, la abuela va a enfadarse.

Barbara recoge el amasijo de carne y lo tira al váter. Mira durante un instante al niño que patalea en el suelo y piensa que sería fácil hacer lo mismo con él. Nadie sabe que estaba embarazada, ya que para ella ha sido una sorpresa. ¿Por qué no? Solo tendría que tirar de la cadena.

Tira de la cadena. La cosa pegajosa no se va. Tira una segunda, una tercera vez. Solo queda un pequeño rastro de sangre, como cuando tiene la regla. Por otro lado, tiene la sensación de haberla tenido durante estos nueve meses. Le parece una locura, pero descarta intentar comprender, como hipnotizada por el pequeño charco aún con ondas en la taza. La voz de Sweet Doriane parece sugerirle hacer lo mismo con el bebé.

—No, no quiero.

El bebé no pasaría. Gritaría tanto que los vecinos podrían oírle. Al fin y al cabo, le pertenece. Va a quedárselo. Va a quererlo. De hecho, ya lo quiere. Él le devolverá el amor centuplicado.

—Eso es lo que te imaginas —continúa la muñeca.

¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede oír a Sweet Doriane si no están en la misma habitación? ¿Por qué el discurso de la muñeca es tan parecido al de su madre? Barbara sacude enérgicamente la cabeza como para confinar la voz en una parcela insonorizada de su cabeza. Vuelve a pasar la bayeta por el suelo y al fin coge al niño helado. Por puro instinto sabe de caricias, conoce alguna nana y los movimientos para mecer. Él se calienta poco a poco, se calma, abre la boca bien grande sobre el pecho hinchado de calostro y lo aprieta bien fuerte, mama, aspira, chupa. La joven se crispa, se retuerce, cierra los puños.

—¡Para! ¡Te digo que pares!

Pero el recién nacido se alimenta glotonamente, imperiosamente, le hace saltar las lágrimas, la mira fijamente a los ojos como para rogarle que le deje hacer. Entonces

ella aparta la mirada por miedo de ver su pecho ensangrentado y se queda sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo, con el bebé en brazos.

A la mañana siguiente, se inventa una gastroenteritis para no ir a trabajar. El pequeño ha dormido a su lado y no lo ha aplastado mientras dormía. Está aquí, con su hambre y sus gritos, que hacen que la vieja se enfade. Ella lo abandona durante el tiempo que dura una ducha. Después coge todos sus pañuelos, los dobla concienzudamente y los enrolla uno tras otro rodeando el pecho. Lo más apretados posible. Hasta cortarle la respiración, para impedir que le suba la leche. El niño no la devorará, tal como predijo su madre. Le hace daño, pero aguanta bien bajo su armadura de seda y algodón. En una semana, seguro, la fuente se secará. Barbara sonríe a su reflejo cansado en el espejo y piensa en Barbie. Barbara la necesita más que nunca, pues ahora tiene otra boca que alimentar. En una semana deberá volver a sus actividades, y mientras tanto deberá guardarse las espaldas, sin olvidarse de la cita con Raoul. Coge su teléfono y le envía un SMS antes de ir a la farmacia de la esquina para comprar leche y biberones.

A la vuelta, el bebé no se ha caído de la cama. Parece que de momento ha decidido no llorar. Está ahí, minúsculo, la mirada un poco apagada. Apenas se mueve, como disculpándose por estar aquí. Con todo, ella le enchufa la tetina en la boca. No sabe cómo se regula el flujo de leche, pero cree que él se adaptará.

—Sí, así... Así... Despacito.

Está monísimo cuando toma el biberón. Eso le hace saltar las lágrimas de emoción. ¡Su bebé! ¡Su hijo! ¡Tiene un hijo! Habrá que ponerle un nombre, pero de momento no se le ocurre ninguno. Quizá Raoul podría ayudarle a encontrar un nombre. Por otro lado, ¿cómo va a reaccionar él con la noticia? Barbara decide que, de momento, es más sensato no decirle nada. Después de todo, este niño, en este momento, no existe oficialmente, por lo que podrá esperar un poco más.

El pequeño se duerme. Barbara mira hacia donde reposa Sweet Doriane.

—Sería mejor que te deshicieras de él.

—¡Qué horror! —responde histérica Barbara—. ¿Cómo puedes decir esto?

—Digo lo que tú no te atreves a confesar... Si quieres, puedo encargarme yo.

—Te prohíbo que lo toques, si no...

—¿Si no qué? —contesta la muñeca con sarcasmo.

—Ya verás.

La idea de que Sweet Doriane se encargue de su hijo la pone furiosa.

La joven va a buscar las tijeras de coser, esas que están guardadas en el escritorio del pasillo. Ese mueble no sirve para nada. En cualquier caso, no para trabajar, ni para archivar papeles importantes. Al cabo del tiempo, se ha convertido en un atrapa polvo que estorba y que soporta el peso de los cachivaches y de todo lo que no se sabe dónde colocar. En el cajón de la derecha, bajo el papel de cartas que no sirve para nada y la cinta americana en el extremo, bien colocado para cogerlo más fácilmente, está todo lo necesario para coser, zurcir y bordar. También lo que ella ha venido a buscar: unas enormes tijeras de mangos rojos. Las hojas están muy afiladas.

Cortan la tela más gruesa como si fuera mantequilla y van a rapar sin problemas a esta pequeña zorra. Una vez armada, la joven agarra las greñas de la muñeca y corta. La primera mecha que cae sumerge a Barbara en un trance extático.

—¡Toma! ¡Chúpate esta, cabrona!

Las tijeras revolotean por encima de la cabeza de Sweet Doriane y van cortando proporcionalmente a su enfado. Barbara recoge algunas mechas con sus dedos, las hace rodar hasta el pubis, las coloca suavemente bajo la nariz, hace una mueca que ella cree encantadora y decide pegarlos sobre los labios de la muñeca.

—¡Las niñas malas como tú tienen que «soportar» los bigotes!

No, llevar no. Soportar. Como un beso robado por un morreo infame.

Orgullosa de su castigo, la joven perfecciona su obra metiendo un puñado de algodón bajo las enaguas de la muñeca, para abombar su vientre hasta que parece preñada de nueve meses. Embarazada y bigotuda, la muñeca extremadamente maquillada tiene aspecto de niña perdida, de estar a punto de deambular en las aceras esperando el próximo servicio.

Esto hace que Barbara vuelva a la dura realidad. Tiene que volver a poner en marcha a Barbie lo más rápido posible, pero mientras tanto, debe «ocuparse» de Raoul.

2

La escena es surrealista. Está aquí para socorrer a una pobre chica, plantado como una estaca frente a un hotel de Ménilmontant que se parece más a un antro que a otra cosa. Alrededor de ellos se aglutinan algunas chinas con mirada resignada, que fuman esperando al parroquiano de turno y no están en absoluto impresionadas por la presencia de la policía. Algunas se ríen, inseguras por no comprender muy bien qué es lo que está pasando.

—¿Qué piso es? —le grita a la aterrorizada asiática.

—¡Va a matarla! ¡Va a matarla! ¡Va a matarla!

Histérica, la chica se pone a patallar. No hay tiempo para la terapia, y si ella no se calma inmediatamente, él no podrá sacarle nada. Marc Percolès le da una bofetada que la devuelve de inmediato a la realidad.

—¡Qué piso, JODER!

—Segundo piso —grita ella.

El capitán la deja plantada y se precipita hacia las escaleras, seguido por otros dos oficiales. A pesar de su minusvalía, llega al rellano antes que los otros. Detrás de la puerta 15, los gritos avalan la urgencia de la intervención.

Nada de advertencias, ni de tentativa de negociación. Un sólido golpe de hombro, todo el cuerpo proyectado a buena velocidad y la puerta cede. Marc se desequilibra un poco por culpa de su pierna, pero enseguida recupera sus apoyos. La escena es reveladora. Un chica acurrucada en posición fetal en la moqueta incolora mientras un hombre la agarra por los pelos y la golpea.

Percolès desenfunda.

—¡Suéltala inmediatamente!

—¡Que te den por culo, voy a destrozar a esta zorra!

El poli se coloca en posición. El tío está en su línea de tiro.

—Si la tocas una vez más seré yo quien te destroce, cabrón.

—¿Estás seguro?

El tipo pasa un brazo alrededor del cuello de la prostituta, saca un cuchillo de la manga y lo apunta en el vientre de ella. La obliga a levantarse y retrocede hasta el fondo del cuarto, arrastrando a la chica que le sirve de escudo. Ella llora y se agarra como puede.

—Deja de hacer tonterías. Si lo haces, te vas directamente a chirona.

—¡Ya te he dicho que no hay nada que hacer! ¡Esta puta me debe tres mil euros! ¡Y los necesito!

Es un pequeño chulo de baja estofa. Un aprendiz desgreñado con los ojos enrojecidos por la droga. Por eso quiere pasta. Para comprarse su papela. Otro cretino descerebrado. La chica está aterrorizada.

—¡Socorro! —suplica ella, casi sin voz.

El capitán da un paso hacia ella. El tío aprieta más a su presa. No la soltará. Todo pasa muy rápido. La bala sale disparada y lo empuja contra la pared. El hombro estalla, y los fragmentos de hueso y sangre se proyectan sobre la chica, que chilla más fuerte que antes.

—¡Me has disparado! —grita el tipo en el suelo—. ¡Me has disparado! ¡Mierda, hay que llamar a una ambulancia!

Está tan hundido que parece que apenas siente dolor.

—Me la trae floja, cabrón —contesta el poli—. Ponedle las esposas y deshaceos de esta basura —ordena a los otros oficiales—. Yo me ocupo de la chica.

—Sacan al tipo. Percolès lo oye lloriquear como una niña, dos pisos más abajo, hasta que el ruido de las sirenas apaga sus gritos. Se acerca a la chica, que está con un ataque de nervios, y le acaricia el pelo.

—Todo irá bien. Se acabó.

—No. No es verdad lo que ha dicho. ¡Yo no le debo nada! Yo ni siquiera conozco a ese tío. Hago la calle sola. Ha querido chantajearme. Por favor, no me detenga.

Habla deprisa, necesita aire. Parece una niña pequeña que arrastra una gran pena. Nunca la había visto antes, y sus maneras y su imprudencia hacen pensar que es nueva en la calle. Debe rondar los veintisiete o los veintiocho años. Es un poco mayor para empezar la carrera de puta. ¿Qué es lo que la empuja a hacer esto? No cree que sea por dinero. No se vende uno por el placer. No. Quizá por la coyuntura. A la gente de orden les gusta decir que es una chica fácil, la crisis financiera ha dejado a mucha gente en la cuneta. Y cuando hay que elegir entre hacer de puta para pagar las facturas o vivir en la calle, no hay duda en la elección. La elección de los apuros, del orgullo que hay que tragarse. De la vergüenza como segunda piel. De momento está fresca, en unos meses tendrá la misma mirada que las otras chicas del barrio. Con ese aspecto cansado y ausente de aquellas que un día creyeron que tenían un futuro pero que ahora ni siquiera piensan en el presente.

—Tranquila, no estoy aquí para eso.

El poli va a buscarle un vaso de agua. Mientras bebe, él le seca las mejillas tumefactas.

—Ese cabrón no te ha destrozado demasiado. Pero no vas a poder trabajar durante unos días.

Como él es cariñoso y le habla con amabilidad, ella se deja llevar suavemente. Su cabeza contra el torso de él, su brazo alrededor de la espalda. Un poco de calor humano le hace bien. Ella le lanza una mirada inequívoca y él se la devuelve. Al fin y al cabo, ¿por qué se ha quedado, si no es para esto?

—Mira, yo también estoy hecho papilla, salvo que lo mío no va a curarse. No quiero ver tu mirada si en ella hay un ápice de horror o de piedad.

Ella entiende que de todos modos él tiene ganas de tener este rollo. Los polis y las putas, nos guste o no, tienen una larga historia, conectan y se entienden. Quizás a fuerza de encontrarse con asiduidad y de frecuentar la misma miseria. Entonces ella se levanta, coge su fular y se lo anuda tapándose los ojos. Después se desnuda

lentamente y se acuesta en la cama. Le espera. Él podría dejarse la ropa puesta, para eludir la visión de su propio cuerpo, pero su piel tiene sed de contacto, de calor, de ternura, de ilusión de normalidad. Decide desnudarse también, despacio. Pegado al armario de la habitación hay un espejo. Marc echa una mirada al patético reflejo. Realmente no es agradable a la vista, todo ese montón de cicatrices y esa miserable prótesis. No obstante, le gusta creer que todavía se aprecia que fue un hombre agraciado. Que sigue siendo apuesto. Un poco estropeado por la vida, sí, pero sus músculos están aquí, fibrosos y tersos, con una constitución recia, fuerte. El cuello robusto y la cara intacta. Está aquí, está vivo. Eso vale todos los orgasmos del mundo. Su aspecto refleja claramente su estado interior. ¿Se puede estar en armonía consigo mismo? Durante un instante duda en quitarle la venda a la chica, para que ella pueda verlo como es. Guapo y orgulloso, con su virilidad erecta para ella. Le gustaría que ella lo deseara, de manera espontánea, solo con mirarlo. Que se sintiera halagada porque él la desea. Que ella le suplicara que la honre. Pero ¿cómo no temer un movimiento de retroceso cuando, si ella tiene necesidad de hacer el amor para calentarse un poco, también ha tenido la sensación, con esa sensibilidad que tienen las putas por los maltratos de la vida, que le hace un favor entregándose a él? Él renuncia. La acaricia un poco, muy despacio, como cuando se acarician flores que no tienen perfume con la esperanza de que sean suaves, y después la penetra lentamente.

La chica reacciona, da la impresión de que le resulta agradable. Como no es un servicio tarifado, ella hace el mínimo esfuerzo. Eso le recuerda a Annabelle, muy dotada para la pasividad, esa que te rebaja, que te humilla, que te hace parecer un animal sin talento. Pero Annabelle está muerta. Devorada por las llamas, consumida por los gusanos. Annabelle no tiene nada que hacer en su cabeza, y entonces se concentra en los senos blancos de la joven de ojos vendados y disfruta. Con delicadeza, sin brutalidad ni urgencia. Descarga un poco de tensión. Sí, todavía está vivo.

Pero más que nunca, la idea le resulta insoportable.

Ange Gardeni se impacienta en el despacho de Percolès. Debería haber vuelto hace rato.

—Ha sido un aviso urgente. Un chulo que le pegaba a una puta. Por eso no está aquí Percolès. Ha decidido pasar un rato con la chica —ha explicado bromeando uno de sus colegas.

Bueno, vale. Marc ha decidido pasárselo bien, nada que objetar. Pero tarda demasiado, sobre todo porque ambos tenían una cita. Además, Ange tiene una especie de radar cuando se trata de Marc. Hace días que no puede hablar con él por teléfono. Nota a su amigo cada día más distante, hundido. Sospecha que está deprimido, aunque los colegas de antivicio le dicen que sigue teniendo el mismo carácter de mierda y ese gusto por la lectura que lo aísla del resto del mundo. Entre ellos hay un lazo muy fuerte, telepático. Hay una razón, y por esa precisa razón está fuera de toda duda que Ange plante a su amigo cuando más le necesita. Por eso, a

base de insistir, ha conseguido quedar con él esta noche, y no aceptará que Marc le falle.

Le llama tres veces, y las tres veces salta el contestador. Esto es demasiado. Gardeni coge su americana, coloca la sirena sobre el coche y se va volando a casa de su terco amigo.

La luz se filtra bajo la puerta de entrada. Llama una vez, dos veces. Mantiene la presión del dedo sobre el timbre. No hay respuesta. Juraría que Marc está en casa. Es el instinto que ha desarrollado durante estos treinta años de carrera. Se puede ser cartesiano y acabar creyendo en los presentimientos, sobre todo cuando son malos, y el chorro de angustia que le está despertando la úlcera le advierte que lo que se está ocurriendo detrás no huele nada bien.

Gardeni saca el juego de llaves que Marc le diera hace ya algunos años y aspira profundamente. Espera encontrárselo muerto de una borrachera, bañado en su propio vómito, con lágrimas en las mejillas, o puede que con la cabeza destrozada por una pelea callejera.

Está preparado.

Está allí, entra.

Preparado sí, pero no para el espectáculo que se le ofrece.

3

Es demencial la cantidad de cambios que se han producido en ella desde el nacimiento del bebé. ¡Se siente a la vez fuerte, dispuesta a levantar montañas, y totalmente aterrorizada porque ese pequeño depende absolutamente de ella! No tiene sentido, e incluso debería prohibirse, dejar toda esa responsabilidad a una sola persona. Como nunca antes, Barbara siente que está en precario, atrapada entre un trabajo mal pagado y una madre que la esclaviza. Eso debe cambiar. Sueña con reciclarse, ¿tal vez podría confeccionar muñecas personalizadas? Es muy buena creando modelos únicos. ¡Solo hay que ver a Sweet Doriane! Ahora tiene un aspecto sacralizado, medio ángel y medio demonio.

Pero si la muñeca es motivo de orgullo, no le llega ni a la suela de los zapatos a su bebé. «Su be-bé», tres sílabas que le producen vértigo. La joven a veces tiene que pellizcarse para asegurarse de que no está soñando y que al término de un embarazo fantasma ella, la pequeña esteticista, sin ser una belleza, ha sido capaz de traer al mundo un niño tan guapo. No deja de mirarlo, de contar sus minúsculos dedos y de jugar a la mamá con él. Está muy mimado. Nada es lo bastante bonito para su pequeña maravilla, y no escatima en gastos para comprarle la ropa más cara, la más mona.

—¡Ten, chiquitín, mira lo que mamá te ha traído hoy! Estás contento, ¿verdad? Voy a bañarte y luego te probarás la ropa nueva, ¿de acuerdo?

Dedica mucho tiempo a su hijo y se ocupa de él con la misma devoción que antes consagraba a sus muñecas. De madre de porcelana, ha pasado a ser madre de carne y hueso, hasta el punto de desatender a sus compañeras en miniatura. A veces le parece que la miran con enfado. Da la impresión de que se animan y se cruzan miradas acusadoras. Evidentemente es Sweet Doriane quien lleva la voz cantante.

—Tengo el pelo sucio y mi maquillaje se borra, nos tienes abandonadas.

—No, ahora tengo menos tiempo para vosotras, pero no durará mucho, encontraré el equilibrio.

—Te equivocas de vida, Barbara. No estás hecha para ser madre. ¿No te has visto las ojeras y ese aspecto cansado que te afea?

La joven echa un vistazo al espejo de su habitación. Efectivamente, las marcas de falta de sueño son evidentes.

—Tu madre tenía razón, este niño devora tu energía vital. Tienes que hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para convertirte en quien debes ser.

En lo que dura un pestañeo, la silueta etérea de una mujer de piel clara y sonrisa radiante baila detrás de sus párpados.

—¡No hay sitio para un bebé en tu vida! Solo lo hay para nosotras. ¡Deshazte de él!

Barbara rechaza esa idea. Se ve capaz de sacarlo todo adelante y conseguirá tener una vida de mujer, así como una vida de madre. Podrá con la vieja pitonisa ciega y con la muñeca celosa. Se casará con Raoul y formarán una familia unida. Claro que de vez en cuando tendrá que recurrir a Barbie, hasta que pueda prescindir de ella.

Al joven mecánico no le convence demasiado el restaurante que su amiga ha elegido. Esperaba que a ella le pareciera lo mismo, pero nada de eso. ¿Dónde está la torpe y tímida chica que a él le daba tanta seguridad? Barbara se acerca a la mesa con paso seguro. Cuando se sienta percibe su perfume, y a pesar de que no es un experto, adivina que no se trata de una colonia comprada en el supermercado de la esquina. Está muy guapa con su vestido burdeos. Su escote realza sus redondos senos, e incluso se ha maquillado para la ocasión. Le gusta que se haya tomado la molestia: debe de estar muy enamorada.

—Llegas tarde —le reprocha él.

—Sí —se disculpa ella—, el metro se ha averiado, y ya sabes cómo va.

—Esto nos va a costar un ojo de la cara. ¿Has visto los precios?

—No te preocupes. Invito yo. Me gusta.

Barbara está un poco decepcionada por la reacción de Raoul. Pero no se quiere arriesgar a perderlo por un trivial asunto de dinero. No le va a costar un riñón. No es tan caro.

—¿Te ha tocado la lotería?

—No. Ahorro las propinas que me dejan los clientes en el instituto.

Se sonroja un poco. No obstante, no es del todo mentira.

—Vale, espero que no sea una de tus tretas para engañarme esta noche.

—No, te prometo que no. Solo quiero que pasemos un buen rato. Como hacen los enamorados. ¿Te apetece un aperitivo?

—Sí, un whisky. Y ya que estamos en ello, podemos pedir ya la cena. En este tipo de restaurantes tardan una eternidad, y claro...

—Como quieras.

Raoul llama a gritos al camarero y le dice lo que quiere. Entrecot y puré. En resumen, vaca y patatas. Mejor hubiese sido ir a un restaurante de carretera. Barbara hubiera preferido un poco más de delicadeza, y está visto que es mejor esperarla de sus clientes que del que podría convertirse en su marido. Fuerza la sonrisa como si él hubiera escogido un menú de sibarita y después pide ella.

—¿Desde cuándo eres mecánico?

—Llevo siete años.

—¿Te gusta?

—Sí, es un curro. Hay que conservarlo —dice riéndose a carcajadas y ofreciendo el inevitable panorama del puré pegado a los dientes.

—Claro, tienes razón. ¡Con tanto tiempo, tendrás mucha experiencia!

—¡Sí, podría decirse que sí! ¡Tu chico no es un cualquiera!

«Tu chico.» A falta de un príncipe encantador, se conformará con este, con tal de que la saque de su mazmorra. Es joven, tiene buena salud. Vivirá mucho tiempo y puede aportar un sueldo fijo para el bebé y para ella.

—¡Algún día serás jefe! —espeta ella—. Es posible que llegues a montar tu propio taller.

—¡No! ¡Nada de esto! ¿Para cargarme de problemas y sin vacaciones pagadas? Estoy bien así. ¡Monta tú un instituto de belleza si es tan fácil!

—Quién, ¿yo? No sería capaz —se defiende ella, consciente de haberle tocado la fibra—. Lo único que quiero es encontrar un buen marido y fundar una familia. ¿Quieres tener hijos?

La respuesta es importante. Ella no quiere incomodarlo, pero necesita saber si puede presentarle a su bebé. El chico parece reflexionar, sopesar los pros y los contras con la mirada perdida en el pecho de su amiguita.

—Claro que sí. Me encantan los niños.

—¡Estupendo! —dice ella sonriendo.

—¡Sí, pero hay que empezar a entrenarse para hacerlos!

—Sí.

—¡Ya te digo, guapetona: esta noche no te vas de rositas!

Suelta una carcajada un poco grosera que Barbara se esfuerza en acompañar. No obstante, el amor brilla por su ausencia... hasta el punto de plantearse si, en un momento determinado, no va a tener que invocar a Barbie.

Recorren el trayecto hasta la casa de ella sin mediar palabra. Nada más subir al coche, Raoul ha puesto la radio y ha encendido un cigarrillo. Ha esperado a estar en el diminuto ascensor para meterle la lengua en la boca. Una lengua gorda, fofa y babosa que va demasiado lejos, se mueve demasiado y le impide respirar. Nunca el ascensor le había parecido tan lento.

—¿Estás segura de que tu madre estará durmiendo?

—Sí —dice ella, recuperando la respiración—. Sígueme.

Gira lentamente la llave en la cerradura y lo adelanta. Como siempre, la tele aún está encendida y baña el salón con esa luz azulona tan familiar.

—¡Joder, tu casa apesta! ¿Es que nunca ventilas?

—Mamá tiene terror a las corrientes de aire. Tranquilo, todo va bien. Mi habitación está al final del pasillo —susurra ella.

La sigue sin problemas. Nada más entrar en la habitación, le agarra el culo con la mano y empieza a desabrocharse el vaquero.

—¡Coño! ¿Qué es esto? —grita él.

—¡Ssshhh! ¡Vas a despertarlo!

—¡Joder! ¡No me habías dicho que tenías un bastardo!

—¡No es un bastardo! Es... Es el bebé de mi vecina —miente ella—. Lo cuido durante fines de semana.

—¡Qué coño! ¡Este es el mejor modo de matar al amor! ¿Crees que soy idiota?

El niño, que se ha despertado con los gritos del hombre, se pone a llorar con esa voz de gorrino degollado que tienen los recién nacidos. Es insoportable. Raoul se abrocha la bragueta.

—¡No! ¡No te vayas! ¡Podemos hacerlo igualmente!

—¡Aquí no!

—¡Donde quieras! ¡Tengo muchas ganas, te lo juro!

—¡A otro perro con ese hueso!

Raoul, furioso, se va de la habitación. Barbara se descompone, tiene pánico. ¡Va a perderlo! No puede perderlo: ¡lo necesita! ¡Maldito bebé! Ya puede reventarse los pulmones y chillar lo que quiera, pero tiene que dejarlo ahí. Por su bien. Porque le hace falta un papá. Ella no podrá cuidarlo sola durante mucho tiempo. Es agotador.

—¡Ahora vuelvo, mi amor, ahora vuelvo! —le dice al marcharse.

Barbara corre detrás de su amigo. Lo alcanza cuando entra en el ascensor.

—¡Apártate! —grita—. Me largo.

—¡No, por favor! ¡Te deseo!

—Tienes una manera muy peculiar de demostrarlo. Escucha, a mí no me van las calientabraguetas, no son mi tipo; por lo tanto, lo dejamos aquí.

—¡No soy una calientabraguetas!

—¡No me digas!

La mira con desprecio, con el dedo apretando el botón de abrir puertas. Barbara comprende qué está esperando, entra en el infame ascensor y le aparta el dedo del botón. Las puertas se cierran despacio, la cabina está a oscuras. Ella tiene que recuperarlo, demostrarle que vale la pena que se quede. Es el único modo que conoce, y esta noche le repugna mucho. Entonces, tal como estaba previsto, ella invoca a Barbie, le baja los pantalones, los calzoncillos y mete el pene de Raoul en su boca. Él no la rechaza. Si hubiera luz en el ascensor, la joven podría ver el esbozo de una sonrisa.

—Te conviene aplicarte. Estoy muy enfadado, Bébé.

Raoul se calma, se relaja, se deja llevar y le sujeta la cabeza. Sí, es así como hay que actuar con las chicas. Demostrarles quién manda. Dónde está su sitio. Enseñarles a ser muy amables si quieren que el chico se quede.

—¡Sí, sigue! ¡Joder, qué bien!

Ya no piensa en sujetarla, en fin, ya no piensa en nada. Apenas sabe cómo se llama él mismo. Lo hace muy bien. Hubiese sido una lástima haberse perdido su talento. ¡Quién le iba a decir que detrás de una nena que se ligó por despecho un día de resaca se escondía una maravillosa chupapollas! En dos minutos el asunto se ha acabado. Barbara aprieta el botón. Está nerviosa. ¡Ojalá haya arreglado la situación! Él ya piensa en vestirse y en marcharse. La besa con cariño en la frente y le acaricia la mejilla. No hace falta nada más para que la joven vuelva a tener un poco de esperanza.

—¿Ya no estás enfadado? ¿Volveremos a vernos?

—No lo sé. ¡Te llamo!

—¿Me lo prometes?

—Sí, sí. Prometido.

Cuando entra en su casa se encuentra con el Apocalipsis. Su madre se ha despertado y está chillando al bebé, que no para de gritar a pleno pulmón. Esta tan colorado como la ciega, casi color cereza. Escarlata. Como si fuera a explotar.

—¡Por Dios, haz que se calle! ¡No lo soporto más! ¿Qué te crees? ¡Es tu bebé! ¡Tienes que calmarlo! Si no...

La vieja blande su bastón de modo amenazante.

—¿Si no qué? ¡Te prohíbo que lo toques!

—¡Si no, os echo a los dos! ¡Y créeme que lo hago! ¡Os echaré a patadas!

—¡Mentirosa! ¡Me necesitas demasiado!

—¿Tratas de mentirosa a tu madre? ¿Es eso? ¿Todo por culpa de este bastardo? ¿Era su padre quien gritaba antes en tu habitación?

—¡No! Era un amigo.

Aterrorizado por los gritos de las dos mujeres, el pequeño no para de llorar, como si absorbiera su ira para escupirla en un quejido tan fuerte como para reventar los tímpanos de los vecinos.

—¡Claro que te callarás!

La ciega se dirige hacia la cama, dispuesta a destrozar a su nieto. Pero Barbara, más rápida, coge al bebé bañado de sudor y lo protege en su regazo.

—¡Yo me ocupo! ¡Yo haré que se calle! ¡A ti te prohíbo que lo toques!

Barbara no permitirá que nadie le haga daño a su hijo. Siente que su ira va aumentando de intensidad como nunca lo había sentido. Aunque su madre no la ve, parece que percibe su determinación. La vieja vacila, la mirada perdida en el vacío, la boca deformada por el odio, y después se rinde. Sus hombros se relajan, se da media vuelta.

—Procura conseguirlo —dice en un gruñido.

Barbara abraza fuertemente al pequeño y lo besa. Ella lo protegerá. De su madre. De Sweet Doriane. De Raoul. Si es necesario, serán ellos dos contra todos.

—Tranquilo. Mamá está aquí, pequeñín. «Duérmete niño, duérmete ya» —tararea ella dulcemente.

Se sienta en la cama e intenta silenciar sus gritos lo mejor que puede, canta, llora, lo envuelve con sus brazos, besa sus pequeñas mejillas llenas de lágrimas, su pequeña nariz, su boca.

—Tranquilo, tranquilo, mi niño. Estoy aquí, te tengo en brazos. Ya lo sé, es muy duro todo esto.

Lo abraza con toda la fuerza de su amor, llora, le acaricia la pequeña cabeza pelona. ¿Es realmente al bebé a quien abraza así, o es más bien a la pequeña niña que fue y que estaba desesperada porque su madre nunca la cogía en brazos? Todavía llora por eso.

El pequeño aún tiene espasmos, son las últimas secuelas de su desazón.

—¡Venga, para ya! Todo va bien, ángel mío. ¡Te quiero tanto!

Poco a poco, su respiración se tranquiliza. El pequeño tiene la cabeza entre sus pechos. Pechos que él no le ha vaciado. Su madre es solo una mujerzuela.

—Así, duerme. No te preocupes, pronto nos iremos de aquí con papá. Ya verás. Pero mientras tanto, tienes que ser bueno, tan bueno como las muñecas que hay a tu alrededor. Si no, la abuela nos echará.

Como si contestara a su madre, la respiración del pequeño se sosiega justo después del último hipo. Barbara lo besa otra vez y lo acuesta con gran cuidado.

—Que tengas dulces sueños, mi muñequito.

Como respuesta, oye los ronquidos de su madre que traspasan los finos tabiques del piso. ¿Cuánto rato ha estado aquí, meciendo a su bebé? No lo sabe. Lo único que sabe es que la vieja loca haría bien en calmarse si no quiere tener un accidente.

4

Puede que el desorden que impera en el apartamento sea lo primero que llama la atención de Ange. La ropa esparcida por el sofá y los sillones o tirada por el suelo, arrugada. Los envases de refrescos vacíos amontonados por aquí y por allá, las cajas de pizza vacías, pelusas sobre el parqué. Un dedo de polvo sobre los muebles.

También podría ser el olor a cerrado, este ambiente algo repugnante y un poco denso, que huele a una mezcla de secreciones nocturnas y mal aliento matutino, de un aire que no circula.

También podrían ser las bolsas de basura que cubren las losetas de la cocina americana, que atraen a las moscas y parece que estén reptando con sus panzas repletas para huir de los glotones bichos.

O quizás sea por los libros de Nietzsche y Schopenhauer, marcados en muchas páginas o aplastados sobre su lomo despegado.

O por el álbum de fotos de su boda, de cuando Marc todavía sabía sonreír.

Acaso por la alianza enterrada en un cenicero repleto de colillas y ceniza de hace tres semanas.

Pues no.

Eso no es lo que ve Ange, lo que llama toda su atención y que lo paraliza como si le cayera la casa encima.

No.

Lo que le alucina y le aterroriza es la impresión ineludible del espectáculo que tiene ante sus ojos. Tiene la sensación de estar ante una obra de Racine o en la proyección de una película de Lars von Trier. Un melodrama en toda regla, una especie de terrorismo afectivo en el que uno sólo se puede hundir o asfixiar por la propia impotencia, ahogarse en sus lágrimas, su sangre y su mierda. Un espectáculo en el que el fin, buscado con antelación, forzosamente ha de ser trágico.

¿Qué tiene que hacer? ¿Debe intervenir?

Sí.

Hace falta.

Debe hacerlo.

Avanza despacio, sin decir nada, y levanta la mano al ralentí como para llamar, para consolar y para disculparse por interrumpir.

Nota que su garganta se tensa, sus dedos tiemblan. ¡Maldita sea, que miedo tiene! ¡Por Dios, qué insignificante se siente! ¿Qué daría para detener el tiempo y quedarse con esa incertidumbre sobre el futuro inmediato, esa que alberga un poco de esperanza?

—Vete, Ange.

Marc no se ha movido ni un ápice. Está sentado en una silla con una postura a la vez rígida e indolente, los codos apoyados en los muslos, la pistola entre las dos

manos, el cañón entre los ojos, el dedo en el gatillo. Él es la Muerte, él es el Destino. La Fatalidad. Su voz es muy sosegada, demasiado neutra, vacía. La angustia de Ange aumenta.

—No. Suelta ese revólver. No hagas tonterías.

—No puedo. Lárgate, no tienes derecho a estar aquí.

No le mira. Tiene los ojos cerrados. Sus manos se contraen y se aferran a su presa.

—Es mi deber, Marc.

Gardeni habla con la voz entrecortada. No sabe cómo reaccionar. ¿Qué hace, habitualmente, un poli en esta situación? En teoría negocia, gana tiempo, trabaja el afecto, hace razonar. Pero en teoría, no es un amigo el que tenemos delante, dispuesto a suicidarse. No es un tipo experimentado en métodos anti suicidio. Se trata de alguien a quien queremos mucho, que nos dejaría un vacío inmenso si desapareciese. ¿Qué debe hacer? ¿Avanzar hasta él? ¿Quedarse donde está suponiendo que su sola presencia será suficiente para disuadirle? ¿Y si no consigue impedirle que haga semejante locura? ¿Y si al final Marc se vuela de verdad los sesos?

El cerco de miedo se cierra un poco más en torno al comandante. Un miedo que lo paraliza porque está lleno de tristeza. Un miedo que desampara, que da ganas de llorar, de gritar ¡BASTA! ¡Se acabó! Como cuando se es niño y todos los problemas se esfuman como por arte de magia. Un miedo que dice «No tengo a nadie más que a ti, eres mi único amigo, la mejor alma de mi alrededor, por eso no tienes derecho a dejarme solo».

—Eres tú quien no tiene derecho a hacerlo. ¿Me entiendes?

La voz de Gardeni acaba quebrándose por el dolor. Toda la soledad del mundo cae sobre él. Será un miserable si no consigue salvar a su amigo.

—Sí, Ange. Es mi vida. En fin, lo que me queda. Por favor, déjame. No deberías haber venido. Y, por lo que llevo jugando a este juegucito, tienes muchas posibilidades de verme mañana.

—¿Posibilidades? Tú... ¿juegas a la ruleta rusa?

La esperanza. No solo hace vivir, también te da alas. Razonas más rápido. Ilumina la noche más oscura. Una posibilidad entre seis de morir. Las ganas de vivir en un ochenta por ciento.

—¿Por qué lo dejas al azar si realmente quieres quitarte de en medio?

—Siempre me han gustado las sorpresas —ironiza Marc—. No intentes ganar tiempo, Ange. No funcionará. Si realmente quieres, quédate; no correré el riesgo de echarte y que de paso me quites mi arma, pero no te quejes si te salpico. Si sobrevivo, siempre podrás ponerme un whisky para brindar por las vacaciones de la Parca.

—¡Me avergüenzo de ti, hijo de puta!

Gardeni ha gritado. La tristeza ha sido vencida por la ira y no está mal. Al menos no está paralizado.

—¡Me avergüenzo de ti por querer tirarlo todo por la borda! —contesta él con

ímpetu—. Sería renegar de todo lo que me has enseñado, de todo lo que me dijiste cuando te necesité.

—Es una vieja historia... mejor para ti si te ayudé, pero ahora tú no puedes.

—¿Por qué? ¿Crees que tu desgracia es peor que la mía?

—Mataste a un camello y no era razón para suicidarse. ¿Has visto en qué estado me encuentro?

—¿Y qué? Estás vivo, ¿no?

—No.

—¿Te acuerdas del texto que me recitaste cuando para mí ya nada tenía sentido?

—...

Claro que Marc se acordaba. Nunca olvida nada. Se acordaba de la desesperación de su amigo, del modo en que miraba su pistola de servicio, como una mujer a la que se desea.

—Pues yo me acuerdo perfectamente —continúa el comandante—. Era un texto de Charlie Chaplin. Una de esas cosas que eres capaz de repetir palabra por palabra tras haberlas leído una sola vez. No tengo tu memoria, colega, pero encontré ese texto y me lo aprendí de memoria. Porque me salvó la vida. Decía: «He perdonado errores casi imperdonables, he tratado de sustituir a personas insustituibles, de olvidar a personas inolvidables. Me he movido por impulsos, algunas personas me han decepcionado, también yo he decepcionado a alguien. Abracé a alguien para protegerle. Me reí cuando no debía. Hice amigos para siempre. He amado y he sido amado, pero también he sido rechazado. Me han amado y no supe amar. He gritado y he saltado de felicidad. He vivido de amor y he hecho promesas eternas, ¡pero me he roto el corazón tantas veces! He llorado escuchando música y mirando fotos. He llamado solo para escuchar una voz. Me he enamorado de una sonrisa. He creído morir de tanta nostalgia y he tenido miedo de perder a alguien especial... a quien finalmente he perdido. ¡Pero he sobrevivido! ¡Y todavía estoy vivo! No estoy de paso por la vida. Y tú tampoco deberías perdértela. ¡Vive! Lo mejor es luchar con determinación, abrazar la vida y vivir con pasión, perder con clase y vencer con osadía, porque el mundo pertenece a quien se atreve y la Vida es demasiado hermosa para considerarla insignificante». Y yo hoy tengo ganas de decírtelo. No tienes derecho a lanzarme este discurso y luego renegar de él. Porque eso significaría que me mentiste. Y que mi vida tampoco merece ser vivida.

—Esto es chantaje sentimental —protesta Marc.

Algo ha cambiado en su voz. Incluso Marc es consciente de ello. Siempre ha sido receptivo a los razonamientos lógicos, y este lo es. Su determinación parece debilitarse un poco. Una cita llama a otra, las palabras del Principito de Saint-Exupéry hacen eco a las de Chaplin. «Somos responsables de lo que domesticamos.» Y esto ¿qué quiere decir? ¿Que está unido *ad vitam aeternam* a Gardeni con la excusa de haberle salvado la vida? Sus manos se relajan un poco, la pregunta le da vueltas en la cabeza: no encuentra la respuesta.

—¡Jodido Principito!

—¿Qué?

—Nada, cosas mías. Quizá tengas razón.

Percolès se levanta y deja el arma como si tal cosa.

Ange se indigna.

—¿Eso es todo?

—Sí. De momento.

—Demasiado fácil.

—¿Quieres que vuelva a cogerla?

—¡No!

Gardeni se lanza sobre el revólver.

—De hecho, te lo confisco. Pero no entiendo este giro. No es muy de ti ceder así.
¿Esperas a que me vaya para empezar otra vez?

—No.

—Entonces ¿qué?

—Entonces yo qué sé, ¡vete a tomar por el culo, joder! ¿Quieres esa copa o no?

Gardeni no sabe si llorar o reír de alegría, darle un puñetazo a este hijo de puta o abrazarlo. Todavía está muy tenso y se da cuenta de que tiene el dedo en el gatillo.

¡BAMMM!

Una deflagración que revienta los tímpanos. Eco que retumba. Silencio incrédulo.

Los dos hombres se miran sin mediar palabra.

En el suelo, un agujero humeante con la bala destrozada, incrustada entre los listones.

Marc se queda paralizado.

¿Qué probabilidad había de que Ange le salvara la vida esta noche?

5

—Pues tienes muy buen aspecto. ¡Nadie diría que vienes de una gastroenteritis!

Es evidente que estas dos pécoras no iban a pasarlo por alto. Dos semanas de baja le iban a pasar factura en el instituto, y disfrutarían haciéndosela pagar. Barbara se mira de reojo en el espejo de la entrada. Efectivamente, no tiene aspecto de enferma, ni de recién parida. Como no había engordado durante su embarazo fantasma, tiene la misma silueta de siempre. Y su hijo es un ángel. Ya duerme toda la noche de un tirón y la deja dormir. Es como si después del altercado con su madre hubiese entendido que tenía que facilitarle la vida. Sabe que ella se anticipa a sus necesidades y espera pacientemente, sin llorar ni tener berrinches como antes. ¡Su presencia apenas se nota! De vez en cuando, naturalmente, encuentra otros medios para hacerle «notar» su presencia. El olor, por ejemplo. Ella ya había oído quejarse a otras jóvenes madres de las regurgitaciones que les manchaban la ropa y que dejaban un olor rancio. Pero nunca se había imaginado la amplitud de la nauseabunda paleta y de las cosas que excreta un recién nacido. Un bebé no huele nada bien, ¡y parece que esté prohibido decirlo! Para colmo, Barbara no puede contar con la ayuda de su madre para limpiarlo. ¡Bastante es que se quede cuidándolo cuando ella no está! Es un milagro. Pero Barbara sabe que en el fondo su madre tiene corazón. Es posible que al final acabe queriendo a ese niño inesperado. La idea hace sonreír a la joven.

—Encima ¿qué es lo que te hace gracia? ¡Hace más de dos semanas que curramos el doble porque la señorita tiene gases!

A pesar del tono agresivo, Barbara no presta atención. Mira a través del escaparate y le hace una señal a Raoul, que está montado en la pequeña moto que ella le ha regalado. Él levanta la mano como respuesta y arranca a toda velocidad. Ha sido muy amable al acompañarla al trabajo. Claro que está un poco obligado, entre los mimos que ella le da a raudales y los regalos con los que le obsequia. Nada se consigue si no se da nada, y ella espera que él satisfaga su requerimiento. Ella está impaciente, pero trata de razonar. Sabe muy bien que a los hombres no les gusta que los acorralen.

Mientras que a Barbara le parece que el tiempo va muy despacio desde que se ha propuesto casarse con Raoul, Barbie, por el contrario, no ha tenido tiempo para aburrirse. Cada vez que una intenta encontrar encanto en la rudeza del mecánico, la otra se entusiasma con las atenciones de los hombres que le pagan. Pura incoherencia. Pero pura realidad. Sus clientes la invitan a restaurantes y a vinos deliciosos, la halagan y la desnudan con delicadeza, mientras que Raoul le arruga y le arranca la ropa. La tocan como una obra de arte, en cambio Raoul la soba como si fuese una masa de pan un poco seca. Sin embargo... ¡Si supieran cómo los desprecia! ¡Cómo le gustaría dominarlos, más allá de una felación o de las bofetadas que les da, de todo corazón, y que ellos se imaginan que son para poner un poquito más de pimienta a sus corridas! Sueña que los humilla, que se queda con todo lo que tienen, al mismo

tiempo que se arrastra por el lodo por un tipo grosero que cree capaz de sacarla de su situación.

—¡Eh, Barbie! ¿Estás en babia? ¡Tienes un cliente en la cabina! ¡Date prisa!

—Sí, señora Molinas.

La jefa le habla en un tono severo. A ella tampoco le ha gustado su baja. Seguramente le obligará a hacer horas extra como compensación. Pero Barbara no tiene tiempo. Tendrá que negarse. El ambiente se volverá todavía más desagradable. Qué le vamos a hacer. Su periodo de prueba ha terminado; por tanto, la jefa no la puede echar salvo por una falta grave. Claro que, si la señora Molinas supiera cómo empezaron sus actividades extraprofesionales, la historia pintaría bastos. Pero el boca oreja ha resultado fructífero y ahora la mayoría de los clientes la citan directamente en el hotel. Ya no los seduce con su «final feliz».

—Buenos días. ¿Qué tipo de depilación quiere?

—Integral, por favor.

La clienta está en la treintena. De aspecto limpio. Barbara se pone los guantes de látex y embadurna de cera la pequeña espátula de madera.

—Ponga los pies juntos y doble las rodillas. Así, muy bien.

La clienta hace muecas mientras le aplica el producto, irremediamente caliente. A Barbara no le importa. Una depilación completa duele, pero solo dura veinte minutos. Extiende una tira tras otra, para que se sequen rápido, y las arranca con un gesto seco sujetando la piel con su mano enguantada. A veces «omite» este gesto, lo que hace que la mujer chille un poco. Sobre todo cuando se acerca a los labios o al centro del pubis, ahí donde la piel es más fina. Eso la hace sonreír por dentro. Hay que sufrir para estar guapa.

—Póngase de espaldas. Separe las nalgas.

Después del chocho, el culo. Ve pasar decenas cada semana. Jóvenes, viejas, musculosas, pellejas... Todas se abren de piernas sobre sus coños púrpura y muestran sus anos más o menos cerrados, con o sin almorranas. La piedra angular de la humanidad está aquí. En esos culos que ella depila. Cuando termina, todas se lo agradecen.

—Muchas gracias.

—Me voy para que se vista.

Barbara no es de esas esteticistas parlanchinas que dan conversación. Ella hace su trabajo y sonrío, sin aparentar simpatía para que le den una mísera propina. Eso hace sonreír a sus dos compañeras, que se creen mejores que ella y mejor pagadas.

¡Que lo sigan creyendo!

La jornada ha terminado. Sin sorpresas ni pasión. Pasa de la mirada inquisidora de la señora Molinas o de las burlas apenas disimuladas de las dos malas pécoras. Barbara coge su abrigo y se va. Tiene prisa. Tiene prisa por marcharse del instituto, de dejar la rutina de su vida tras ella por una hora, prisa por convertirse en Barbie.

Conoce de memoria el camino hasta el hotel. Llega con el piloto automático, mira

disimuladamente aquí y allá, pero no se fija mucho en lo que se cruza en su camino. Barbara pasa delante de su tienda preferida sin darse cuenta y nota que la mirada ácida de la propietaria de *Doll's Paradise* se clava en ella tras atravesar el escaparate. Eso le provoca una descarga en el corazón. Se acuerda de su último encontronazo, hace unos días.

Todo empezó por una desagradable discusión con Sweet Doriane. La muñeca quería ser el único centro de atención, pero, tras la llegada del bebé, eso es imposible. Esa noche, Barbara estaba ocupándose de su hijo. ¡Era tan bueno desde la otra noche! Había aprendido muy rápido que tenía que madurar más deprisa que los demás, para que Raoul lo aceptara y para que su abuela no se enfadara.

—¡Eres un bebé adorable, cariño! Si supieras lo orgullosa de ti que está mamá...

En ese momento, el pequeño echó un enorme eructo, lo que hizo reír a la joven.

—¡No pasa nada, es la digestión!

Lo abrazó cariñosamente, tapándole con ternura la espalda y besándole su cráneo blandito.

—¡Te ha crecido el pelo! ¡Pronto tendrás tanto como papá! Ya verás, se ocupará de nosotros en cuanto se dé cuenta de lo maravilloso que eres.

Lo cubrió a besos. El niño se dejaba hacer, todo por el amor de su madre.

—¡Pero si tienes frío, mi amor! ¡Mamá va a ponerte algo que te abrigue!

La joven madre se dispone a ponerle un gorrito y un pequeño jersey a su hijo. ¡Pero no puede decirse que estuviera muy colaborador!

—¡Anda, deja que mamá te vista! De todos modos, no voy a ceder. ¡No quiero que te mueras!

Como si comprendiera que no le serviría de nada luchar, el niño se deja vestir con un disfraz de niño modelo.

—¡Pero qué guapo estás! —exclamó mirando a las muñecas que estaban tranquilamente sentadas en la estantería—. ¡A ti tendría que enseñarte a la señora de la tienda!

Efectivamente, Barbara tenía intención de proponer su colaboración en *Doll's Paradise*.

—Eres mi mejor creación, lo más bonito que he hecho hasta ahora —se extasió contemplando a su bebé y abrazándolo.

—Sí, claro, porque solo tiene la mitad de ti —murmuró Sweet Doriane.

—Te prohíbo que digas esto.

—Digo lo que me da la gana. ¡Además, una muñeca es siempre una niña! ¡Personalmente, tu «muñequito» me parece muy feo!

—¡Te prohíbo que critiques a mi hijo, putita!

—Lo digo por ti, ¡deberías deshacerte de él! ¡Los niños roban la belleza de sus madres, lo sabe todo el mundo! ¡Vas a envejecer prematuramente!

—¡Cállate, hablas como mi madre!

—¡Salvo que yo nunca envejeceré! Estaré siempre perfecta, pero tú terminarás

como esa vieja pelleja.

—¡He dicho que te calles!

A Barbara le parece insoportable el tono de la muñeca cuando se pone socarrona. Es una voz agria, que termina las frases con una musiquita sarcástica e infantil para acentuar más las maldades que dice. ¡Y esa risa, por Dios, esa risa con acento enfermizo de muñeca poseída!

—¡Ja ja ja!

—¡Cállate, zorra!

¡Pero esa risa no cesa! Se cuele en su cerebro, retumba y se amplifica. Le hiere los tímpanos, le turba la razón, amenaza con volverla loca.

—¡Ja ja ja! ¡Yo seré eternamente bella!

—¡Vas a ver lo guapa que eres!

Barbara estaba fuera de sí. Cogió el frasco de disolvente de cera, robado unas semanas antes del instituto, para rociar el cráneo de la insolente antes de encender una cerilla. ¡Hermosa llama! Los cabellos naturales de Sweet Doriane se desintegraron a una velocidad de vértigo, desprendiendo un olor a cerdo chamuscado. Barbara deja que ardan unos segundos antes de apagarlos. La porcelana no se había estropeado y ahora se apreciaba una magnífica calva circular en lo alto de la cabeza. Alrededor, los pelos que han sobrevivido caen en una cascada desaliñada.

—¡Mira lo que les pasa a las niñas malas cuando no se portan bien con los bebés!

Sweet Doriane no pronunció palabra pero lloró silenciosamente durante mucho rato. Parecía inconsolable.

La muñeca había perdido parte de su aura, que le daba un aspecto dulce, y sabía con certeza que desde ese momento a todo el mundo le parecería fea.

Una vez pasado el enfado, la joven se sintió un poco culpable. Le pidió perdón e intentó justificar su cólera. Pero los ojos de su pequeña compañera se habían vuelto desesperadamente vacíos, sus labios no esbozaban ninguna sonrisa, no articulaban palabra alguna.

¿Había sido Barbara la perdedora de ese ataque de rabia? No, era imposible. ¡La idea era insoportable! ¡Sweet Doriane era su confidente, su *alter ego*, capaz de aguantarlo todo por ella, su consejera, su alma! La necesitaba y debía hacerse perdonar. Pero ¿cómo? Rápidamente tuvo una idea, como una iluminación. Un peine por aquí, una puntilla por allá, un poco de maquillaje en los senos desnudos para que vuelvan a llamar la atención y un sombrero para cubrir las quemaduras. El resultado fue sorprendente y endiabladamente fascinante. Barbara acababa de inventar un nuevo concepto: el de la muñeca barriobajera, gótica, maléfica. Una ruptura total con la imagen de niña sofisticada, la que intentan imitar las mini-mises americanas. Una muñeca que anuncia el color de su perversidad, de su voluntad de corromper la juventud abrasándole las neuronas. Una muñeca que no se esconde bajo un vestido rosa chicle y una sonrisa relamida. Una muñeca que dice mierda a la gente de orden. Además, la decisión de crear una criatura del tercer sexo, entre su bigote y su barriga de mujer embarazada, era audaz, y la vieja de *Doll's Paradise* podría ampliar su

clientela.

Con gran aplomo, Barbara fue a verla.

—Buenos día, señora, ¿se acuerda de mí?

—Claro que me acuerdo, corazón. ¿En qué puedo ayudarle?

La vieja había visto de reojo un pequeño paquete que Barbara abrazaba sobre su corazón. Era, evidentemente, una muñeca envuelta en papel de seda.

—Pues... He cambiado un poco a Sweet Doriane. Y me gustaría saber si cree que mi trabajo podría interesar a sus clientes.

—¿Cambiado? ¿Le ha hecho un vestido nuevo?

No tuvo tiempo de terminar la frase. La joven acababa de abrir el paquete. La vieja se atragantó de horror. El pelo destrozado, esquilado en algunos sitios o quemado en otros. Las manos rotas, los ojos con ojeras negras. Su aspecto era de una vulgaridad que haría sonrojar a las chicas que hacen la calle; además estaba ridículamente disfrazada con un bigote y una barriga grotesca. La muñeca parecía gritar su muda desesperación. Parecía una niña violentada.

—Pero ¿qué ha hecho?

—¡La he personalizado! Es original, ¿verdad?

—¿Original? ¡Es repugnante! ¡Está usted loca! ¡Madre mía, nunca debí vendérsela!

—Entiendo que esto le sorprenda, es... diferente. ¡Pero así tiene mucho más carácter!

—¡Es usted una desquiciada! —gritó la mujer—. ¡Lo que ha hecho es el reflejo de su locura! ¡Deberían encerrarla y hacerle lo mismo! ¡Nunca más volveré a venderle una muñeca! ¿Me ha entendido, tarada? ¡Salga inmediatamente de mi tienda!

—Pero señora...

—¡Salga con su horripilante muñeca! ¡No vuelva a poner los pies aquí o llamaré a la policía!

Barbara salió a la calle completamente sorprendida. ¿Cómo esa señora, siempre tan amable, le había hablado en ese tono? ¿Cómo podía ser tan insensible a la metamorfosis de Sweet Doriane? ¡Ahora estaba mucho más atractiva! Después de esta reflexión, Barbara lo entendió todo. A la vendedora le había superado la situación. Incapaz de colocarse en la vanguardia, solo podía mostrarse hostil a la modernidad. El problema no era Sweet Doriane, sino más bien era esa bruja. Era como su madre, incapaz de ver la belleza, ciega al mundo que la rodea.

—¡Maldita seas! —refunfuñó Barbara.

Pero no se quedará quieta. Encontrará otras tiendas, más abiertas a la modernidad. Les enseñará sus creaciones. Sí. Eso es lo que hará. A partir de ahora pulirá más el *look* de Sweet Doriane. Hasta que esté perfecta.

Hace ya un buen rato que ha dejado *Doll's Paradise*. Llega al hotel. Barbara, como de costumbre, se cambia en los servicios. La joven que sale se llama Barbie.

Huele a buen perfume embriagador y a confianza en sí misma. Se dirige contoneándose hasta la mesa reservada. El hombre, que intuye su presencia, se gira y sonríe. No obstante, hoy Barbara es incapaz de devolverle la sonrisa. Queda paralizada, se resquebraja, se rompe. Todo por un detalle anodino, pero que va a desencadenar lo peor.

Su cliente lleva bigote.

6

Lo ha escogido al azar, ha elegido el más cercano a su casa. Ni su apellido ni su edad eran primordiales, lo único que importaba es que no fuera mujer. Eso Marc no lo hubiera soportado. Pero no hay problema.

El tío tiene un aspecto insustancial. Ese tipo de hombres que te cruzas por la calle sin verlos. No es un líder que destaca por su gran complexión o por su mal aspecto, ni un aprendiz de intelectual que teoriza sobre el arte de vivir.

Desprende cordialidad.

Tiene un falso parecido a Sartre, o quizás a Freud. De esos intelectuales de altas miras y grandes ideas. Gafas redondas de présbita en una cara redonda. Lo que le da un aire misterioso, encantador. Tiene ese atractivo de los hombres que nunca envejecen del todo. Elegante, siempre muy erguido, lo que le hace parecer que mide metro setenta cuando en realidad debe medir cinco centímetros menos.

Marc se pregunta si gusta a las mujeres. No lleva alianza. ¿Es tímido? ¿Un asexual por convicción, de los que renunciaron a tomar los hábitos? ¿O es de aquellas criaturas extraordinarias que camuflan su físico con palabras bien escogidas que embelesan el oído de las mujeres susurrándoles frases sin sentido, recitándoles versos, ayudándoles a volar a otros lugares y haciéndoles soñar una vida mejor?

El hombre carraspea, como para invitarle a que se relaje, que se tumbe, que hable. Tranquilizarlo. Transmite todo eso con un simple aclarado de garganta, con una mínima mucosidad que vibra guturalmente. El lenguaje no verbal es una mina, un pozo sin fondo. Marc inspira. Suspira. Se lanza.

—No he venido por mi voluntad.

—Suele pasar —contesta el hombre.

—He venido obligado. He hecho una promesa.

—Es muy importante hacer promesas. Para uno mismo. Para el otro.

—¿Es esta una respuesta de psiquiatra?

—Eso prueba de que está en el sitio más indicado. ¿Qué es lo que le trae hasta aquí?

—El amigo que ha querido que viniera a la consulta... cree que he querido suicidarme, porque me ha visto jugar a la ruleta rusa.

—¿Lo cree? ¿No es el caso?

—No exactamente. Yo no quería matarme. Deseaba morir.

—¿Es distinto?

—Sí.

Marc es consciente de que debe explicarse. Es fácil de decir. Pero sincerarse a un desconocido no es su estilo. No obstante, lo intenta. Porque respeta la palabra dada.

—Suicidarse, decidir cargarse una vida, incluso la propia, es creerse Dios. Yo no tengo tantas pretensiones. Por lo tanto, prefiero dejarlo al azar.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que todo se parase. Me gustaría dejar de sufrir.

—¿Qué es lo que le hace sufrir tanto?

—Todo.

Todo le desazona. Pero ¿cómo va a explicarlo? Cómo contarle que la gente habla alto, que la gente se llena la boca de vulgaridades. El olor, el hedor de sus sueños de pacotilla, de sus deseos de baja estofa, de esa envidia purulenta que orienta cada una de sus decisiones en una entelequia de libre albedrío tan absurda como reconfortante. Todo le incomoda en esta farándula de egoístas, de imbéciles egocentristas que no tienen otra cosa que hacer que exhibirse en los escaparates virtuales de las redes saturadas. «Yo mi me conmigo, yo mi me conmigo, yo mi me conmigo.» ¿Cómo decirle que ya no puede más de la violencia cotidiana, trivializada, subestimada a través de una mirada tan vacía como un agujero negro que se habría tragado las últimas reliquias de nuestra humanidad? ¿Que no puede soportar esas personas que agonizan de miseria en el metro bajo la mirada indiferente de los zombis que van a fichar, de las burlas, de las indignaciones y de las compasiones consensuadas fomentadas por los medios de comunicación que hacen el trabajo sucio de comerles el coco por encargo de los políticos vendidos a los empresarios que siempre quieren más?

«Yo mi me conmigo.»

Cuando todo debería ser una excusa para sublevarse. El paro, los tangas de las chicas, el desprecio del vivo.

Cuando todo debería ser una oportunidad para amarse.

Pero no. Cada uno se centra en su pequeña vida. Todo el mundo gira la cabeza. No hay nada ni nadie a quien aferrarse.

Solo le rodea un inmenso vacío y titubea.

—Mi vida es un inmenso cementerio —dice—. Deambulo entre las tumbas. He perdido todo lo que amaba. He muerto mil veces. Ya no tengo fuerzas para continuar. Aún menos para amar.

—¿Se ha divorciado?

—Viudo.

—Lo siento mucho. A veces el trabajo del duelo necesita su tiempo.

—¿El trabajo? ¿Desde cuándo una emoción se asimila con un trabajo? ¿También es necesario en este caso hablar de eficacia? ¿Eso cómo va? «Has hecho muy bien tu duelo, bravo, puedes pasar a otra cosa, y usted también. De ese modo todos tenemos la conciencia tranquila.» O bien: «Ten cuidado, todavía estás en la segunda etapa cuando deberías estar ya en la cuarta. ¡Se te está acabando el crédito, tu entorno va a perder la paciencia!». ¡Las emociones no se controlan, y si lo hacemos es porque no se sienten de verdad, o porque se es un psicópata o un moribundo!

—¿Por qué esta palabra le irrita tanto? Quizá no quiera estar mejor y no desee hacer este... este proceso. Por lealtad hacia su difunta esposa. Estar mejor es aceptar que ella está muerta y que usted no puede hacer nada. Esto puede parecerle una

traición.

—No. La que me ha traicionado es ella. Y el duelo es por mí. Por mi antiguo yo, y no he sabido hacerlo, supongo. Para ser sincero, me da igual. Efectivamente, no tengo ganas de estar mejor. Porque no quiero olvidar el sufrimiento, para no caer nunca más en la trampa de...

La voz de Marc se rompe, se hace el silencio.

—¿De qué? ¿Del amor?

—Sí.

—¿Por qué no? Todos necesitamos amor.

—No. Es una quimera. Necesitamos contacto, calor. Culo, endorfinas. No necesariamente de una mujer. Menos de esos sucedáneos que nos cruzamos en cada esquina de la calle. La mujer. Es un concepto trillado que ya no quiere decir nada. Quizá la Tierra se ha calentado, pero el corazón de la mujer se ha helado. La especie ha desaparecido. Se ha difuminado con el feminismo y se ha convertido en su caricatura. Hasta la exageración. Más dignidad. Más fuerza. Todo para entrar en una guerra de nervios que ella pone en marcha contra nosotros y que siempre gana, maquillada, estirada, con botox. La mujer de hoy no teme el compromiso. Te quiere por la pasta y te la sacará durante años, incluso después de la separación, solo por principios, porque no tiene la valentía de currar para tener un poco de amor propio. Su orgullo es el de romperse el culo con un vaquero apretado. De lucir una sonrisa perfecta y ropa de marca que cuesta un ojo de la cara, fabricada por niños explotados. La mujer de hoy es un caparazón vacío. No hay nada dentro. Solo nuestras ilusiones truncadas, que pisotean con sus tacones de aguja pensando en el próximo pardillo.

—Es una conclusión muy dura.

—Tan dura como comprender que ellas no han hecho más que romperme el corazón y ponerlo a disposición de su codicia.

—¿Ha tenido alguna relación después de la muerte de su esposa?

—Sí, claro. Con putas. Sin falsas promesas. Eso las libera de alguna cosa, de una forma de presión. Además, muchas veces esas chicas parece que me hacen el amor en lugar de follarme. Es un atestado...

—¿Un atestado? ¿Y eso?

—Porque soy poli. Trabajo en antivicio.

—La sesión ha terminado. Nos vemos el próximo martes.

Es brutal, de repente se levanta una cortina de acero para cerrar un espacio de escucha donde empezaba a estar cómodo. Es un poco desagradable. Le asquea haber jugado el juego y haber abierto un poco las compuertas. El psiquiatra parece darse cuenta de su malestar.

—No estoy aquí para juzgarle o para darle mi opinión. Estoy aquí para ayudarle a vaciar su mochila. Sin condescendencia. Sin sobrepasar los límites y, ni mucho menos, el horario.

—Eso que dice tiene el mérito de ser claro.

Una vez dicho, cree que el método es un poco soberbio y sin ninguna empatía. Se pregunta y a la vez se cuestiona de repente si no habrá dicho alguna cosa que le haya ofendido. Como si hubiera notado cierto desconcierto, el hombre enfatiza.

—Usted habla, yo escucho, trabajamos. Ni más ni menos.

—De acuerdo. Por mí, está bien.

¿Es realmente así? Marc no lo sabe. Es posible que, después de todo, eso sea suficiente. Esta manera de trabajar la frustración a la vez le alivia y la hace menos dolorosa e inquietante. Además, a él le da igual estar mejor. Está aquí porque Ange ha insistido. A decir verdad, le parece bastante cómodo.

El capitán meneaba la cabeza, se levanta y se despide del terapeuta sin ningún comentario.

La puerta se cierra despacio.

El hombre de la gafas frunce el ceño. Un poli. ¡Y de Antivicio! Lo que le faltaba. Mira nerviosamente el reloj. Tiene el tiempo justo para coger su abrigo y parar un taxi. No quiere retrasarse. El tiempo es dinero. Sobre todo en este caso.

Cuando entra en el Grand Hôtel, se siente febril. No obstante, ya lo ha hecho otras veces. Un montón de veces. Por eso, antes se ha deshecho del poli. Si siente ansiedad, es porque tiene un asunto nuevo. Tiene miedo. No de no gustarle: ella no puede escoger. Pero sí de que ella no le guste.

Al fin y al cabo, él es el cliente, tiene derecho a exigir la máxima calidad del producto, y también la del servicio.

Algunas miradas curiosas a su alrededor. El corazón le palpita y le hace sentir realmente vivo, vibrante. Se acuerda de la frase del poli sobre las putas que le hacen el amor. No. Lo que él quiere es obediencia, la carne que huele, que rezuma y se agita. Los fluidos que se mezclan y la mujer a su servicio. Quiere sentirse el rey del petróleo, un dios vivo, el amante más excitante del mundo. Quiere poseer, quiere culo, quiere tetas.

De repente, ahí está ella. Antes de que cruce su mirada, él sabe que es ella y que la noche será distinta a todas las que ha vivido hasta ahora. Todo son promesas en esa chica. Sus deliciosas curvas, su pelo platino, su andar felino y sensual. Ella instintivamente también lo ha reconocido. Es una profesional. Ella se dirige hacia él y sonríe.

—Hola, me llamo Barbie.

A Martha Bilessi siempre le ha impresionado esa historia de un cirujano que arranca las caras de mujeres jóvenes para trasplantárselas a su hija, desfigurada en un accidente de coche. *Los ojos sin rostro* es una película muy sensorial y la madre de Barbara siempre pone el vídeo. Desde lo más profundo de su ceguera le gusta pensar que esa muchacha que solo tiene la mirada para expresar su terror, en cierto modo, se le parece. Ella también es prisionera de su cuerpo, pero al revés: su defecto son los ojos.

Hubo un tiempo en el que era coqueta, le gustaba mirarse en los espejos y en los ojos de los hombres. Pero ya hace mucho que renunció al mundo de las apariencias. Incluso antes de quedarse ciega. Y Marthe Bilessi —Bilessi Sodier para ser más precisa, aunque, desde hace mucho tiempo, no añade su apellido de soltera al de su ex marido— se acuerda perfectamente del día que ocurrió.

Si aún fuera capaz de llorar, dejaría caer una lágrima por el rabillo de su ojo marchito. Para contrarrestarlo se contenta con poner la película en pausa y agudiza el oído para percibir los sonidos que se filtran desde la habitación de su hija. Su presencia la tranquiliza. Sin ella, Marthe no sabe lo que sería de su vida. A veces, la posibilidad de que Barbara la abandone la altera, la hace estremecer. No, la joven tiene tanta necesidad de ella como viceversa; por lo tanto, eso no va a pasar. Sería una catástrofe para ambas. Es normal que su hija tenga veleidades de independencia, sobre todo desde los últimos... «acontecimientos», y sin duda por no poder asumirlos sola. Eso es, desde todo punto de vista, imposible.

Marthe Bilessi suspira. Se arrepiente. No fue buena idea animarla para que se pusiera a trabajar, ¡pero la chiquilla se aburría como una ostra! Además aporta ingresos extra, y eso les viene de perlas, más bien de diamantes. Marthe no sabía que una esteticista pudiera comprar tantas cosas. Al principio creyó que Barbara sisaba de la caja, pero parece que no, y prefiere disfrutar de los regalos que le hace su hija para tener la fiesta en paz. La vieja no es tonta, pero ¿a quién le amarga un dulce?

No oye ni un solo ruido. Solo silencio. El silencio que la oprime y la aterroriza desde que perdió la vista. Ese silencio que la obliga a tener la tele siempre encendida, por miedo a morir de soledad en su cárcel de carne. La mujer no puede más. Tiene que saber qué hace Barbara. Se levanta torpemente, se apoya temblorosa en la muleta y arrastra sus cansados pies hasta el final del pasillo.

Pega la oreja.

No le gusta lo que oye. Pero no la sorprende.

—¡Oh, mi querida Sweet Doriane! ¡Dime otra vez que soy una princesa!
¡Enséñame ese maravilloso futuro que me espera!

Silencio.

—¡Gracias! ¡Sí, lo veo! ¡Me veo! ¡Soy tan feliz!

Un escalofrío le recorre la espalda encorvada, su corazón se acelera. Barbara tiene

el don, seguro. Y eso no presagia nada bueno.

Todas las mujeres de la familia que tenían el don acabaron mal. Por eso Barbara no puede vivir sola, necesita un vigilante, alguien que la proteja de ella misma, que le ponga límites para que no haga daño a la gente que se cruza en su camino.

La madre de la joven se derrumba un poco más. ¿Quién la protegerá? Cierra sus párpados inútiles. Los cierra por su hija y por los recuerdos que no compartirán.

Parece que el don viene de un trauma. Ella sabe cuál es el de Barbara. Es de cuando su marido aún estaba aquí.

Es un milagro que su hija no se acuerde de su padre.

La había hecho pagar muy caro que sedujera a su marido. Sin embargo, tiene la certeza de que la chiquilla no tuvo la culpa... pero su hombre lo tenía en la piel, y tuvo que dejarlo por esa razón. Además de hacerse a la idea de que ya no estaba lo suficientemente fresca como para gustarle, que su propia carne, su sangre, su hija, sería siempre mucho más deseable que ella. Se odiaba, se detestaba por haber sido tan dura con ella, de haberle cargado, todavía hoy, el peso de la traición del hombre, y por su culpabilidad de ser una mala madre. Eso es más fuerte que ella.

—Sweet Doriane, es horrible. Me gustaría volver a empezar.

Durante toda su infancia, Barbara se había inventado amigos imaginarios con los que mantenía largas conversaciones y que se encarnaban en sus juguetes. A Marthe le hubiese gustado llevarla al psiquiatra, pero tenía miedo que un profesional hubiera empeorado las cosas, encontrando y estigmatizando el trauma en lugar de dejar que la pequeña se olvidase de todo. ¿Qué habrían pensado los vecinos? Su hija no estaba loca, solo era un poco «rara» y nada se le podía reprochar después de lo que había soportado en silencio. Además, curiosamente, sus «amigos imaginarios» siempre le habían soplado cosas muy sensatas y lógicas. Le decían dónde estaban las llaves que su madre había perdido, la avisaban de la llamada inminente de una tía o de una tormenta imprevisible.

Una vez superados sus primeros temores, la madre de Barbara presintió que su hija tenía el don, pero se guardó muy mucho de decírselo, para no perturbarla más. Se acordó de aquella prima lejana a la que llamaban la Bruja y que la familia evitaba como a la peste. Todo el mundo le tenía miedo, se rumoreaba que podía formular hechizos y adivinar el futuro. Algunos habían ido a verla para arrojar luz sobre su situación o para vengarse de un enemigo, y todos salían de su casa con un nudo en el estómago y profundamente impresionados.

La Bruja murió cuando Marthe solo tenía ocho años, pero nunca se olvidó del terror que producía a la gente que pasaba delante de su casa —La Bruja, plantada detrás de su puerta, te atravesaba con la mirada antes que salieras y se carcajeaba con una risa histriónica—, ni del juego de terroríficos tarros que adornaban las estanterías, ni siquiera del infecto hedor que reinaba en su casa.

Instintivamente, Marthe olfatea la puerta de la habitación. Huele a perfume de putita y leche para el baño del bebé. Si se concentrase más, ¿podría deducir alguna otra cosa? Su corazón se dispara. ¿Podría ser...? No, son imaginaciones suyas. Solo

huele a productos cosméticos.

Barbara está muy alterada esta noche. Las cosas han ocurrido exactamente como ella temía. Además, le ha gustado. Todo ha empezado con ese cliente bigotudo. Sin que ella pueda entender por qué, eso la ha alterado, se ha liberado una especie de ira agazapada en el fondo de ella. La joven tiene la difusa sensación de que es por culpa de los bigotes, sin entender muy bien el motivo. ¡Su padre llevaba bigote y era bastante guapo!

El dinero que el hombre le ha dado por sus servicios no le ha parecido suficiente y ella ha cogido algo más. Muchísimo más. Algunas imágenes le vienen a la mente, en ráfagas demasiado fugaces para que las entienda. Pero hay carne temblorosa que se agita en la gruesa cuerda, gritos ahogados que suplican hasta reventar la garganta, y esta visión obsesiva de lágrimas rojas y espesas que resbalan por las húmedas mejillas. También hay cuerpos que se arquean, que se sacuden por espasmos inútiles, y cuencas vacías en la cara pálida que se llenan siempre con los ojos de Sweet Doriane, como para impedir que escarbe demasiado en sus recuerdos.

Barbara cree que ha hecho muchas tonterías, que ha perdido el control, o que le ha gustado demasiado tenerlo, porque no se ha limitado a una sola víctima. Sus recuerdos entrecortados la hielan. ¿Cómo ha podido hacer eso? ¿De dónde le viene tanta violencia?

—¡Soy un monstruo! —dice delante del espejo.

—¡Eres una justiciera! —responde Sweet Doriane.

La muñeca está sentada en la cama, al lado del bebé, con una mano apoyada en el hombro. La claridad anaranjada de la lámpara de la mesilla se refleja en sus ojos con un brillo diabólico y construye sombras que dibujan profundas arrugas en su cara. Parece un espectro, una moribunda maquiavélica. Las palabras de la dueña de *Doll's Paradise* retumban en la cabeza de Barbara. ¿Ha modelado a Sweet Doriane como si fuera su propia imagen? ¿Ha encarnado en ella su locura? ¡Quizá sea todo lo contrario!

—¿Qué cambiaría eso? —responde la muñeca haciéndose eco de sus miedos.

—No lo sé. ¡No quiero que me manipules!

—¡No digas tonterías! ¡Me disfrazas de ti, pero no quieres asumirlo!

—¡Cállate! Debería deshacerme de ti: acabarás volviéndome loca.

Los pucheritos del bebé interrumpen a la joven.

—Deberías ocuparte...

—¿No decías que tenía que separarme de él?

—Al fin y al cabo, ya no me molesta tanto.

Barbara coge al bebé y le mete el biberón en la boca. Se toma muy en serio el papel de madre. El líquido apenas baja.

—¡Parece que no tenías tanta hambre!

El pequeño deja caer un brazo. Barbara sonrío enternecida.

—Vale, vale. Te voy a acostar, mi amor, estás cansado. Duerme, mamá está aquí.

Lo que no es del todo cierto, sobre todo dentro de unos instantes. Esta noche, Barbie tiene una de sus citas. Barbara coge su bolso, echa una última mirada a la habitación que contiene todos sus tesoros, abre la puerta del cuarto y casi se tropieza con su madre, que está ahí de pie, seguramente espiándola.

—El pequeño está... —farfulla la vieja.

—Sí, duerme, pero tendrías que despertarte y darle el biberón. ¿Podrás hacerlo?

—¿Estás segura de que...?

—Claro que sí, mamá. Ya lo ves. ¡Me voy! Te lo había dicho, ¿no?

—Sí, hija, sí. Vete.

El tono de la madre, excesivamente amable, la mosquea. ¿Qué trama ahora, hablándole como a una retrasada?

—Bueno, me voy.

—C... claro. Sé prudente ¿vale? No hagas tonterías.

Barbara, molesta, no contesta y se va dando un portazo. Le gustan mucho estas salidas porque le ayudan a mantener su nuevo nivel de vida. Sus roles se invierten, y poco a poco las cosas se ponen en su sitio. Ahora la vieja está a sus pies. Nunca más le dejará que maneje su vida. Al menos sus idas y venidas. La joven siente de repente un poco de culpabilidad. Le debe mucho a su madre. No es muy caritativo tratarla así. Sobre todo cuando le hace el favor de ocuparse del pequeño. Pero Barbara se sacude rápidamente sus remordimientos: esta noche tiene una cita con un cliente nuevo. Le sorprende ser objeto de tanta publicidad, porque no siempre es tan amable con todos. Seguramente les da mucha vergüenza quejarse, o les gusta. Qué más da. Ella solo tiene que ser prudente. Eso sabe hacerlo. Tiene prisa por volver a repetirlo. Es embriagador dominar a un hombre. Es una droga. Le gusta tanto que, esta noche, no ha dudado en anular su cita con Raoul. De todas formas, últimamente le molesta. Parece que se conforma con la situación sin decidirse a oficializar las cosas y solo abre la boca para hacer preguntas indiscretas sobre sus gastos.

Barbara suspira. Los hombres no son tan simples.

Pero no tiene tiempo para profundizar en el tema. Barbie tiene muchas ganas de salir esta noche y Barbara no sabe si será capaz de retenerla hasta el hotel. Eso sería una imprudencia.

Baja la cabeza y, ensimismada en sus pensamientos, no se da cuenta, esta vez tampoco, de que la siguen.

El capitán Percolès sabe apreciar la ironía de la situación. Pasar delante del tanatorio para entrar en el hospital es, cuanto menos, deprimente. Valora silenciosamente la audacia del arquitecto o su inconsciencia. Sin embargo, una vez delante del recinto mortuario, un estremecimiento le quebranta su buen humor de hombre herido. Hasta ahora no se había percatado de que no había visto a su mujer muerta. Es una tontería, dicho así, porque la vio morir y sabe que la enterraron cuando él estaba en coma. Por eso tiene la sensación de que se ha perdido algo. No el último homenaje que podría —o como mínimo debería— haberle hecho, pero al menos algo parecido al luto, como diría su psiquiatra. Esa comprobación del cuerpo mutilado y estropeado que confirma que se ha terminado.

Ha visto ya montones de cadáveres. Muchos desconocidos. Otros muy cercanos. Ha visto el pecho que no se hincha, la piel dura y helada que sale del frigorífico, la nariz tapada, la cara demacrada. Esa impresión nauseabunda de que se está delante de una muñeca de cera, un basto sucedáneo de lo que en su día, cuando su corazón latía, fue una persona. Sabe lo importante que es la última mirada, las últimas palabras que susurramos, algo inquietos por si alguien nos sorprende hablando a un cadáver. Besándolo suavemente en los labios. El beso de Judas, el del adiós del vivo al desgraciado que no pudimos retener. Que abandonamos en las garras de la noche y que no volveremos a ver. Que podríamos haber querido más, apoyado más. La muerte nos enfrenta a todas nuestras impotencias, nuestras confortables debilidades. Nuestra egoísta apatía.

Sí, le hubiese gustado verla, a la harpía. Quemada y acartonada, los ojos carbonizados y la boca fundida. Ella, con lo coqueta que era. Hay que cuidar la apariencia mientras se está vivo: una vez en el otro barrio ya no se puede controlar. Obligatoriamente hay que dejar eso en manos de los de la funeraria, que no tienen ningún sentido de la estética. Eso le hace sonreír maliciosamente, hasta que se da cuenta del horror de lo que se está imaginado y del placer perverso que le produce. ¿Se merece ella ese odio? No. Ella hizo lo que pudo con lo que tenía. Pero está claro que tenía más defectos que virtudes. Solo era una pobre mujer que luchaba contra sus neurosis. Murió de un modo atroz y él no tiene derecho a denigrarla. Tiene que dejarla marchar y pasar a otro asunto. Él sabe que está destrozado y que no volverá a vibrar. Debe concentrarse en cosas positivas, constructivas, si no quiere hundirse y volverse tan feo como lo fue ella. Porque si ella tenía como excusa sus propios límites, ¿cuáles serían los suyos, los de él, siempre tan dispuesto a juzgarla? ¿El rencor? ¿La acritud? No, él no es así. Recupera en el último momento la lágrima piadosa que resbala por su mejilla; hace disimuladamente, sin darse cuenta, el signo de la cruz que tenía escondido en el cajón de los recuerdos perdidos. Gira la cabeza y entra en el hospital.

No hay que sentir lástima. Eludir el olor infecto que invade el edificio. Apesta a

viejo. El viejo aparcado aquí esperando espicharla. El viejo que acabará claudicando, que no luchará más. Huele a esperanza y a miseria. A estrés y a gangrena. Hasta en el ascensor, frío y aséptico, da la impresión de que se han meado dentro. El suelo de goma de los pasillos parece concebido para que los pies se arrastren emitiendo un ruido de burbujas de plástico. Incluso las enfermeras, de tez verdosa bajo los neones que les marcan unas ojeras hasta el cuello, parecen zombis dispuestas a comerte el cerebro.

El capitán se detiene frente a la puerta escoltada por oficiales. Llama.

—Adelante.

La voz es familiar. Marc conoce al paciente que está sentado en la cama. De aspecto débil y desamparado, se apoya en dos enormes almohadas. Sobre la mesilla con ruedas, una caja de lidocaína seguramente olvidada por una enfermera distraída. Ninguna flor, tarjetón o peluche que dé un poco de calor a la fría habitación. Todo huele a soledad y a decepción.

Al hombre solo se le ve la boca y la punta de la nariz. Un vendaje alrededor de la cabeza le sujeta las compresas que tiene en los ojos. Todo es, desde la postura hasta el color grisáceo que ha tomado su piel desde hace unos días, un grito de desesperación y de dolor. Incomprensión. Sus hombros están caídos, las comisuras de sus silenciosos labios parecen decir sin parar: «¿Por qué? ¿Por qué yo?». Es lo que parece gritar bajo sus párpados embadurnados que rezuman Betadine. Marc echa una mirada a las muñecas del hombre. Están intactas. No obstante, con toda certeza algún día intentará abrirse las venas, como todos los enfermos que no consiguen resignarse. No se distingue casi nada de su cara, pero desde la última vez que lo vio, hace apenas unos días, el hombre parece haber envejecido diez años.

—Capitán Percolès. He venido a tomarle declaración.

—¿Percolès? —repite para asegurarse de que ha oído bien.

El hombre parece nervioso, su voz tiembla, su mandíbula también. Tiene ganas de llorar, pero cree que no hace falta. Sus labios dibujan una mueca triste.

—Sí, soy yo, señor Céreux.

—No creí que fuéramos a vernos tan pronto. En fin. Es decir, es un modo de hablar —contesta el hombre con una risa nerviosa.

«El humor es la cortesía de la desesperación», decía Boris Vian. Un gesto amargo que cruza sus mejillas dice mucho de la capacidad de reírse de sí mismo que tendrá que desarrollar.

—Siento mucho lo que le ha pasado. Haremos todo lo posible para pillar a la persona que le ha hecho esto. ¿Podemos empezar?

—Vamos allá.

—Apellido, nombre, profesión, fecha y lugar de nacimiento.

—Céreux. Yves. Psicoanalista. Nacido el 2 de febrero de 1973 en Tours.

Marc está incómodo. Pensar que estaba en su consulta solo unas horas antes del drama... Realmente nunca se sabe lo que nos deparará el futuro. En un segundo todo se desmorona.

—¿Qué es lo que le ha pasado, señor Céreux?

—Yo... Esto es un poco embarazoso, entiéndame.

—Sí, pero estoy aquí porque este es un asunto turbio. Y usted es la víctima, hable sin miedo.

—De acuerdo. Ha... había quedado con una chica. Una prostituta.

—¿Cómo la conoció?

—Una noche conocí a un tipo en un bar, simpatizamos y me dio su dirección. Un e-mail.

—Supongo que nos lo habrá facilitado.

—Sí, pero era una cuenta temporal. Como cuando creas una para registrarte en determinadas páginas.

—¿Porno?

—Sí.

—Bien. Continúe.

—Quedé con ella. Fui a la cita unas horas después de que usted viniera a mi consulta.

Marc entiende ahora por qué el psiquiatra parecía estar echándole cuando le dijo en qué trabajaba.

—Al principio todo fue muy bien. Era muy guapa, segura de sí misma, con un pelo increíble. ¿Se da cuenta de que es la última persona que habré visto? Su imagen se me quedará grabada para los restos.

El tipo se derrumba. Marc le da unas palmaditas en la espalda... e intenta ponerlo de nuevo a su disposición.

—¿Cómo la describiría?

—Una bella mujer. Una puta de lujo. Son todas iguales, ¿sabe? Es por eso que las amamos, porque son intercambiables. Qué le voy a contar a usted.

Marc carraspea. ¡Qué suerte la suya que ese tío sea su psiquiatra! Cuando se lo cuente a Ange, no va a creérselo.

—¿Subieron a la habitación?

—Sí, después de cenar. Forma parte del paquete, le gusta que la traten como a una princesa. A mí no me importaba si después... podíamos intercambiar los roles.

—¿Y?

—Subimos. El ambiente es muy cálido. Ella se saca la parte de arriba, pero no su sujetador, y me desviste. Se arrodilla con esa mirada de perra sumisa, que es muy excitante, y empieza a... En fin, ya sabe.

—¿A mamársela?

—Sí. Lo hace francamente de maravilla. ¡Dios mío, si lo hubiera sabido!

Al hombre le entra el pánico, respira entrecortadamente. Parece que ha vuelto a ser consciente de que está mutilado. No puede seguir hablando. Marc lo sabe. Marc lo comprende. Espera que el tipo se calme. Y sigue.

—Intente seguir, no podemos dejar que ella se vaya de rositas.

—Sí, claro. Después ella me empuja encima de la cama, de espaldas, y me propone atarme. Acepto. Estoy confiado, he pagado —añade como para justificarse—. Ella vuelve a empezar... a trabajar ¡Es realmente muy buena! Creo que nadie me la había mamado así, tan profundamente... Casi llego al orgasmo, y ahí ella se para, me dice que debo calmarme si quiero que el juego dure más. Que ha traído juguetes nuevos y que quiere probarlos conmigo. Yo estoy de acuerdo. Pero en ese momento empiezo a pensar que es un poco raro, sórdido.

—¿Qué era?

—Un bigote que ella se pega bajo la nariz. Y dice: «Un trozo para papá». Después me cuenta que me va a joder, en todos los sentidos del término. Se va hacia mi chaqueta, coge mi billetero y empieza a registrarlo.

—¿Tenía las manos desnudas?

—No, llevaba unos guantes largos de satén rojo. En ese instante comprendo que quiere desplumarme, le grito que pare todo ya, intento desatarme. Ella se ríe, coge el dinero y se lo mete en el sujetador, se me acerca y me besa. No entiendo nada de lo que está pasando, me digo a mí mismo que debe ser un juego de rol. Se ríe. Me pregunta si quiero estar ciego mientras ella continúa. La idea de la venda en los ojos hace que me empalme. Acepto. Se dirige hacia su bolso y me dice: «Ahora un trozo para mamá». Solo que no coge una venda sino unas tijeras pequeñas y puntiagudas. Entonces se sube encima de mí y me las acerca a la cara, se me queda flácida. Me pide el PIN de mi tarjeta de crédito. Tengo miedo, meneo la cabeza y grito: ¡No! En ese instante me mete los calzoncillos en la boca, apoya su antebrazo en mi frente, acerca las tijeras a mi ojo izquierdo y...

No puede decirlo. No consigue ponerle palabras a lo que le ha pasado. Eucleación ocular. En los dos ojos. Marc entiende por qué lo ha amordazado. Debió de gritar mucho.

—No... No consigo olvidar el ruido. Es un ruido de nada. Un ruido que no da miedo. Pincho, tuerzo y ya está. ¡Dios mío! ¿Por qué hace esto? ¿Por qué me ha sacado los ojos? ¡No había hecho nada malo! Me ha jodido la vida.

Marc se cuida muy mucho de no contradecirle. Se calla.

—Y después, como si no hubiese sido suficiente, me dice que va a sacarme los calzoncillos de la boca, que si grito y no le doy el PIN, me cortará la polla... Que en el bolso lleva unas tijeras grandes. Entonces le doy el PIN y se marcha. ¿Por qué no le se lo di cuando me lo pidió la primera vez? ¡No me hubiese importado que se llevara mi dinero en lugar de mis ojos! ¿Por qué no le di el puto PIN?

—Es más fácil culpabilizarse a toro pasado, cuando ya disponemos de todos los elementos. Usted en ese momento no los tenía. No sirve de nada que se torture. Por otro lado, ¿no se acuerda de alguna cosa en concreto, algo que, aunque parezca insignificante, pueda ayudarnos a pillarla?

—Hay mucho... Pero no sé nada...

—¿Qué?

—Era perfecta. Una maniquí de carne y hueso. No quiso que la follara porque se

conformó con chupármela. Y la fuerza con que me tiró encima de la cama mientras simultáneamente... Mientras...

—¿Qué?

—Me pregunto si no sería un hombre travestido.

—Bien, es una hipótesis que vamos a investigar. ¿Alguna cosa más?

—No.

—Bueno. Ahora le dejo. Ánimo, amigo.

—Gracias.

¿Un hombre? Por qué no. Percolès coge el teléfono y llama a la científica.

—Hola, ¿cómo va el análisis de ADN? Vale. Daos prisa. Quiero saber si es un hombre o una mujer y si está fichada. ¿Lo has entendido? ¡Sí, es urgente! ¿Por qué? Porque no es la primera vez que esta puta bigotuda hace de las suyas, está más segura y no se parará aquí. Puede empezar a matar más pronto que tarde.

TERCERA PARTE

Hay dos cosas que me horrorizan:
el verdugo que hay en mí y el
hacha encima de mi cabeza.

STIG DAGERMAN

1

Barbara no se encuentra bien. Tiene miedo. Además la embarga esa sensación difusa de culpabilidad que se le pega a la piel como un perfume de pachuli.

—No está bien lo que he hecho.

—¡Claro que sí, ha sido estupendo!

—¡No soy yo! No soy de esa clase de personas.

—¿Estás segura?

—¡Sí! No sé de dónde sale todo esto.

—Pues de ti. Solo de ti.

—No. Eso es imposible. ¡Es culpa tuya, lo sé!

La joven abraza a su bebé. El pequeño duerme, ella procura estar en silencio con respecto a su muñeca, que cada vez parece más perversa. Lo mece despacio, con la mirada clavada en una Sweet Doriane desmelenada.

—¿Culpa mía? No lo creo. Nunca has necesitado a nadie para ser mala.

—¡Jamás hice nada malo a nadie antes de conocerte!

—¿Estás segura, Barbara? Yo no estaba contigo el día que estuviste a punto de matar a la pequeña Caroline. ¡No me digas que lo has olvidado!

—¿Cómo sabes eso? Pasó hace quince años.

—Yo lo sé todo. ¿Has olvidado que soy parte de ti?

—¡No! ¡Tú eres un monstruo!

La muñeca la mira fijamente con su mirada ausente. Durante un instante, Barbara se siente confundida. ¡Por dios, está hablando con una muñeca sin otro poder que el de decorar una habitación!

Sin embargo, ver vida donde no la hay es el síntoma de la locura, y Barbara se da cuenta de que siempre ha estado loca. Contempla el objeto. Solo es porcelana y tela, un simple juguete con una pátina realista. Pero detrás de las mejillas lisas, la joven percibe los pensamientos que se agitan y el pulso del alma. Bajo su mirada, la piel dura se flexibiliza, las pupilas se aclaran burlescamente, pestañea y guiña un ojo que provoca una carcajada a la muñeca. Una risa sarcástica, aguda, una risa de loca. Una risa acorde a su mirada de demente, con los iris claros rodeados de negro, una risa que retumba en su cráneo vacío y que hace vibrar cada uno de sus cabellos supervivientes al fuego, una risa que la estremece, da la sensación de que la hace avanzar hacia Barbara, la engorda, la agranda, hasta sobrepasarla o devorarla. La joven se queda petrificada. Sweet Doriane es la medusa, Sweet Doriane es su maestro, la única marionetista de su sórdida vida. Barbara es solo un juguete de carne paralizado por el terror.

—¡Puede que sea un monstruo, pero a tu imagen, querida!

—¡Nada de nada! ¡Eres muy fea con tu calva y tu bigote!

—Fea por fuera... ¡como tú lo eres por dentro!

—¡Mentirosa! ¡Eres una gran mentirosa! ¡Y una loca peligrosa!

—Ya, no crees que de las dos, la loca es la que intentó sacarle los ojos a una pobre niña.

—Fue... un error de juventud. ¡No lo he vuelto a hacer! —balbucea Barbara.

¡Qué disparate! Barbara se había olvidado de esa historia. Estaba agazapada en el fondo de ella, escondida como un secreto vergonzoso, una pequeña serpiente agresiva a la que no hay que molestar y que esa puta de Sweet Doriane acababa de despertar. Su mordedura venenosa le provoca una especie de descarga eléctrica. Nota un sabor a metal en la boca, sus venas se hinchan, sus puños se crispan. ¿Cuántos años tenía entonces? ¿Ocho? ¿Quizá diez? Ya no se acuerda de lo que hizo la otra para ponerla en ese estado: solo se acuerda de la rabia. La tensión. Como si la hubiese embargado una furia tan grande que, si no llega a descargarla sobre alguien, se arriesgaba a que la consumiera en un plis plas. Su padre acababa de irse. Su madre estaba muy distante. Y aquella niñita lo tenía todo. Todo lo que ella no volvería a tener nunca más. Una familia cariñosa, un montón de juguetes, horquillas en el pelo. Entonces la pegó. Primero dos bofetadas, pero, al ver que la niña no se defendía, cerró los puños, lanzó sus pies para tirarse encima de la otra y, tras hacerla caer, le puso los pulgares en los párpados.

Después nada, un agujero negro. Su mamá que va a buscarla a la enfermería del colegio y le habla cariñosamente, es muy amable. Demasiado. Cuando hacemos daño a alguien, merecemos que nos riñan, que nos castiguen. No obstante, aquella noche la mimaron como nunca lo habían hecho antes. Pastel de queso y chocolate. Fue la primera vez que oyó la palabra «traumatizada».

Los días siguientes también fueron muy agradables. Al final, cada vez menos, hasta volver a la normalidad en una especie de degradado hacia la distancia y la culpabilidad. De vez en cuando, su madre se interesaba por su estado, le consultaba sobre las decisiones que había que tomar, como si su opinión contase para algo. Seguramente para comprobar que todo iba bien. Está claro que su madre la tenía por una loca. Empezó ese día, el de la bronca, pero tal vez la incubara desde mucho antes, antes de que papá se fuera y de que... Barbara meneaba violentamente la cabeza. Y que... ¡nada! ¡Ya no se acuerda de nada más! ¡Ya está!

—¡Has vuelto a hacer daño por tu propia voluntad y lo sabes muy bien!

—Vale, pero no volveré a hacerlo. No quiero ser esa clase de persona.

—Entonces ¿vas a dejar de ser puta? ¿Cómo le vas a explicar a tu madre que debe renunciar a sus dulces?

—En cualquier caso, son malos para ella, es diabética.

—Y ya sabemos por qué se los compras... ¡a ver si estira la pata más deprisa!

—¡Solo dices tonterías! La quiero demasiado como para hacerle daño. Y punto, no le volveré a comprar nada dulce.

—Pero no solo son las golosinas. También están los vestidos, las cintas de vídeo, los masajes que le pagas. No renunciará fácilmente a esas cosas, ahora que se ha acostumbrado a ellas. ¡Solo hay que ver cómo las exige!

—Se conformará.

En el fondo, la joven sabe muy bien que se engaña a sí misma. Sabe que su madre no está dispuesta a renunciar a sus privilegios y a sus regalitos que le ayudan a tragarse el marrón del bebé. Sin ellos seguramente no querría ocuparse de él cuando Barbara no está. Vivir con ella es un sacrificio, una carga, un calvario. Algunas veces la joven se desespera y se sorprende deseándole la muerte con el fin de ser libre, pero nunca se lo confesará al pequeño monstruo. Eso la agota. La vieja nunca tiene suficiente y siempre exige más atención, más sumisión. ¡Sus muñecas nunca le piden tanto! Si su madre fuese una de ellas, le facilitaría la vida. Se ocuparía de Sweet Doriane —cuando es buena— al mismo tiempo que de su muñequito.

—Solo tendrías que ponerle una almohada en la cara cuando esté dormida.

—Jamás. ¿Me entiendes? Es mamá y la quiero. ¡La necesito!

—Si tú lo dices... Pero...

—¡No hay peros que valgan! ¡Cállate! ¡No me obligarás a hacerlo!

—¿Obligarte? ¡Qué cosas dices!

—Lo haces con lo demás, con los hombres.

—Yo no te obligo a nada. Solo te guío, porque solo librándote de su influencia podrás conseguir la felicidad. Acuérdate de tu visión... Estabas tan guapa con aquel vestido blanco... Acuérdate de tu maravillosa sonrisa, tan dulce...

Como por arte de magia, la aparición se materializa de nuevo en su cabeza y la perturba más de lo que podía imaginarse. Es una mujer tan hermosa... ¡Parece inmensamente feliz! Si algún día pudiera ser como ella...

—Es verdad.

—Todavía es posible. Solo tienes que deshacerte de lo que te lastra...

Instintivamente, Barbara abraza a su bebé. Sabe que la muñeca está celosa y le gustaría que no lo criara.

—¡No renunciaré a mi hijo! —grita, olvidándose de que el bebé estaba dormido.

—Claro que no. No es el más molesto, de momento.

La muñeca se carcajea. Horrorizada, Barbara se pregunta si Sweet Doriane podría obligarla a hacerle daño. La idea la aterroriza. ¿Será capaz de abandonarlo para protegerse a sí misma? ¡No! ¡Jamás! Prefiere morir, o incluso matarlo, antes que dejar a su bebé. Sabrá desentenderse de los planes de Sweet Doriane. Sabrá parar de hacer daño a esos hombres. Es necesario. Por su salud mental, por el bien de su hijo. Para no hacer lo peor.

Barbara es totalmente consciente de que lo más importante es eso.

Desde hace días, Barbara vive con el temor a ser descubierta. Efectivamente, si hasta ahora ningún hombre se había atrevido a poner una denuncia contra ella, hay alguien que podría estropearle sus planes de emancipación: Raoul.

Raoul, su supuesto salvador. Aquel que estaba destinado a salvarla de las garras de su madre.

El otro día, saliendo del hotel, le pareció reconocer la silueta de su amiguito en la

acera de enfrente. El hombre giró la cabeza, así que no podría jurarlo. No obstante, desde esa noche Raoul es mucho más exigente y se muestra más caprichoso. Quiere más accesorios para su moto, se inventa gastos imprevistos para pedirle dinero a ella, aun sabiendo que nunca se lo devolverá. Cuando ella pone reparos, él hace alusiones. Por supuesto, nada concreto, nada explícito... algunas indirectas, aquí y allá, apostilladas con buen tino y que a ella le hacen temblar.

«Sí, cariño, el negocio de la belleza es mucho más lucrativo que el trabajo de un honesto mecánico.» También: «Podrías compartir un poco. ¡Yo lo hago contigo!».

Lo justo para hacerla dudar. ¿Y si había descubierto su pequeño tinglado? ¿Y si había decidido ir a la policía? Desde ese momento, ella tendría que olvidarse de sus sueños. Adiós al lujo y a la libertad. Adiós a la princesa vestida de blanco.

¡No! ¡Ahora no puede renunciar! Pese a todo, seguirá siendo Barbie, y soportará las dudas sobre si Raoul la ha visto o no.

El tiempo que dure mientras él se olvida. Que él acepte que ella ya ha parado.

¿Querrá Raoul eso?

2

El capitán repasa los vídeos del hotel. Cada vez el mismo proceder. La chica llega, de espaldas a la cámara, y se sienta delante del hombre sin vacilar, superfemenina y rodeada de una aureola de perfume embriagador. Todos han hablado de ese olor almizclado que presagia sexo y desenfreno. El olor de la hembra que produce toneladas del sustituto de la feromona. Marc se imagina la fragancia y también adivina la textura del cabello, la turgencia de sus pechos y el gesto profesional. Los tíos no tienen escapatoria. Es una trampa para machos, una especie de mantis religiosa tan apetecible como un merengue en el escaparate de una pastelería. Pero por mucho que mire, que analice los movimientos, nunca consigue una imagen limpia de su rostro. Igual que cuando llega, es lo suficientemente astuta como para pasar inadvertida cuando se marcha. Tras una cincuentena de visionados, Marc no entiende todavía cómo consigue desaparecer.

—¡Capitán, la reunión va a empezar!

—¡Voy!

Percolès entra en la sala con determinación. No hay tiempo que perder.

—Señores, muchas gracias por su presencia.

Pone en marcha el proyector. En la pared blanca aparecen las fotos de las tres víctimas enucleadas.

—Yves Céreux, Mathieu Becker y Fabien Brissaud. Los tres hombres fueron atacados y torturados con el mismo procedimiento. La sospechosa se hace pasar por prostituta. Cenar juntos, suben a la habitación reservada por el hombre. Ella le hace una mamada, lo ata y, bajo tortura, le exige el PIN de su tarjeta. En los tres casos les ha sacado los ojos y les ha amenazado con caparlos.

—¿Tienen las víctimas algún punto en común? —pregunta un oficial.

—Rondan la cincuentena y tienen poder o, según el psiquiatra, representan de algún modo una especie de autoridad.

—¿Cómo consiguieron contactar con ella?

—Por el boca oreja. La sospechosa crea regularmente cuentas de email temporales y se conecta en cibercafés. Hay un aspecto interesante: siempre elige hoteles en la misma zona.

—¡Debería ser fácil pillarla!

—Si los periodistas no vienen a sabotarnos el trabajo, es muy probable que sí.

—¿No está seguro?

—No. Creo que está en plena evolución. Puede cambiar de modus operandi en los próximos días.

Ante el ambiente dubitativo de sus colegas, Marc empieza a esbozar un retrato de la agresora.

—Volvamos al perfil básico de nuestra clienta. Se hace pasar por una puta. Creo

que no es su verdadera profesión, pero es un excelente medio para acceder a sus presas. Sus víctimas conocidas representan seguramente la figura paterna. Solo puede acceder a ellos adoptando el rol de prostituta. Quizás estemos ante alguien con personalidad múltiple.

—Capitán, ¿por qué dice víctimas «conocidas»? ¿Cree que hay otras? Lo sabríamos, ¿no?

—No creo que ella esté ensayando. No se sacan los ojos de un hombre de un día para otro sin que haya existido una violencia gradual. Debió de empezar acostándose solamente con sus primeras víctimas, con el fin de sacarles un poco de dinero y tener ascendencia sobre ellos. Pero muy pronto eso no fue suficiente. Seguramente zurró a más de uno, pero esos debieron pasar demasiada vergüenza como para denunciarla. Como su estado no era lo suficientemente grave como para acudir a los servicios sanitarios, nunca sabremos de ellos.

—¿Intenta dominarlos sacándoles los ojos?

—Más bien a través de la felación. Los debe sentir vulnerables y a su merced en ese momento. Le gusta sujetar las riendas. Lo de los ojos es otra cosa.

Un policía joven, fan de las series norteamericanas, intervino orgulloso de sí mismo:

—Los ojos son para que las víctimas no la vean. Porque a ella le da vergüenza lo que hace, ¿verdad?

—No estoy seguro —contesta Marc—. Creo que esto también está relacionado con su necesidad de dominar a los hombres. Sacándoles los ojos, los convierte en impotentes, dependientes de su voluntad. Les impone su cara como la última imagen, y esto también es, según mi opinión, muy significativo. O bien se sintió espiada durante un periodo, hasta el punto de desear que la persona que la observaba se volviera ciega. O quizá le quitaron algo o a alguien de su vida, por lo que se sintió abandonada y traslada su sufrimiento a las víctimas.

—No nos es de mucha ayuda —comenta contrariado el joven oficial.

—Eso no es todo —dice el capitán—. Nuestra «cliente» se disfraza con un bigote para cometer sus actos. Eso no es anodino. Creo que reproduce una agresión que sufrió, seguramente perpetrada por un hombre con bigote. Y no solo intenta hacer pagar a su agresor, sino controlar, dominar el trauma. Si consideramos la edad de sus víctimas, da la impresión de que busca vengarse de un padre o de un abuelo que habría abusado de ella.

—¿Por qué esperar hasta ahora para hacer eso?

—Es posible que haya tenido crisis en su infancia. Seguramente fueron controladas por su entorno familiar o por un psiquiatra, lo que frenó su rabia. Mi hipótesis es que un acontecimiento ocurrido en los últimos meses ha despertado los dolorosos recuerdos de ese periodo.

—¿Podrían haberla violado otra vez?

—Por ejemplo. Vamos a examinar todas las denuncias de menos de dos años. El trauma también podría haber surgido por el nacimiento de un niño. Un parto es

violento psicológicamente cuando la mujer es frágil y puede desencadenar una conducta psicótica. Comprobaremos en las maternidades si alguna joven recién parida ha manifestado comportamientos preocupantes.

—¿Cree que está en París?

—Es una certeza. Estoy convencido de que vive a seis paradas de metro, como máximo, de los hoteles donde opera. No creo que le guste estar mucho tiempo expuesta al mundo exterior. Va a lo rápido.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarla? Las calles están llenas de chicas guapas. Capitán, ¿sabemos algo más al respecto?

—Sí, es una mujer. El análisis de ADN lo ha confirmado. Por desgracia, no está en nuestros ficheros. Es guapa cuando es Barbie, de eso no hay duda. Pero solo es una de sus personalidades. Creo que después de estas fases de exaltación es muy diferente, muy depresiva, seguramente a causa de lo que la ha llevado a adoptar este comportamiento. Debe de tener un problema de imagen, y no me sorprendería que estuviera en las antípodas de la puta de lujo que vemos en los vídeos.

—¿Entonces buscamos a una mujer insegura, del tipo que se roza con las paredes y se tropieza con las mesas?

—¡Exactamente! Hay que detener a cualquiera que se parezca a esta descripción y vaya a los hoteles señalados. ¡Estén muy atentos! En su próximo golpe la cogeremos antes de que suba con su presa. No tiene escapatoria.

—Antes ha dicho usted que estaba cambiando y que nos arriesgábamos a perderla.

—Es verdad. Trabajamos a contrarreloj. Cada vez hay más frustración y rabia en esas agresiones. También hay más seguridad. Temo que la próxima vez ejecute su amenaza de castración. Esa violencia la embriaga. Va a querer más, y más frecuentemente. Si no encuentra clientes en esos hoteles, no dudará en ampliar su terreno de caza.

—A este ritmo terminará por...

—Matar. Sí. Por eso tenemos que cogerla cuanto antes. Se ha metido en una espiral de la que solo un milagro puede sacarla. Y yo, no sé si ustedes también, hace siglos que no creo en los milagros.

3

—¿Por qué no me quieres, mamá? ¿Por qué no me quieres?

Barbara llora después de una nueva pelea con su madre. Más que los golpes, son las palabras las que le hacen daño. Siempre las mismas, injustas, insultantes, cargadas de odio. Desde que es madre, la joven comprende todavía menos cómo se puede detestar tanto a un hijo. Decirle estas cosas, esas que hacen daño durante mucho tiempo, esas que te cortan la respiración y da la sensación de que te vas a morir. «Cabrona.» «Perdida.» «Puta.» Incluso antes de que frecuentara los hoteles, eran palabras cotidianas. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho para merecer esto? ¿Que alguien se lo explique para que pueda redimirse y que al fin su mamá la abrace, la bese, le diga que la quiere y que es guapa! Pero nadie sabe las razones de su desprecio. Ni siquiera ellas, sus confidentes de siempre, sus benévolas amigas.

Barbara mira su colección de muñecas. Están aquí, sus tesoros, ellas que la han visto crecer y la han ayudado a aguantar cuando se sentía sola, abandonada e incomprendida. Debe de haber una cincuentena. Todas preciosas, a cual más hermosa... No obstante, ninguna podrá destronar a Martha, la primera de todas.

Fue su papá quien se la regaló. Ella tenía ocho años.

—¡Una preciosa muñeca para una simpática niña!

—Oh, ¿es para mí, papá?

—Con la condición de que seas muy obediente.

—Pero papá, no me gusta.

—Cállate, Barbara. Si no la quieres, solo tienes que decirlo y la tiro —la riñó atusándose el bigote pelirrojo, como hacía siempre que estaba tenso.

—¡Oh, no, por favor! ¡La quiero!

—Muy bien, de acuerdo, pero antes me has de prometer una cosa.

La niña había movido la cabeza en señal de afirmación, con la boca cerrada, sin que él hubiese formulado la promesa. Hay cosas que no necesitan decirse. Es mejor guardar silencio. Él había sonreído, satisfecho, y le había dado el juguete.

—Mira, se parece a mamá ¡y mamá es la más guapa del mundo!

—No, cariño, tú eres la más guapa. Por eso tu papá te quiere tanto.

—¡Yo creo que es mamá, y tú también deberías pensarlo! —dijo protestando.

Una bofetada la hizo callar.

Secretamente había llamado Martha a la muñeca. Un nombre a medio camino entre el suyo y el de su madre.

—Bueno, ¿quieres esta muñeca?

—Sí.

—Entonces ven.

La pequeña Barbara había comprendido que no se tiene nada sin pagar un precio. ¡Cuántas veces había deseado que su madre descubriera su secreto y le dijera a su

papá que parase! Pero ella nunca vio nada. Jamás. Hasta aquel día que su marido no pudo esperar a que su mujer se durmiera para ir a la habitación rosa de su hija. Su madre, por fin, había descubierto la horrible realidad. Pero no había entendido que papá le hacía daño. Que sus ahogados gritos eran lloros y no estímulos.

La pareja estuvo discutiendo hasta muy entrada la noche. La pequeña había intentado mantenerse despierta para oír lo que decían, pero acabó durmiéndose. Cuando se despertó, su papá ya no estaba.

—Se ha marchado y no volverá. ¡Ahora estamos solas las dos! ¿Estás orgullosa de ti?

No supo qué contestar. Su madre tenía la cara abotargada de tanto llorar. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Barbara al mismo tiempo que descubría la sensación de que, desde ese momento, cargaría con la responsabilidad de su soledad y la de su madre. Como tenía necesidad de consolarse, recorrió la casa en busca de Martha.

—¿Dónde está mi muñeca? No la encuentro.

—Tu padre se la ha llevado —contestó secamente la madre—. Se la ha llevado para dársela a otra niña.

—¡Pero era mi muñeca! ¡No tenía derecho!

—¡Pues mira! ¡También era mi marido!

La niña no entendió entonces por qué su madre había dicho eso.

El tiempo había pasado. Pero no la distancia que las separaba, ese muro cada vez más implacable, violento, casi palpable. Marthe se volvió glacial. Barbara estaba muy presionada, como una olla exprés a punto de explotar. Una olla sin válvula, sin amor ni cariño. Solo con su culpabilidad por un pecado perpetrado por otro.

¡Su madre era tan guapa! Barbara quería parecerse a ella. Cuando su madre se marchaba a hacer recados, la niña se colaba en la habitación y se divertía probando sus cosméticos, pintándose un poco los labios y oliendo el delicioso perfume que no se atrevía a rociar por miedo de que su madre la descubriera. Así es como descubrió la traición de su madre.

Un día que husmeaba en el armario de su madre, una caja grande escondida encima de las perchas llamó su atención. Se puso de puntillas y empezó a estirarse y a estirarse como si fuera un muelle, como una pequeña marioneta manejada por una mano invisible. Pero no conseguía llegar. Fue a buscar una de las sillas del salón y la arrastró hasta la habitación. Tuvo cuidado, se quitó los zapatos para no dejar huellas en el cojín y cogió el deseado objeto, que apretó contra su cuerpo antes de bajar. Su corazón latía muy rápido, tanto por el miedo a que su madre volviera antes de lo previsto, como por la impaciencia. ¿Qué tesoro podía estar escondido en esta bonita caja redonda con motivos florales? ¿Quizá lencería de seda? ¿Polvos perfumados? ¿Un regalo para ella? Incapaz de esperar más, la sonriente niña levantó la tapa.

Estupor.

Ningún secreto femenino que se transmite de madre a hija. Ningún tesoro precioso. Solo la cara de la mentira, de la crueldad gratuita, de la calumnia. Si las palabras todavía eran inaccesibles para la pequeña, no sucedía lo mismo con los

sentimientos.

Bajo una cama de papel de seda, en el fondo del armazón de cartón, estaba Martha.

Su madre le había quitado su muñeca y la había escondido. Había acusado a su padre de llevársela. ¡Todo ese tiempo había detestado a su padre por nada! Había sufrido por esa pobre criatura huérfana que iba de niña en niña. ¡Estaba aquí, en el fondo de una caja, llorando para que viniera a buscarla!

No había oído la angustia de Martha, no había escuchado su llanto. No la había visto. Igual que su madre que no la miraba.

La niña se puso a llorar. Mucho. Sofocándose y agitando los hombros hasta las orejas. Haciendo chorrear el maquillaje birlado a la traidora, esa que quería despojarla de todo el amor, del suyo y del de su muñeca.

—¿Qué haces en mi habitación? —gritó la madre, que había vuelto más pronto, tal como ella temía. La pequeña estaba demasiado triste para contestar—. ¿Qué haces con esa muñeca, pequeña entrometida? ¡Has estado fisgoneando en mis cosas!

—Me... Tú me habías dicho...

—¿Y qué? ¡Esta muñeca es el mal! ¡Debería haberla tirado!

—No... —sollozaba la niña—, es una mezcla de tú y yo. ¡No es el mal!

—¡Venga, dame eso!

—¡No!

La madre se abalanzó sobre la cría y le arrancó el juguete de las manos.

—¡No puedes hacerlo! ¡Es la única persona que es amable conmigo! ¡Nunca me mira mal! ¡No como tú!

—¿Ah, sí? ¿Cómo te va a mirar, si tu «persona» es ciega?

Acompasando el gesto con la palabra, la mujer, fuera de sí, cogió la muñeca por los pies para tirarla contra el suelo y romperle la cabeza contra las baldosas. En esa muñeca se concentraba todo su odio por haber dejado que su marido tocara a su hija y por haberla pervertido con un estúpido regalo. Las ágatas de sus ojos estallaron en miles de trocitos con un ruido espantoso.

Debe de ser el ruido que hace lo inevitable.

—¡¡¡No!!!

Pero por mucho que la cría gritase, ya era demasiado tarde. Los ojos estaban rotos.

—¡Te odio! ¡Te odio! —gritó, al borde de un ataque de nervios—. ¡Espero que te pase lo mismo que a ella! ¡Que te vuelvas ciega! ¡Es lo que te mereces!

Barbara pataleaba, gritaba, lloraba. La primera válvula había saltado. Un bofetón la devolvió a la realidad.

—¿Cómo puedes decirle eso a tu madre? ¿Crees que no he sufrido bastante? ¿Me deseas lo peor, cuando yo no te he hecho nada y además sigo ocupándome de ti?

Marthe Bilessi se quebró a su vez. Se dejó caer sobre la silla de la que había hecho levantar a su hija, metió la cabeza entre las manos y se puso a llorar.

—Señor, ¿qué he hecho para merecer esto? ¿Para que mi hija me odie hasta el punto de desearme el mal?

Sobrecogida por el espectáculo de su madre derrumbada, la niña, llena de remordimientos, se lanzó contra ella y la abrazó fuertemente.

—¡Perdón, mamá, perdón! No quería decirte eso. Te quiero, lo sabes.

—¿De verdad?

—¡Sí! ¡Con todo mi corazón!

—¿Más que a papá?

—Sí...

—¿Más que a la muñeca?

—Sí...

—¡Vale, demuéstramelo y tírala!

—¡No, mamá, por favor!

—Hazlo.

Entonces, Barbara tuvo que tirar su bonita muñeca a la basura. Y con ella, la esperanza de poder liberarse algún día de esa madre omnipotente. Pero no tenía ningún derecho. No después de lo que había hecho: provocar que su padre se marchara, desearle que se volviera ciega. Esa bonita muñeca rubia era ella. Esa que podría haber sido un día, cuando al fin se hubiera parecido a su madre. Pero ella solo sería la hijita obediente y sacrificada. Para siempre. Esa que un año tras otro solo aceptará las muñecas pagadas por su madre.

La segunda válvula aún no había saltado.

Pero lo hizo tres meses más tarde.

Porque otra chiquilla se había jactado delante de ella burlándose, estuvo a punto de reventarle los ojos. Pero su mamá no la había reñido. Se contentó con mirarla de forma extraña. Una curiosa mezcla de curiosidad y miedo.

Y ni que decir tiene que un día Marthe, al volver de la consulta del médico, dijo que le había advertido que su campo visual iría disminuyendo a causa de la diabetes y que acabaría perdiendo la vista, tal como Barbara había deseado.

Pero eso, Barbara lo ha olvidado. O al menos lo ha escondido. Ahora se contenta con repetir, en un bucle sin fin:

—¿Por qué no me quieres, mamá? ¿Por qué no me quieres?

4

—¡Joder, qué mierda!

Marc está fuera de sí. ¿Qué coño se les ha escapado? El timbre del teléfono le impide seguir soltando tacos y maldiciones.

—¡Diga!

—¡Oh! ¡Ya veo que estás de muy buen humor!

—¡Ange! No, estoy furioso.

—¿La puta del bigote?

—Sí. Ya tenemos una sexta víctima y de ninguna pista.

En su cuarto golpe, la chica había cambiado de horario y había hecho estragos dos horas antes. El equipo que vigilaba el hotel estaba tomando posiciones mientras ella actuaba y ninguno de los policías se había dado cuenta. En las dos agresiones siguientes, simplemente había cambiado de hotel. Al parecer, se sentía vigilada.

—Los periodistas se han mantenido en su lugar, ¿verdad?

—Sí, pero una palabra de más es suficiente para desencadenar la paranoia. De todos modos, hay que terminar con esto. O lo hacemos, o se nos escapa de las manos.

—¿Crees que hay un soplón?

—Vete tú a saber. Es posible que se acueste con alguno de nosotros. Y las confianzas de almohada son algo real.

—Me cuesta creerlo.

—Sí, a mí también. Pero no veo otra explicación. A menos que esté perdiendo el control y se vuelva completamente imprevisible. Y esto ya apesta.

—Las víctimas deben estar fatal.

—Les ha arruinado la vida. Quisieron divertirse un poco y ahora están mutilados. Es una putada interrogarles.

—¿Puedes delegar en otra persona?

—No puedo arriesgarme a que se me escape alguna cosa. Pero es verdad que me envenena.

—¿Qué?

—Si lo prefieres, me da escalofríos.

Todo esto, claro está, hace que Marc reviva su propia historia, demasiado fresca para distanciarse lo necesario. Sin embargo, eso es lo que hay, y Ange lo sabe muy bien.

—También es mala suerte que con la cantidad de psiquiatras que hay en París te tocara precisamente una futura víctima de tu puta.

—Uno cree que escoge a su psiquiatra por azar.

—Bueno, pero tú no podías saberlo.

—No, claro que no, pero quizá me di cuenta de que él también era «cliente». El inconsciente tiene su modo de comunicarse, y puede que me sintiera más cómodo con

alguien que entendiese mis gustos.

—Por qué no —contesta escéptico Ange—. Fue agredido el mismo día de tu consulta, ¿no es cierto?

—Sí, pero no te preocupes, una promesa es una promesa. Encontraré a otro para desahogarse.

—No me refería a esto. ¿Observaste algo en él o en su casa que te permitiera afinar más tu perfil?

—Qué te crees, no hago más que darle vueltas a la sesión... pero todo es más o menos igual que los otros. ¡Es insoportable, joder! ¡Si lo hubiera sabido!

—No podías saberlo.

—¡Podría haberlo intuido! A partir del momento en que le hablé de las putas y de mi curro en Antivicio, su comportamiento cambió radicalmente. Casi me echa a patadas. Debería haber insistido.

—Salvo que en ese momento no eras un poli, sino el paciente.

—Ange, si yo no hubiese silenciado mi instinto, quizás ahora aún tendría los ojos. Incluso me alegré de que me liberase. Si de verdad hubiera respetado mi promesa, hubiese insistido y él habría llegado tarde a su cita.

—Se habría citado otro día. No eres Dios, Marc; deja de creerte todopoderoso.

Sí. Puede que sea un perfecto megalómano, pues Marc se siente responsable de lo que le ha pasado a Yves Céreux. Que le pase precisamente a su psiquiatra es indudablemente una señal. Es irracional, seguramente estúpido, pero no puede dejar de creérselo. ¿Cómo no va a culpabilizarse pensando en ese hombre al que le han jodido la vida? ¿Cómo no va a recordar en su cabeza mil veces la sesión, para encontrar el más mínimo detalle que pueda orientar la investigación? ¿Cómo no va preguntarse una y otra vez qué se le ha podido pasar por alto para poder coger a esa zorra? No se le ocurre nada. Nada. Lo que hace que la coincidencia sea aún más absurda y amenace con hacerle perder la razón.

Ange conoce muy bien a su amigo como para saber que este asunto le ha sumido en un mar de angustia. Ya que no tiene la receta milagrosa para ayudarle, al menos puede intentar hacerle cambiar un poco las ideas. El comandante reúne todas sus fuerzas de convicción y cambia radicalmente de tema.

—Bueno... ya sé que eres un cardo, pero estoy preparando una comilona en casa, con algunos colegas, este sábado no, el otro. Ven.

—No lo sé, Ange, las multitudes no me van.

—¡No digas tonterías! Invito a gente estupenda. Nada de comerse el coco. ¡Buen vino, buena música y buena pasta! Me hace ilusión. Además, ya sabes que ver gente, a veces, ayuda a tener distintos puntos de vista. ¡Puede que sea bueno para la investigación!

—Ya veremos. Oye, te llamo, ¿vale? Ahora tengo que seguir.

Marc cuelga y se mete de lleno en la investigación.

Visiona los vídeos una y otra vez, no ve lo que han pasado por alto. Nadie que se

adapte al perfil parece haber cruzado el umbral de los hoteles donde ha estado la chica. ¿Han mirado mal? ¿Han estado buscando los objetivos equivocados? ¡Joder!

¿Y si el perfil criminológico que ha elaborado no era correcto? No obstante, está seguro de su edad, de su talla... Esto debería ser suficiente para pillarla. ¿Por qué los chicos no lo han conseguido?

—Porque siguen fundamentalmente una actitud, un comportamiento —se contesta a sí mismo en voz alta.

Todo el mundo busca una chica con aspecto vulnerable, que se roza con las paredes y que incluso parecería tener un aire de culpabilidad. ¿Y si no era la infeliz que él ha creído que era?

—¿Y si ya no es así? —añade.

¿Es posible que Barbie, su segunda personalidad, embriagada por su exceso de poder, haya transmitido su confianza a su anfitriona? ¿Que sus torturas hayan taponado algunas brechas?

—¿Por qué no?

Marc ha visto tantas cosas en su profesión que nada puede ya sorprenderle. Entonces, si ha encontrado un medio para curarse sola, ¿hay alguna esperanza de que tenga necesidad que acabar con sus actos? ¿Que ya no traspasará la raya de castrar y asesinar? A Marc le da vértigo.

—¡Joder, tengo que cogerla ya!

Rehacer su perfil. Imaginar no a una criatura temblorosa, ni a una amazona guerrera, sino buscar a una chica normal, banal. Que no destaca. Femenina y con la cabeza erguida. Con una bonita sonrisa pero que no enseña demasiado los dientes.

Por enésima vez vuelve a repasar los vídeos y los mira como si fuera la primera vez. Escudriña, analiza, observa. Y ve. Sí, de repente la ve. Aquí. Después allí. ¡En este vídeo también! Siempre la misma. Se dirige a los servicios y sale al cabo de un buen rato. Una chica sencilla de pelo claro, aspecto cuidado sin nada ostentoso. Doña Mujer Común, la vecina, la chica con la que nos cruzamos en la calle todos los días. ¿Cómo han podido no darse cuenta? Sin embargo, evidentemente, han controlado las idas y venidas de las mujeres a los servicios. Pero se les ha escapado. Porque cuando ella se cambia y se maquilla, en su transformación final ya sabemos cómo le queda esa impresionante peluca: logra escapar del objetivo de las cámaras, busca los ángulos muertos. Sin su cabellera hasta las nalgas, todavía no es del todo Barbie.

—¡La maligna! —exclama.

Detiene la imagen. Casi no se le ve la cara. Aumenta el fotograma despacio, aísla cada micromovimiento. Al fin obtiene un resultado viable. Es de tres cuartos. La cara está un poco pixelada pero consigue el contorno. Su corazón se estremece de excitación.

—¡Te tengo!

En ese momento siente una especie de golpe en el torso. Una sensación psíquica, casi exterior a él. Su cuerpo reacciona al verla, se acuerda. Increíblemente, frunce el ceño, acerca su cara a la pantalla. No obstante, no la conoce. Otra vez tiene la sensación de

que le va a estallar el pecho. ¿Por qué tiene la impresión de que le es familiar? ¿Se la ha cruzado por la calle? Es posible, nada le sorprende, con su memoria de elefante. Es como buscar una aguja en un pajar.

¿De dónde viene esto que parece un recuerdo? ¿Ha tenido contacto físico con esa chica? ¿Se ha acostado con ella? No. Está convencido de que no es una verdadera prostituta.

—Entonces ¿qué? —gruñe.

Cierra los ojos y se concentra en sus sentimientos. Choque. Golpe. Dolor. Rabia. ¿Quién es esta chica? ¿Una quinesioterapeuta que le ayudó en su rehabilitación? No, el recuerdo sería más nítido. ¿Quizás estaba semiinconsciente cuando se cruzó con ella? ¿Será la mujer que le reanimó y que le practicó un masaje cardíaco? Eso explicaría el dolor asociado a esa cara. Además, para trabajar en el ámbito sanitario hace falta una pequeña dosis de sadismo, oculta la mayor parte del tiempo. ¿Por qué no?

—Exacto, por qué no —se dice para motivarse—. Créeme, seas quien seas, acabaré acordándome. Siempre acabo acordándome. Y sabré encontrarte.

5

Realmente, su bebé no cuenta.

Desde el fondo de ese agujero donde ella se desvanece, en la búsqueda desesperada de un poco de amor y de calor humano, Barbara sabe que el pequeño es solo un triste fantasma. Un niño, poco importa la atención que le prestes, te quiere incondicionalmente. Ella lo ha experimentado con la madre que tiene. El crío la necesita para continuar existiendo; por lo tanto, está obligado a quererla.

Lo que la consume, la mata, la angustia, es fundamentalmente la falta de amor de su propia madre. Sabe perfectamente que una madre quiere por fuerza a su hijo y la suya no tiene ninguna razón para saltarse esa regla, pero Barbara no siente nada. Nada de bondad, nada de cariño, ninguna alegría. Desde siempre Barbara se consume muy despacio por no tener nada de eso. A veces tiene intención de compartir sus alegrías o su penas con ella, de transmitirle su entusiasmo, para oírle decir, aunque sea una sola vez: «estoy muy contenta de ti, hija mía, sí, estoy orgullosa de ti». Pero la vieja solo conoce las palabras que hieren y que hacen daño, o se calla. El silencio de la madre es, quizá, lo más hiriente. Un silencio sordo que parece decir «yo solo te quiero porque me eres útil, pero si no fuera por eso, pasaría de ti». Es un silencio que juzga, que suspira, le dice que ella es una cruz. Es un silencio sutil que ha aprendido a descifrar en la respiración y en las raras sonrisas que espera como un flotador en un mar agitado. A veces le gustaría romper el silencio, atravesarlo chillando como si fuera un premio. Gritar. «¡Quiéreme, joder, mamá! Necesito que me quieras, que me abracés. ¡Necesito que entre nosotras haya algo más que el odio y que me estreches entre tus brazos!» Pero al final no lo hace, y solo abraza el vacío y el frío, se contenta con escuchar la voz helada y se blindo con otras palabras distintas a las que la vieja utiliza.

¡Si la gente de su alrededor supieran la suerte que tienen! No obstante, ellos no lo saben. A menudo los privilegios se suelen dar por sentado. A menos que no sea ella quien considere lo que no tiene como un privilegio. No importa. A Barbara la irrita, en una conversación espontánea en el metro o cuando los clientes son un poco charlatanes, oír a todas esas personas quejarse de las madres autoritarias, de la carga de la familia, de las muestras de cariño en Navidad o en las bodas. ¡Si supieran qué lujo es no estar solo! Tener confianza, ser besado, sentirse de una familia y sentirse seguro. Pero no, no ven su satisfacción egoísta contrariada y fastidian como niños caprichosos que no quieren enterarse que han sido criados entre algodones. ¡Que le den el amor que ellos no quieren! ¡Que se lo cedan, porque ella sí sabrá qué hacer con él!

—¡Barbie, deje ya de soñar, querida! ¡Su cliente está esperando!

La voz de la señora Molinas la rescata de sus penas. Está en el trabajo, no es momento ni lugar para el ego. Su jefa la mira con una mezcla de dureza y de curiosidad, como si fuera una extraterrestre que ha aterrizado por error en este

instituto. Barbara baja la cabeza y se excusa. Como siempre.

—Disculpe. Buenos días, señor, ¿es para una manicura?

—Sí, señorita.

La depilación suele ser cosa de deportistas y de donjuanes; los ejecutivos optan por el cuidado de las manos. Barbara prefiere esta clase de clientes, porque se ha prometido a sí misma no volver a buscar clientes en el instituto, y por lo tanto es mejor no tentar al diablo tocando a hombres medio desnudos.

—Por favor, sígame.

La joven se dirige al pasillo que conduce a la sala de manicura. A los hombres no les gusta que les vean desde la calle cuando les liman las uñas, por eso hay un sitio especial habilitado para ellos, al final del salón. El material ya está preparado. Barbara se sienta e invita al hombre a que haga lo mismo.

—¿Es la primera vez?

—No.

—Pues debe hacer mucho tiempo que no se las arregla.

—Es usted muy observadora. Acabo de regresar de un largo viaje de negocios, de China. Han sido tres meses, y mis uñas...

—Ya veo —dice ella sonriendo.

La chica tiene una bonita sonrisa. Eso hace que el hombre tenga ganas de hablar; se relaja y le devuelve la sonrisa. Extrañado, ve que ella se sonroja.

—Tiene las manos muy suaves —dice él al tuntún, para relajar el ambiente.

—Usted también.

Ella baja la mirada. Pero un momento después, sus miradas se cruzan. Es guapo. Lleva un traje bien cortado, de tela buena, tiene buenos modales, es el tipo de hombre con el que sueñan las chicas. Alto, corpulento, manos largas y fuertes oscurecidas por un ligero vello. Su cara es mate y angulosa. Debe rondar los cuarenta. Ya no es un chaval, pero la diferencia de edad no es tanta, piensa ella muy a su pesar. Cejas tupidas pero bien dibujadas, ojos almendrados de color marrón con chispas doradas. Labios sensuales. Barbara tiembla un poco.

Lo que transmite es aún más perturbador. Es amable pero sin llegar a ser complaciente, es curioso pero no entrometido, es inteligente pero no retorcido. El corazón de la joven se acelera un poco. Es el tipo de hombre del que se podría enamorar.

La idea la sobrecoge. Para empezar, seguro que está pillado, y por alguien mejor que una esteticista de barrio. Y luego, está Raoul. Al que frecuenta por obligación, como cuando uno se ciñe a una dieta para poder ponerse unos vaqueros de moda. En el fondo, Barbara sabe que el mecánico no la quiere de verdad. Ella es «comfortable», eso es todo. Práctica. No agobia, nunca levanta la voz, no refunfuña cuando le pide placer, chupársela o darle dinero.

No obstante, ella se fijó en él porque entonces era el único disponible en su mundo. Aunque no sea la mejor solución, ha recorrido ya mucho camino y ha

invertido mucho para renunciar a esta relación, que la desespera porque no evoluciona. ¿Es demasiado tarde? ¿Puede dar marcha atrás y encontrar otro novio, uno mejor, que sepa quererla y mimarla como a una princesa?

Barbara carraspea. Hace mucho calor en esta habitación.

—¿Quiere un masaje?

—¿Un masaje?

—De manos, para que se relaje. Lo hago con una crema inodora, es muy agradable.

—De acuerdo, señorita. Discúlpeme, había entendido otra cosa.

—¡No me diga! ¿Qué?

Barbara tiene miedo de la respuesta, se muerde los labios. Ojalá que la magia no se rompa, que no le hable de «finales felices», esas palabras que detesta pero de las que depende. La verdad es que últimamente la clientela es un poco escasa. Se pregunta por qué. ¿Hay estacionalidad para esos asuntos? ¿Es porque ha cambiado de hotel? Tal vez deba volver a pillar clientes en el instituto. Pero no a él, no quiere que forme parte de sus clientes-víctimas. Reza para que no diga nada. Pero él contesta.

—He visto en el folleto que dan ustedes masajes en la espalda.

—¿Y?

—Nada. Nunca lo he probado, pero creo que me vendría bien. Puede que ustedes no den masajes a los hombres, lo comprendería...

—Sí, sí. También damos masajes a los hombres.

—¡Qué bien! Me gustaría probarlo.

—Por supuesto, pero hoy no va a poder ser, todas las esteticistas están ocupadas.

—No tengo prisa, puedo volver. ¿Me lo podría dar usted?

—¿Yo?

—Sí, me gustaría que me lo diera usted.

¿Qué le está proponiendo? ¿Qué es lo que sobrentiende él? ¿Qué le está pidiendo? No es eso. No es lo que cree. No lo que Barbie espera. ¡No! Que se vaya y no vuelva más con esos hermosos ojos y su voz suave. Que no se meta en la boca del lobo, porque no quiere morderlo. Porque le gustaría quererlo y tener una historia normal. Porque le da esperanza y ella la necesita. Sí, todo esto en solo unos minutos. Porque le parece un sueño, un príncipe. Porque de repente, sin entender muy bien por qué, tiene ganas de pararlo todo. Los episodios sórdidos, la barbarie, la esclavitud a la que los suyos la someten sin saberlo. Porque está dispuesta a seguir a este desconocido y porque siente, en lo más profundo de su ser, que sería suficiente con que la amara para que todo se arregle.

—No hay problema.

¡Sí! ¡Hay un problema! ¿Por qué ha dicho esto?

No es ella la que ha contestado, ha sido la zorra de Barbie.

El hombre parece satisfecho a la vez que Barbara se turba, se aferra a la idea de que quizá solo quiera un masaje, solo esto, y que ella podrá evitarlo.

Sin embargo, una voz en su interior le susurra que ellos siempre quieren lo mismo.

¿Es la voz de Sweet Doriane?

No.

Por primera vez desde hace mucho tiempo, deja de mentir. Esta voz, ya sea de niña perversa o de puta enfadada, es la mía. Si es capaz de hacer hablar a una muñeca, también será capaz de hacerla callar. Eso es lo que va a hacer. Se lo promete a sí misma.

Pero las promesas no comprometen a quien no cree en ellas.

Cuando Barbara llega a su casa siempre sigue la misma rutina. Gira las llaves, se quita los zapatos en la entrada, deja el bolso en la cómoda. Cinco pasos hasta el salón para saludarla, enciende la luz, otros diez hasta su habitación para cambiarse y ocuparse del bebé. Marthe conoce a su hija de memoria. En fin, la conocía.

Porque Barbara este año ha cambiado. Ya no es la chica joven y torpe que se acobarda cuando se le levanta la voz: ahora es una mujer segura de sí misma, a veces agresiva y muy perturbada. La vieja suspira. Sí, su hijita está muy enferma y eso le da miedo. Necesita a su mamá y no lo sabe; no obstante, tendrá que rendirse ante la evidencia y aceptar la realidad. No puede vivir sola, sin tutor que la guíe. Barbara no tiene la culpa, solo es mala suerte. ¡Era una niña preciosa, muy buena, obediente y sonriente! Una hija modelo, una muñeca. Si se ha convertido en esta aberración es por el trauma. Marthe se estremece pensando esto. Una aberración como la Bruja de su infancia. Estaba en sus genes y tenía que salir. La locura es un don que siempre nos ha perseguido. A Marthe le hubiese gustado mucho equivocarse, pero poco a poco su hija se ha convertido en otra, en algo diabólico. Una madre presente esas cosas.

Se acuerda de la colección de monstruos expuestos en la casa de la Bruja. Aunque ciega, ella intuye el carácter desequilibrado de algunas de las «muñecas» que Barbara disfrazaba y a quienes habla.

La vieja se pregunta qué es lo que Barbara ha entendido del don. ¿Tiene acceso a una ventana que se abre al futuro o que le permite hablar con los difuntos? ¿Tiene el poder de cambiar el rumbo de los acontecimientos? No importa. Ese don es una maldición. Siembra la muerte y la locura. Pronto su hija estará perdida si no hace algo. Pero ¿qué puede hacer? De momento habría que convencerla de que renuncie a ser madre.

—Hola, mamá. Te he traído un perfume. ¿Lo hueles?

—Sí.

Barbara ha ido a buscar a su hijo y Marthe intuye que lo tiene en brazos.

—Gracias por cuidar de él —susurra la joven para no despertarlo, como hace siempre cuando sale de trabajar.

—No he hecho nada —contesta la vieja.

—¡Claro que sí, algo habrás hecho! No es fácil cuidar de un bebé.

—Él es diferente —replica la vieja.

—Es cierto que es muy bueno —dice embelesada Barbara—. Entonces, ¿te gusta el perfume? Es de madreselva.

—No cambiará el hedor que se respira aquí —dice enfurruñada la vieja.

—¿Por qué dices eso, mamá? ¿Te traigo un regalo y me insultas?

—Lo digo porque es verdad. Tu bebé apesta y estoy harta de soportarlo. Sabes que tengo el olfato muy fino.

—¡Pues claro, qué quieres, todavía está sucio! Si lo cambiaras, ya no olería mal. Podrías hacerlo, después de todo lo que te he regalado.

—Barbara, sabes muy bien que ese no es el problema. No puedes quedártelo, y menos obligarme a vivir con él. Maldita sea, ¿todavía no lo has entendido?

—¿Entender qué?

—¡Que este no es su sitio! ¡No es una de tus muñecas a las que puedes tener encerradas indefinidamente en tu cuarto!

—¡No irá a la guardería ni a ninguna parte!

—Estoy hablando de una solución más radical.

—¡Ya sé de qué hablas, pero nunca lo abandonaré! ¡Entiendo que lo que quieres es quitarme a mi hijo y tenerme para ti sola, pero eso no pasará!

—¡No puedes quedártelo!

—¡No me digas lo que puedo o no puedo que hacer!

—Estás loca. ¡Estás loca! —repite Marthe, remarcando cada sílaba.

Mientras Barbara tenga ese niño, será difícil que la vieja entre en razón. Al contrario, la presencia del bebé alimenta su rabia y su locura. Marthe Bilessi se da cuenta de que, desde hace unos meses, en su hija aflora la violencia. Si no consigue reprimirla, los ataques que tuvo cuando era niña volverán a repetirse. Recordando los acontecimientos que ocurrieron y que casi le cuestan la vista a una niña, Marthe Bilessi se estremece. Le gustaría arrancar a su hija de ese espectro que la devora, devolverle la razón inundándola de amor, pero no sabe cómo hacerlo. Perdió la costumbre hace mucho tiempo. Solo es capaz de increparla. Atacarla, porque ella tiene la culpa, tiene miedo. Le gustaría decirle que la quiere pero la critica, desearía abrazarla pero solo sabe pegarla, esperando que Barbara sepa leer entre líneas y que encuentre una fuente de calor en ese modo de contacto. Pero ¿quién podría?

—¡Quiero que vuelvas a ser mi niña! —exclama ella creyendo que es un grito de amor—. ¡Para ya de hacer tonterías, deja ese trabajo que te perjudica y quédate conmigo!

—¡No!

—¡Estás enferma! ¿No te das cuenta? Si sigues así, acabarás mal y yo no podré hacer nada por ti.

—Tú eres la que va a acabar mal si sigues tratándome así —amenaza la joven.

Como siempre, lanza el primer golpe. Marthe es incapaz de comprender por qué, y tampoco sabe reprimirse. Es así y punto. Siguen más golpes que hacen llorar a su

hija, porque no entiende que es por su bien. «Te quiero, hija. Si supieras cómo te quiero», grita mentalmente. Pero Barbara solo oye los golpes que le caen encima.

Pero hoy algo ha cambiado. La joven no aguanta pasivamente, su cuerpo se contrae, se paraliza y, con un movimiento brusco de rabia, consigue agarrarla por la muñeca y pronuncia las palabras que asesinan y hielan a su madre.

—Para —vocifera la joven, fuera de sí—. Para o te mato.

6

Hay champán y música. Las burbujas se mezclan con las notas en los cuerpos que van perdiendo ropa a causa del calor. Hace calor, la gente sonrío y se atreve a esbozar algunos pasos, porque sí, porque están bien. Es bonito ver estas siluetas que giran y que se mueven, algunas al ralenti, otras muy rápido, pero siempre de un modo difuminado que le parece artístico, casi tan embriagador como el vino que Ange le ha servido porque el champán no le va. Está confuso y se arremolina como un vals interpretado por la tierra para hacerle olvidar todo lo que no va bien. Risas que estallan aquí y allá, en carcajadas, como alhajas brillantes de abandono. La gente, esta noche, es feliz aquí, alegre, nadie tiene heridas en el alma, de vez en cuando un bajón que ellos llaman blues y que no cuenta porque es suave como una música. Esta es una. Además está esta otra que suena esta noche y que hace brillar un poco los ojos y que provoca un estado algo febril. No saben lo que es la verdadera desgracia. La suerte da confianza.

A Marc siempre le ha gustado la buena vida. Resucitado de entre los muertos, debería disfrutar más de la vida, como esos iluminados que predicán el *carpe diem* y que enseguida te cuentan sus desdichas con todo detalle porque es evidente que tienen que interesarte. Pero el vino es excelente, los amigos de Ange son sinceros y son buenas personas, la velada se anunciaba con los mejores auspicios posibles, pero no consigue «meterse dentro». No logra integrarse en el ambiente.

Hay una especie de desfase. Entre lo que se espera de un civil y lo que cotidianamente vive un poli. La miseria, la violencia, la desesperación. No intenta ocultarlo, y menos haber cambiado; esta noche eso le parece imposible, insuperable. Ve sin cesar cómo emergen en sus recuerdos un coche en llamas, hombres con los ojos reventados, su muñón destrozado. Sin embargo, él también sonrío. Le supone un gran esfuerzo para un resultado poco convincente que parece más una mueca patética. Sabe que Ange no se deja engañar. Su amigo le lanza miradas de preocupación como para asegurarse de que, a pesar de todo, está bien. Que no volverá a hacer tonterías, que lo de la ruleta rusa se ha acabado, aunque no vaya más al psiquiatra, porque cree que siempre se rinde demasiado deprisa.

No es que tenga ganas de volver a empezar, es que lo ha prometido. Marc suspira y menea la cabeza, fingiendo que se lo pasa bien, pero sin seguir el ritmo.

—¿No es demasiado duro lo que haces?

—¿Perdón?

—Tu profesión...

Por supuesto, Ange no ha podido reprimirse. Esta noche ha invitado a una amiguita soltera. «Te aseguro que no es una cita amañada. Pero ya verás, es cool.»

—No, está bien.

No sabe qué decirle. Es guapa, en la treintena, coqueta pero sin pasarse. Simple. Una chica valiente que hace un esfuerzo para interesarse.

—No eres muy hablador.

Ella no es muy interesante. Además, le pone nervioso ese tuteo sistemático, para que sea más cool, para acercarse más rápido, como si todo el mundo estuviera de acuerdo en participar en el juego de las apariencias. Para olvidar que ya no somos jóvenes y que, si no nos damos prisa, se nos va a pasar el arroz.

—No.

—Soy enfermera en una residencia de la tercera edad. Tampoco es fácil.

¡Por Dios! No le ha pedido que le cuente su vida. Le importa un pito. No es por su culpa, es demasiado banal, es un lugar común para ella sola, el cliché de la pobre chica que suelta con más o menos gracia ideas espigadas de aquí y de allá y que se cree que lo ha entendido todo de la vida, la economía, la política y la sutileza de las emociones humanas. Él habría soñado con encuentros apasionados, besuqueos pasionales, delicados, con romanticismo, y se sorprende echando de menos la época de los caballeros, cuando el amor se ganaba, se cantaba, cuando él se excitaba a tope. Hoy solo hay citas de consumo rápido, para salir del paso, un mete y saca. Apareamientos de conveniencia con chicas con el arroz más que caducado, por miedo a acabar solos, dispuestos a casarse para matar el tiempo antes de estirar la pata, entre el fútbol en la tele y el corazón que no hace más que engordar.

—Claro, formas parte del sistema de deshumanización de los viejos y de la muerte.

—¿Qué?

A Marc le horroriza la gente que dice «qué». Es vulgar. Es feo.

—Ay, perdón, tú debes llamarlo el final de la vida...

—Sí, es más respetuoso.

—No, eso tranquiliza un poco más tu conciencia, pero tus residencias son asilos donde los viejos se mueren del modo más indigno.

—¡Eso es mentira! Hacemos lo que podemos y muchas veces no disponemos de los medios necesarios para hacerlo como nos gustaría.

—Vale. Te voy a preguntar una cosa. Por supuesto, no es nada personal.

—Muy bien. Adelante.

Ella pone buena voluntad. Tiene ganas de dar con la mejor respuesta, ganas de gustar. Sin embargo, en el fondo presiente que se le viene encima una apisonadora.

—Prométeme que me dirás la verdad. De todas formas, me daré cuenta si me mientes.

—Te lo prometo.

—Muy bien. Una persona anciana te llama porque necesita ir al servicio y no puede hacerlo sola. Pero tú todavía tienes que revisar una planta y acabas en cuarenta y cinco minutos. ¿Qué haces?

—Bueno... De hecho... Todos los residentes están «preparados».

—Quieres decir que llevan pañales. ¿Todos son incontinentes? Me cuesta creerlo.

—No. Pero cuando no podemos llevarles a los servicios, si no llegamos a

tiempo... Bueno, ellos tienen una solución.

—Esto no responde mi pregunta. ¿Qué le dices a esa persona?

—Tú lo ves desde tu propio punto de vista, de hombre joven y capaz. No puedes entenderlo, su cuerpo no reacciona como el nuestro.

—¿Tú qué haces?

La chica se remueve en la silla. Sabe muy bien que es una pregunta trampa y que las prácticas de las residencias de ancianos pueden ser chocantes. Lo único que ella quiere es gustarle a ese hombre. Porque tiene encanto y su profesión le da seguridad. Porque busca un poco de estabilidad, tiene ganas de dar amor y de recibirlo, quiere tener hijos, le gustan los domingos a la hora de comer porque huelen a pollo y a patatas fritas y no es un crimen desear eso a los treinta y cinco años. Balbucea y sonríe torpemente esperando que sea suficiente. Además, no entiende qué tiene que ver este asunto con la fiesta.

—Déjala tranquila, ¿no ves que la incomodas? —dice Ange, enojado, acercándose a Marc.

—¡Solo quiero una respuesta honesta, nada más! Ya le he dicho que no es nada personal. Bueno, ¿qué? —insiste, girándose hacia la chica.

—Yo... le pido que se alivie en los pañales y que espere a que podamos asearle —confiesa la enfermera, avergonzada.

—Eso es. Herir la dignidad de una persona. Forzarla a hacérselo encima porque no puede moverse sola. Es lo que yo llamo deshumanizar a los viejos. Se convierten en animales, extranjeros en su propio cuerpo, obligados a sufrir humillaciones cotidianas y que acaban abandonándose a la apatía y a la distancia esperando que la muerte llegue pronto, para no tener que seguir soportando eso.

—Somos pocos —se justifica la chica, contrariada—. ¿Sabes? A mí me gustaría poder ofrecerles otra cosa. No escogí este oficio para hacer daño a la gente, al contrario. ¿Me crees?

—Sí. Creo también que tú colaboras, y que no puedes hacer nada.

—Puede, pero lo hago lo mejor que puedo, y eso es lo importante, ¿no?

Otra vez un cliché. No es por su culpa.

—Por supuesto —dice sonriendo, como si estuviera de acuerdo.

No sirve de nada mostrar su indignación, el espectáculo es improcedente y está fuera de lugar. Se da cuenta de que se siente agredida y que no entiende por qué la toma con ella. Claro que no puede adivinar que él ha visto a su padre morir de vergüenza en una de esas residencias, ni que también se sintió disminuido durante su convalecencia.

La chica parece haberse calmado y bebe un poco de champán para darse un respiro. Le sonríe, podría ligársela esta noche, si él quisiera. Ella transmite impaciencia y ganas de encontrar un tío. Incluso podría tirársela en el aparcamiento, a pesar del frío y del miedo de parecer una chica fácil. Pero no lo hará.

—¡No debe ser fácil el día a día para tu compañera!

Evidentemente, es una burda maniobra para asegurarse de que está soltero. «No, estoy soltero», debería contestar él antes de que ella se tome la callada por respuesta y le lance miradas seductoras tan groseras como el trazo de su perfilador de ojos.

—De momento sobrevive —contesta lacónicamente.

Ange casi se atraganta con un anacardo y lo fusila con la mirada. La chica se sonroja. Ha perdido la esperanza, se baja mecánicamente la minifalda sobre sus muslos y apura la copa de un trago.

—Tú no tienes compañera. Pero ¿qué dices? —le suelta, enojado.

—Tú no lo sabes todo —contesta Marc, impasible.

7

Tirabuzones perfectos sobre caras pálidas, ojos perfilados de negro que contrastan con los vestidos almidonados de unas o el aspecto gótico de las otras. Y esos iris de ágata o de plástico que la observan con la misma mirada perversa. Sus pupilas son abismos siempre vacíos que amenazan con engullirla si no tiene cuidado.

Cuando Barbara mira a sus muñecas, a veces tiene la sensación de que la oprimen. ¡Son tantas, y tan exigentes! Siempre quieren más, más mimos, más atención.

¡Como si no tuviera bastante con su madre y con Raoul! ¿Está condenada a estar rodeada de insatisfechos crónicos, de ingratos que solo quieren chuparle la sangre?

¡Incluso su hijo la exprime! Desde hace unos días apenas come y llora constantemente. Está segura de que ha perdido peso y su delicada piel se pela por todas partes.

—¿Cómo has podido coger un virus, si nunca sales?

El niño no responde y se limita a gruñir un poco. Barbara está preocupada. Seguramente habrá que llevarlo al pediatra, y teme que se lo quiten porque no está registrado. La joven madre se siente culpable. Estos últimos días no se ha ocupado mucho de él, entre su trabajo, sus «actividades» y el tiempo que dedica a su madre o a Sweet Doriane. Además, tiene que admitir que ese ejecutivo con los ojos chispeados de oro ocupa todos sus pensamientos. No está disponible para su bebé. Como diría su madre.

—Ven aquí, muñeco mío.

La joven, con complejo de culpabilidad, unta sus manos de aceite templado y nutritivo y refriega el pequeño cuerpo para calentarlo. Lo acaricia, lo seca, lo perfuma con una colonia especial que le ha comprado en una tienda de lujo, le pone un pijama cómodo antes de estrechar entre sus brazos su ligero cuerpecito.

—Mi niño chiquito... —canta mientras lo mece.

Sweet Doriane no ha dejado de observar el espectáculo. Ella también espera su turno y le clava una mirada malvada.

—Lo siento —se justifica Barbara—, pero debía...

El llanto la interrumpe antes de pueda terminar la frase. ¿No podrá estar alguna vez un poco tranquila?

—¡No! ¡No es que pongas mucho tu parte, pequeñín! ¡Por favor, duérmete!

Barbara está agotada, no puede más. Sin embargo, resignada, se gira hacia el pequeño.

—¡Te prohíbo que lo cojas en brazos! ¡Ahora me toca a mí!

—¡Puedes esperar sentada! ¡Solo eres una muñeca!

—Soy más que eso, y tú lo sabes.

El bebé llora a pleno pulmón. Las otras muñecas empiezan a ponerse nerviosas,

suspiran, gruñen, gimen cada vez más alto y también se ponen a llorar.

Barbara se tapa las orejas, da vueltas incapaz de tomar una decisión. Sus llantos cacofónicos le revientan los tímpanos. ¿De quién se tiene que ocupar primero? ¿Por qué le hacen esto? Si no se callan, va a volverse loca.

—¡No estás a la altura! Nunca conseguirás ocuparte de todo el mundo. De nosotras, de tu madre y del bebé. Tienes que deshacerte de él...

—¡Jamás! ¡Eres igual que mi madre: me quieres para ti sola, pero nunca abandonaré a mi hijo! Si sigues portándote mal, es de ti de quien voy a desprenderme.

La muñeca parece haber encajado el golpe. Se calma y le susurra con voz de niña buena:

—Cógeme en brazos. Por favor. Y escucha bien lo que voy a decirte.

Como por arte de magia, el bebé deja de llorar de repente, y cesan también los gritos de las demás muñecas. Barbara obedece, hipnotizada.

—¿A ti te parece normal no declarar el nacimiento de un hijo y tenerlo secuestrarlo en este apartamento que apesta a vieja y a muerte? ¿No crees que es una señal de que eres una mala madre?

—¡No digas tonterías!

—En el fondo sabes muy bien que solo digo lo que tú piensas.

—¡Es mentira, eres la encarnación de la maldad!

—Mírate antes de hablar, Barbara.

Muy a pesar suyo, Barbara obedece y echa una mirada al espejo de su armario. Sweet Doriane siempre se le ha parecido, con sus ojos verdes y su pelo rubio. Sobre todo antes de la transformación a la que la sometió. Hoy la muñeca es una pequeña cosa fea, agria y sucia, estropeada por todas partes, una quimera terrorífica que ostenta los estigmas de sus propios pecados. Su reflejo le transmite siempre la misma imagen ingenua. La joven se tranquiliza.

—No hablo de tu aspecto...

—¡Estoy harta de que siempre me des lecciones! Ten mucho cuidado: podría deshacerme de ti.

—Me necesitas demasiado, y lo sabes. Más que a tu tirana madre o que a un bebé que poco a poco vas destruyendo. Ríndete a la evidencia, ellos frenan tu liberación. ¡Olvídalos, déjalos atrás y afronta tu destino!

—¿Mi destino?

—Sí. Eres una vengadora, una amazona que no necesita a nadie, y menos un hombre, para prosperar.

—¡No todos los hombres son unos cabrones!

—¡Claro que sí! Incluso los ejecutivos seductores que quieren masajes aparentemente inocentes, ya verás.

—¡Eso es mentira! Estoy segura de que él es diferente.

—Apuesto lo que quieras que te traicionará como los otros. Soy la única en la que puedes confiar.

—Pero ¿qué es lo que quieres?

—Solo quiero ayudarte a convertirte en esa mujer de blanco que has visto en sueños.

—Los sueños no siempre se cumplen.

—Créeme, este se cumplirá. Pero tienes que sacarte de encima estos pesos muertos para conseguirlo.

¿Y si Sweet Doriane tuviese razón? Si este bebé, que ha llegado demasiado pronto, no fuese más que una carga que le impide progresar. ¿Sería más razonable, tanto para ella como para él, darlo en adopción? No. Es imposible. Ella no cumplió con los requisitos legales al dar a luz. Eso podría hacer que la metieran en la cárcel. Pero ¿qué puede hacer?

—Solo tienes que tirarlo, como harías con una muñeca. ¡Nadie va a saberlo nunca!

—¡Mamá lo sabría!

—¿Quién iba a creer a una loca?

Es verdad. Barbara se gira hacia su hijo. El pequeño se ha dormido, sin tener la menor idea de que su futuro puede cambiar en un instante. Efectivamente, sería muy fácil deshacerse de él. Sin necesidad de bajar al contenedor. Bastaría con meterlo en una bolsa de plástico y tirarlo al triturador de basuras.

El timbre del móvil la devuelve a la realidad. Un momento de confusión, es consciente de la horrorosa idea que acaba de considerar por culpa de Sweet Doriane. Esta muñeca es el diablo. ¿Cuánto tiempo necesitará para rechazar sus planteamientos asesinos? Tiene que proteger a su hijo. Por eso tendrá que deshacerse de la muñeca... o tendrá que abandonar a su hijo.

—Sí, ¿diga?

—Hola, Bébé, ¿va todo bien?

—¡Raoul! Pues... Sí, todo va bien.

—Me he quedado en la calle. No he pagado los últimos alquileres y el casero me ha echado. ¿Puedo ir a tu casa?

—No... No es una buena idea. Ya sabes, a mamá no le gustan las visitas.

—Vamos a ver, Bébé, ¿soy tu chico, sí o no?

—Sí, pero...

—¿Pero qué? ¡Tú pagas el alquiler igual que tu madre!

—Sí, pero no es tan sencillo.

—Escucha, si quieres que algún día vivamos juntos, deberías ser más amable, ¿no crees?

—No sé...

—Yo sí sé, no te preocupes. El sábado me instalo, solo necesito unos días para embalar mis cosas, ¿de acuerdo?

—El sábado trabajo.

—Vale, estaré ahí hacia las nueve de la noche. A no ser que tengas que hacer

horas extras con algunos clientes, lo que no sería muy legal.

Barbara casi se atraganta. Otra vez le ha soltado una de sus indirectas que no sabe muy bien cómo interpretar.

—¿Qué quieres decir?

—Solo digo, Bébé, que tu jefa no puede obligarte a trabajar más horas de las estipuladas. ¿Qué habías entendido?

—No... Nada.

—Estupendo. ¡Nos vemos el sábado!

Raoul cuelga. ¡No! Es imposible. ¡No puede venir aquí! Aún no le ha hablado del bebé. Además, ¿cómo va a reaccionar Sweet Doriane?

—No me mires así. Creo que Raoul es un imbécil que todavía nos puede ser útil.

—¿De verdad?

—Sí. No soy yo a la que más debes temer.

Para confirmar las palabras de Sweet Doriane, la voz de su madre se alza desde el salón.

—¿Con quién hablabas por teléfono?

Barbara sale disparada de su habitación. ¿Cómo va a explicarle la nueva situación?

—Era... mi... mi...

—¿Tu quién?

—Mi chico.

—¿Tu qué?

—Bueno, salimos desde hace algunos meses...

—¡Te tengo prohibido que salgas con chicos! —grita la vieja.

—... y le gustaría mucho conocerte. Me ha dicho que vendrá el sábado.

Hay que hacerlo por etapas. Una vez esté aquí, ya tendrá tiempo de explicarle a su madre la situación. La presencia de Raoul ayudará a que se tranquilice.

—¡Ni hablar! ¡No quiero que un hombre ponga los pies en mi casa!

—¡También es la mía! ¡Y puedo invitar a quien me plazca!

—¡Eres una insolente!

Marthe Bilessi, siempre dispuesta a corregir a su hija, levanta la mano para darle un guantazo. También esta vez, Barbara es más rápida y le agarra el brazo al vuelo.

—¡Suéltame, me haces daño! —chilla la vieja, aterrorizada.

Todo lo que siempre temió estaba pasando. Ha perdido todo ascendiente sobre su hija. Es el principio del fin, lo sabe.

—¡Te lo has buscado!

—¡Soy tu madre! —grita la vieja levantando la otra mano para pegar a su hija.

Esta vez Barbara no va a someterse. Sweet Doriane tiene razón. Los tiempos de la tiranía han terminado. Coge impulso y le da una bofetada tan fuerte que el impacto lanza a su madre contra el suelo. Su cabeza choca contra la mesita.

—¡Nunca más vuelvas a levantarme la mano! —espeta la joven—. Porque te la devolveré con creces.

—¡Por favor, cariño, ayúdame a levantarme!

—No soy tu cariño y no lo he sido nunca. Arréglatelas como puedas.

—Estás loca —grita la vieja, atragantándose—. ¡Loca perdida, mi pobre hija!

Los insultos de la madre le desgarran el corazón hasta hacerla llorar, pero no claudicará. Ya es hora de que entienda que esta relación no puede seguir así, basada en el odio. Por lo tanto, ahora es ella la que va a instaurar un régimen de terror, no vacilará.

Barbara necesita sentirse querida. Por su hijo, por su madre, por un hombre. Y ese amor lo conseguirá aunque sea a la fuerza.

Es aún más elegante que la primera vez. El hombre deja su maletín junto a la silla. Ha colocado el tobillo derecho sobre su muslo izquierdo y tranquilamente consulta su Smartphone. Es el clásico hombre que siempre está tranquilo, pase lo que pase. Debe tener muchas responsabilidades para transmitir esa mezcla de aplomo y serenidad que da tanta seguridad a las mujeres y les provoca el deseo de refugiarse en sus brazos. Barbara lo observa a hurtadillas desde la cabina que acaba de limpiar. Ha llegado un poco pronto. La esteticista no sabe muy bien si está contenta de volver a verlo o si, al contrario, eso le provoca una gran desazón. Desde que ha reanudado sus actividades tiene la sensación de que no es suficiente, que siempre tendrá necesidad de más. Sabe que además del placer que le produce desnudar a esos cerdos inmundos, también tiene la obligación de satisfacer las necesidades de su madre y de su hijo. Y las de Raoul.

¡Pensar que su chico va a instalarse mañana en su casa! Hace unos meses, hubiese saltado de alegría. Hoy, lloraría hasta la desesperación. Sin embargo, él no ha cambiado, la mercancía es la misma. Pero aquel que durante mucho tiempo representó la posibilidad de emanciparse, ahora se había convertido en uno de los actores de su servidumbre. Sabe que no espera mucho de ella, solo la comodidad que le ofrece. ¡Los hombres son unos cabrones! Si no temiera que sospecha algo que podría hacerla caer, con mucho gusto se lo sacaría de encima. Del mismo modo que hizo con el desgraciado que ayer se cruzó con ella. Pero está atrapada.

—Buenos días, señor, haga el favor de seguirme.

—Será un placer, señorita.

El hombre la sigue. Sea como sea el masaje, las cartas están echadas: si él tiene una idea metida en la cabeza, ella no podrá impedir que la plantee, ni podrá negarse a su propuesta. Peor todavía, le excita la idea de que la provoque y empieza a mover las caderas y a dulcificar la voz.

—Desnúdese y tumbese de espaldas.

La esteticista se gira y aprovecha para suavizar la luz. Eso tranquiliza al cliente, que al parecer no está demasiado acostumbrado a estas cosas.

—Ya está —contesta él amablemente.

Ella se acerca, duda un instante y le pone una toalla doblada en dos sobre las nalgas. El silencio es tenso. Solo se oyen sus respiraciones entrecortadas. El ambiente parece echar chispas.

—¿Está cómodo?

—Sí, estoy bien.

—¿Seguro?

—¡Sí, ya se lo he dicho!

El hombre está tan tenso que parece agresivo. Ella ya está acostumbrada. No es tan fácil ponerse en manos de una desconocida, entregarse con una vulnerabilidad tan

enternecedora. Algunos hombres también tienen pudor.

—Muy bien, voy a extender un poco de aceite templado sobre la piel. Si le masajeo demasiado fuerte, no dude en decírmelo.

—Ningún problema —suelta él.

Un hilito de aceite recubre lentamente la ancha espalda. El hombre es musculoso. Se sobresalta violentamente al notar el roce en su piel.

—¡Perdón! —dice ella, disculpándose.

—No, soy yo. No estoy acostumbrado. Además, no estoy muy seguro de que me guste.

—Entonces ¿por qué ha reservado un masaje?

—Para volverla a ver.

—Ah.

—Parece defraudada.

—No, no es eso.

¿Cómo va a explicarle que ha estado rezando para que no fuera un hombre como los demás? ¿Cómo decirle que está firmando su sentencia de muerte y que no debe pedirle una atención particular, bajo ningún concepto?

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Quería volver a verme?

La voz de la joven ha cambiado. Es más áspera, más de hembra, acentúa algunas sílabas. Es una voz de azafata, una voz que mosquea. Él parece desconcertado.

—Sí, me parece usted muy guapa... Y muy dulce.

—¿Y?

—Eso es todo. No está mal, ¿verdad?

—Supongo.

—En fin. Seguramente tiene usted novio, pero si algún día le apetece tomar un café conmigo, para mí será un placer.

Barbara se queda paralizada. Ninguna proposición deshonestas ni una exigencia obstinada. Ningún billete disimulado en la mano o que aparece como por arte de magia en su blusa. Solo un hombre que se desnuda, con lo difícil que deber ser esta situación.

Raoul nunca le ha dicho que es guapa o dulce. Solo buena. «Eres buena, Bébé.» Bébé... Ella está segura de que llama así a todas sus amiguitas, a las de antes y a las que debe seguir viendo. Bébé: es una manera estupenda de no equivocarse con los nombres. La joven cree que sería mejor que su cliente fuese un cerdo como los demás. La amabilidad y la cortesía son mucho peores. No se puede ignorar o pasar por alto. Toca directamente el corazón y no se puede hacer nada, gusta inmediatamente porque apaga la sed de amor, porque es vital, pero solo se siente cuando se está expuesto. Ilumina la vida con una luz nueva, cálida y agradable que deja al desnudo la fealdad insoportable a la que uno se ha resignado, convencido de no merecer más.

—¿Me está diciendo que le gusto?

Lo ha preguntado con tanta ingenuidad que parece desconcertada.

—¡Parece que la sorprende!

—Sí.

Ella se ha sonrojado al decir eso. Él parece dudar, parece sopesar los pros y los contras.

—No sé. Quizá me he equivocado. Creí... En fin, puede que sea usted más joven de lo que yo pensaba. He sido un poco torpe. Me he precipitado.

No está nada seguro de sí mismo. Incluso se podría decir que está dando marcha atrás, que se arrepiente de su propuesta.

—¡No, para nada! Es que es usted tan guapo —dice ella.

El hombre suelta una carcajada tensa.

—¿Está de broma?

—No.

—¿Se ha mirado?

—No veo nada que pueda interesarle de mí. No soy nadie.

—¿Quién le ha hecho tanto daño, hasta el punto de que se juzgue usted de manera tan dura, Barbara?

—Yo... Nadie. Es que...

—De verdad, me gustaría conocerla mejor, ¿acepta?

—Sí.

La chica ha susurrado para que él no se dé cuenta de su emoción. ¿Es posible que en medio de este caos haya un poco de luz y de ternura para ella? ¿Puede aspirar a algo más que una vida al servicio de una madre ingrata y de un novio que no la quiere? ¿Cabe la posibilidad de que no abandone a su bebé y que le encuentre un padre adoptivo?

—Tengo un hijo —suelta ella muy deprisa, como para deshacerse de un secreto muy pesado de llevar.

Se había jurado a sí misma que nunca hablaría con nadie de su hijo. Pero este cliente ya es «alguien». En cualquier caso, no es el primero que llega.

—¿De verdad? ¿Cuántos años tiene?

—Cuatro meses

—¿Y el papá?

—No hay papá.

—Lo siento.

—Las cosas pueden cambiar.

—Así es. Dejaré mi número de teléfono en recepción. Llámeme.

Nunca había dado masajes así. Con tanta ternura y sensualidad, a ese cuerpo único, singular, ese cuerpo que ya ama. Su mente se llena de nuevas meditaciones, pensamientos amorosos que se proyectan en el futuro, sueña con piel con piel, con baladas en la playa y arrumacos matutinos. Es una locura pensar que podría tener

todo eso, que un hombre podría amarla tal como es. Tan distinta a esa mantis religiosa que se obliga a ser, porque es desgraciada, porque las únicas personas con las que cuenta solo se interesan por lo que les da.

La ha llamado Barbara. No se acordaba de habérselo dicho, pero por primera vez su nombre le ha parecido bonito. Barbara es nombre de mujer y puede ser muy dulce cuando está bien pronunciado. Si tiene una oportunidad con este hombre, sí, la aprovechará. Peor para Raoul, peor para su madre. Enterrará definitivamente a Barbie y se olvidará de los malos capítulos de su vida.

El cliente se ha marchado. Recibe al siguiente con una sonrisa radiante.

Vaqueros usados, cazadora de cuero, deportivas. Su desagradable aspecto le da mala espina.

Su sonrisa se congela, y Barbie ya sabe que con este va a poder entrar en acción.

—Lo siento, capitán, pero no es suficiente.

—¿Cómo que no es suficiente?

Marc Percolès pasa del entusiasmo con el que ha empezado la reunión a un cabreo que no intenta disimular.

—¿Qué necesita? ¿Una nueva agresión? ¿Cinco? ¿Diez?

—Solo le estoy diciendo que las capturas de vídeo están demasiado borrosas. La chica tiene una cara indefinida, podría ser cualquiera.

—Salvo que yo la he identificado. Se trata de Barbara Bilessi. ¡Mire! ¡Compare las fotos!

La foto de una chica que podría parecerse a la del vídeo aparece proyectada en la pantalla.

—No, lo siento. No lo veo.

El comisario está decepcionado. Cuando Percolès le ha dicho que al fin había desenmascarado a la puta con bigote, realmente se lo ha creído. Pero nada señalaba que fuera la misma chica de los vídeos, y era imposible enseñársela a las víctimas, pues su torturadora los había dejado ciegos.

—Podríamos comparar su ADN con el que encontramos en las escenas del crimen.

—No tenemos suficientes elementos para pedir una orden. Lo sabe perfectamente.

—¡Pero le digo que es ella!

—Y lo puede repetir cien veces. Eso no va a cambiar nada. Además, ¿cómo la ha encontrado? Esta chica no está fichada.

—La he reconocido.

—¿Perdón?

—Me tropecé con ella hace unos meses. Nunca olvido una cara. Entonces fui a los sitios en los que estuve y enseñe las fotos a los comerciantes de los alrededores. Fue la señora Aline Thorp, dueña de una tienda de muñecas de porcelana, quien la reconoció. Según ella, nuestra clienta está completamente chiflada. Se divierte destruyendo las muñecas que compra. Una manera de ensayar antes de pasar a la acción con víctimas humanas.

—¡Delira, Percolès!

—Para nada. Todos los asesinos y violadores en serie empiezan ensayando con animales u objetos simbólicos para ellos. Todo lo contrario, es muy coherente.

—No, lo siento. No podemos detenerla con esas presunciones tan poco sólidas.

—Lo sé —dice Percolès, enfurruñado—. Es por eso que hay que darse prisa.

—¿Alguna sugerencia?

—Sí. Necesitamos un cebo.

—Es muy difícil pedir un hombre para un tiempo indeterminado. Sobre todo si no estamos seguros de que sea nuestra sospechosa. El presupuesto está cerrado.

—Por eso hay que encontrar a alguien que acepte hacerlo fuera de las horas de trabajo.

—¡Eso es una utopía!

—No. Ya lo he encontrado.

—¡Me muero de curiosidad por saber quién es!

—Está usted delante de uno de los nuevos clientes del instituto de Barbara Bilessi.

CUARTA PARTE

El amor es una rosa
Cada pétalo una ilusión
Cada espina una realidad
CHARLES BAUDELAIRE

1

Cuando abre la cremallera de su bolsa negra, Barbara ya hace tiempo que está en trance y ha dejado paso a Barbie. Gracias al ritual. Piel, cabellos, aura. Ella borra, alimenta, pinta, peina y perfuma. Los artificios que utiliza son segundas pieles que la protegen y la transforman en una hembra lasciva que da cuchilladas vengativas. Barbie es una máquina muy perfeccionada que no deja nada al azar. Sus labios siempre escarlata, sus párpados seductores, su perfume embriagador. Ese último detalle es lo que realmente le permite cambiar de piel. Perfumarse más de lo debido, tapar los olores corporales, maquillarlos en exceso para dominar el efecto que ella produce en los hombres, en el peor de los tópicos.

Si a Barbie le encanta su perfume es porque a Barbara no le gusta su olor. Ella lo soporta cada vez menos, a veces se dice a sí misma que no es el suyo, que lo aguanta porque el del apartamento, entre naftalina y putrefacción, es nauseabundo. Su madre nunca ventila. Huele a muerte, a rata muerta, como se dice. Y se pega a la piel, se mete en la nariz y rezuma por todos los poros. Apesta. Apesta a vieja y a la vergüenza de conformarse. Cuando se rocía es como si se diese una ducha purificadora. Una ducha saturada de perfume hasta reventarle los receptores olfativos. Una ducha que la libera del mausoleo en el que vive y le da la sensación de estar viva. A Barbie le gusta aspirar largo rato después de derramar unas gotitas sobre su cuerpo. Acaparar el espacio con grandes aspavientos con el fin de llenar el aire con su estela.

En la bolsa negra todo está ordenado. Las esposas en el bolsillo exterior, las tijeras en los bolsillos del interior, Sweet Doriane, por supuesto, además de alguna ropa de recambio, por si acaso. Hay que admitir que la tarea ensucia. ¡Ay, pero también es divertida, liberadora y orgásmica! Sabe disfrutar cada instante de su nueva rutina y chupar la esencia hasta la médula. Seducir, derribar las defensas una a una a base de besos y caricias, empujar a los hombres suavemente hasta que se relajan, hasta que se dejan llevar, hasta que aceptan ser sometidos, incluso a pedirselo. Después atarlos fuertemente mientras agita sus tetas sobre sus narices para que se exciten mucho y no se den cuenta de nada, para después proponerles, con una voz muy suave, complicar un poco más el juego.

—¿Quieres que te deje ciego? —susurra Barbie con voz profunda.

Naturalmente, todos quieren, sueñan con pasar el mando a una mujer un tanto mandona, tienen ganas de sentirse como pachás, sin ni siquiera tener la obligación de tocarla, entregados a sus expertas caricias. También creen que pedirles el PIN de la tarjeta forma parte de la puesta en escena y que tienen que negarse, para demostrar hasta qué punto son malos chicos.

Claro que cuando la ven venir con sus pequeñas tijeras puntiagudas se desengañan rápidamente. Algunos tardan un poco en comprender, otros se estremecen inmediatamente, depende. Al final, una vez pasada la incredulidad y la risa forzada, todos le suplican del mismo modo, la amenazan, le hacen miles de

promesas de silencio, de generosos cheques. Todos se contorsionan en la cama como caballos de rodeo que ella monta con un placer inmenso, y cada uno de los movimientos fortalece más sus vínculos. Ella se queda sentada en sus pelvis y espera que se calmen, que se cansen. Que vuelvan a tener esperanzas. Cuando ya no saben ni qué decir o qué pensar, cuando están en el desconcierto total, es cuando se inclina encima de ellos y acerca el extremo de acero al primer globo ocular. Espasmos, encogimiento del párpado sobre el ojo, sudor que chorrea. Nada de todo eso la afecta realmente. No más que los gemidos o los lloros que le llegan a través de la mordaza. Coloca con firmeza su antebrazo en la frente de sus presas y hunde despacio la punta a través de la insignificante cortina de piel. Podría ensartar el ojo con un golpe seco, como una aceituna en el aperitivo, pero prefiere tomarse su tiempo y disfrutar de la musiquita del globo mientras se pincha y se vacía enseguida sobre el pómulo. Si no se han desmayado ya, es en ese momento cuando más se agitan. Abren el ojo que les queda, comprueban que el otro está jodido e imploran quedarse turtos. Como no le gusta llevarles la contraria, les deja que se aferren a esta esperanza antes de asestarles el golpe de gracia.

—Venga, venga. No seas niño. Otro trocito para mamá —dice riéndose.

Después, *black-out*, negro total. La sangre se mezcla con el humor vítreo y se derrama sobre la cara cerúlea. Les da unos golpecitos cariñosos en las mejillas para que no pierdan la consciencia. Les amenaza con ir más allá si no cooperan, va en busca de otro par de tijeras, acaricia los sexos encogidos por el miedo. En ese momento le dan el PIN. Hasta ahora no se ha tropezado con ninguno que tenga más cariño a la pasta que al orgullo de haber nacido macho. ¡Hay que ver! ¡Cómo les gusta la virilidad! Llegará un día en que su obediencia no será suficiente para ahorrarles la castración. Barbara lo sabe.

Es la primera vez que lo hace en casa del cliente. No es mala idea: seguramente hay menos riesgo de que la pillen. Está ahí, ofreciéndose, con la mirada burlona, convencido de que va a llegar al éxtasis. Ella dudaba de si podría esposarlo, pero él no se ha resistido. Es un hombre de constitución fuerte, no demasiado alto. El pelo castaño claro, algo largo y rizado. Le gusta llevar la camisa abierta mostrando el torso, vaqueros desgastados y calza unas Caterpillar. Detrás de ese *lookdesaliñado* hay horas de reflexión, de poses ante el espejo o en los ojos de sus conquistas, y de ropa de marca. Uno de esos falsos aventureros que solo se atreven a ir a safaris donde todo está programado. Seguramente es un hombre de grandes discursos huecos, solo por el placer de escucharse ante su público, que aboga por la tolerancia y el respeto a los demás a fin de parecer un filántropo. No obstante, para quien sabe mirar detrás del mechón suelto trabajado a conciencia, sus ojos son duros, pequeños y críticos. Los valores que predica los aplica fundamentalmente a su persona, y los demás están obligados a venerarlo. Es de gesto amplio pero de ideas cortas. Dice que prefiere a las mujeres a los hombres porque son «muchísimo más inteligentes» y «muy sensibles». Cuando dice esto, lo hace con un tono quinceañero, creyendo que eso le da clase, pero en el fondo, en ese pequeño hombre solo hay el más grande de los misóginos. Se cree superior, más fuerte, más listo. Está convencido de que se merece una «zorra».

Tiene tan poca imaginación que es incapaz de encontrar una mujer que podría cuestionarle sus prejuicios. No, él necesita estereotipos, un florero que no pueda reprobárselo sus defectos.

Barbie sonrío. Este desprecia tanto a las mujeres que es capaz de resistir aunque tenga los ojos reventados, por principios. Miel sobre hojuelas: ella cada vez tiene más ganas de llegar hasta el final de sus amenazas. Si. Quizá sea él a quien le corte la cola. Es obsesivo, sueña con esto todas las noches. Ya sabe cómo lo hará. ¡Coger la extremidad con la mano izquierda, colocar la herramienta apoyada en el pubis y clac! Puede que tenga que efectuar varios cortes: no está segura de poder seccionarlo a la primera. Para que su mano no resbale por la sangre que brotará, hoy ha traído guantes de cocina, gruesos y de caucho, para conseguir un mejor agarre.

No sabe aún qué hará con el trozo...

—Puedes tirarlo al retrete y disfrutar de su llanto cuando oiga correr el agua de la cisterna.

Sweet Doriane siempre tiene buenas ideas, hay que reconocérselo.

El tío empieza a mover un poco el cuerpo y agita la lengua para excitarla. ¿De dónde sacarán los hombres eso?

—¿Te apetece que le demos un toque más picante al juego, cariño?

—¡Lo que tú quieras, preciosa!

—Tengo ganas de cegarte.

—¡Me estás deslumbrando! Hazme lo que quieras, soy un chico malo.

El gran macho se muere de ganas de que le azote las nalgas. Los hombres siempre la sorprenderán. O nunca. Barbie se levanta y va hacia su bolsa negra. Saca sus tijeritas puntiagudas, y de repente algo llama su atención. Ahí, sobre el escritorio, al fondo de la habitación, hay un ordenador portátil y la webcam está encendida.

—¡Maldito seas!

—¿Qué pasa?

La está grabando a escondidas. Quizás esté conectado a internet. Por precaución, Barbie se tapa la cara y cierra el aparato.

—Si quieres grabar la sesión, es más caro.

—¡Ah, bueno! Lo había programado así, pero podemos hacerlo sin.

—Lo haremos sin.

Pero el miedo ha hecho que apareciera Barbara. Está aquí, con liguero y frente a un psicótico peor que ella. Se mira un instante, alucinada con sus atavíos de prostituta, se vislumbra un brillo cruel en la mirada. Esta visión la hipnotiza y la interroga. ¿Cómo puede estar tan lejos, en este momento, de su ideal de vestido blanco? Ideal que ella persigue sin ninguna razón lógica.

La joven tiene la sensación de contemplar a una extraña: no se reconoce. ¿Qué ha pasado con la Barbara tímida y reservada que creía ser hace un año? ¿Cómo ha podido convertirse en este amasijo de ira y de violencia que tortura a inocentes? No es la clase de mujer en la que le gustaría convertirse. Tampoco la clase de mujer que

le gustaría al hombre del que ya está enamorada, su guapo ejecutivo de manos suaves.

—Bueno, ¿qué haces? —dice impacientemente el cliente.

—Nada. Creo que se me han pasado las ganas.

—¿Qué? ¿Estás de broma? Te he pagado. Y si te lo pido, vas a mostrarme tu culo, ¡cabrona!

Encantador. Si supiera la sorpresa que le tenía preparada no emplearía tanta energía para convencerla.

—¡Pero qué te pasa! ¡Desangra a este hijo de puta!

—No. No puedo.

—¡Lo necesitas, eso te encanta!

—Cállate, Sweet Doriane. No eres tú quien manda.

—¡Eso es lo que tú crees!

El tío se pone nervioso y empieza a levantar el tono de voz.

—¿Pero con quién hablas? ¿Vas a venir?

—No, pero gracias por la propina —ironiza ella vistiéndose.

Agita los billetes delante del hombre, que está rabioso, y se va riendo. Una risa forzada, falsa. La risa de alguien que se detesta.

—¿Todo esto por un imbécil que te invitó a un trago? —se mofa Sweet Doriane

—. ¡Pero cuidado, que precisamente ese hombre te buscará la ruina!

Por una vez, Barbara prefiere hacer oídos sordos a las predicciones de la muñeca.

2

No hay ningún marco legal al que Marc pueda acogerse, ya que nadie se toma en serio sus sospechas. Mala suerte, pasa de la aprobación de sus colegas. Ha llegado con antelación, para no fallar, y espera sentado en la terraza de una cafetería desde hace media hora, con el temor de que ella no venga. Los minutos se hacen interminables, al ritmo de los lentos pasos de los vendedores de rosas que soportan sin rechistar las bromas de los parisinos crispados o su obstinada indiferencia, las discusiones irritadas acompañadas de gesticulaciones exageradas de los peatones, con el smartphone pegado a la oreja y bajo la mirada hastiada o divertida de las decenas de desocupados que matan el tiempo en la misma terraza. Marc Percolès ha pedido su segundo café y sacude el sobre de azúcar entre sus dedos para que se pose en el fondo, lo rasga y lo vierte de una sola vez en el brebaje amargo.

De repente se da cuenta de que en la acera de enfrente hay mujeres que caminan con paso firme porque no quieren ser abordadas. Ella llega a su hora, con una meticulosa puntualidad. Se para un momento y espera para cruzar que el hombrecito se ponga verde. En dos minutos estará sentada a su mesa.

Si realmente es la mujer que busca, se arriesga mucho haciendo de presa. Nadie le cubre, ni nadie sabe que está aquí. En el fondo, Marc se pregunta por qué está haciendo esto. ¿Para detenerla y demostrarse a sí mismo que a pesar de estar inválido no ha perdido el instinto? ¿Porque ella podría encarnar a la Parca en lugar del revólver que el otro día le había confiscado Ange? ¿Arrestarla o dejarla hacer? Esa es la cuestión. Pero la respuesta le importa un carajo.

—Buenos días. Espero no llegar tarde.

Parece nerviosa y su voz tiembla un poco, el tono es de niña tímida. Espera que él le haga una seña para invitarla a sentarse y se muerde el labio inferior con un gesto que dan ganas de besarla.

—No, yo también acabo de llegar —miente él.

—¡Eso me tranquiliza! Está usted muy elegante —dice rápidamente, como si temiera cometer una torpeza.

Una mujer del oficio reconoce automáticamente el corte de traje de lujo. No ha fallado. El traje forma parte del plan de Marc. Le ayuda a interpretar mejor su personaje de ejecutivo afortunado que, a pesar de tener la edad del padre de la sospechosa, tiene la autoridad.

—Usted también, Barbara. Es usted muy guapa.

Es la verdad. Tiene frescura, la mirada triste de una niña pequeña que se ha hecho mayor demasiado deprisa y el cuerpo de una mujer hecha para el amor. Oscar Wilde decía que las dos cosas más conmovedoras del mundo son la fealdad asumida y la belleza que se ignora. Si la prostituta que revienta los ojos de sus clientes sabe de sus encantos, la joven que está delante de él no parece tener demasiada consciencia. Apenas maquillada, vestida con un vaquero y una camisa blanca bajo un

impermeable beige, no necesita nada más para ensalzar su feminidad.

—Se me hace muy raro que me llame por mi nombre.

—¿Por qué?

—Porque es la primera vez que me gusta escucharlo —dice—. Creo que es la primera vez que alguien lo pronuncia de ese modo.

—¿Está de broma, Barbara?

Llamarla por su nombre tantas veces como sea posible. Es claramente una técnica de manipulación para acercarse a ella. Mejor, si eso la emociona.

—No. Pocas personas me llaman así, ¿sabe?, y en el instituto me han rebautizado como Barbie. Parece que es más comercial.

—¡Es ridículo! Es un nombre de muñeca.

—¿Le gustan las muñecas? —se extraña ella.

—La verdad es que no. —Su respuesta parece molestarla. Se mueve en la silla como con complejo de culpabilidad—. ¿A usted sí?

—Las colecciono —dice—. Tengo unas cincuenta, de porcelana. Me gusta ocuparme de ellas. Pero a usted esto le debe parecer estúpido.

—No, estúpido no. ¡Confieso que las muñecas de porcelana me perturban un poco! Me pregunto si no albergan espíritus malignos, como en *Chucky* o en *La cuarta dimensión*. Cuando era pequeño, tuve muchas pesadillas por culpa de esas tonterías. En fin, el idiota soy yo: las muñecas son simples juguetes. Son lo que queramos hacer con ellas.

—¡Eso no es del todo cierto! A veces son ellas quienes te po...

La joven se interrumpe de golpe, como si hubiese hablado demasiado.

—Son ellas que te... ¿qué?

—No, nada. Iba a decir una tontería. No estoy segura de que esta cita sea una buena idea.

La joven ya ha cogido su bolso. Dispuesta a escapar. No obstante, su mirada parece rogarle que se lo impida: lo mira fijamente con la intensidad de una desesperada. Él tiene ganas de gritarle: «¡No me mires así!». Por supuesto que va a retenerla. No ha llegado hasta aquí para dejar que se marche.

—No diga usted eso. Quédese, por favor. No quiero que se vaya.

«Poseída.» A veces son ellas quienes te «poseen»: es lo que iba a decir, pondría la mano en el fuego y más, su pierna también. ¿Cree que está poseída por sus muñecas? Esto concuerda con el perfil de la autora de las agresiones, con su psicosis. Pensar que esta joven pueda ser la loca le produce una tristeza infinita.

Marc no está seguro de que su súplica baste para que se quede. Pero no sabe qué más hacer. El silencio impera. Denso. Tan fuerte que parece que nada puede romperlo. Aprovecha para mirarla, pasando la mirada muy rápidamente a fin de que no se sienta amenazada. Parece un cervatillo asustado y mira de reojo a su alrededor. Barbara dobla las piernas bajo la silla, apoyando los pies, dispuesta a salir disparada lejos de aquí, lejos de él. Sus manos juntas aún están apoyadas sobre la mesa, Marc

puede ver sus delgadas muñecas dado que las mangas de su impermeable están un poco subidas. El silencio persiste y les aleja el uno del otro. Sus miradas luchan, se enganchan, se agitan cuando se cruzan y se vuelven a buscar. Uno está desesperado para que lo deseen. La otra para no ahuyentarlo. La tensión es palpable. Habrá que hacer algo para romper el hielo. Marc nota cómo su corazón se dispara. Cree que por miedo a que la sospechosa se le escape. Entonces tiene una reacción desesperada. Impulsiva, ilógica y peligrosa. Sin embargo, un gesto tan natural que, de pronto, se ha olvidado de los límites que no debía sobrepasar.

Pone la mano encima de la de Barbara y desvía la mirada, parece que de repente le fascinan los coches que circulan a unos pocos metros. Evita mirarla, y entonces ella lo mira fijamente. Intensamente, con la boca abierta. Algunas lágrimas le asoman en los ojos, pero son demasiado ligeras como para derramarse. Ella lo mira a través de las gotas de agua salada que le hacen ver borroso. Barbara tiene ganas de sonreír y de llorar. Está desarmada por ese gesto tan tierno. Sí, tierno. Tiene ganas de devolvérselo. Ella, a su vez, aprieta la mano que la reconforta con todo el calor que es capaz de transmitir. Él se sobresalta. Le lanza una mirada interrogante. Segundo impulso. Se lleva la mano de la joven hasta los labios y los aprieta contra el dorso. La besa cerrando los ojos. Está haciendo una tontería, está completamente seguro. Tiene que contenerse.

Ella también se relaja, deja escapar sus lágrimas y acerca sus dedos entrelazados hasta su cara para besarle a su vez.

—Yo tampoco quiero marcharme —dice al fin ella.

Se recuesta en la silla sin soltar la mano. Los complejos efluvios de su perfume acarician la nariz del policía. Se pone demasiado. Desde su primera visita al instituto se había sentido agredido por esa mezcla de notas embriagadoras y familiares a la vez. Pachuli, azúcar y otro ingrediente que no acaba de distinguir, pero que está seguro de saber qué es. Su firma olfativa le intriga y le excita al mismo tiempo. ¿Por qué tiene la mano tan suelta para el perfume? ¿Es un modo de ganar seguridad o de convencerse de su propia existencia? Los psicóticos, a veces, tienen problemas en sentir que habitan en su cuerpo. ¿Quizá sea una estrategia para notarlo? Marc inspira profundamente. Al fin, vuelve a razonar como un poli.

—Guían. A veces son ellas las que nos guían. Es lo que iba a decir —precisa—. Pero creí que le parecería una tontería.

—¿Qué idea! ¿Nos guían? ¿En qué sentido?

—Pues, por ejemplo, cuando era pequeña, mis muñecas eran mis confidentes. Les contaba todo. ¿De algún modo ellas me han ayudado a crecer, me han guiado!

—¿Y hoy?

—Ahora es diferente, ya no soy una niña. Pero me gusta mirarlas y cuidarlas, me relaja, como a otras personas a las que les gusta la jardinería o cocinar. ¿Me comprende?

—Sí, claro.

¿Guían? Parece sincera. ¿Y si él se equivoca? Barbara Bilessi tiene un aspecto

muy distinto al monstruo que ha cometido esas atrocidades. En ella hay algo dulce, frágil e intrigante. Algo obsesivo. Marc esperaba esta cita con impaciencia. Para confirmar sus sospechas o descartarlas. Pero de momento nada confirma que sea a ella a quien busca. Está cada vez menos seguro de querer salir de dudas, de este estado de gracia donde todo es posible. Donde ella aún puede ser inocente. Quizá solo se parezca a la chica de los vídeos. Es verdad que la imagen no era muy nítida. ¿Puede que sea ella, pero que su presencia en los hoteles no sea más que una terrible coincidencia? Las coincidencias existen. Barbara es una joven mamá. Ella da vida. ¿Cómo va a ser un ángel de la muerte?

—Me decía usted que tiene un bebé —pregunta él.

—Sí, un niño. Mi madre es quien lo está cuidando ahora.

—¿Ah, sí? Muy amable por su parte. ¿Viven cerca?

—Vivimos juntas. Ella perdió la vista hace unos años y yo la ayudo.

—A su edad debe de ser muy duro.

—No. Es normal que nos ocupemos de la gente que queremos. ¡Además, ella me ha educado muy bien!

—Sí, pero los padres están obligados a cuidar de sus hijos y no pueden exigir que estos sacrifiquen su juventud por ellos.

—¡Yo creo que tengo la obligación de cuidarla! ¿Sabe usted?, tampoco es un esfuerzo demasiado grande. La quiero. ¡Y no se mete donde no la llaman!

Le impresiona la fuerza con la que Barbara dice eso. Insiste demasiado. Como si quisiera convencerse a sí misma de que las cosas no siempre son así.

¿Lo son? ¿Es su madre tan bondadosa como dice? El instinto de Marc le dice que no. Eso le entristece, sin que pueda explicar muy bien por qué. Porque se nota que esta joven tiene un inmenso deseo de amar y de ser amada a su vez.

—¿Y quién se ocupa de usted, Barbara?

—No entiendo la pregunta —farfulla.

—Entre el instituto, el bebé y su madre, se da usted mucho a los demás, pero ¿cuándo cuida usted de sí misma? —pregunta él.

Barbara se sobresalta. Parece paralizada y no se atreve a mover ni un dedo, como si fuera extraño que un hombre la toque de esa manera, que le hable de ese modo. Su reacción sorprende a Marc. Se podría decir que es la de una... ¿virgen? ¡No! ¡Es imposible! Eso arruinaría su teoría.

Pero si así fuera, ¿sería tan grave?

3

¡Su bello hombre roto! ¡Marc es su bello hombre roto!

Al abandonar la cafetería, ella piensa en él. Durante el trayecto de metro, piensa en él. En el ascensor, está en su corazón. Está aquí, por todas partes, todo el tiempo. Ella ve su sonrisa y la sumerge en el vacío, oye su voz y desearía que nunca se callara, se acuerda de la suavidad de su piel y le gustaría dormirse en sus brazos. Todas las canciones que ha oído durante el trayecto parecían que hablaban de ella, de ellos, de un futuro posible y feliz. Barbara quiere besar al mundo entero. Por primera vez en su vida, vislumbra una verdadera esperanza y la belleza.

Es tan feliz que se ha olvidado lo que le esperaba en su casa.

El olor que la envuelve cuando entra la devuelve inmediatamente a la realidad.

Dejar el bolso en la cómoda, asegurarse de que el bebé está bien, que no se ha movido, que ha sido bueno. Después alimentarlo, bañarlo antes de cualquier otra cosa. Antes de ocuparse de sí misma o de arreglar el problema, en el salón. El pequeño no parece alterado por la falta de atención de su abuela. Se deja poner la colonia y la crema en el cuerpo sin rechistar. Sus pequeños dedos se agarran a los cabellos de su mamá, que se ríe y lo besa.

—Verás, mi amor, las cosas se van a arreglar. No hay motivos para que te separen de tu mamá. Voy a regularizar tu situación y nos vamos a ir los dos de aquí. ¡Quizá los tres!

El niño parece entender las palabras y le sonrío a modo de respuesta, como si le diera su bendición. Reconfortada, Barbara lo sienta en la cama, empotrado entre algunas muñecas, las más maternas, y se pone a peinar y asear a las otras. Sweet Doriane no está muy dispuesta a hablar. Mejor.

La joven sabe que no puede demorar mucho más el momento de ir al salón. Sabe lo que va a pasar, pero se promete que no va a entrar al trapo.

Con la cabeza apoyada en un cojín en una postura algo rígida, Marthe Bilessi está sentada frente al televisor. La película ha terminado hace mucho rato y sus ojos vacíos miran fijamente una pantalla también vacía. No hace el más mínimo movimiento cuando su hija entra en la sala. Barbara adivina que la está esperando, que ha comprendido, porque ni ella hubiera pensado jamás que las cosas podían llegar a tales extremos. Pero la situación no podía seguir así. Y eso su madre tiene que comprenderlo.

El olor es nauseabundo. Barbara se estremece al acercarse.

Marthe Bilessi se lo ha hecho todo encima.

—¿Es una represalia? ¿No podías esperar a que yo volviese?

La mujer no dice nada. Es normal, no puede.

—Te mereces que te deje con tu mierda... pero no soy un monstruo —suspira.

Los ojos de su madre, a pesar de no ver nada, saben mostrar las cosas. Para utilizar un símil, si fueran revólveres, Barbara estaría muerta desde hace mucho tiempo. La joven está decepcionada, le hubiese gustado encontrarla con una mejor disposición. Quizá se calme una vez la haya lavado. Vuelve del baño con una palangana con agua jabonosa.

—Te voy a desatar, pero no aproveches la ocasión para huir, ¿vale? —la amenaza.

Sus dedos intentan deshacer los nudos realizados con los medios de que disponía: algunos cinturones de albornoz y pañuelos, los mismos que la ayudaron a retener la subida de la leche. Como los ha apretado mucho, Barbara debe tirar muy fuerte para desanudarlos. La vieja meneaba la cabeza.

—No. La mordaza, de momento no te la quito.

Le rompe el corazón tratar a su madre de ese modo. Y dejar al bebé sin vigilancia durante el día. Pero está decidida a llegar hasta el final de su plan. Ahora hay que limpiar la grasienta mierda que embadurna las bragas de la vieja y el sofá. Barbara reprime las arcadas. Está por todas partes, es asqueroso. Hasta el vientre, donde la materia se ha vuelto verdosa. ¡Está claro que su madre no es una reina de la belleza interior! Bien mirado, de la exterior tampoco. ¡Qué decadencia! Pensar que cuando era niña Barbara soñaba parecerse a ella. Hay que desconfiar siempre de lo que se desea. Qué triste, este cuerpo cansado y deforme, vencido por el tiempo igual que por sí mismo.

El aseo ha terminado. Bragas limpias y vestido bien planchado.

Cuando se apresura a vaciar el agua sucia en el baño, Barbara oye un ruido de tripas que emana de las entrañas de la vieja. Con el tiempo que hace que no ha comido, es comprensible. La joven se siente fatal, no está segura de que tenga derecho a hacer esto. ¿Es una lágrima lo que ve en el rabillo del ojo de su madre?

Deja la palangana, va a buscar un vaso de agua y le desata la mordaza. El agua fluye por la garganta de la mujer, pero Barbara la echa demasiado rápido, la vieja está a punto de ahogarse y escupe un poco.

—Dime que me quieres, mamá. Y te daré de comer.

—...

—Mamá, por favor, esta pelea es ridícula y me duele mucho hacerte sufrir. ¡Pero tienes que ayudarme! Te necesito tanto, tengo tantas cosas que contarte... ¡Quiero ser una buena persona, quiero construir algo!

—Me has hecho daño. Me has pegado.

La voz, todavía un poco ronca, parece venir de muy lejos.

—¡Lo siento, te lo juro! No quería hacerte daño. Dime que me quieres, te lo suplico.

—Estás loca —espeta la vieja—. ¡Loca perdida, querida hija!

Es intolerable. Lo que más le fastidia no son las palabras, pues ya las ha oído muchas veces y no le sorprenden; es la voz, el tono, su manera de pronunciar su nombre como si escupiera lapos. Es gutural, pedregoso, brutal y violento. En las antípodas de las palabras de él, de su bello hombre roto, de la miel que se derrama en

sus labios y de la dulzura de los sonidos que él susurra... Ese hombre la ha tocado más y la ha acariciado más que su madre desde que ella naciera. ¡Esta vieja zorra que se refugia detrás de la excusa de su enfermedad para justificar su acritud! Desde ahora, Barbara sabe que un cuerpo inválido no puede perjudicar un alma bella ni perder la capacidad de amar. Jamás se atreverá a preguntarle qué es lo que le ha pasado, presiente que Marc ha sufrido miles de martirios, suplicios, es un superviviente. Un hombre que ha sabido renacer de sus cenizas y ha aprendido a mirar a la gente en el fondo de ella misma para descubrir toda la belleza. Con él, no necesita artificios, no tiene necesidad de recurrir a Barbie o de vengarse de lo que sea. En los ojos de él se siente más bella. Mucho más que en los ojos de Sweet Doriane. Cuando la toca, llega a creerse que es una persona de bien y que, incluso, puede ser mejor. Por lo tanto, no dejará que su madre diga cosas horribles que le hacen daño.

—Como quieras, mamá.

La joven vuelve a colocar la mordaza sobre la inmunda boca y aprieta.

—Volveremos a hablar en el desayuno. Buenas noches.

Apaga la luz del salón y se va a vaciar la palangana. Suena el teléfono. Se apresura, con el corazón a cien por hora. El nombre que aparece no es el que esperaba. Duda un momento, porque no quiere que la línea comunique si Marc desea hablar con ella, pero entonces se acuerda de la función de llamada simultánea y descuelga.

—Sí, hola.

—Hola, Bébé.

—Raoul...

—¡El mismo! Mira, mañana puedo trasladarme definitivamente.

No pudo venir el sábado por alguna razón que ella creyó que no tenía interés y no se la preguntó, y había aplazado el traslado, por lo menos así lo creyó ella, hasta el día del juicio final.

—Ah, pero ¿aún sigues queriendo venir?

—Claro, Bébé. ¿Estás contenta?

—Sí.

—¿Y a la mamuchi, le va a parecer bien o se va a cabrear?

—No te preocupes por eso. No está en disposición de opinar en este momento.

—¡Bravo, Bébé! Así me gusta, que te hagas respetar.

—Sí, es exactamente eso. Está fuera de lugar que nadie me machaque, sea quien sea.

Raoul capta la amenaza apenas disimulada.

—Tienes razón, solo tu chico tiene derecho a dominarte —bromea él para ponerla a prueba.

—No, no veo por qué. Las mujeres merecen que se las traten bien, como a las princesas. Estaría bien que lo entendieses.

—Uf —resopla él—, ¿tienes la regla o qué? No, porque no quiero desmoralizarte,

vale, pero no eres exactamente de primera mano. Porque a tu edad y con los kilómetros que marca tu contador, no puedes permitirte jugar a las dulzuras, entiendes lo quiero decirte.

—No, francamente no —dice ella con una voz átona.

—Pues voy a ser más claro —esgrime él con una voz dura—. Hacer de puta, eso estropea y se ve, se huele. No sé lo que tienes en la cabeza y si te crees que a alguno de tus clientes ricos podría interesarle otra cosa de ti que no sea tu culo, pero te equivocas. Los hombres con clase se casan con mujeres como ellos, no con putones como tú. Tienes que asimilarlo, Bébé, y debes seguir haciéndolo y traernos pasta. Y créeme, no tengo nada en contra, más bien al contrario. Pero a largo plazo no puedes aspirar a alguien mejor que yo. Si quieres, mañana cuando llegue me quedaré contigo y no abriré la boca: te interesa rebajar tus pretensiones y quedarte pegada a mi bragueta. ¿Lo has pillado?

—...

Barbara lloraba. De hecho, ella llora silenciosamente. Él lo sabe. Pero no es lo peor. Le deja entender que realmente Marc no puede interesarse por ella. Eso le rompe el corazón.

—¿Lo has pillado? —insiste él.

—Sí. —contesta.

A Barbara le gustaría morir en ese instante.

4

La pernera de su pantalón se le ha subido un poco dejando el tobillo a la vista. Lo suficiente para descubrir la prótesis metida en su zapato. Marc no se ha dado cuenta, lo que le alerta son las miradas curiosas de las dos mujeres de la mesa de al lado. Conoce esa compasión que no solo le señala como un pobre hombre sino que transmite las ganas de saber qué es lo que le ha pasado.

—¿Les gusta? ¿Quieren tocarla?

—¡Perdón! —exclama una de ellas.

Una finge mal la inocencia y adopta la expresión de una niña a la que han pillado con las manos donde no debía. El color sonrojado de las mejillas de la otra no deja dudas de su culpabilidad.

—Mi pierna —insiste él dirigiéndose con un guiño a su interlocutora—, ¿quieres tocármela?

Se sube un poco más la pernera. Atraídas, a pesar suyo, por el espectáculo, las dos mujeres no pueden evitar mirar, y enseguida giran la cabeza con un ademán ofendido.

—Se equivoca, señor, no nos habíamos dado cuenta. ¿No es cierto, querida?

—Por supuesto, señor. Francamente lo sentimos mucho por usted.

Ha dicho esto con una pequeña sonrisa forzada. Él detesta las sonrisas forzadas de la señoras buenas que se llaman «querida».

—¡Ah, pues no lo sientan! No todo son prótesis en mí, ¿me explico? ¿Les excitan los minusválidos?

—¡Oh! ¡Por favor, tenga cuidado con lo que dice! No es porque usted... ¡En fin, usted no tiene derecho a decir estas groserías!

—Sí, está totalmente fuera de lugar —dice la otra mujer.

—Fuera de lugar. Fue-ra-de-lu-gar. En el sentido de «incorrecto» o «inadecuado», ¿es eso?

—Pues sí. Y ahora déjenos tranquilas.

Marc no tiene ningunas ganas de quedarse allí. Se sube el pantalón tanto como le es posible y se prepara para darles el tiro de gracia. Pero el azar se lo impide en el último instante.

—¡Ah, estás aquí!

—Ange... —refunfuña Marc.

—¡Por favor, disimula la alegría que te produce verme!

—¡Interrumpes una interesante conversación con mis dos encantadoras vecinas, gilipollas! ¡Iba a enrollarme con las dos a la vez!

La actitud indignada de las dos interesadas, que, no obstante, hacen ver que no han oído nada de lo que acaba de decir, provoca la hilaridad del capitán.

—¿No te cansas de provocar a la gente? —le riñe cariñosamente su amigo.

—¡Ah!, pero yo no provocho, amigo. Solo contesto a las provocaciones del... pie.

Las dos mujeres, que creen que ya han aguantado demasiado, llaman a un camarero para cambiar de mesa. Marc las saluda con la mano y se sirve un vaso de vino.

—Bueno, ¿qué es este frenesí? ¿Has contactado con tu sospechosa?

—Parece que las noticias vuelan. Era necesario que alguien se pusiera en marcha, y como los voluntarios no tiene prisa...

—¿Crees que no entiendo tu juego? Es un suicidio hacer de cebo sin tener las espaldas cubiertas.

—No, no es lo que crees. Te he dado mi palabra. Por otro lado, no está claro que sea ella la que buscamos.

—Creí que estabas convencido de que la habías reconocido —se extraña el comandante.

—Es lo que me decía mi instinto.

—¿Pero?

Hay cosas que no casan bien. Su timidez, su dulzura, sus reacciones cuando él la roza. Cada vez le cuesta más imaginarla quedando con hombres o torturándolos. Cree, más bien, que tiene poca experiencia, es decir, ninguna. Claro que podría disimular, pero le cuesta creerlo.

—¡No me digas que te gusta! —insiste Ange—. ¿Hasta dónde habéis llegado?

—No hemos llegado a nada. Solo me ha dado un masaje.

—¿Qué? ¡Eso es de locos! No puedes pretender ser objetivo si tenéis una relación.

—No hay ninguna relación. Fui a verla a su trabajo y le pedí un masaje como lo haría cualquier hombre que busca contactos de pago. Punto pelota.

—¿Estás seguro?

No. Sí. En fin, no sabe. Al principio, por supuesto, esa era la idea. Pero no podía haberse imaginado que sentiría esas cosas una vez en la cabina con ella. Juraría que no disimuló y que efectivamente no tuvo ningún reparo con su pierna amputada o con su torso hundido. Que se preocupaba sinceramente por su bienestar y que lo masajeó como si ella lo encontrara hermoso, como si su piel fuera de terciopelo. Solo con pensarlo, Marc se estremece. Es incapaz de acordarse de la última vez que una mujer fue dulce con él sin ninguna segunda intención.

—Me la estoy ligando para darle confianza. La manipulo.

—Salvo que con una puta no se liga porque se paga. En el momento que le ofreces algo más que la pasta, ella te considera su novio.

Marc no contesta. Sabe que Ange tiene razón.

—En los últimos diez días no ha habido nuevas agresiones —argumenta él.

—¿Qué deduces de esto?

—O ha cambiado el modus operandi y aún no hemos encontrado a las víctimas... o hay algo que se lo impide.

—¿Cómo qué?

—Como un hombre del que se estaría enamorando.

—¿Te das cuenta de la barbaridad que acabas de decir?

—Escucha, imaginemos por un momento que este sea el caso.

—¡No, es una tontería!

—No del todo. Barbara tiene un niño de teta. Ha podido desequilibrarse psicológicamente después del parto, algo temporal. Y con un buen tratamiento...

—¡Con tratamiento o sin, con todo lo que ha hecho acabará entre rejas!

—Si lo ha hecho. En ese caso, tendría a su favor circunstancias atenuantes y un seguimiento adecuado.

—No veo a dónde quieres llegar.

—Si efectivamente ella ha cesado en sus crímenes por amor, entonces no está perdida.

—¡Otra vez tu jodido síndrome de salvador! Bueno, si crees que ha sido ella, arréglatelas para que confiese y enciérrala. Deprisa, Marc, porque estás jugando a un juego muy peligroso y enfermizo.

—No es un juego.

—Sí. Tan peligroso como la ruleta rusa.

5

Raoul acaba de llamar a la puerta. Ella sabe que es él, pero tendrá que esperar hasta que haya terminado de cortar el rosbif. En el plato, patatas fritas y al menos tres cucharadas de mayonesa. Para sumar kilos de más; de todas formas, ya no tiene intención de pretender gustar a nadie. Lo que le dijo Raoul por teléfono fue cruel, pero justo. Marc descubrirá tarde o temprano sus actividades paralelas y la echará con tanta repugnancia como cuando se coge un pañuelo usado. Los hombres quieren una mujer que sea solo de ellos, no aquella que todo el mundo ha podido pagarse. Solo hay tristeza y melancolía en el corazón de la joven. También cólera, por haber sido tan tonta como para apasionarse y creérselo. También rabia, contra su mecánico que sabe demasiado sobre ella.

Raoul insiste y se ensaña con el timbre. En un momento de lucidez, decide girar el picaporte y descubre, no sin enojo, que la puerta no estaba cerrada. Barbara asoma la cabeza desde la cocina.

—¡Pon tus cosas en la habitación!

El hombre masculla alguna cosa que no llega a entender. Ella suspira, pone el cuchillo en el bolsillo de su delantal y decide ir a recibirlo. Raoul abre la puerta y tira su bolsa en la habitación.

—¡Mierda, aquí siempre huele mal! Te lo advierto, conmigo vais a airear el apartamento. No soporto este ambiente, es como un velatorio. Bueno, ¿me presentas a tu madre? —pregunta él señalando a la vieja, que no se ha movido del sofá.

—Sí. Pero antes tengo que decirte una cosa —responde ella agarrándole por el cuello.

Le besa fogosamente, como lo haría una enamorada. Porque le gustaría volverlo a estar, y más de aquel que intenta borrar de su alma y que, no obstante, la obsesiona. Barbara se dice a sí misma que siendo dulce y cariñosa quizá sepa tocar el corazón de Raoul y que sus viejos sueños de felicidad con él aún son posibles. El joven le devuelve encantado los besos manoseándole las nalgas. Es una buena táctica para marcar el territorio delante de la vieja, demostrarle que ahora es el nuevo jefe de la familia. Entra en el salón empujando despacio a Barbara, que parece no querer soltarlo. Empieza a empalmarse y abre los ojos para ver la reacción de la abuela.

—¡Coño! ¿Qué es este delirio?

Raoul suelta un grito de horror y empuja violentamente a la joven. Ella pierde el equilibrio, se repone y se coloca entre su madre y él.

—Es lo que quería decirte.

—¿Tú has hecho esto? ¿Hay alguien más aquí?

—¡No! He sido yo. ¡Deja que te lo explique!

—¿Explicar? ¡Qué vas a explicarme! ¡Por Dios, estás completamente loca!

—¡No, no me digas eso!

¡Él no puede decir eso, como si fuera la vieja! Barbara se lleva las manos a la cara

y se pone a llorar.

—¡Tu madre, Barbara! ¡Tu propia madre! Pero ¿te das cuenta? ¡Eres un monstruo, por Dios!

—Ella... ¡Ella me ha obligado, te lo juro! ¡Voy a liberarla, te lo prometo! ¡Voy a darle de comer y formaremos una familia! ¡Ahora que estás aquí, todo se va a arreglar!

—¿Por qué crees que me voy a quedar con una tarada como tú? ¿Para que me hagas lo mismo? ¡Deliras, niñata! ¡Me doy el piro!

—¡No, no puedes hacerlo! Además, no tienes donde ir.

—¿Estás segura? ¡Tengo la agenda llena de zorras dispuestas a acogerme! ¡Además, ya sé adónde voy a ir!

—¿Adónde? ¿Adónde? ¡Dime adónde!

Su voz ha subido de tono, es aguda. Barbara está aterrorizada. Presiente lo que va a decir. ¡Pero es imposible! ¡No puede ir a la cárcel ni pueden quitarle el bebé!

—¡Por supuesto, a la poli!

—Es inútil —grita ella—. ¡Cuando ellos lleguen le habré quitado todas las ligaduras y ella no dirá nada, lo sé! ¿Adónde vas?

Raoul ha ido a la habitación a recoger sus cosas. No. ¡Eso no es posible! Tiene que impedirlo.

Barbara echa una mirada a su madre y decide que ya ha oído demasiado de su discusión. Entra a su vez en la habitación y cierra la puerta.

Cuando sale, Barbara está agotada y más calmada. No creía que iba a gastar tanta energía para convencerle de que se quede. Menos mal que Barbie ha cogido el testigo y que la carne es débil. Realmente, la vulnerabilidad más grande de los hombres está donde ellos creen tener su mayor fuerza...

La joven se acerca tímidamente a su madre. Raoul tiene razón, es inhumano lo que ha hecho, tiene que liberarla. Empieza quitándole la mordaza.

—Oh, mamá, ¿cómo hemos podido llegar hasta aquí?

El pecho de Marthe Bilessi se hunde.

—No lo sé, Barbara, pero yo también quiero que hagamos las paces.

A la joven le cuesta creerlo. ¡Su madre al final acepta hablarle! Y esa manera de llamarla por su nombre... ¡Tan dulce! Incluso se parece un poco a la voz... No, tiene que olvidarse de Marc.

—Te voy a desatar. Ya no sé por qué lo he hecho. Raoul tiene razón, está mal y te pido perdón. Tienes razón. Estoy loca, sería mejor que me internaran.

—¡No digas eso! Estábamos equivocadas las dos.

—¿De repente eres amable porque me necesitas? —dice desconfiada la joven.

—No, claro que no. Atada en el sofá, he tenido tiempo de reflexionar. Y sé que no siempre he sido una buena madre. Debería haber sido más cariñosa, más paciente. No es culpa tuya.

—¿No es culpa mía?

—No... nada es culpa tuya, hija.

—¡Oh, mamá! Si supieras cuánto he esperado, cuánto he necesitado que me lo dijeras —lloriquea la joven.

—Hija mía, te juro que te quiero. Solo necesito que me ayudes a demostrártelo.

¿Cómo va a negarse cuando su madre le dice todo lo que ella ha deseado oír desde hace tanto tiempo?

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo, mamá?

—No lo sé. Seamos buenas la una con la otra, en función de nuestras posibilidades, mimémonos, cojámonos del brazo.

—¡Oh, mamá! ¡He esperado tanto tiempo! Claro que voy a mimarte.

Llorando, la joven se echa a los brazos de su madre y se queda así largo rato. Las tripas se quejan en el vientre de la vieja.

—¡Voy a prepararte algo y te lo traigo! Y después te aseo. ¿Vale?

—Gracias, cariño —contesta la madre, agradecida.

Barbara va a la cocina. Aprovecha para colgar el delantal y lavar sus utensilios.

—¡Al final, también voy a poder comer! —dice ella.

—¡Deberías cuidar tu línea, querida! Ya sabes, a los hombres no les gustan las mujeres que se dejan de cuidar.

—¿Hablas de Raoul? Oh, créeme, está más enamorado de la comodidad que le puedo dar que de mis formas.

—Pero es gracias a tus formas que puedes mimarnos.

—Qué... ¿qué es lo que quieres decir?

Barbara tiene miedo de comprender. Su madre ha debido de escuchar su discusión, a pesar de que la puerta estaba cerrada, cuando Raoul la ha tratado de puta y ella no lo ha negado.

—Las paredes oyen —confirma Marthe Bilessi—. ¿Sabes?, otras lo han hecho antes que tú. No obstante, yo no fui capaz. Sin embargo, esto no está mal cuando se hace para el bienestar de los nuestros.

—¿Tú crees? ¡Pero me gustaría dejarlo, mamá!

Qué feliz está de poder confiar en su madre, de tener una verdadera conversación entre mujeres.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque quiero ser distinta. Una mujer a la que un hombre podría querer.

—Hasta los hombres de bien se abandonan y nos abandonan, lo sabes. Entiende bien esto ahora, y mientras puedas cógeles lo que tengan.

—¡No digas esto! Hablas como Sweet Doriane.

—Tu muñeca tiene razón, Barbara. ¡Escúchanos, solo queremos tu bien!

Barbara no puede creerse que su madre admita tan fácilmente la influencia de su muñeca. ¿Es una maniobra para manipularla mejor y castigarla por los malos tratos que ha sufrido? No sabe qué pensar. Solo sabe que está agotada. Bosteza hasta

descoyuntarse la mandíbula.

—Deberías ir con tu amigo —le dice su madre.

—Tengo miedo de que el bebé nos moleste esta noche. ¡También él ha se ha quejado al verlo!

—Déjame a mí esta vez. Así podréis disfrutar de una noche de amor.

—¿De verdad?

—Sí.

—¡Oh, muchas gracias, gracias!

La joven sale disparada a la habitación, coge al chiquitín que se deja hacer plácidamente y se lo da a su madre después de cubrirlo de besos.

El teléfono empieza a vibrar. Es Marc. Su bello hombre roto. No. No pertenecen al mismo mundo. Rechaza la llamada, la decimoquinta vez desde que ha decidido olvidarlo. Él insiste, suena de nuevo. Se siente desfallecer, pulsa la tecla verde.

Una risa sarcástica inunda la habitación y la disuade. La de Sweet Doriane.

6

La señora Molinas nunca deja pasar una ocasión para llamarla al orden.

—Más cuidado con el perfume, querida.

—Lo siento, señora.

—Su cliente le espera en la cabina.

—¿Ah, sí? ¡No estaba previsto!

—¿Y qué, pasa algo?

—No, nada... ya voy.

Barbara tiene un mal presentimiento. Con las manos húmedas y el corazón disparado entra en el cuarto. El hombre ya está instalado. Tumbado sobre el vientre, espera su masaje. Ese hombre es Marc.

No sabe qué hacer. La razón le dicta huir, lejos, lo más lejos posible. Pero su corazón le imposibilita cualquier movimiento. Su bello hombre roto no se ha movido y la deja que reconforte su cuerpo zurcido. Él le recuerda a una muñeca de trapo remendada. Algunos podrían pensar que es feo, con su pierna de menos y su muñón abotargado, y vacilar ante el contacto con el torso recubierto de carne cicatrizada. Sin embargo, cada surco cuenta una historia, como las arrugas en una cara. Es precisamente porque tiene los dos tercios de su anatomía tocados por el accidente que su cuerpo es tan bello: se convierte en el estuche de su alma forjada, cincelada por la adversidad. Grita a todo aquel que puede oírle toda su belleza interior. A Barbara le gustaría no tener que ver su propio reflejo en este momento. Daría lo que fuera para no ver su frente lisa, sus ojos claros y su cuerpo indemne. Porque le da vergüenza estar intacta. Vergüenza de estar, ella también, en las antípodas de la presencia que pretende. Pero en la minúscula habitación solo hay espejos. Reflejan hasta el infinito una realidad tan escandalosa que le atraviesa los ojos: si exteriormente es tan bella, es porque en su interior ella tiene la cara de Sweet Doriane. Sus pensamientos son sucios, letales.

—¿Qué haces aquí?

Barbara ha hablado con un tono seco, frío. Un escalofrío recorre el cuerpo de Marc, muy a su pesar.

—Estoy harto de que no me cojas el teléfono y me gustaría saber qué te he hecho

—Nada.

—Entonces ¿por qué me evitas?

—Porque no soy una mujer para ti. Te habrías dado cuenta un día u otro y prefiero dejarlo aquí antes de sufrir.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—No importa. Es mejor así. ¿Sigues queriendo tu masaje?

La joven se esfuerza en mantener un tono indiferente, pero él advierte que ella tiembla como una hoja.

—Sí. Aún lo quiero. Y a ti también te quiero. ¿Es un poco raro que seas tú quien decida si eres o no una mujer para mí!

—¡No insistas, te lo ruego!

El tono es de súplica. ¿Está a punto de llorar?

—¿Ha pasado algo en tu vida? ¿Algo que no te atreves a contarme? Sabes, yo puedo entenderlo todo.

Mostrarse tranquilizador, comprensivo. Puede que todo se juegue ahora, que va a poder hacerle confesar sus crímenes. Pero tiene la sensación de andar sobre ascuas. No se esperaba el giro de la situación.

—Yo... no puedo decírtelo.

—¡Claro que sí! ¡Tú puedes decírmelo todo, Barbara, estoy enamorado de ti! ¿Es que hay otro?

—...

Nota su crispación. Los gestos son más duros, casi brutales.

—¿Es eso?

—Sí —dice ella—. Mi amiguito se ha instalado en casa. No he podido evitarlo y creo que está bien así.

—¿Tu querías que viniese?

—No ha habido elección.

—¡Claro que sí!

—¡No! —grita ella—. ¿En qué mundo vives, Marc? ¡Tú habitas un mundo donde todo es fácil, y claro, no puedes entenderlo! Pero resulta que en mi mundo no podemos escoger lo que nos pasa y estamos obligados a aceptar hacer cosas de las que no creíamos que fuéramos capaces. Solo para vivir en paz.

—¿Te obliga a hacer cosas?

—¡Déjalo!

—¡No! Necesito saber si alguien te obliga a hacer cosas, Barbara.

—¿Por qué?

Porque si ella tiene un chulo, eso lo cambia todo. Porque si abusa de su debilidad para empujarla a cometer los crímenes, ella se convierte también en víctima. Él tiene que saberlo. El asunto toma un nuevo giro, Marc se siente excitado, feliz. ¿Solo porque se imagina que está ante una asociación criminal que él podría dismantelar? ¿O por otra razón que no se atreve a reconocer?

—Porque te quiero —contesta él.

La réplica parece hacer mella. Las manos de la joven se inmovilizan en su espalda. Acaba de tocar un punto sensible, eso seguro. Sabe muy bien que ella está enamorada de él. Y no dudará en utilizar este sentimiento.

—No, solo me deseas, eso es todo.

Él no se lo esperaba. Pero no acaban ahí sus sorpresas. Barbara despega las manos de su cuerpo. Da unos pasos hacia atrás y empieza a desabotonarse la bata. Debajo, un vestido que resbala hasta sus pies en pocos segundos. Ella se acerca a su

cabeza, lencería y medias negras, piernas soberbias calzadas con bailarinas, y se desabrocha poco a poco el sujetador. Senos blancos que parecen bailar en la luz dorada.

—Venga —dice ella.

No le gusta nada el tono de su voz. Hay algo cruel, como un desafío o un desprecio. Como si la dulce Barbara hubiese desaparecido para ceder el sitio a una de esas mujeres que conciben la sexualidad como una moneda de cambio, una forma de ejercer el poder sobre los hombres en una maldita guerra de sexos. Su instinto le dicta que ella ya no está del todo al mando, que puede que sea el momento de darle un pequeño empujón para que se lo cuente todo.

—Vístete. No es eso lo que me interesa de ti —le dice él.

—Claro que sí.

No es tan tonta como para atacar en el instituto en el que trabaja.

—No, Barbara. Creo que eres muy guapa, y puedo asegurarte que me excitas. Pero no es solo tu cuerpo lo que deseo de ti. No tengo ganas de follarte como una vulgar muñeca hinchable. Quiero que hagamos el amor juntos. Tengo ganas de perderme en tus ojos cuando esté dentro de ti y que intimemos, que nos fusionemos. Te quiero.

La joven se queda paralizada. Sus brazos cuelgan a lo largo del cuerpo. Ya no quiere esconderse, solo quiere ser valorada. Parece perdida, frágil.

—¿Una muñeca hinchable? ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Es lo que son todas las mujeres?

—Pero ¿por qué dices eso? Barbara, ¿quién te ha hecho tanto daño para que te creas esas cosas tan horrosas?

—Nadie.

—¡No te creo! ¡Mírate! ¡Tiemblas como una hoja, pareces trastornada! Dime, ¿quién te ha hecho tanto daño?

—No importa. Hay cosas que es mejor olvidarlas.

Se extraña de sus propias palabras. Para aparentar calma, recoge su ropa y se viste deprisa, de repente es consciente de que su jefa podría entrar en la cabina. Sus ojos se llenan de lágrimas cuando se abrocha el sujetador. La primera lágrima cae silenciosa cuando se pone el vestido. Otra cuando se abrocha el último botón de la bata.

—Yo también te quiero, Marc. Pero nunca perteneceremos al mismo mundo. Tú estás hecho para el día y la luz. Yo, para las tinieblas y la muerte. Si esto continúa, acabaré haciéndote daño, y yo no quiero.

—¡Venga ya, nada te obliga!

—Ya te he dicho demasiado. Te ruego que te vayas. No intentes volver a verme.

La joven se seca los ojos con el dorso de la mano antes de marcharse de la cabina. Deja a Marc allí. Él se lleva la mano a la cara y se da cuenta de que también está bañada de lágrimas.

7

Coger el metro impregnado de malhumor y de olores rancios, arrancar pelos y reventar espinillas, volver a casa con las manos marcadas por las bolsas de la compra demasiado cargadas y colocar las provisiones. Besar a Raoul y a su madre, bañar al pequeño, embadurnarlo de crema, ponerle el pijama, darle de comer, jugar un poco con él, aprovechar el tiempo que pasa con él y preocuparse de su bienestar, acostarlo. Coger la muñeca, maquillarla, peinarla, buscarle bonitos vestidos, hablar con ella y dejarla al cuidado del pequeño antes de volver al mundo de los adultos.

Su hijo. Las rutinas le parecen muy simples, quizá porque antes ella tenía menos responsabilidades. Pero, a fin de cuentas, ella sabe muy bien que se pasa una la vida saltando de un montón de tareas y costumbres a otro, como jugar a la pídola, hasta el último burro. Antes, ella nunca se había planteado si eso le convenía o no. Se contentaba con estar, con hacer. Pero Marc ha sembrado la duda en su alma y el grano poco a poco va germinando. ¿Y si otra cosa es posible, deseable? ¿Podría ser tranquila su vida? ¿Si ella no estuviera obligada a ser una vulgar esteticista de la que cualquiera pueda burlarse, ni la hija sumisa o la amante servil? Barbara se permite soñar otra cosa. Se imagina otra. Una mujer cuyo nombre acaba de descubrir por primera vez de la boca de un hombre capaz de amarla. Ese nombre odiado hasta ahora se ha vuelto bonito. La ha hecho renacer, resucitar. Le ha vuelto a dar esperanzas. De vez en cuando una imagen le viene a la mente y quiere quedarse, permanecer grabada en su mente. La de una mujer rubia, de sonrisa angelical y con un vestido vaporoso. ¿Es un vestido de novia? ¡Parece tan feliz! Seguramente porque se siente amada. Esa mujer, es ella. Barbara no sabe de dónde procede esta visión, pero se aferra a ella con todas sus fuerzas. Se lo ha contado a su madre, a quien también le ha parecido creíble. Entonces, ¿por qué no? ¿Por qué no podría convertirse ella en esa bella resplandeciente que le hace un guiño desde un futuro accesible?

—¡Aún piensas en ese hombre!

—Sí. ¿Y si él fuera la clave de mi felicidad? ¡Sweet Doriane, no me gustaría dejarlo pasar! Ya he sufrido bastante. ¿Me entiendes? ¡Quiero ser esa mujer radiante con la que sueño tan a menudo!

—¡Para eso deberías quitarte de encima el lastre que acarreas y que te impide avanzar!

—Nunca dejarán que me vaya. Mamá me necesita demasiado y no quiero perderla, y menos ahora que nos hemos reencontrado. Y Raoul no dudará en denunciarme si le dejo.

—Tu madre es como ese estúpido mecánico: ambos te utilizan. ¿Aún no te has dado cuenta?

—En cualquier caso, he decidido no volver... a buscar dinero. ¡Me da igual ser pobre!

—Estás hecha para el lujo, Barbie.

—¡No me llames así, yo soy Barbara! Y no quiero volver a hacer daño. Es injusto.

—¿Injusto? ¿Acaso es justo lo que los hombres te han estado haciendo desde que estás en este mundo?

—¡No sé de qué hablas!

No obstante, la bola que Barbara percibe en su estómago es muy real y al parecer dice lo contrario. Imágenes que aparecen en su memoria, que rechaza inmediatamente como un secreto que arde y que podría consumirla.

—¿Notas la ira en ti? Se inflama, se hincha como un grito invisible que no llegas a soltar. ¡Si no liberas esa rabia, ella te devorará, lo sabes!

—Peor para mí.

—Y podrás despedirte de Marc. Si de verdad quieres deshacerte de toda esta mierda, obedece por última vez a tu madre y a Raoul. Ve a buscar dinero, haz de verdugo, hazte justiciera, deja a Barbie al mando y pídele que lo saque todo. Solo cuando te hayas liberado de tu deseo de venganza podrás convertirte en esa mujer vestida de blanco.

—No sé...

—Claro que sí.

La muñeca se carcajea. Barbara sabe que no hay nada que hacer cuando se pone así. Entonces la deja descansar al lado de su bebé que duerme apaciblemente, a mil leguas de su intensa discusión con Sweet Doriane.

Cepillar al menos cien veces el pelo de su madre, para que brille. Porque a pesar de ser ciega, le gusta estar bien. Asearla como todos los viernes, frotarle todo el cuerpo con agua de colonia, insistiendo en determinadas zonas para que circule bien la sangre, porque ella se anquilosa al estar todo el día sentada. Quitarle la ropa interior y ponerle un camisón más cómodo. Poner un vídeo y después posar la cabeza en su regazo, como tantas veces había soñado hacerlo sin creer que algún día fuera posible. Quedarse así un buen rato, su nueva rutina que se parece al paraíso de la infancia recuperada. Después incorporarse, preparar la cena esperando que Raoul le recuerde sus obligaciones. Coger una cerveza de la nevera y llevársela al dormitorio, donde le gusta descansar siempre que «el chaval no le dé el coñazo», masajearle suavemente los hombros y después hacer su tarea cotidiana, que cada vez le repugna más.

—Venga, chúpamela, Bébé. ¡Chúpamela bien!

Reprimir una mueca de asco, porque su higiene deja mucho que desear pero ella no se atreve a decírselo, y trajinárselo unos minutos, aspirar y mamar una virilidad poco activa. Todo se ablanda en Raoul. Hace cada vez menos, se merece incluso una torta por ser tan engreído. Barbara se pregunta qué es lo que vio en él y se tira de los pelos por haberse dejado ligar ese día en la barra. Es un molusco que se espatarra en el sofá o se deja caer bruscamente en la cama. No hace nada para ayudarle en el apartamento y se deja servir como un príncipe, siempre dispuesto a sacar la carta del chantaje si ella protesta.

—Bueno, ya está bien —decide ella.

Sabe que a él le gusta que dure mucho rato y que ella se tome su tiempo, pero si sigue, va a vomitar.

—¿Ya?

—Tengo algo que deciros.

Barbara espera que Raoul y su madre estén sentados en la mesa, toma aire y empieza a explicar que la tesorería está bajo mínimos.

—¿Y qué nos importa a nosotros? Solo has de volver al curro —contesta Raoul.

—No quiero volver. No me gusta. No puedo más.

—Ya, pero nosotros nos hemos acostumbrado a tus regalitos. ¿No es cierto, abuela?

Raoul se dirige a la madre de Barbara guiñando un ojo y acompañando el gesto con un chasquido con la lengua. La mujer se incomoda un momento y después dice:

—Tienes razón. Pero una pensión y un salario para cuatro personas es un poco justo. Sé que para ti es un sacrificio, pero ¿no crees que deberías seguir un poco más siendo la que mantiene a la familia? Hasta que Raoul encuentre trabajo.

—¿Cómo? Raoul, ¿te has quedado sin trabajo?

—Sí. Es la crisis. Han tenido que elegir.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No quería preocuparte, Bébé. Pero ¿ves como te necesitamos?

¿Y ahora qué? La solución pasa porque ella se acueste con desconocidos por dinero, que se prostituya, además del riesgo de dejarse poseer por esos demonios vengadores y cometer más atrocidades. No se dan cuenta de lo que implica volver a las andadas. Bastante tiene con controlar a Barbie, debe impedirle que tome el mando y que cace nuevas presas, como ella lo hace en sueños, cuando lejos de parar, los gritos de sus víctimas más bien la incitan a continuar.

—¡No tenéis derecho a pedirme eso!

—Tenemos todo el derecho —amenaza Raoul—. ¿Te gustaría que esto terminara en la comisaría? Porque si cerré los ojos a lo que le hiciste a tu madre, puede que sea menos comprensivo con el resto, no sé si me entiendes.

Le entiende perfectamente. Barbara se siente acorralada, y eso la horroriza. Nota crecer la rabia. Un poco más y no podrá retenerla, sobre todo a Barbie. Puede que, efectivamente, deba hacerlo una última vez para exorcizar toda su violencia y expulsarla para siempre.

—Si lo hago... quiero que me prometáis los dos que será la última vez. Que nunca más me lo volveréis a pedir. Raoul, te doy un mes para que encuentres un curro.

—Por supuesto, cariño. ¡Siento mucho que tengas que volver a hacerlo! —promete su madre.

—Lo de abandonar el filón, ya lo veremos —dice Raoul, más lacónico.

El filón. Haría falta un hombre muy rico. Sería su llave hacia la libertad. El problema es que ella no sabe cuál es la situación financiera de ninguno de los hombres que últimamente se le han acercado. Aparte de Marc, evidentemente.

Marc.

Barbara se levanta de golpe, como si la silla ardiera.

—Perdonadme un momento.

La joven se va a su cuarto para estar sola y marca un número de teléfono.

—¿Sí? Diga.

—Hola, Marc. Sé que te dije que no quería volver a cruzarme en tu camino, pero estaba equivocada. Necesito verte, y de verdad es urgente.

8

Cuando el sentimiento de injusticia choca contra la constatación de la propia impotencia, cuando el sufrimiento resultante es intolerable, entonces nace la ira.

Ira contra sí mismo, cuando uno se cree que es tonto o culpable por no saber pelear mejor. Ira contra los demás, que no pueden hacer nada y están a años luz de nuestras ridículas desgracias.

Ira contra todo el mundo, contra el mundo entero, nadie. Contra nadie en particular, entonces ella anida en nuestro interior y da vueltas, vueltas y más vueltas. Vueltas en el vacío, eso creemos, pero nada más lejos de la verdad.

La ira, una vez instalada, se nutre de lo que tenemos dentro. Se nutre de todo, lo agria todo, nos hace cínicos, agresivos y violentos. Es capaz de empujarnos a buscar los embrollos por el placer de descolocar al primer recién llegado, porque sabemos que sin eso, la ira nos matará.

La ira es como un cáncer que nos consume, como un grito que no somos capaces de liberar con toda nuestra rabia, una rabia más grande que nosotros, hasta quebrarnos la voz, hasta arrancarnos la garganta y hacernos vomitar las entrañas, hasta reventar los vasos sanguíneos en un accidente vascular cerebral que tal vez nos dejará fritos, pero en paz, al fin.

Injusticia e impotencia es lo que siente Barbara. Se ha conformado toda su vida con lo que se esperaba de ella. La niña pequeña que se guardaba los secretos de su padre. La mujer joven devota que se consagra a su madre. Está hecha de carne, su corazón no le sirve para nada. No tiene más importancia que una muñeca ni más libre albedrío que una marioneta. Hace todo lo que puede para que la quieran y cree con toda su alma que no es más que un objeto en manos de los suyos. Un simple instrumento que se manipula en beneficio propio sin preocuparse de lo que ella quiere de verdad. Ha creído, durante un instante, poder dominar el curso de su vida tomando la revancha a los hombres, sus eternos verdugos. Pero hasta eso le quitan, le dan la vuelta y lo pervierten. Lejos de tener ganas de parar, la ira que destila multiplica su violencia y esas ganas de hacer sufrir a otros, no importa quién, para sentir que existe a su vez. Para volver a poseer su cuerpo y su vida. La sangre la llama, su cabeza se llena de gritos de hombres torturados y de imágenes atroces que la fascinan y la obsesionan. Siente que Barbie quiere salir, que no está lejos, que emerge. Y tiene miedo. Miedo a esa otra que se someterá a las exigencias de Raoul y de su madre. De esa zorra que escucha complaciente los consejos de una muñeca farsante. De esa cabrona detrás de la que ella se refugia, cuando, en el fondo, Barbara sabe muy bien que solo está ella.

Barbara tiene miedo. Miedo porque va a ceder. Miedo porque no consigue sacarse a Marc de la cabeza y es una presa fácil. Miedo porque no sabe cómo romper este círculo vicioso.

Sale a su encuentro.

Desafía sus ansias de muerte y se esfuerza bajando los ojos en el metro, cuando no sueña más que con cruzarse una mirada impertinente para aplastar al individuo en cuestión. Va disparada hacia aquel a quien ama, el único que le da esperanzas, que la abraza, la acurruca y la protege. Para oír a su hombre decir: «No te preocupes, yo me encargo de todo». Quiere entregar su cuerpo y su alma en su inmenso amor, y que él la salve. Se volverá respetable, la llamarán señora, él le dirá «mi corazón». Él tiene ese poder, lo sabe. El de decir que no es demasiado tarde, que todavía se la puede querer y tener ganas de dormir con ella, solo dormir sin acostarse, que es hermosa y se merece ser mimada. ¡Marc puede hacer esto posible y mucho más! Si la quiere de verdad, Barbara podrá dejar tras de sí a todos aquellos que la condenan antes de hora obligándola a vivir la vida de una zombi. No puede acabar como ellos, que se creen de los suyos cuando no hacen más que alejarlo de ella, no quiere parecerse a ellos. La tentación de ceder es muy grande, como la de dejar que la asesina se suelte la melena, pero no es por eso por lo que ha llamado a Marc. Lo ha hecho para pedirle ayuda.

Sin embargo, no le ha parecido muy contento por su llamada.

—¿Sí? Diga.

—Hola, Marc. Sé que te dije que no quería volver a cruzarme en tu camino, pero estaba equivocada. Necesito verte, y de verdad es urgente.

—¿Qué te ha pasado?

—No puedo decírtelo por teléfono. ¿Podemos vernos?

—Claro. Dime dónde estás y voy.

—No. Preferiría ir a tu casa

—Yo... No sé si es una buena idea, Barbara.

—¿Por qué? ¿Ya no me quieres?

—Claro que sí, pero preferiría quedar en un sitio más neutro.

—¿Neutro? ¿Por qué neutro? ¿Tienes miedo de que te viole?

La voz de la joven ha subido de tono.

—No, no es eso.

—Marc, por favor, no me rechaces. Ahora no. Solo te tengo a ti. ¡Solo a ti, tú que nunca me has pedido nada, y no sabes lo excepcional que es eso! Es muy raro. ¡No sabes cuánto te quiero por eso! Pero estoy a punto de reventar. Te lo pido por favor, sácame de aquí, no quiero obedecerles más, te lo ruego.

—De acuerdo.

Es así como le ha dado su dirección.

Él sabe que ha vuelto a hacer una tontería. Porque ella está a punto de que se le suelte un tornillo, porque es muy guapa y está loca de amor. Porque a él le gusta estar en la cuerda floja de los sentimientos y porque la desea demasiado para resistirse si ella vuelve a echarse en sus brazos.

No debería confiarse. No obstante, ya está bajo la ducha y ha hecho desaparecer todo lo importante de su pocilga antes de que llegue. Cuando suena el timbre, el tipo y el apartamento están todo lo presentables que pueden estar.

—Pasa.

La joven entra en el salón tímidamente. No parece prestar atención a la decoración, no muy acorde con el supuesto nivel de vida de su ocupante. Ha llorado y su rímel se ha corrido, parece un gato mojado.

—¿Qué te pasa, Barbara?

—No. No puedo decirlo. Abrázame fuerte, por favor.

Solloza como una niña que tiene un gran disgusto. Él hace todo lo que sea frente a una mujer temblorosa y que suplica. La abraza.

—¡Más fuerte!

La rodea y la aprieta. Ella se pega a él con todas sus fuerzas, como si fuera su salvador. Pero no lo es. Es un poli que tiene que hacer que confiese. No debe olvidarlo, porque si no, está jodido

—¡Dime que me quieres y que no hay nada más que nosotros, que no nos puede pasar nada, amor mío!

—Te quiero, Barbara, no nos puede pasar nada.

—Dime que me protegerás.

—Sí.

—¡Prométemelo!

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte.

Barbara no entiende el matiz y se relaja completamente en los brazos de su hombre. «Su hombre.» Su bello hombre roto que la recompone. Su hombre que la defenderá contra aquellos que le quieren mal. Raoul, su madre, Sweet Doriane. Contra ella misma, si es necesario. Sí, ella puede bajar la guardia en su casa. Lo siente. Es eso, el amor.

La joven se acurruca un poco más contra el cálido torso. Espira su perfume, su olor de hombre. Su respiración se acorta, nota cómo el calor de su piel la impregna. Oye cómo se acelera la música de los dos corazones, que laten acompasados. Las manos de Marc no la han soltado, se vuelven más mimosas y palpitan contra ella. Él ha posado los labios en la parte superior de la cabeza de ella y los aprieta suavemente. Barbara levanta despacio la cabeza. Él la besa en la frente, en la nariz, en las mejillas...

Le gustaría no verla. No mirarla. Pero nota su ira, su desazón, y eso resuena en él como un eco, mucho más de lo que hubiese deseado. Marc cree que la entiende, que la comprende. Tiene que sosegar.

—¿Qué es lo que te obligan a hacer, cariño?

—No puedo decirlo, es demasiado horroroso.

—Al menos dime el nombre de ese hijo de puta que te obliga y yo te protegeré.

—¿De verdad?

—Claro.

—Raoul Moncet —murmura ella, como si lo tuviera detrás.

—Me ocuparé de él.

Es él, ese cabrón que la obliga a prostituirse. Y quizá también a torturar a sus víctimas. Marc está dispuesto a creérselo todo, incluso esta segunda teoría que hubiera juzgado absurda, si no fuera un asunto de Barbara. Le parece evidente que está bajo su influencia. Una chica capaz de amar de ese modo tan incondicional no puede ser un monstruo al que apodamos la puta del bigote. Sí, ese Raoul Moncet la manipula. Ella no es realmente culpable. Por eso puede ceder al deseo. Ya puede poseerla.

Marc se desentiende de sus reflexiones y se deja llevar. La besa con fogosidad, con ternura, y empieza a desnudarla despacio, con la mirada sumergida en los ojos claros de la joven.

Pero no se la folla. No.

Le hace el amor.

QUINTA PARTE

La locura es la muerte con las venas calientes.

XAVIER FORNERET

1

—¡Ya era hora de que aparecieras! ¿Has traído pasta, al menos?

Barbara no se toma la molestia de contestar a Raoul. No quiere estropear el estado de gracia en el que se encuentra desde la noche anterior. Solo desea seguir sintiendo esta euforia, este sentimiento de plenitud que no la ha abandonado desde el momento en que Marc ha puesto la mano encima de su cuerpo, cuando ha paseado la mirada por sus senos o cuando se han hecho uno. ¡Es un sentimiento tan intenso, tan conciliador! Barbara no sabía que eso pudiera existir, no se veía capaz de sentirse tan cerca de un hombre. El amor es mágico, sublime, transcendental. Te da la sensación de ser única e interesante, capaz de hacer sentir bien a alguien con solo tu presencia, con el contacto de tu piel. No, no quiere dirigirle ni una palabra a este otro, este infame que con solo mirarlo le dan arcadas, que le repugna y la devuelve a una realidad que ya no puede aceptar. Marc. Marc. Marc. Tan bello. Tan dulce. Tan tierno. Marc. Luchar para no llamarlo, enviarle decenas de corazoncitos por SMS como una adolescente de catorce años. Mirar su teléfono cada treinta segundos. Sonreír tontamente en el vacío. Tener ganas de besar a todos los viandantes y dar media vuelta para volver a verlo y volver a sentirlo en ella, en lo más profundo de su intimidad, de su corazón, de su alma. Jurarle en silencio un amor eterno e incondicional. Preguntarle si piensa en ella. Volverse loca cada segundo que está lejos de él.

Que Raoul la deje en paz y que se vaya a la mierda. Este momento no le pertenece.

Pero él insiste.

—¡Oye! ¡Podrías contestar! —grita.

—¡Baja la voz! ¡Vas a despertar a mamá! —protesta ella.

—La vieja no duerme, todavía está viendo esa porquería de película en la tele. ¿Verdad, Marthe?

Barbara mira de reojo a la tele. El vídeo de la película *Los ojos sin rostro* ya ha sido escupido por el magnetoscopio.

—No dices más que tonterías.

—Y tú no me has contestado. ¿Tienes dinero?

—No.

—¡Joder, Barbara! ¿A qué esperas?

—Tengo que hacer maniobras de acercamiento. No es tan fácil.

—Vale. Pero date prisa, que si no...

Si no, él la denunciará a la pasma, sí, ya lo sabe. Lo que no sabe es cómo salir de esta situación. A veces desea una solución radical, pero no se siente capaz. Después de lo de ayer noche, ella espera qué Marc venga a rescatarla.

Marc. Marc. Marc. Cree que es incapaz de pronunciar su nombre sin sonreír. El

recuerdo de su bello hombre roto la devuelve otra vez a esa noche maravillosa donde Barbara ha conocido lo que es la ternura y el placer. Desde ahora sabe lo que son las caricias de las miradas que se cruzan, se buscan, se abrazan la una con la otra y se funden, comprende el lenguaje de los cuerpos y la magia de las palabras del amor, la comunión de las almas y de los corazones, su fusión incandescente y deliciosa. La joven no sabía nada de esas cosas, las ha descubierto en los brazos de su amado, así como el dulce sopor que sigue a la danza voraz de quienes han estado esperándose desde hace tiempo.

Raoul ya puede amenazarla todo lo quiera y ordenarle que le abra la bragueta como todas las noches, no le importa. Porque realmente no está aquí, pues la parte más importante, su corazón, se ha quedado en la cama de los perfumes almizclados de amor y sexo, en el calor de las sábanas que han rozado a su cuerpo querido, el cuerpo de su amante, de su hombre, de su mitad rota.

—No soy idiota, ¿vale?, ya sé lo que estás tramando —chilla Raoul.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—¿Te crees que no sé qué estás con otro tío?

—¡No digas más tonterías!

—Creo que no. Pero no te atrevas a echarme, Bébé. Si yo fuera tú, no mezclaría en este asunto a tu pavo.

—¡No es un pavo!

Raoul se carcajea con una risa perversa. Barbara cae en la cuenta de su metedura de pata y se lleva las manos a la boca. Demasiado tarde.

—Francamente, eres muy tonta, querida. Pavo o no, te interesa que no se mezcle en nuestros pequeños asuntos, no sé si me explico.

¿Raoul ha adivinado que Marc va a sacarla de aquí? ¿Cómo?

—¿Ves esto? —dice el mecánico, furioso.

Barbara se queda mirando fijamente, alucinada, el cuchillo de cocina que le enseña su chico. Tiene miedo de entender, se conforma con menear la cabeza y cerrar los ojos, esperando que no verbalice sus amenazas.

—Pues escucha, si ese cabrón pone los pies aquí, se lo clavo en el corazón. ¿Lo has entendido, Bébé?

—Sí, sí —balbucea ella.

—Repítelo.

—No puedo.

—¡Te he dicho que lo repitas! —grita él.

—Si... él...

—¿Qué es ese él?

—Si ese... cabrón pone los pies aquí, le clavarás ese cuchillo en el corazón — repite ella con la voz entrecortada por el llanto.

—Así está mejor —dice riéndose sarcásticamente—. Venga, Bébé, aplícate un poco, me has puesto nervioso.

Barbara abre la bragueta y saca el miembro del calzoncillo grisáceo. Reprime una mueca de asco, pero le invaden las náuseas. Mientras que el sexo de Marc es bello, duro y erecto, limpio y suave, el de Raoul es feo, arrugado y esponjoso. No apetece arrimarse a él. Además del olor a sucio y de las secreciones agrias más o menos secas. No obstante, la joven saliva su boca y la abre dócilmente, se mete en ella la picha asquerosa y se la traga. Lo hace lo mejor que puede, se lanza al vaivén sin mucha convicción, agita un poco la lengua, por costumbre. Las lágrimas afloran en sus ojos.

Esta noche también ha llorado, cuando hacía el amor. A Marc le ha parecido curioso. Creyó que le hacía daño y parecía molesto. Es la primera vez que un hombre se preocupa por ello. Sin embargo, si ha llorado ha sido de alegría, de felicidad, de miedo de que se acabase. Desde ese momento ella solo quiere sus manos y su sonrisa, solo eso.

—Bien, así está muy bien, no pares, Bébé. ¿Ves como no es tan complicado? Tu boca vale muchos billetes. ¿Todavía no lo ha entendido tu pavo?

La joven se para en seco.

—Será la última vez, ¿te acuerdas?

—Sí, sí —suspira él.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Ella se afana un poco más y después escupe el miembro pegajoso como un viejo chicle que ya no tiene sabor. Se marcha a ocuparse de su hijo.

Barbara no ha dormido mucho esta noche. Está agotada, invadida de emociones y de pensamientos contradictorios. Sin mirar a Sweet Doriane, que la observa desde la cuna del niño, coge al pequeño en brazos y lo acuesta junto a ella en su cama, lo mece suavemente y le canturrea una nana de la que se ha olvidado de la letra.

—Sabes perfectamente que Raoul no piensa cumplir ni una palabra de lo que te ha dicho.

—Cállate, no quiero pensar ahora.

—Debes deshacerte de él: si cumple sus amenazas, no serás nunca esa bella mujer de blanco...

—Ah, sí. La princesa vestida de blanco... Ya no me acuerdo de dónde viene esta idea —murmura la joven medio dormida.

—Déjame que te refresque la memoria.

Barbara no entiende muy bien dónde está. Todo lo que siente es una sensación de velocidad y angustia por no tener ningún control sobre los acontecimientos. Los párpados crispados sobre sus ojos, los ruidos de las ruedas y de los motores que rugen al cruzarse. Decide mirar a su alrededor y lanza un grito de horror. Sentada en el asiento del acompañante en un coche que va a toda velocidad, Barbara se da cuenta de que circula en sentido contrario. Los automóviles le tocan el claxon y lo esquivan, pero el coche no se para, el accidente es inevitable.

Lo ineludible de las cosas, esa es la única certeza que tiene en este preciso momento. Es la palabra que definitivamente adjetiva lo que es su vida. Desde su infancia, está en ese coche que va directo hacia el accidente, pero que no conduce ella y que cada vez acelera más en su loca carrera.

¿Quién está al volante?

Barbara gira despacio la cabeza hacia el conductor. No se sorprende demasiado.

Es Sweet Doriane.

La muñeca le guiña un ojo y rompe a reír de un modo insano que le produce escalofríos en la columna. Ha vuelto a tener su aspecto de niña inocente y con la barbilla la invita a mirar por el retrovisor.

—¡Oh, no!

Su propio reflejo le arranca gritos de horror. Su pelo está quemado aquí, rapado allá. Su piel gris se descompone y se cae a jirones, su boca desdentada escupe parásitos purulentos y sus ojos opacos intentan escapar de sus órbitas con los párpados chorreando. ¡Se ha vuelto tan fea por fuera como podrida está por dentro! Eso también era inevitable. Extrañamente, este pensamiento la calma, como si por fin fuera coherente consigo misma.

Un movimiento detrás de ella vuelve a llamar su atención en el espejo. Marc está en el asiento de atrás con la cara ensangrentada y el torso ardiendo. ¡Su hombre bello roto, no! Tiene que salvarlo, tiene que evitarlo. Se desabrocha el cinturón de seguridad muy deprisa para liberarlo, pero él grita y señala con su dedo el horizonte. Se gira como a cámara lenta. Delante de ella, un enorme camión que Sweet Doriane no tiene intención de esquivar. El coche choca frontalmente y su bello hombre roto sale disparado por el parabrisas, mientras la risa de Sweet Doriane parece no terminar nunca.

Ilesa, Barbara sale del coche, pero no se baja en la carretera. Bajo sus pies hay tierra y gravilla. El olor fresco de una noche de invierno le acaricia la nariz. Cuando levanta la cabeza, está delante de un hombre de casi dos metros. Ella conoce ese bigote y esa mirada obscena. Ese hombre es... es su violador, están otra vez en el parque. Le vuelve a la memoria como un cubo de agua fría, en un paquete compacto con sus gritos, su dolor, su impotencia y su terror. Todo se difumina a su alrededor, salvo la mirada de su muñeca, la única cosa a la que pudo aferrarse y que le salvó. Se mete de nuevo como si se adentrara en un túnel, como cuando nos morimos, antes de salir a un mundo cálido y luminoso. Un mundo acogedor en el que los ruidos son muy suaves, donde se espera a una joven mujer rubia que también contempla a Sweet Doriane. ¡Esa joven mujer vestida de blanco, como una joven novia, es ella, Barbara! Efectivamente, lo recuerda todo, tal como le había prometido Sweet Doriane.

—Espero que cuides bien de mi hijo.

Esa voz de cerdo inmundo la aparta de su visión.

La joven, incrédula, se da cuenta de que tiene a su bebé en brazos.

Este niño, este retoño que apareció de no se sabe dónde y que ella nunca ha sabido explicar su concepción. ¿Será el hijo de ese tío? ¿El hijo de la violación y de

la vergüenza? ¿Un parásito infecto que un cabrón le ha metido a la fuerza en el vientre?

Ahora lo sabe, ahora se acuerda.

Asqueada, lanza con violencia al niño contra el suelo y grita como un animal rabioso.

Cuando se despierta, Barbara sigue gritando y necesita cinco minutos para darse cuenta de que ha tenido una pesadilla. Pasan otros cinco minutos para que pueda asimilar todos los recuerdos que se agolpan.

Está de pie en su habitación, con aspecto enloquecido y los brazos colgando. En su cabeza, la voz de Sweet Doriane le repite que tiene que deshacerse de los pesos muertos de su vida para conseguir su ideal. Una voz que parece que no se va a callar nunca.

La joven tiene ganas de vomitar. Da un paso para ir al cuarto de baño, pero su pie tropieza con algo. Baja la cabeza lentamente, como si presintiera hasta qué punto los sueños se parecen a la realidad. Y descubre el cuerpo yacente de su bebé en el suelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Barbara vuelve a verse lanzando al bebé contra el suelo en su sueño. ¿Es posible que...?

—¡Oh, no! ¡Mi bebé! ¡No me digas que te he lastimado!

Se lanza sobre el pequeño y lo coge en brazos, pega una oreja contra su pecho para cerciorarse de que su corazón sigue latiendo.

—Oh, mi amor, mi amor —murmura ella mientras lo mece.

2

Raoul Moncet. Treinta y cuatro años. Pequeños golpes de poca monta. Algunas broncas, dos o tres días en la celda de los borrachos, amiguitas que han sido detenidas más veces que la media. Aquí hay poco que rascar. El capitán Percolès está frustrado. En la pantalla aparece en tamaño grande la foto del chico. Es más bien guaperas. De esa clase de tipos un poco gamberros que tanto gustan a las chicas. Le decepciona que Barbara haya caído en sus brazos, pero debe saber muy bien cómo embaucar a las chicas un tanto inocentes. En cualquier caso, no es el sentido de la moral lo que le caracteriza y no sería de extrañar que un tío como él acabase siendo proxeneta. Para Marc no hay ninguna duda de que Moncet tira de los hilos y que Barbara es su víctima.

—Que la empuje a prostituirse, vale. Pero es ella quien ha vaciado los ojos de esos hombres. Que se sepa, no es él quien coge las tijeras.

Marc le ha pedido a Ange que venga. Para corroborar sus teorías, no para contradecirlas sistemáticamente. El capitán suspira, irritado.

—Seguramente le obliga a hacerlo para que sus víctimas no puedan reconocerla.

—¿Y ella acepta, así como quien no quiere la cosa? ¡Por favor, Marc, esto no se sostiene!

—Ella está bajo su influencia. Tiene miedo de él. Es posible que la amenace con su madre, o peor, con su bebé.

—No, creo que te engañas. Tu primera teoría era buena. Esta muchacha está completamente loca y es peligrosa. ¡Si es nuestra clienta, tienes que detenerla!

—Ahí está el problema. No estoy del todo seguro. No se comporta como una «profesional».

Ange va a pedirle que se explique mejor cuando de repente parece que ha comprendido el meollo del asunto. Casi se atraganta con el café.

—¡No me digas que te has acostado con ella!

—...

—¿Marc?

—Sí.

—Pero ¿estás enfermo o qué?

—Escucha, está todo bien, ella no me ha matado, que yo sepa. Ella tenía ganas y yo también, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—¡Ya vale, no estábamos en ese tema! Nada prueba que sea ella.

—¿Y qué es lo que te hace dudar ahora?

—No me ha herido. Además, tengo la sensación de que era la primera vez que estaba con un hombre. Se sentía incómoda, apenas se atrevía a tocarme. ¡Incluso se puso a llorar!

—¡Puede que sea una excelente actriz!

—No, no lo creo. Tiene algo puro, algo de verdad. Incluso conmovedor.

—¡Joder, Marc! ¡Hablas como si estuvieras enamorado!

—No digas sandeces —responde molesto el capitán—. Es ella la que está enamorada de mí. Me lo he trabajado mucho, como un verdadero hijo de puta.

Marc se siente culpable. Y si Barbara es inocente, hace ya muchas semanas que está jugando con una pobre chica que parece haber sufrido lo indecible para que la haga sufrir aún más. No está orgulloso y se arrepiente de haber urdido esta ridícula trampa. Sobre todo porque ahora cree que está todo muy mal calculado. La culpable ataca a hombres de los que se venga y que mantiene a distancia, pero no de sus amiguitos de los que medio se enamora. La idea que antes le parecía brillante ahora le parece digna de tirarla al retrete. Patética y malvada. Barbara no se merece esto, más bien todo lo contrario. Necesita un buen hombre que la proteja y que la sepa amar.

—Te conozco desde hace mucho para que ahora me mientas. Haz el favor de sacarte este asunto de encima antes de que sea demasiado tarde. ¡Acabarás haciendo una tontería!

—¡Al contrario! Si es tan peligrosa como dices, el único que puede impedir que mate a alguien soy yo. ¡Puedo salvar a su próxima presa!

—¡Sobre todo quieres salvarla a ella!

—¿Y qué? De momento, no hay homicidio. Sigo afirmando que está influenciada.

—Y yo que estás enamorado.

Ange se va, Marc continúa rechazando esa idea. Es inconcebible, lo sabe. ¡Él, que hasta ahora ha sido incapaz de amar! ¡No, no hay ninguna esperanza de que sea inocente para proponerle que caminen juntos! ¡No, no está dispuesto a evitarle la perpetua si ella es culpable, a decirle que la esperará hasta que salga de la cárcel! ¡No, no le conmueve cuando llora y le habla con la candidez de una niña o cuando se inflama con sus caricias! No. No y no.

Por otra parte, esa teoría es tan aberrante, tan insoportable, que va a hacerse el favor de desmontarla inmediatamente. Nada de corazones rotos, nada de atosigar a una loca apretándole las tuercas. Le va a demostrar a Ange, al mismo tiempo que a sí mismo, que no ha caído rendido a los encantos de una joven y que, si es necesario, todavía puede ser un auténtico cabrón. Sabe muy bien cómo se hace. Por supuesto, no hay nada de lo que sentirse orgulloso, pero es por el bien de la investigación. Hay que darle el golpe de gracia si quiere ver como ella pierde los papeles. Tanto si Barbara es la autora de las agresiones como si no, y tanto si Marc está realmente enamorado de ella como si solo se lo ha hecho creer, llegará hasta el final.

El capitán no ha tenido que esperar ni una hora para que la chica llegue a su casa.

—Hola, guapo, ¿eres tú quien quiere pasar un buen rato?

—Sí. Adelante.

Las putas son como una buena hamburguesa de McDonald's. Sabemos que siempre tiene el mismo sabor y que no es muy refinado, pero no es eso lo que esperamos de ella. Es fácil, caliente y esponjosa, lo que te satisface, y no hace

preguntas.

—Me gustan las chicas expresivas en la cama.

—De acuerdo, guapo.

—Desnúdate y ponte a cuatro patas. Quiero sentirme el dios del culo. ¿Vale?

—Tranquilo. Lo he cogido.

La chica se coloca en posición. Está bien hecha y parece limpia. Hoy no se ha rasurado. Eso lo decepciona un poco, pero, después de todo, no está aquí solo para su placer. Marc coge el teléfono y marca el número de Barbara. Deja el aparato descolgado y penetra a la prostituta sin preliminares.

Cuando aparece el nombre de Marc en la pantalla, a Barbara le parece adivinar una señal. Seguro que Marc ha notado su desazón a kilómetros de su casa, que su bebé se va a poner bien, que todo se va a arreglar. Contesta con voz temblorosa.

—¿Hola, cariño?

—¡Así, así, guapo, sigue!

A otro lado de la línea, una voz femenina áspera, entrecortada por gemidos.

Barbara se aparta un poco del teléfono, incrédula, para comprobar que ha leído bien el nombre del que llama. Efectivamente, se trata de Marc. En el teléfono se oye la voz de una mujer a quien están follando. A la joven se le cierra el estómago. ¿Es posible que la engañe? No. ¡Él, no! No su bello hombre roto. ¡Será que le ha prestado el teléfono a un amigo, o que se lo han robado, sí, seguro que hay una explicación! La joven pega el aparato al oído y se concentra.

—¡Ah, qué bien! ¡Ah, sí! ¡Cómo la noto! ¡Fóllame fuerte! ¡Ah, sí! ¡Eres una bestia!

—¿Te gusta esto, verdad, guarra?

—¡Ah, sííí!

—¡Pues toma esa!

Es la voz de Marc.

Barbara la reconocería entre mil. Tiene la sensación de que el cielo se le cae encima y quiere hundirla en las profundidades, enterrarla viva. Un peso le estrangula el estómago, su garganta se cierra, sus ojos se mueven frenéticamente buscando un punto estable al que agarrarse, pero todo da vueltas a su alrededor. Nota cómo le brotan las lágrimas, cómo los mocos resbalan sobre sus labios, cómo el calor deserta de su corazón, de su vida. Marc la engaña con otra. Ella no es la única de sus ojos. No lo ha sido nunca. Le ha violado lo que le quedaba de corazón. Es lo peor de todo, peor que en el parque, peor que su padre, peor que Raoul.

Incapaz de colgar, sigue escuchando, consternada, los gemidos de placer de la chica que ya le ha cogido el sitio, y cae de rodillas. Oye como algo se desgarran en su cabeza, como una hoja de papel antes de tirarla a la papelera. Está en el mundo sin estar realmente aquí, su cuerpo es de piedra y nada se mueve en ella. Solo los gritos de la chica llegan del mundo exterior, en bucle, como un viejo disco de vinilo rayado que impide la progresión de la aguja. No se da cuenta, pero su cabeza se despegan

pequeños golpes secos y regulares.

—¡Ya te lo dije! —se burla Sweet Doriane.

—...

—Todos los hombres son unos cabrones. ¿Ahora me crees?

—Sí.

—Solo se merecen tu odio...

—Marc no.

—Él es igual que los otros. ¡Siempre te dije que sería tu perdición!

—Tal vez haya una explicación.

—Sabes muy bien que no. Debes liberarte de una manera o de otra...

—¡Nunca le haré daño, le quiero demasiado!

—¿Tú crees que él te quiere?

—No.

Mientras Barbara lucha para poder controlar ese desconcierto que amenaza con romperse para que inmediatamente se sumerja en su propia locura, Marc ha terminado con la chica. Vuelve a coger el teléfono para asegurarse de que Barbara ha colgado, pero cuando se lo pone al oído lo que oye es mucho peor de lo que esperaba.

Barbara está todavía ahí. Barbara solloza, llora con toda su alma.

—¡Nooooo! ¡No, mi bello hombre roto! ¡Tú no! ¡Nooooo! —gime ella.

3

Hace ya tres días. Quizá cuatro. Pero, más que «cuándo», lo duro es «cómo» ella ha perdido todo lo que le importa. Barbara sabe que Marc ha intentado contactar desde aquel maldito día en que la traicionó, pero eso ya carece de importancia.

Lo que importa es estar aquí y ahora.

De todos modos, no tiene ni idea de lo que ha pasado desde entonces. Está en negro, en *black-out*, como se dice. Lo único que entiende es esa sensación de haber pasado por la lavadora, de haberse golpeado, dar vueltas y vueltas en el tambor metálico y salir escurrida, vaciada, amoratada por todas partes. Sabe que el dolor no se ha ido. La tristeza se ha adueñado de los rincones que quedaban libres en su corazón y no le da ningún respiro. Su nombre es soledad. Se ha ido del mundo de los vivos. Desde ahora todo es angustia y desamparo, cementerio helado. Deambula por un país de donde no se vuelve, nada le importa. Ya nada tiene sentido. Nunca conocerá el reposo, ni la serenidad ni el bienestar que transmiten las personas tan arrogantes que se saben amadas. Sufre con la angustia de saber que se morirá tan sola como ha vivido, tiene la amargura y la acritud de aquellos que han caído en el error de creer que la felicidad es posible.

Tiene la certeza de que todo podría haber sido distinto si no se hubiese cruzado con él. Si no se hubiese creído ese amor intenso. Porque pisoteando sus sueños, Marc la ha desposeído de una llama que había osado dejar brotar en su corazón. La naturaleza detesta los vacíos, el sitio vacante ha sido copado por los recuerdos atroces que se había asegurado de olvidar. Pero habían vuelto por lotes, como un bumerán de acero, acompañados de una ira indomable.

Lo que importa es lo que va a hacer aquí y ahora.

No su querido papá, con su cariño invasivo.

No los malos tratos de su madre, que le ha hecho pagar los pecados de su marido.

No el hombre del bigote que una noche de invierno la llamó «guarra».

No al chantaje de Raoul, ni al sabor infecto que le ha obligado a mamar.

Ni tampoco su bello hombre roto, que la ha destrozado.

Lo que importa es ella.

Que sea la chacha de su madre.

La puta de Raoul.

La cornuda de Marc.

No importa.

Lo que cuenta es quién va a pagar los platos rotos. Ella responsabiliza a los hombres. Es evidente.

—¿Lo entiendes? —explica—. Yo lo único que quería era que me consideraran hermosa, que tuvieran ganas de abrazarme. ¡Tenía ganas de ser una princesa con un precioso vestido blanco!

—Pero... ¡tú eres guapa! —farfulla su interlocutor.

—¿Tú qué sabes, si tienes los ojos reventados?

El hombre se asombra de estar todavía consciente, de intentar hablar con esta loca, a pesar del dolor agudo que le perfora el cráneo. Resistir. Estar aquí y defenderse, hacer acto de presencia, argumentar hasta el final para sobrevivir. Solo piensa en eso.

—Antes... la he... visto. ¡Oh, piedad, se lo suplico, déjeme marchar!

—No puedo. Todo esto es por tu culpa. ¡Eres un hombre! ¡Todos tienen la culpa!

—¡No todos los hombres son unos cerdos! —dice él sollozando.

—Dices esto porque no quieres que te la corte —y se ríe burlonamente con carcajadas de demente.

El hombre, aterrorizado, se meca encima. El acre olor se propaga por la habitación con la misma rapidez con la que se empapa el colchón. Se pone a temblar como una hoja, convencido de que su final es inminente. Está en este estado por la cantidad de amenazas de castración que le ha hecho la chica con esa voz con la que acaba de hablar. Es una voz de niña pequeña, o más bien la voz de uno de esos autómatas que hablan mecánicamente con voz de niña. Una voz de muñeca diabólica.

—¡Se lo digo porque su historia con Marc no está acabada del todo! ¡Créame, soy un hombre! ¡Puedo explicarle lo que le pasó por la cabeza!

—¿Intentas ganar tiempo?

—¡No! ¡Quiero ayudarla a salvar su relación!

Vivir. Quiere vivir. Hará todo lo que sea para que no le mate.

—Marc ha cometido un error. Es indiscutible —continúa él—. Pero no le condene por tan poco. Eso no quiere decir que no la quiera. ¡Tal vez sea todo lo contrario!

—¡Qué tontería!

—¡Sí! Mire, a veces, a la mujer que queremos la respetamos demasiado como para hacer según qué cosas con ella, entonces nos vamos con otras con las que no tenemos sentimientos.

—¿Cómo tú conmigo, esta noche?

—Sí.

Cómo se arrepiente de haber cedido a sus impulsos sexuales cuando está casado con la más maravillosa de las mujeres, aunque todo se irá al garete si consigue salir de esta. Solo hace falta un segundo de debilidad, un breve instante, para que la vida tal como la concebíamos llegue a su final.

—¡Le dije que la ayudaría a deshacerse de Raoul, eso es una prueba de amor!

Es increíble cómo esa persona de la que, seguro, uno se olvidaría de su cara, se convierte en alguien de muchísima importancia en su vida, solo porque ella le ha contado su historia y porque, seguramente, es el único medio que tiene de salir de esa pesadilla. Salir. Se ha convertido en su único fin. No importa cuántos compromisos ni cuántas mentiras harán falta para eso. Quiere volver a ver a sus hijos, Erwan y Raphaël. Quiere abrazarlos, quiere estar ahí en cada una de las etapas de sus vidas

mientras le necesiten, volver a amar a su mujer, si ella se lo permite. Él se llama Gaël Tourilène. Es el director financiero de una importante empresa y de vez en cuando paga los servicios de una chica, pero no por eso es un cerdo. Dona dinero a asociaciones caritativas, en el tren ayuda a las viejas a llevar las bolsas. Sí, es un hombre de bien. Aún tiene cosas que hacer en este mundo. Se llama Gaël Tourilène. Y está fuera de lugar que tenga que morir hoy.

—Es demasiado tarde —murmura ella.

—¡Nunca es demasiado tarde cuando amamos! —protesta él.

—Sí. Él no puede hacer nada por mí. ¡Mire lo que he hecho!

—¡No voy a poner ninguna denuncia! ¡Se lo juro! Aún está a tiempo de elegir bien. ¡Llámelo, Barbie!

—No me llamo Barbie. Me llamo Barbara.

—Barbara también es bonito.

La joven se calla y queda en un profundo silencio que parece que no se va a terminar nunca. Gaël Tourilène apenas se atreve a respirar.

—No me llamo Barbara —le corrige ella con esa voz chillona que le horripila.

—Ah... ¡ah, bueno! —balbucea él, aterrado.

Esta chica está loca de atar. Ignoraba que hubiera taradas así, fuera de las películas. ¡Y pensar que siempre había dudado de la realidad de esas pretendidas personalidades múltiples que tanto gustan a los guionistas de Hollywood!

—No —insiste ella con la misma voz estridente—. Me llamo Sweet Doriane y soy una muñeca.

—Usted... deberías llamar a Marc, Sweet Doriane. Te quiere. Va a ayudarte.

A la joven parece que esas palabras la sensibilizan. Su cuerpo se relaja un poco, se inclina lentamente sobre él, acerca sus labios a su oreja y le susurra:

—Nadie puede ayudar a Barbara.

Gaël Tourilène tiene pánico, se agita, protesta. Tiene que convencerla. ¡Tiene que escapar y sobrevivir! Y llega el milagro. Como si le hubiera oído desde lo más profundo de su locura, la mujer se apoya sobre sus rodillas, salta de encima del hombre donde estaba montada y se dirige hacia su teléfono.

Se detiene un instante delante de la bolsa llena de instrumentos de tortura, mira sus manos ensangrentadas y parece dudar un momento.

Al final coge el objeto y sonrío al hombre sin ojos.

4

—Capitán Percolès, supongo que no tiene nada más que añadir.

—No.

Marc está de un humor insoportable. Para sus colegas no es ninguna novedad. Todos han decidido mantenerse a una determinada distancia. Por eso hay en la sala una especie de cordón de seguridad a su alrededor. Ninguna de las sillas contiguas a él está ocupada. Eso está muy bien, pues de todos modos no soporta a nadie de aquí. Ha sido una solemne tontería trasladarlo a Antivicio.

La reunión del día se centra en el asunto de la puta con bigote. La investigación está estancada: la mujer no ha vuelto a ensañarse con ninguna víctima. Si Marc, hasta ahora, estaba satisfecho por ser él la causa, en este momento teme las consecuencias de su traición y espera, con un gran peso en el estómago, una llamada que le informará de un nuevo crimen de Barbara.

Después de lo que le hizo, si realmente ella es la culpable, es muy posible que eso la empuje inmediatamente hacia una locura asesina.

Es por eso que ha intentado seguirle el rastro, en vano. No solo no ha vuelto a su casa desde que ella le oyó follando por teléfono, sino que además ha apagado su móvil. Por lo tanto, no tiene ningún medio para volver a seguirle el rastro. Y no tiene nada lo suficientemente concreto como para ir a su casa y hablar con su madre. Además, eso podría ponerle la mosca detrás de la oreja a Raoul e irse de rositas. Marc se daría de bofetadas. Lo ha fastidiado todo con su orgullo y sus teorías poco precisas.

De repente suena su teléfono y... ¡el número de Barbara aparece en la pantalla!

—¿Diga?

—Marc... Soy yo. Él me ha dicho que te llame. Que tú podrías ayudarme.

—¿Quién es «él»? ¿Ayudarte a qué?

—A que no haga una tontería muy grande. Pero creo que no voy a poder aguantarme.

—¿De qué me hablas, cariño?

—No soy tu cariño, no digas eso.

—¡Claro que lo eres! Barbara, dime qué pasa.

La joven se calla un largo rato. Después farfulla algunas palabras incomprensibles y vuelve a la conversación.

—Voy a hacerle daño, lo sé —se lamenta.

—¿Daño a quién, corazón?

—Más daño que de costumbre, tú no lo sabes todo sobre mí.

—Claro que sí, lo sé, mi amor. ¡Escúchame, puedes luchar! Dime dónde estás y me presento en un santiamén. ¡Voy a buscarte!

—¿A buscarme? ¿Como un caballero a su princesa?

—Sí, mi princesa, como un caballero.

—No puedo volverme atrás. No puedo elegir. Tengo que hacerlo.

Es confuso. Todo esto es muy confuso. Parece que está perdiendo la cabeza, que está tan loca como suponía al principio. Eso le provoca un nudo en el estómago. Entretenerla todo lo posible, mantener su atención, crear una complicidad. Marc tiene que impedirle que pase a la acción. Como ha vuelto a encender su móvil, puede localizarla. Solo tiene que mantener la conversación el tiempo necesario para llegar. El capitán se arroja sobre su ordenador y lanza la búsqueda. Barbara está a quince minutos de aquí. Puede llegar a tiempo para impedirle cometer lo irremediable. Sale disparado hacia el aparcamiento, donde la cobertura de la red es tan débil que la llamada se corta.

Barbara mira al hombre atado a los barrotes de la cama. Ya no llora ni suplica. Ya no intenta salvar el pellejo. Ve como mueve los labios, pero lo que oye son la voces de su madre y de Raoul que se mezclan con los gritos del bebé y la risa de Sweet Doriane.

—¡Callaos, callaos ya!

—¡Estás loca! ¡Loca de atar! ¡Ocúpate más de tu madre, hija ingrata! —le increpa Marthe Bilessi.

—¡Ven a chupármela Bébé! ¿Dónde está mi dinero? ¿Quieres que te denuncie a la pasma o qué? —amenaza su chico.

—Sería mejor que los mataras a todos y tiraras a tu bebé por el retrete —sugiere la muñeca.

¡Callaos! ¡A la mierda! —grita sujetándose la cabeza con las manos—. ¡Solo quiero que me dejéis tranquila! ¡Tendréis vuestro dinero, por eso estoy aquí!

—Y para vengarte de todos estos cerdos —añade Sweet Doriane.

—¡Y para vengarme de todos vosotros! —apostilla la joven.

Barbara da cortes de tijera en el vacío, luchando con sus demonios que solo ella puede oír. Grita, llora, estalla.

Por su parte, Marc ha cruzado el aparcamiento de la comisaría lo más rápido posible, para que la interrupción de línea no se eternice. En cuanto sale la vuelve a llamar y trata de mantener una presencia oral tranquilizadora.

—¡Estoy aquí, Barbara, estoy aquí, quédate conmigo, corazón!

—¡Tengo que hacerlo! —contesta ella, sollozando—. ¡Siempre quieren más! Es Sweet Doriane quien tiene razón, ¿entiendes?

Su discurso es cada vez más incoherente. La joven está en plena crisis, delira. Pensar que él tenía razón le contrae el corazón. Barbara es una psicótica peligrosa. Para los demás y para ella misma. Marc pisa el acelerador e intenta racionalizar. ¿Tal vez esta sacudida podría ser beneficiosa para la joven? Si necesitaba descargarse de algo, reventar un absceso, entonces se liberará. Lo importante es impedir que pase a la acción.

—No hagas nada hasta que yo llegue. ¿De acuerdo?

—No puedo.

—Claro que sí, mi amor. Quédate conmigo, no cuelgues. ¿Vale?

Hay que impedirselo, tiene que ayudarla. En diez minutos estará con ella. Aún es posible, aún puede ser.

—De acuerdo.

La esperanza. Es terrible la esperanza. Nos aferramos a ella con todas nuestras fuerzas porque al final es todo lo que tenemos, y no obstante, sin este sentimiento, tan frágil que un simple silencio puede romperlo, estamos muertos. Marc espera que su voz sea suficiente para mantenerla de este lado, de transmitirle las ganas de quedarse en el mismo mundo que él, de convencerla de que acepte cogerle la mano. Las manos de ella son tan suaves, su mirada tan tierna... ¿Cómo ha podido llegar hasta este punto? ¿Por qué?

Con el pie a fondo, sueña con poder conducir por encima de los tejados, con sobrevolar los atascos que van a acabar con su cordura. El GPS le dice que en siete minutos habrá llegado a su destino. Siete minutos no son nada. Es muchísimo. Un coche en doble fila entorpece la circulación de la exigua calle por la que acaba de meterse. Se atasca, toca el claxon, se impacienta. Intenta dar marcha atrás. Una mirada al retrovisor le disuade. Por lo menos hay cuatro coches detrás de él. Descarta sacar el dispositivo policial, el faro giratorio no serviría de nada. Acaba de perder cinco minutos.

Un conductor con los nervios a flor de piel sale de su vehículo. Con paso decidido se dirige al estanco donde se ha metido el del coche en doble fila. Grita y gesticula. Un tío sale del establecimiento, se enfada a su vez, le hace una peineta con el dedo corazón al hombre que le increpa. El tipo le salta encima y le mete un derechazo, algunos peatones se paran para mirar, otros intentan separarlos, otros sacan sus teléfonos para grabar o para llamar a la policía. Si viene la policía, Marc no llegará a tiempo. Marc se pondría a llorar. Porque sí, quiere salvar a Barbara. Porque ella le ha llamado para pedirle ayuda. Porque no puede abandonarla. Porque... Por mucho que desde la conoció ha intentado rechazar la idea aberrante, ahora debe rendirse a la evidencia: ella es importante para él. Y si tiene los medios para ayudarla, lo hará. Cueste lo que cueste. Qué se le va hacer si ella se siente traicionada. Aunque tenga que dimitir de sus funciones. Ojalá tengan la oportunidad de amarse cuando todo se haya acabado, aunque tenga que esperar algunos años. Siempre que no haya cometido lo irremediable. Puede atisbar un futuro para ellos. Ella se curará, él probará que estaba bajo la influencia de ese impresentable de Raoul Moncet, y cuando esta sórdida historia pertenezca ya al pasado, tendrán el amor y el calor de los que, tanto el uno como la otra, tienen tanta necesidad. «Joder, te quiero, Barbara, no te descontroles, amor mío.»

Marc Percolès decide colgar.

—¡Te quiero, aguanta!

Marca el número de los colegas y explica brevemente los hechos, les da la dirección donde se encuentra Barbara y reza para que los refuerzos lleguen a tiempo.

Cuando llega a su destino, ve que los compañeros ya han llegado. No hay nadie en la planta baja. Sube las escaleras del inmueble tan rápido como le permite su discapacidad. Nadie en el primer piso. Nadie en el segundo. El jaleo es más arriba. Tercero, cuarto. A medio camino hacia el quinto empieza a ver uniformes. Los chicos han identificado el apartamento. Acaban de echar la puerta abajo. Los ve entrar en el piso y caminar despacio enseñando su identificación policial. La media docena de policías que han pasado antes que él le impiden ver lo que pasa. Todo lo que oye es el grito de uno de los policías.

—¡Dios mío!

5

Marc entra y se abre camino entre sus colegas apelotonados en la habitación. Empuja a algunos, querría ir rápido, pero va lento, como a ralentí por el miedo. Le gustaría estar ya en el escenario. Desearía no haber tenido que entrar. Marc tiene ese sentimiento de irreversibilidad que hace que el estómago se retuerza cuando es evidente que el drama ya se ha producido y que en todas partes flota el olor de la miseria y de la muerte.

Algunos oficiales inspeccionan la habitación en un silencio sepulcral. Uno de ellos hace fotos a una bolsa de tela negra llena de objetos variopintos, otros aún permanecen inmóviles alrededor de la cama convertida en el teatro del horror y abren un pasillo mórbido al paso del capitán.

Barbara está ahí, sentada en el colchón con las piernas cruzadas, como hacen los niños.

Está medio desnuda y su piel blanca contrasta con la ropa interior negra, que la realza. A pesar del surrealismo de la situación y del grotesco bigote que destaca sobre los labios de la joven, Marc se acuerda de la suavidad de su vientre y nota como le afloran las lágrimas en los ojos. Ella parece extrañamente calmada, serena, incluso aliviada. Al descubrir al policía su mirada se anima y le brinda la sonrisa más emotiva que jamás había visto. Parece que se acuerda del hombre atado al lado de ella, y Barbara se gira hacia él, exultante:

—¡Tenías razón! ¡Tenías razón! ¡Mi bello hombre roto ha venido! ¡Tenías razón, gracias!

Ella mueve la cabeza para apoyar su afirmación, pero claro, él no puede verla.

Ella tampoco parece mirarle.

Si lo hiciera, sabría que el hombre está muerto.

Como las otras víctimas, el hombre tiene dos agujeros negros en lugar de ojos. Pero esta vez Barbara no se ha detenido aquí.

El hombre está atado a la cama y bañado en sangre.

Su boca está semiabierta y se entrevé un trozo de tela hundido en la garganta. Su torso muestra cortes por todas partes, con heridas limpias. Heridas hechas post mortem a un cuerpo inerte.

Al ver su bajo vientre, un joven oficial grita de pavor y se aleja de la escena del crimen a toda velocidad para vomitar. Otros apartan la mirada púdicamente para no correr el riesgo de que la imagen quede grabada en su memoria ya bastante saturada. La muerte es reciente. Tal vez minutos. Marc nota que la garganta se le cierra al preguntarle a Barbara si ha matado a ese pobre hombre después de que él colgara. ¿Es culpa de él? ¿Podría haberlo impedido si hubiese continuado hablando con ella?

En lugar del sexo hay una abertura monstruosa: el hombre ha sido castrado, vaciado por los bajos, desangrado como un cerdo. Las tijeras de costura están todavía encima de la cama, al lado del miembro acartonado. Barbara tiene sangre en las

manos y en las piernas. Está impoluta hasta la cintura, pero más abajo no, pero no está muy preocupada. Tiende los brazos hacia él, hacia su bello hombre roto. En sus ojos están todas las promesas que puede hacer una mujer enamorada, todos sus excesos, su fervor, la alegría de verlo y el miedo a que él la abandone. A pesar del olor rancio de la sangre, de la locura de la joven y, sobre todo, a pesar de él, Marc está conmovido.

¿Alguna vez le han mirado así?

¿Y si detrás del monstruo se escondiera el ángel más bello que el cielo le podría ofrecer? Tal vez esté loco por pensar eso.

Los ojos de Barbara lloran espesas lágrimas que se derraman en surcos brillantes, su boca tiembla con una sonrisa insegura. ¿Es consciente de la gravedad de la situación?

—Mi bello hombre roto. ¡Mi amor! ¡Estás aquí!

Inicia un movimiento hacia él. Al instante los policías quitan el seguro de las fundas de sus revólveres, dispuestos a apuntar.

—¡Está chiflada! —grita uno de ellos.

La joven oye el comentario y se crispa. Solo está a unos centímetros del par de tijeras. Aún puede infligir daño o volver el arma contra ella.

—Sí, cariño —responde Marc haciendo una señal a sus colegas para que no se muevan—. He venido a buscarte.

—Pero ¿cómo me has encontrado?

—Te llevo siempre en mi corazón, querida, siempre sé dónde estás.

—He... he hecho una tontería, yo no quería...

—Lo sé, corazón —dice él, acercándose lentamente.

El capitán controla la situación. La chica se calma un poco. Los otros policías se relajan y esperan que él aleje el arma blanca para intervenir. En la habitación no hay ni un solo ruido y reina una tensión insoportable. Todos, salvo Marc y Barbara, muestran desprecio y desconfianza.

—¿Vas a ayudarme? ¿Me llevarás contigo?

—Sí, Barbara. Voy a llevarte conmigo. Vístete.

—¿Adónde vamos? Y estos policías ¿no me van a hacer daño?

—No. Harán lo que les diga. Confía en mí.

La joven parece dudar. Sus ojos van de su amante hacia las tijeras apoyadas a su lado. Marc se acerca a la cama y le tiende la mano. No tiene que coger el arma, porque si no, con toda seguridad, alguno de los oficiales abrirá fuego y será un drama.

—Ven conmigo —repite él sonriendo.

Da la impresión de que reprime un arranque impulsivo hacia las tijeras. La sonrisa de su amado la derrite. Sus ojos se olvidan del horror para ir hacia su amor. Barbara tiende la mano y la apoya en la del capitán, sin darse cuenta de que él está aquí para detenerla. Se dirige hacia la silla donde ha dejado su ropa de calle y se

viste.

—¿Adónde vamos? —dice ella, confiada.

Su sonrisa se queda petrificada cuando nota el contacto del metal en sus muñecas. Su bello hombre roto está detrás de ella y acaba de ponerle las esposas. Ella no entiende nada.

—¿Qué haces?

—Primero tenemos que ir a la comisaría, Barbara.

La joven se agita, intenta liberarse, pero él la sujeta firmemente. Ella se debate con todas sus fuerzas, grita.

—¡No! Pero ¿por qué haces esto? ¿Por qué me traicionas?

—Tiene que ser así, estás enferma.

Barbara tiene la sensación de que se va a morir ahí mismo. Que desde este momento solo siente el vacío y el dolor. Que nada tiene color. No la quiere: se quiere deshacer de ella, dejarla tirada como a una muñeca rota. Es intolerable. No puede aceptar lo mucho que le necesita para vivir, para respirar, para amar. ¡Tiene que protestar, tiene que defenderse, debe hacerle volver a la razón!

—¿Enferma? ¡No! ¡Yo te quiero! ¡No puedes hacerme esto! Oh, ¿por qué me haces esto? —grita.

Es más fuerte que él, Marc no puede soportar verla en este estado. Verla enloquecida, saber que está desesperada. Entonces él abre sus brazos y ella se refugia como en su mejor cobijo. Ella sigue llorando un rato, luego se calma y empieza a respirar más despacio.

—Porque... yo también te quiero.

Mientras dice esas palabras que parecen calmar a la joven, Marc nota como su propio corazón se rompe.

6

Barbara estaba muy nerviosa y el médico le ha prescrito un sedante suave.

Ella está lo suficientemente aplacada para no tener más crisis nerviosas y lo suficientemente consciente como para responder al interrogatorio. Con su jersey claro y sus vaqueros parece una adolescente. Los hombros hundidos en una postura un poco avergonzada, ha hundido su barbilla en el cuello y lanza miradas nerviosas a su alrededor. Cuando él se ha sentado detrás de su mesa, ella lo ha mirado con incredulidad, como si se tratara de un anacronismo.

—Capitán Marc Percolès. Estamos aquí en el marco de una investigación sobre actos de barbarie de los que usted es presuntamente culpable y de un asesinato del que tenemos pruebas que usted ha cometido.

—No entiendo, Marc. ¿Por qué me hablas tan fríamente?

—Soy el policía responsable del asunto.

—¿No eres...?

—No.

—¿Me has engañado todo el tiempo?

Parece una niña pequeña perdida.

—Sí.

Barbara Bilessi se hunde un poco más en su asiento. Su mirada se enturbia, tiene la sensación de que el mundo se derrite a su alrededor. Ya no tiene brillo, ni expresión. Una cara pálida e inexpresiva. Desde este momento, todo carece de importancia. Su bello hombre roto ha mentido, ha hecho trampa. Que la peguen o que la encierren, incluso que la maten. Ya nada importa.

—¿Reconoce usted a estos hombres? —pregunta el capitán mientras le enseña las fotos de las víctimas.

Ella se inclina sobre las fotografías, las mira detenidamente y niega con la cabeza.

—¿Por qué me hablas de usted?

—¿Y estos? —pregunta él.

Son los mismos, con los ojos reventados. Barbara mira y se gira de espaldas como si el verlos le quemara la retina.

—...

—¿Los reconoce? —insiste Marc.

—Sí.

—¿Ha sido usted quien ha hecho esto?

—Sí.

Hace una señal a su colega para que escriba que la sospechosa ha admitido los hechos.

—¿Por qué?

—No lo sé —contesta ella con una voz sin matices.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba dinero, supongo.

—¿Supone?

Marc ha levantado la voz. Ella se sobresalta.

—Sí. Necesitaba dinero.

—¿Y qué hace con el dinero que les ha robado?

—Compro perfume.

Mucho perfume. Marc sabe que a la joven le gusta saturar su olfato y al mismo tiempo el de los que están a su alrededor.

—¿Y qué más?

—Regalos para mamá, a los que tanto se ha acostumbrado. Ella siempre quiere más, y a mí me gusta hacérselos.

—¿Está usted acusando a su madre de obligarle a cometer esas barbaridades? — protesta Marc.

—¡No! ¡Ella no me obliga! Solo he dicho que no podía volver todas las noches con las manos vacías. Mamá y yo nos queremos, nos hemos reconciliado y tenía ganas de complacerla. ¡Ella se ha privado de tantas cosas por mí! Además, su vida no ha sido fácil, está ciega, ¿sabes? ¡Y no, ella no me ha obligado!

—Entonces ¿quién?

Barbara se tapa la boca, como si acabara de meter la pata, y eso complace a Marc, porque le da esperanzas de pillar a Raoul Moncet. Seguro que esa basura es la que obliga a Barbara a prostituirse y a robar a esos hombres, a mutilarlos para que no puedan reconocerla.

—También tengo que ocuparme de mi bebé —argumenta la joven.

—Barbara, no creo que sea el bebé quien le pide que cometa esos crímenes. Dígame la verdad si quiere que la ayudemos.

Barbara parece aterrorizada, gesticula sentada en su silla, se muerde los labios, sus ojos recorren toda la habitación sin quererlos fijar en ningún sitio. Parece víctima de una verdadera lucha interior.

—No tenga miedo. No puede hacerle daño —insiste el capitán—. Podemos protegerla, pero tiene que decirnos quién la obliga.

—Raoul —suelta ella de pronto, muy deprisa, como cuando se salta del trampolín sin pensar—. Mi... chico. Entendió lo que estaba haciendo. Una noche me siguió, y desde entonces me obliga a continuar.

—¿Cómo le obliga? ¿Le pega?

—N... no.

—¿Amenaza a su mamá, a su bebé?

—Me amenaza con denunciarme a la policía.

Poco consistente, poco consistente como excusa. No es suficiente para alegar circunstancias atenuantes. Tiene que decir más, explicar que lo de los ojos reventados es idea de Raoul.

—¿Por qué esta puesta en escena?

—¿Esta qué?

—El bigote. ¿Por qué se pone un bigote?

—Es por culpa de Sweet Doriane, mi muñeca. Ella es la que decide esas cosas.

—Pero ¿qué dices, Barbara?

En la voz de Marc hay miedo. Está tan angustiado que se ha olvidado de hablarle de usted. Esa historia de la muñeca suena muy extraña, como un cuento de Maupassant. Quizá los sedantes hacen que el discurso sea tan confuso.

—Mi muñeca. Se me parece mucho. Es mi yo interior. Es cuando me convierto en Barbie cuando hago cosas malas, también me parezco un poco. Todos los malos tienen bigote —añade, como ausente—, ¿no lo sabías?

Hace tiempo detuvieron a un violador con bigote. Perpetraba sus ataques en un parque que no está muy lejos de la tienda de las muñecas que tanto le gustaba a Barbara. Marc se plantea si ella no sería una de sus víctimas y se promete a sí mismo, en un momento determinado, recordar esto para intentar explicar su locura, con la esperanza de aligerar su condena.

—¿Por qué les sacaba los ojos?

Tiene ganas de soplarle la respuesta, de decirle que acuse a Raoul. Pero no puede. Eso no puede hacerlo. No está solo en la sala.

—No soy yo quien se los saca.

—Entonces ¿quién?

Marc salta en su silla. ¡Lo sabía! Vuelve a tener esperanzas.

—No, es Barbie, ya te lo he dicho. Yo no quiero hacerlo. Realmente no soy yo, ¿sabes? Veo lo que pasa y a una parte de mí le gusta eso, pero no soy del todo yo.

Su gozo en un pozo. Sin embargo, Marc no ha dicho su última palabra. Por eso se apresura a tener en cuenta la nueva justificación que ella le ha dado.

—Vais a detenerme, lo sé. Me gustaría ver a mi bebé por última vez y despedirme de mamá. ¿Puede ser?

Haciendo caso omiso al gesto de reproche de su colega, Marc acepta. Si había entendido bien lo que Barbara le contó un día, Moncet se pasa el día echado en el sofá. De un tiro matará dos pájaros y le ordenará que le siga para exprimirlo un poco.

Ha cruzado la ciudad hasta su casa con las esposas en las muñecas y también en el minúsculo ascensor, que esta vez sí va a llevarla hasta el auténtico infierno.

Marc pega el oído en la puerta de entrada. Ni un ruido.

—El pequeño debe estar durmiendo —dice Barbara.

Marc mete despacio la llave en la cerradura, le hace una señal a Barbara para que entre y sigue sus pasos. La mujer avanza y se detiene en seco. Marc choca contra ella como el primer día que se encontraron.

—¿Por qué te paras? ¡Entra!

—No.

—¿Qué?

—No puedo. No quiero que entres y que tú... Va a hacerte daño. ¡Me lo ha jurado! —grita Barbara.

Empieza a llorar e intenta bloquear la puerta con sus brazos para impedir la entrada al hombre al que quiere. «Si ese cabrón pone un pie en esta casa, le clavo este cuchillo en el corazón. ¿Lo has entendido, Bébé?» Ella no se ha olvidado de las amenazas de Raoul: Si se siente acorralado y no tiene nada que perder, no dudará en cumplir su amenaza. Y ella no lo soportaría. Prefiere no volver a ver nunca a su bebé y no despedirse de su madre, antes que perder a su amor.

—¡Vamos, Barbara, no seas ridícula, entra!

—¡Raoul ha dicho que te matará!

—¿Tiene un revólver?

—No, un cuchillo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Barbara, estamos todos armados. Si él saca el cuchillo, créeme, le dispararemos antes de que pueda hacer algo.

El argumento parece tranquilizarla. No obstante, aún tiene dudas.

—¿Qué pasa? —pregunta él amablemente.

La joven se sonroja, palidece, adopta una expresión de estar a la vez asustada y solemne, como si fuera a morir al cruzar la puerta.

—Pero cuando lo hayas visto... ¿me querrás todavía?

—¡Claro que sí! ¡Qué pregunta más tonta!

—Es que... Podría no gustarte que haya estado con un tío como él.

—No te preocupes, corazón, todos hemos pasado por situaciones parecidas, yo el primero. Anda, entra, es hora de que te despidas de tu bebé.

El apartamento está completamente a oscuras. Solo en la habitación del fondo se distingue la luz azulada de un televisor encendido que refleja colores irreales. El aire es denso y pesado. Es lo primero que nota el capitán. Lo segundo es el perfume o más bien el olor de Barbara, pero aumentado al máximo. Un olor a cerrado y a esencias embriagadoras, todo ello mezclado con un toque subyacente que le es tan familiar y que, muy a su pesar, no puede identificar.

¿Joder, a qué huele?

—¡Mamá, soy yo!

Barbara cruza el pequeño pasillo y se dirige hacia la habitación azulada. Marc y los demás oficiales presentes van detrás de ella. Marthe Bilessi y Raoul Moncet están sentados en el sofá, sus cabezas están a contraluz de la pantalla nevada del televisor. Barbara se coloca justo detrás de ellos.

—¡Pero dónde diablos te habías metido! ¡He estado muy preocupada! ¡Te has olvidado de mi día de aseo!

—Ya lo sé, mamá, lo siento mucho. He tenido problemas. He hecho una tontería —gime la joven.

—Y ahora ¿qué has hecho, Bébé? ¿Quiénes son estos? ¿Es la pasma?

—Me han cogido, Raoul. Ya no puedes denunciarme, me han detenido.

—Barbara, ¿con quién hablas? —pregunta Marc, que está detrás de ella.

Barbara no tiene tiempo para contestar. Su madre va a explotar, lo presiente.

—¡Qué! —grita Marthe Bilessi—. Pero ¿qué va ser de nosotros?

—Te pido perdón, mamá. Lo siento muchísimo.

—¿Con quién estás hablando, Barbara? —insiste Marc.

—¡Pues con mi madre! —contesta la joven—. ¡Ya ves que no va poder soportar que nos separemos!

—¡Hostia, la has jodido! ¿Qué coño has hecho? —despotrica Raoul.

—No tienes derecho a decirme esto —protesta Barbara.

—Barbara, no oigo nada —dice Marc, angustiado.

Podría empujarla para constatar lo que está adivinando pero se niega a creer. Podría intentar pensar en otra cosa para no descifrar esa marea de perfume que tan bien conoce. Pero está como paralizado.

—¡Raoul tiene razón, siempre lo estropeas todo! —grita la madre—. ¡Estás loca! ¡Loca de atar! Lo mejor para ti es que te encierren.

—¡Callaos, callaos todos!

Barbara se tapa los oídos con las manos y se da la vuelta, buscando huir en vano de los reproches de los tiranos.

—¡Callaos! —increpa ella otra vez antes de quedarse muy quieta.

Inmediatamente adopta un gesto para oír, como al acecho.

—¡Estaréis contentos! Habéis despertado al bebé. ¡Ha empezado a llorar!

—Barbara —dice el capitán con voz monocorde—, yo no oigo a tu bebé.

En ese momento, muy lentamente porque los brazos le pesan mucho, Marc coge a la joven por los hombros y la aparta del sofá. Ya sabe lo que va a descubrir. Lo presiente. Lo siente como si le acabaran de arrancar el estómago. Lo huele. Sí, lo huele. El olor, era eso, el olor.

—Enciendan la luz —ordena a los otros.

Una bombilla alumbraba la habitación. Los agentes presentes gritan de espanto.

En el sofá, Marthe Bilessi y Raoul Moncet están apoyados la una contra el otro en un estado de descomposición avanzado. Están empotrados en los cojines, pero sus cabezas medio cuelgan sobre los hombros. Tienen la cara desfigurada, abierta, las mandíbulas desencajadas por el esfuerzo de morder y tirar de las mordazas podridas. Las bocas son nidos de gusanos hambrientos y sus ojos han sido vaciados de cualquier sustancia por haberles sacado las órbitas. Las caras están hinchadas como cabezas de bueyes, y los cuerpos destilan un líquido verdoso de aspecto pegajoso.

No obstante, Marthe Bilessi está muy arreglada, con un vestido de florecitas. Dos horquillas con forma de mariposa sostienen los cabellos canosos, y pueden distinguirse algunos toques de maquillaje entre dos jirones de carne brillante. ¿Barbara la ha untado de cera? Una herida con sangre seca situada en el cráneo sugiere un traumatismo craneal que habría resultado fatal. Siguiendo la mirada de Marc, Barbara justifica la herida de su madre.

—Fue antes de nuestra reconciliación. Un accidente. Mamá se cayó, pero ahora está mejor.

Marc no contesta. Examina el cadáver de Raoul Moncet, que, desde su punto de vista de funcionario, acaba de convertirse en víctima. El hombre tiene una lata de cerveza encajada entre su costado y el brazo y un cuchillo de cocina profundamente clavado en el corazón. Pero eso no es lo que más le llama la atención.

El hombre tiene el sexo al aire, al menos lo que queda de él. El grumo flácido y grasiento tiene el aspecto de una fruta que se está pudriendo. Parece que algunas larvas se están abriendo camino bajo la piel. El capitán está horrorizado. ¿Por qué el sexo está fuera? La idea de que Barbara le haya podido besar después de haber hecho quién sabe qué con esa carne podrida le parece insostenible. Las palabras que la joven ha dicho antes de entrar en el apartamento no se le van de la cabeza y cambian de sentido, son intolerables. «Pero cuando lo hayas visto... ¿me querrás todavía? Podría no gustarte que haya estado con un tío como él.» Marc no puede reprimir una arcada y vacía el contenido de su estómago al lado de la joven, que parece no entender lo que le pasa.

—¿Te encuentras mal, cariño?

Ella esboza un gesto amable, una caricia hacia él. Pero Marc da un salto hacia atrás.

—¿Dónde está el bebé? —le pregunta sin muchas esperanzas.

La joven pasa delante de él y le invita a seguirla hasta la habitación. Pide a sus

compañeros:

—Por el amor de Dios, abran las ventanas de par en par.

Aquí huele a muerte. Muerte. Ese era el olor tan familiar que Barbara ahogaba con toneladas de perfume. Para ocultar el fallecimiento de sus compañeros de piso, tapaba la evidencia a golpe de embriagadores efluvios.

Barbara entreabre la puerta de la habitación. El olor aquí es aún más pútrido que en el salón. Normal: no hay ventilación. Este cuarto es una especie de trastero habilitado de unos cinco metros cuadrados. Una verdadera leonera. Hay muñecas por todas partes, quizás unas cincuenta. Muñecas de trapo, muñecas de porcelana. Morenas, rubias, algunas preciosas, otras mancas, otras decapitadas. El capitán tiene la sensación de estar en un museo de los horrores, en un antro sórdido de un asesino de serie B. Sabe que tiene que ir hacia lo que yace encima de la cama. ¡Joder, lo sabe! Pero tiene que agarrarse a su espíritu de lucha. Su cuerpo le manda otra vez señales de angustia. Su mirada se fija primero en una muñeca. Seguramente es la famosa Sweet Doriane que tanto había escandalizado a la vendedora de *Doll's Paradise*. El objeto parece un monstruo, una pequeña cosa demoniaca y torturada. Quemada, rota, descascarillada, maquillada de negro y manchada de algo que parece sangre; los ojos verdes son la única cosa un poco alegre y colorida de su aspecto. Su sonrisa parece que esboza una mueca mordaz y sus brazos están extendidos como si estuviera preparada para pelearse. Barbara coge deprisa el pequeño paquete que Marc no se atreve a mirar. Abraza con fuerza el cuerpo del niño, que está en un estado de putrefacción mucho más avanzado que el de los otros cadáveres, y al hacerlo emite un sonido como de tripas y un líquido empalagoso. Es el resultado de la descomposición de las grasas. Este fenómeno de saponificación se ve mucho más a menudo en niños de corta edad. Marc ya no puede hacer nada, se apoya en sus conocimientos científicos para poner distancia con el horror, para no ceder ante todo esto y darse el piro. El hedor es lo peor de todo, y lo que se imagina del bebé seguramente también. No puede verlo porque Barbara lo aprieta contra su pecho, lo que es mejor.

—¡Es tan bueno! Nunca un capricho, nunca llora. Me hubiese gustado mucho que lo conocieras mejor. ¡Me habría encantado que te convirtieras en su papá!

—De... ¿desde cuándo es tan... bueno? —pregunta él prudentemente.

—¡Ah, hace ya mucho! Una noche tuve una fuerte discusión con mamá y creí que ella iba a matarlo porque no paraba de llorar. Entonces le expliqué que tenía que estar tranquilo. Ese día lo abracé muy fuerte.

¿Es consciente de que ha sido ella quien ha asfixiado al bebé? Parece que sí. Su mirada se vuelve triste, pero enseguida se repone. Besa al pequeño cuerpo en putrefacción y pregunta inocentemente:

—¿Qué le pasará ahora? ¿Quién lo cuidará?

—Bueno. Lo dejaremos a cargo de los servicios competentes, Barbara.

Marc no puede engañarla y hablarle de los servicios sociales, cuando van a llevarlo a la morgue. Observa un instante a Barbara. La joven tiene la esperanza de

que él la perdone. Está desquiciada, solo es una pobre loca. Pero sigue siendo la que un día le pareció hermosa y que le conmovió. Le coge la mano y se la lleva suavemente a sus labios, en un tierno beso de despedida.

Los colegas han llamado a la científica y el forense ya está aquí. Asoma la cabeza por el vano de la puerta y espera la luz verde del capitán para hacerse con el cadáver del pequeño. Percolès le hace una señal para que entre. Barbara chilla como un animal cuando le quitan a su niño e intenta aferrarse. Marc la sujeta. Es todo lo que puede hacer. Porque no puede hacer nada más por ella.

No puede hacer nada.

8

A Ange no le gusta nada que Marc venga a este hospital tan a menudo. ¡Una vez al mes, es demasiado!

—¡Eres un masoquista integral!

—Llámalo como quieras, pero creo que se lo debo.

—Tú no le debes nada. Esa culpabilidad que sientes es infundada. Deberías dejarla tranquila. No puedes hacer nada por ella.

—Ya lo sé.

Los dos hombres cruzan el patio del hospital psiquiátrico en busca de la joven.

—¿Se sabe qué es lo que la llevó hasta la locura?

—Sí, un poco. No hay duda de que su padre la violó cuando era una niña. Cuando su madre lo descubrió echó al marido, pero descargó toda su rabia contra Barbara. La chiquilla no tenía nada suyo, nada seguro. Dormía en un trastero habilitado y no tenía ninguna escapatoria ante las intromisiones de su madre, ni espacio físico ni mental. Las condiciones «ideales» para fabricar una psicótica. Descargó su angustia con sus muñecas e iba aguantado año tras año gracias a esa pasión infantil.

—Pero ¿por qué se le fue la cabeza a los veinticuatro años?

—Seguramente hubo un elemento desencadenante. Tal vez una segunda violación, o tal vez, simplemente, el parto. Algunas mujeres desarrollan psicosis posparto cuando ya de por sí son un poco frágiles.

—¡Una psicosis muy especial, sí! Coleccionar muertos no es muy común.

—Sí. Un asunto hereditario. Hay casos de psicóticos necrófilos en su familia, concretamente una prima lejana que la gente creía que era una bruja, alguien que tenía un «don», ya conoces a ese tipo de personas. Le hicieron creer que tenía superpoderes, y fue recluida después de haber exhumado algunos cadáveres.

—Barbara Bilessi no se contentó con desenterrar muertos. Cometió tres asesinatos, además del tío castrado.

—Creo que todas las muertes de su casa fueron accidentales. Después de los informes de la autopsia y lo que hemos averiguado del delirio de Barbara, asfixió a su bebé una noche que lloraba mucho, estrechándolo contra su pecho. En una discusión con su hija la madre se cayó, y eso le provocó un traumatismo craneal. Con respecto a su amiguito, el ángulo del cuchillo y la profundidad del corte parecen indicar que estaba acostado encima de ella en el momento que ella sacó el cuchillo, tal vez en legítima defensa. Pero estos muertos eran inaceptables para ella.

—¿Hasta el punto de convivir con ellos como si nada hubiera pasado? Francamente, es muy retorcido.

—Ella siguió dándoles vida, del mismo modo que animaba a sus muñecas, sobre todo a Sweet Doriane, porque necesitaba a alguien que la maltratara. No podía vivir sin verdugo porque solo había conocido eso. Sin esos sujetos exteriores malvados, se

derrumbaba. Barbara no podía asumir sola sus deseos destructivos cada vez más fuertes, sus ganas de mutilar y de matar. Hacerlo sola, significaba correr el riesgo de que se volviese contra ella. Lo solucionó repartiéndolos entre su madre, su amiguito y, por supuesto, su muñeca.

—¿Por qué precisamente esa muñeca?

—No lo sé, Ange. Creo que eso siempre será un misterio.

Los dos hombres descubren la silueta de la joven. Está sentada en un banco con su muñeca en brazos. Marc suspira y su rictus se tensa.

—Anda, vámonos: mira, ella está bien —comenta Ange Gardeni.

—Sí.

—¡Tienes que volver al servicio, colega, en Crímenes o en Antivicio, como quieras, pero echamos de menos tus envenenadas provocaciones!

—Mis provocaciones nunca están envenenadas —protesta el capitán.

Es la primera vez que Ange le ve sonreír después de este caso. Incluso después del accidente que mató a su mujer. Puede que sea hora de presentarle a alguien, para que al fin se quite de encima esos viejos fantasmas y se agarre un poco más a la vida de verdad.

—¡Claro que sí! ¡Andando que es gerundio! —añade con un tono jocoso.

Marc le sigue sin protestar y se sube al coche después lanzar una última mirada a Barbara. Parece una niña fantasmal con su camisón blanco. Se le parte el corazón cuando piensa que es, seguramente, la última vez que la ve. Venir aquí es torturarse y no sirve para nada. Barbara nunca saldrá de aquí. Es mejor recordar otras cosas y no esas imágenes de locura y de encierro. Sí, habrían podido compartir algo en otras circunstancias. Sí, se amaron a su manera durante un instante. Pero es hora de mirar hacia otros horizontes y dejarla aquí. El viaje, para ella, ha terminado y no volverá de su estancia en Enajenación.

Cierra la puerta, y cuando el coche arranca, mira hacia delante, sin girarse.

Barbara no lo ha visto. Pero como todos los días, ella lo espera.

De vez en cuando ella ve que él está ahí, observándola a distancia, como si no se atreviera a acercarse para no molestarla. No obstante, tiene la seguridad de que su bello hombre roto la esperará y que un día se la llevará lejos de todo esto, como un caballero que rapta a su princesa. ¡Está convencida, y eso es lo que le ayuda a aguantar! Aquí la gente es amable con ella, ese no es el problema. No entiende muy bien qué es lo que hace aquí, ni por qué su madre nunca viene a visitarla. Porque no está loca ni enferma. Todo esto es una pesadilla de la que al final despertará. Por eso espera. Espera a su bello hombre roto, porque cuando él venga a salvarla, él se lo explicará y ella lo entenderá. Él estará aquí y será maravilloso, extraordinario y mágico. No sabe cuándo ocurrirá, pero está lista para recibirlo. Por eso cada día se arregla y se peina la larga cabellera rubia.

Y cada día, para matar el tiempo, se hace daño contemplando a su adorable pequeño clon, su fiel compañera, su Sweet Doriane, que le han permitido tener con

ella.

Cada día se sumerge en sus pupilas verdes hasta que estas abren un túnel oscuro y helado que la transporta lejos, a un parque en invierno donde solo hay gritos y dolor.

Cada día teme ese momento cuando siente que es aspirada por el vacío y el miedo, pero se obliga a ir para sostener la mirada de esa chica que se deja violar y que grita, esa chica que se le parece y que le tiende la mano, que se agarra a ella como una amiga que puede salvarla.

Cada día le explica lo feliz que es aquí, esperando a su príncipe que pronto vendrá.

Cada día vuelve a hacer el camino que la ha traído hasta aquí.

Y cada día ve desfilar toda su vida en los ojos de una muñeca.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Barbara Bilessi y a Marc Percolès, que han estado conmigo durante algunos meses y me han dejado contar su historia. Siento mucho haberos maltratado. De verdad.

Muchas gracias a los amables inconscientes que me han permitido tener experiencias poco ortodoxas con el fin probar alguno de mis propósitos. Pienso especialmente en Karine, del salón de peluquería Atelier 13, que me llenó una bolsa entera de mechadas de pelo para que pudiera quemarlas. Y también en Jo, del salón de belleza Vitalora, que me proveyó de un montón de productos profesionales muy inflamables. Sobre todo, ahí donde Jo Saiz pasa, las pequeñas pieles mueren. (Que lo entienda quien pueda, una promesa es una promesa.)

También quiero agradecer calurosamente a los lectores que me son fieles y sus mensajes, así como su confianza, que me suponen un gran apoyo. Gracias por haberme leído. Gracias, igualmente, a vuestra presencia tan regular en mi página de Facebook. Especialmente a los chiflados que jugaron al juego que lancé antes de la edición de este libro. Efectivamente, sugerí a mis lectores que me propusieran una palabra extraña y me comprometí a colocar la propuesta que obtuviera más votos en mi novela. Recibí más de quinientas, y la palabra ganadora, propuesta conjuntamente por Nicolas Moreau y Richard Lévy, fue «lidocaína». Palabra seguida muy de cerca por «piorrea dental» del clan Descloix. Introduce las dos en mi novela, seguramente os habréis dado cuenta. Si no, solo os queda releer.

Gracias, también, a los nuevos lectores que se han atrevido a leer esta novela: espero que os haya gustado y que tendréis ganas de leer las precedentes, así como los cientos que tengo intención de escribir.

Está claro que esta suerte increíble de ser publicada sería imposible sin la confianza y el empuje de mis editores: Muriel Beyer y Denis Bouchain. Desde el fondo de mi corazón, gracias por creer en mí.

Gracias a la adorable Sofy Peugnez por su paciencia y su ayuda con mis temores de estudiante.

Gracias a los amigos verdaderos, los viejos, los nuevos, esas bellas sorpresas. Gracias a todos esos apoyos amables que son como faros para mí durante las tormentas. No os cito porque sabréis reconocerlos y somos púdicos. Sabed que os llevo en el corazón.

Para terminar, un pensamiento muy fuerte para mis desaparecidos. «Los muertos son invisibles, no ausentes.» Intento que esta cita corra de mi cuenta. A pesar de todo, os echo mucho de menos. Es duro encontrarle sentido.

Para la composición de este texto se han utilizado tipos de la familia Sabon, a cuerpo 11,5 sobre 14,68. Diseñada por Jan Tschichold en 1967, esta fuente se caracteriza por su magnífica legibilidad y sus formas muy clásicas, pues Tschichold se inspiró para sus diseños en la tipografía creada por Claude Garamond en el siglo XVI

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·